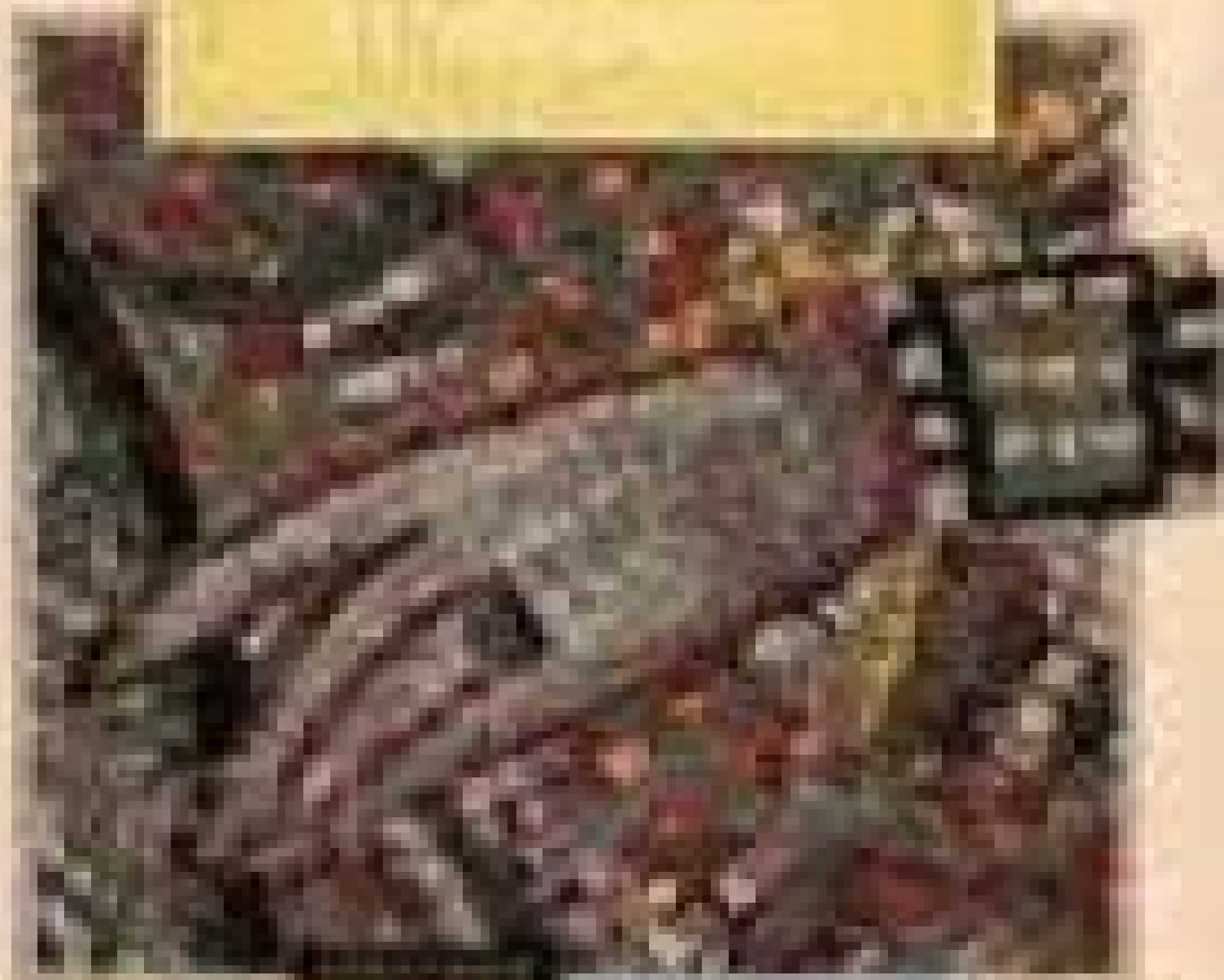


El cinturón de oro



- [El cinturón de oro](#)
 - [Cecelia Holland](#)
-

El cinturón de oro

Cecelia Holland

SALVAT

Diseño de cubierta: Ferran Cartes/MontSe Plass
Traducción: María Vidal Campos
Traducción cedida por Ediciones Apóstrofe

Título original: The Belt of Gold

© 1995 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)
© 1984 by Cecelia Holland
© María Vidal Campos (De la traducción)
© Ediciones Apóstrofe, S.L., 1993

ISBN: 84-345-9042-5 (Obra completa)
ISBN: 84-345-9104-9 (Volumen 61)
Depósito Legal: B-25806-1995
Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Septiembre 1995
Printed in Spain — Impreso en España

Había guardado silencio hasta entonces, pero cuando le llevaron el corcel, ya con la silla y las bridas puestas, elegantemente enlazados los estribos sobre el asiento, Teófano declaró:

—No sé montar a caballo, Simón.

El gigantesco judío tiró de la sudadera y, tras alisarla, bajó los estribos.

—Vamos, Icófano —dijo.

—No puedo cabalgar, Simón.

—Sólo es un trayecto corto. No querrás ir hasta él a pie. Debes presentarte a lomos de un caballo, como si fueras una aristócrata.

—Soy una aristócrata —replicó Teófano—. Consígueme una litera. Dijiste que teníamos una horade camino... Llégate a Calcedonia y alquila una silla de manos para mi.

Simón le dedicó una prolongada y meditativa mirada. Tenía el rostro alargado y triste propio de su raza, surcado por profundas arrugas, y, aunque nunca levantaba la voz, a la muchacha solía amedrentarle un poco la posibilidad de provocar su ira.

Claro que si ella tenía que engañar a Targa y obtener la preciada lista de

nombres que el individuo llevaba, entonces debía dominar la situación en todos sus aspectos, lo que significaba empezar ya a hacerse cargo de las circunstancias.

—La mejor silla de manos que puedas encontrar —impuso—. Ahora. Rápido; el tiempo se nos está echando encima.

Simón la observó durante unos segundos más, inexpresivo. El rostro de la muchacha mostró un gesto implacable. Cuando una controversia o una exigencia despertaba la ira imperial, la basileus, la emperatriz, ponía una cara que incluso hacía estremecer a las montañas, y, frente a Simón, Teófano dispuso en su semblante una expresión similar.

Le salió bien. Simón se encogió de hombros, dio media vuelta e hizo una seña a uno de sus hombres. Teófano contuvo el suspiro de alivio que surgía de su garganta.

No era preciso permitirle suponer que podía haberse negado impunemente a obedecerla. La muchacha se alejó despacio, carretera adelante, y su mirada recorrió el horizonte.

Había poco horizonte que recorrer. A través de las colinas parduscas, las curvas del camino se retorcían por las laderas; trechos de aquella carretera resultaban visibles durante kilómetros, pero la mayor parte del camino yacía oculto entre los pliegues y depresiones del terreno. Allí no había agua. El retoñar de la primavera apenas conseguía cubrir con tímidas sombras de verde neblinoso el suelo roquizo, hendido por multitud de barrancos que parecían cortados por un inmenso cuchillo. Los duros arbustos espinosos que crecían entre las peñas eran tan incoloros como el propio piso.

Paseó, yendo y viniendo, por la parte lateral de la carretera. De vez en cuando, sus zapatillas bordadas despedían de un puntapié algún que otro guijarro. Qué extraño le resultaba encontrarse fuera de Constantinopla. Se había pasado la vida en la Ciudad, y todo el mundo le dijo siempre que en ningún otro sitio había nada interesante, pero nunca lo creyó. Ahora comprobaba que era cierto.

Simón le llevó una cantimplora de barro llena de vino.

—¿Necesitas copa?

Ella se echó a reír ante el nuevo apocamiento que percibió en la voz del hombre.

—Creo que puedo arreglármelas.

Tomó la cantimplora, cuya superficie exterior estaba aún lo bastante húmeda como para mantener fresco el contenido, y se la llevó a los labios. Con cuidado. Llevaba un vestido blanco y no iba a adornar su pechera con el blasón de una alargada mancha de vino tinto.

Mientras Teófano bebía, Simón la aleccionó, en voz baja.

Recuerda que Targa te ha visto con Juan Cerulis, en la situación más íntima posible con él. Llevas el dinero en una bolsa que ostenta el sello de Cerulis. Debes conseguir que te entregue la lista en seguida, sin darle tiempo a percatarse de que la operación se ha terminado.

—Comprendo.

—Targa no es tonto. Pero quiere el dinero.

—Sí, Simón.

El judío suspiró. Gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Dónde está esa silla?

Se alejó, balanceantes los brazos; vestía una larga casaca a rayas, como un mercader persa, bajo las axilas, grandes triángulos de sudor oscurecían la tela.

El palanquín llegó a la carrera, una silla de manos bastante distinguida para ser de alquiler; seis portadores se encargaban de trasladarla, pero Simón los envió de regreso a Calcedonia y ordenó a unos cuantos de sus hombres que se quedaran en paños menores. Teófano quitó las cortinas y las agitó para que el aire se llevara el olor a polvo. No había suficientes cojines ni siquiera para cubrir la desnuda madera del fondo.

Tras extender su capa sobre el piso, la muchacha subió a la litera. Amontonó los cojines que había a su espalda y volvió a correr los cortinajes.

Al cabo de un momento, el palanquín empezó a bambolearse de un lado a otro, manejado por inexpertos portadores, y luego se levantó con brusca sacudida. Un explosivo juramento resonó detrás de Teófano. La muchacha se recostó, sin dejar de darse cuenta de que la atmósfera seguía oliendo a cerrado, un tufo rancio que le saturaba la nariz. Siguió traqueteando camino adelante, acompañada por el rumor de los pasos de los portadores y de los miembros de la escolta.

Pensó de nuevo en lo que le había dicho el basileus. La lista que llevaba Targa, y por la que Juan Cerulis estaba dispuesto a pagar un buen precio, no debía llegar a manos de éste; Simón y ella tendrían que hacer todo lo posible para que aquella lista se desviara hacia el emperador. Lo posible y lo imposible. La emperatriz había pronunciado las palabras con una intensidad especial.

Hacía calor dentro de la silla de manos; la ropa se le pegaba al cuerpo. Cuando se irguió y se removió un poco en el asiento, a fin de ponerse un poco más cómoda, desequilibró la litera, los portadores gritaron y uno de ellos manifestó su protesta golpeando la parte lateral del vehículo. Con la sensación de que se estaba cocinando en su propio jugo, la muchacha se levantó el vestido para separar la tela de la piel.

—Ya viene. —Simón asomó la cara por un lado del cortinaje—. Ahí lo tenemos.

¿,Estás dispuesta?

Teófano se llevó las manos a la cabellera; en aquel momento hubiese dado cualquier cosa por tener un espejo.

—Estoy dispuesta.

El corazón se le desbocó. Rápidamente buscó a tientas la bolsa, por debajo de la capa. Se mantuvo erguida, muy derecha en el asiento, para evitar que el vestido formase arrugas. El perfume. Lo había olvidado; volvió a tantear bajo la capa y

encontró por fin el pequeño pomo de esencia. Siempre llevaba aquel perfume cuando estaba con Juan Cerulis y era muy posible que la fragancia constituyera el detalle preciso y perfecto para convencer a Targa.

Targa no era ningún tonto, tal como había dicho Simón. Se preguntó cuánto hubiera dado por enterarse de lo que ella sabía, que Juan Cerulis no ignoraba que Targa, su jefe de espías en Bagdad, también aceptaba órdenes y dinero del califa. Se echó perfume en las muñecas, en el hueco de los codos y en la garganta.

—¡Targa!

Era Simón, fuera, el que gritaba. Ella permaneció rígida sobre los cojines, entumecida la espalda, que también le dolía a causa de la dureza de las tablas, mientras los portadores la llevaban al centro de una gran polvareda levantada por los cascos de los piafantes caballos: la partida de Targa. Teófano cogió la cortina y la echó hacia atrás.

—¡Ajá! —Justo delante de la muchacha, el espía persa montaba un caballo negro.

Al verla, una amplia sonrisa le dividió en dos la barba, al tiempo que el brazo trazaba en el aire el semicírculo descendente de un entusiasta saludo—. La gloria de la Cristiandad ha venido a recibirme. Soy el más bienaventurado de los hombres.

—Targa —repuso ella, apoyada en el codo, ligeramente reclinada para mostrarle las opulentas curvas de su cuerpo—. Me ha enviado Juan Cerulis con nuevas urgentes para ti. La basileus ha ordenado a la Guardia Imperial que vigile la carretera y te prendan, a ti, a todos tus hombres y todas tus mercancías, cuando llegues a Crisópolis.

Con un floreo, sacó la falsificada misiva y se la tendió.

Targa alargó la mano para cogerla. El pletórico buen humor que normalmente imperaba en su semblante desaparecía a ojos vistas; la expresión se tomó irritada, los ojos se entrecerraron y las mejillas se hundieron. Lanzó una mirada a la carta.

—¿Qué es esto?

—El patricio me envía para avisarte y para cambiar esto... —se dio media vuelta, hurgó en la capa, a la busca del dinero y le ofreció la bolsa—, por la lista que traes para él.

—¿Te envió él? ¿Por qué a ti?

—Targa —dijo la muchacha—, ¿quién mejor que yo? ¿Quién iba a sospechar de mi?

Ahora, deprisa, dame la lista, toma tu bien ganada recompensa y vuelve a Bagdad antes de que las tropas de la basileus caigan sobre nosotros.

Las cejas de Targa subieron y bajaron varias veces. A su espalda, la caravana colmaba el polvoriento camino, burros cargados de mercancías, cinco o seis boyeros a caballo. No hizo el menor movimiento hacia la pesada bolsa que ella le ofrecía.

—La verdad... ¿Tan urgente es el asunto? No sabes las veces que he soñado, Teófano, con disfrutar de un momento de coqueteo con la mujer más encantadora de

todas las encantadoras mujeres de Constantinopla.

—Targa —conminó la muchacha, exasperada—, en estas circunstancias, sólo un hombre pensaría en el sexo. La lista.

Targa rezongó:

—No acabo de comprender qué atractivos puede tener un hombre como Juan Cerulis para una mujer como tú.

Con gesto brusco cogió la bolsa y de una escarcela que llevaba en la silla de montar sacó un trozo de papel.

—Muy bien —dijo—. Aquí está. Lo agitó en el aire y no pudo evitar que la sonrisa volviera a su boca y la rizada barba negra se abriese y dejara ver la manchada blancura de los dientes—. Una adehala complementaria, tal vez... ¿un beso de esos labios de rubí?

—¡Atención!

Teófano se sobresaltó, sorprendida por el grito que había sonado a su espalda. Era Simón, a lomos de su muía, que se revolvió sobre la cabalgadura para mirar tras de si. Volvió a girar en redondo. Sus ojos tenían una expresión frenética y la boca estaba abierta en toda su amplitud.

—¡Huid! ¡Huid! Ahí vienen...

Targa alzó la cabeza con una sacudida. La muía de Simón retrocedió y dio media vuelta sobre los cuartos traseros. Teófano se puso de pie encima de la silla de manos, se asomó por un lado del palanquín y miró carretera abajo.

De tres en fondo, con el airón de las enhiestas lanzas coronando las disciplinadas líneas, un escuadrón de soldados galopaba hacia ellos. Ya habían divisado la caravana y Simón, que dominaba de nuevo la muía, procedía a reunir a sus hombres.

—¡Corred... hacia el monte! Corred...

—Esas son tropas de Juan Cerulis —observó Targa—. ¿Por qué las teméis?

—¡Vienen a por ti! —gritó Teófano. Le arrancó la lista de entre los dedos—. Sabe que le has traicionado ante el califa. Deprisa... ¡escapa!

Targa parpadeó, mientras una intensa desconfianza aparecía en su rostro.

—Entonces, ¿por qué tú...?

Los portadores la llevaban rápidamente carretera abajo.

—¡Corre! —aconsejó Teófano a voz en cuello. Se hundió en la silla de manos y corrió de nuevo las cortinas.

Oyó el jadeo de los portadores; la litera se agitaba y traqueteaba tan violentamente que Teófano tuvo que agarrarse al bastidor para sostenerse.

—¡Alto! —chilló—. ¡Alto!

Se detuvieron. La muchacha se deslizó por debajo del borde inferior del cerrado cortinaje y echó pie a tierra. A lomos de su muía, Simón se llegó a ella en dos trancos.

—Sube aquí.

Le tendió la mano, dispuesto a tirar de ella para que subiera a la grupa, pero Teófano dio un salto hacia atrás.

—¡No! Tengo la lista. ¡Tú vete! Llevaos la silla como si yo estuviese aún dentro...

¡Alejadlos de aquí!

Se precipitó fuera del camino, al fondo de una pequeña zanja.

Simón se enderezó sobre la cabalgadura. Sus hombres, ceñuda la expresión, se habían concentrado en torno suyo; volvieron la cabeza para ojear la carretera, en la que el escuadrón de soldados quedaba oculto por una curva de la ladera, y unos cuantos gritaron asustados y emprendieron la huida en pos de Targa, que, con sus huestes y sus asnos, ponía tierra por medio rápidamente en sentido contrario. Simón rugió una orden y el grueso de sus hombres emprendió también la marcha en la misma dirección tomada por Targa; en medio del grupo, la silla de manos se agitaba y daba tumbos.

Acurrucada en la zanja, Teófano miró a su alrededor. Por detrás no había nada donde esconderse, así que se guardó la lista bajo el escote del vestido, trepó por el empinado talud del otro lado de la carretera y corrió a través de la maleza en dirección a un barranco situado a cosa de cien metros de distancia.

Al abrigo de la amarillenta pendiente se agazapó contra el suelo, encogiéndose todo lo que pudo, con los brazos en torno a las rodillas. Targa, Simón y los hombres de ambas partidas huían a la desbandada por el camino. El palanquín, con las cortinas echadas, iba en medio de la desordenada masa humana, entre sacudidas y bamboleos, como una estridente y frágil nave en un mar borrascoso. Se pasó la lengua por los labios. Tenía que arreglárselas como fuese para volver a Constantinopla, a pie, por sí sola, sin dejarse prender.

Llegó a sus oídos un sordo estruendo y se aplastó contra el desmenuzable suelo alcalino. La tropa de jinetes doblaba la curva al galope tendido, retumbantes los cascos de los caballos por el camino.

Simón, Targa y sus hombres aún estaban a la vista y, al divisarlos, los soldados empezaron a gritar, espolearon a sus monturas y pusieron las lanzas en posición horizontal. Un alarido de desesperación brotó de las gargantas de sus víctimas. Teófano contuvo el aliento. Sabía que Simón y sus ocho empleados sólo llevaban armas blancas de hoja corta; Targa, al ser comerciante, sin duda dispondría de algo más efectivo.

Se esforzaban cuanto les era posible carretera adelante, pero la tropa de caballería ya estaba encima de ellos.

Los soldados no titubearon. Irrumpieron en medio de la descompuesta masa de fugitivos, a los que los caballos patearon. La litera se vino abajo como un buque que naufraga entre cuerpos abatidos. Teófano se mordió el puño, mientras el corazón le martilleaba en el pecho. Vio a aquellos hombres moribundos y no pensó en ellos,

sino en las madres, en las esposas que los llorarían. Los jinetes llevaron sus monturas hacia la silla de manos; los caballos se arremolinaron alrededor del palanquín y Teófano vio las lanzas atravesar una y otra vez la tela de algodón de los cortinajes. Ahora sabrían ya que ella no se encontraba allí. Dio media vuelta y echó a correr quebrada arriba.

—No está aquí.

Karros se inclinó desde la altura de la silla y sus ojos escudriñaron los restos de la litera.

—¿Qué significa eso? ¿En qué otra parte puede estar?

Las astillas de madera y los jirones de tela de cortina y cojín dispersos por el camino no le ofrecían ninguna pista. Se enderezó sobre el caballo y tiró de las riendas para que la cabalgadura volviese grupas.

Le dolían las posaderas. Karros era soldado de ciudad y recorrer la campiña a caballo no le hacía ninguna gracia. Taloneó su montura, rodeó el pequeño campo de Agramante en que se había convertido la carretera, pasó junto a los desplomados cadáveres de los hombres de Targa que fueron lo bastante insensatos como para oponer resistencia y se acercó al apretado grupo de prisioneros.

Targa le vio llegar y se adelantó, con los brazos atados a la espalda y el semblante oscurecido por la indignación.

¡Karros! ¿Qué diablos estás haciendo?

—¡Apártate de mi camino, traidor!

Karros le asestó un puntapié en el rostro y siguió adelante.

Los demás prisioneros quedaron frente a él en compacto apiñamiento, triste y temerosa la expresión. Karros los fue observando por turno y sólo vio rostros masculinos.

¿Cómo era posible que la muchacha hubiese desaparecido? Se revolvió en la silla para mirar en torno, primero entre la turba del camino, sus tropas y los prisioneros, para después examinar lenta, metódicamente, las peladas faldas de los montes circundantes.

La muchacha había estado allí. Se encontraba allí cuando su escuadrón y él se lanzaron sobre los fugitivos. ¿Por qué, si no, iban a llevar una silla de manos? Dio media vuelta y regresó hacia Targa.

El mercader árabe yacía sobre el camino, con la cara partida a consecuencia de la patada que le propinó Karros; rodó sobre sí, al tiempo que emitía un gemido, y la sangre dejó manchas en el polvo del suelo, debajo de él. Karros curvó el índice e hizo una seña a uno de sus hombres.

—Desnúdale. Y busca su caballo. Vuelve del revés las alforjas, la cartera, todo.

En tanto los soldados cumplían la orden, Karros se aproximó al racimo de prisioneros y los escudriñó a fondo. Si encontraban allí la lista, la fuga de Teófano no significaría nada. Pero si la lista había desaparecido...

Sobre el piso de la carretera, Targa se retorció desnudo, mientras los soldados echaban en el suelo el contenido de las prendas que acababan de quitarle. Karros se apeó del caballo para revisarlo; se trataba de las cosas que normalmente solía llevar un hombre encima: una llave de cobre, una ganzúa para cascos, unas cuantas monedas y, como

remate, una bolsa.

Una bolsa de dinero que pesaba bastante y que llevaba un sello familiar. Karros soltó los cordones, sacó varias monedas y observó que se trataba de irenes recién acuñados, con los cantos aún bien definidos. Soltó un juramento.

—¿Dónde infiernos está la muchacha?

Los soldados abrían los paquetes del caballo de Targa. Karros les gritó que desnudasen a los otros prisioneros, que registrasen sus monturas. Nervioso, con el cerebro en ebullición, paseó de un lado a otro de la carretera. Hacía calor y le fastidiaba montar a caballo, pero si volvía sin la lista, su amo Juan Cerulis le iba a dar un buen repaso.

¿Cómo logró escabullirse la muchacha? Sin duda, la lista la tenía ella: el dinero demostraba, con toda certeza, que había cambiado la bolsa por la lista. La mirada de Karros recorrió despacio la inhóspita superficie de aquellas laderas parduscas. Tenía que estar por allí, en alguna parte.

Regresó junto a su caballo.

—Tú, tú y tú, acompañadme, los demás ya sabéis qué hay que hacer.

Cuatro hombres debían ser suficientes para encargarse de una simple jovencita.

A decir verdad, conocía diversas maneras, a cual más satisfactoria, que cuatro hombres podían emplear para encargarse de manejar bien a una chica sola. Mediante un movimiento del brazo indicó a los demás que continuaran su registro y, seguido por los tres soldados, trotó carretera abajo, en busca de algún indicio que revelase el rumbo que tomó la muchacha.

Los arbustos espinosos habían desgarrado las ropas de Teófano. Le dolían los pies.

Trepó laboriosamente hacia la cima del monte, jadeando a causa del esfuerzo.

Desde aquella atalaya podía ver la carretera en una gran extensión; se detuvo, recuperó el aliento y se irguió para echar una mirada a su alrededor. La carretera la llevaría a Constantinopla, si tomaba aquella dirección.

Si iba en sentido contrario, llegaría a Calcedonia en cuestión de horas. En Calcedonia encontraría comida, agua, vino, ropa limpia y el modo de informar de su situación a la emperatriz, que entonces la rescataría. Quizás. Pero no se atrevía a correr aquel riesgo, se lo impedía el hecho de tener la preciosa lista, segura bajo el escote del vestido, pegada a la piel. Se oprimió el busto con la mano, muy contenta. Había cumplido las órdenes de la basileus. Eso le levantó la moral como un trago de buen vino.

Tenía que volver a Constantinopla. Depositaría la lista personalmente en las

manos de la emperatriz, o moriría en el intento.

La idea le insufló fortaleza y reanudó la marcha declive abajo. Por desgracia, aquella energía no le duró mucho. Mientras bajaba por el monte, las yermas laderas abrasadas por el sol se alzaban en torno suyo como si quisieran engulliría entera; perdió de vista el camino; la maleza, baja, de hoja correosa, la hacía tropezar, se le enredaba en la ropa y retrasaba su paso. Se sentó, exhausta, al llegar al pie de la colina.

Permaneció un momento allí, inmóvil, inerte, vacía de pensamientos. La tierra tenía un olor acre. Se produjo un crujido en los matorrales y oyó el gorjeo de unos pájaros.

Anheló estar en Constantinopla. La comodidad de sus aposentos en palacio, las sábanas de seda de su lecho, la ropa limpia. Bañarse; beber vino fresco. Algo exquisito que comer. Se imaginó un pescado cocido al horno, sobre una capa de huevos y espinacas. Se le hizo la boca agua.

¿Por qué había tenido que comprometerse en aquella misión? Las lágrimas afluyeron irresistiblemente a sus ojos.

Se maldijo a sí misma. Era una majadera, una niña boba, como la llamaba a menudo la basileus, y no merecía compasión. Empezó aquella aventura por propia voluntad. A una mujer de su alta cuna la vida le brindaba muy pocas opciones: podía hacerse monja y pasarse rezando el resto de su existencia o podía casarse y criar hijos, encerrada en los alojamientos que el esposo le asignara en su casa, una clausura tan hermética como la de las religiosas. También podía ponerse al servicio de la emperatriz. Esa fue la alternativa que eligió Teófano, y no tardó en comprobar que le ofrecía la oportunidad de hacer otras cosas, de realizar tareas y gestas importantes. De modo que solicitó cumplir aquella embajada.

¡Cúmplela, pues!, se dijo. Cúmplela y no llores, ni te rindas. Al fin y al cabo, ¿qué puede ocurrirte? Pasarás un mal rato, pero, si perseveras, superarás las incomodidades y volverás a casa con la satisfacción de la misión consumada. Adelante.

Se puso en pie, cuadró los hombros y plantó cara al panorama. Constantinopla estaba por allí. Lo único que tenía que hacer era seguir andando.

No obstante, al contemplar las áridas colinas, se le cayó el alma a los pies y notó el vergonzoso ardor de las lágrimas. Se llevó la mano al pecho. Ni siquiera la suave arruga del papel lograba levantarle el ánimo e impulsarla a reanudar la marcha. No podía seguir.

Se agachó, volvió a sentarse y lloró. Pero, mientras estaba allí hundida, sus ojos detectaron una especie de humo que ascendía rumbo al cielo, desde la ladera opuesta del monte por el que ella acababa de bajar. Era como un penacho de polvo. La perseguían.

Se levantó como impulsada por un resorte. Sabía quién iba tras ella: casi con

toda certeza, el despreciable Karros, sicario de Juan Cerulis. Si caía en manos de Karros, sufriría un terrible cúmulo de ultrajes. Se levantó las faldas para eludir los matojos y corrió hacia la siguiente ladera, rumbo al camino que conducía a constantinopla y a la seguridad.

—¡Dios, detesto las iglesias! —exclamó Hagen—. Cuando volvamos a la patria, jamás entraré en una iglesia. Sea como fuere, durante estos dos años me he ganado tanta absolución que, cuando regresemos a casa, estaré libre de pecado para el resto de mis días.

—Cállate —ordenó Rogelio.

Habían dejado las cabalgaduras en la arboleda situada delante de la verja y ahora, al acercarse al pequeño templo de piedra, se desabrocharon los talabartes y depositaron las espadas en el pórtico descubierto, a la puerta de la iglesia. Hagen entró primero.

Se echó hacia atrás la capucha de la capa; en el interior del templo, los cascabeles de los peregrinos tintinearón ruidosa e irreverentemente.

Era una iglesia de dimensiones muy reducidas: seis pasos desde la entrada hasta el altar. Los muros y la cúpula estaban recién enjabelgados. Observó con decepción que allí no había ninguna de las magníficas pinturas que se había acostumbrado a encontrar en las iglesias de Tierra Santa. En el arqueado muro del ábside, detrás del altar, había una sencilla cruz de madera. Con su hermano junto a él, Hagen se arrodilló para rezar.

Rogelio se santiguó, unió las palmas de las manos, agachó la cabeza, cerró los ojos y se entregó a sus devociones. Hagen trasladó el peso del cuerpo de una rodilla a otra, ya inquieto. Parte de su penitencia consistía en la obligación de hacer un alto y orar en toda iglesia que encontrara en su camino, un deber del que estaba cordialmente harto. Le irritaba que su hermano, que llevó a cabo los mismos actos que ahora expiaban, arrepentidos, mostrase el mismo entusiasmo de que Hagen hizo gala al principio y, como consecuencia, se hubiese vuelto tan fervorosamente piadoso. Empleando la mínima cantidad posible de palabras, Hagen pidió a Dios protección para el viaje —aun estaban a medio mundo de distancia de su patria— y luego miró con curiosidad a su

alrededor.

Aquel templo se diferenciaba poco de las docenas de iglesias que habían visto en los veinte meses que llevaban de peregrinación. El techo arqueado, las dos ventanucas abiertas en los muros laterales. Unos cuantos cabos de vela colocados en la baranda del altar, a escasos palmos de donde se hallaba él. Como estaba tan cerca de Constantinopla, lo más probable es que pasaran por allí muchos palmeros, camino de Jerusalén o de regreso de la ciudad sagrada. Deseó que hubiese allí algunas imágenes que contemplar. Ya le dolían las rodillas.

Entonces, la puerta se abrió a sus espaldas, una figura irrumpió precipitadamente en la iglesia y Hagen volvió la cabeza y lanzó una rápida mirada.

No deseaba que le robasen el caballo o la espada mientras se reconciliaba con el Cielo. Pero la figura encapuchada que se arrodilló ante el altar era una mujer.

Una mujer muy guapa. Su rostro se ladeó hacia la cruz; su piel pálida, tersa, y las mejillas tenían un color que no era puramente obra de Dios; llevaba el negro cabello peinado hacia atrás, bajo la capucha, cuyo borde le caía sobre la frente hasta las cejas.

Se santiguó a la manera griega y, volviendo la cabeza, lanzó una mirada por encima del hombro en dirección a la puerta.

Al hacerlo, se percató de que Hagen tenía los ojos clavados en ella y, rápidamente, la mujer bajó la mirada y el color de sus mejillas adoptó un tono más natural. Pero no rezaba. Se había inclinado hacia adelante y, de nuevo, volvió la cabeza para echar una ojeada al pasillo por el que se acercó al altar.

Hagen miró en aquella dirección, lo que le hizo ganarse un fuerte codazo por parte de Rogelio.

—Esto es un iglesia —le recordó—. Reza.

Hagen pasó por alto el comentario. La puerta estaba entreabierta y, a través del resquicio, vislumbró la presencia de varios hombres, el murmullo de cuyas voces también llegó a sus oídos. Trasladó su atención a la recién llegada; la joven se mordía el labio, con la vista al frente, las manos apretadas una contra otra y, mientras Hagen la observaba, se volvió una vez más para mirar hacia la entrada.

—¿Qué haces? —preguntó Rogelio.

Con un movimiento de cabeza, Hagen señaló a la muchacha; se puso en pie y anduvo hacia la puerta de la iglesia.

Era un hombre de alta estatura, Hagen, incluso para un franco, y cuando cruzó la puerta, los que estaban en el pórtico retrocedieron presurosos para abrirle paso. A juzgar por sus barbas y sus armaduras de cuero, eran helenos. Cuatro. Hagen no apartó la vista de ellos, mientras se echaba las manos a la espalda cogía el talabarte y, de pie, se lo ceñía a la cintura y abrochaba la hebilla. El peso de la espada le hizo sonreír. Se puso en jarras y sin abandonar la sonrisa, se encaró con los cuatro griegos, que se juntaron en compacta piña y simulaban no darse cuenta de su presencia.

—¿Aquí, para hablar al Señor? —preguntó; en el curso de su peregrinación había aprendido mucho griego.

Los cuatro hombres arrastraron los pies. Uno de ellos, un individuo gordo que lucía sobre los hombros escarapelas de cuero teñidas de rojo, volvió la cabeza y sin mirar a Hagen a los ojos, respondió:

—Sigue tu camino, bárbaro.

—Ah, no —dijo Hagen—. Seguid vosotros el vuestro.

Los griegos se movieron, sus pies crujieron sobre la piedra del pórtico y chirrió el cuero de las armaduras. El hombre de las escarapelas rojas se dirigió a uno de sus

compañeros:

—Entra y cógela.

El aludido echó a andar hacia la puerta. Hagen avanzó un paso, tras él, los otros griegos dieron media vuelta para encararse con el gigantesco franco; se abrió entonces la puerta de la iglesia y en el hueco de la entrada apareció Rogelio.

Un poco más bajo que Hagen, pero más robusto, llenaba todo el umbral. Al ver a su hermano dispuesto a enzarzarse en una disputa, apoyó un hombro en el marco de la puerta y miró a los griegos de arriba abajo.

—¿Qué pasa aquí?

Hagen se llevó la mano a la espalda para recoger la espada de su hermano, con el cinturón envolviendo la vaina, y tendió el arma a Rogelio.

—Estos ciudadanos persiguen a la chica que está ahí dentro. —Se expresó en franco.

—Ah —articuló Rogelio, y miró por encima del hombro al interior de la iglesia.

Se puso a la cintura el talabarte con adornos de bronce—. Vaya, eso está muy mal.

—Un momento —dijo el hombre de las escarapelas rojas en los hombros—. Vosotros dos no tenéis idea de lo que estáis haciendo. No meteros en líos. Esa mujer no es asunto vuestro.

—Vamos —manifestó Hagen, al tiempo que llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—Te lo advierto...

—Yo te lo advierto a ti, compañero. He llegado hasta el Gólgota y tengo tanto ganado con Dios que no me importa gastar un poco de ese saldo a mi favor librando al mundo de unos cuantos griegos de los que, como vosotros, firman al revés.

Rogelio le observaba, fruncido el ceño; no hablaba aquel idioma con la misma soltura que Hagen. A su espalda, de súbito, apareció una muchacha.

Los helenos la vieron, lo mismo que Hagen, y se precipitaron hacia ella como un solo hombre. La chica estaba detrás de Rogelio y cuando los griegos saltaron hacia él, dio un paso lateral y se interpuso en su camino. La espada salió de la vaina con metálico chasquido. Hagen giró en redondo y dejó a los cuatro griegos entre él y su hermano. Desenvainó también su larga espada y, como le ocurría siempre que notaba en la mano el poder de aquel arma, le colmó una pasión embriagadora y soltó un rugido exultante.

Los griegos se desplegaron, dos a la izquierda, dos a la derecha.

El de las insignias rojas gritó:

—¡Atrás! ¡Vámonos...!

Ninguno empuñó armas. Se retiraron ante los dos francos, abandonaron el pórtico retrocediendo en círculo y volvieron a agruparse en el patio de la iglesia.

—La cogeremos después —comunicó el gordo de las escarapelas rojas, y

emprendieron la retirada a toda prisa. El gordo miró por encima del hombro y gritó —: ¡Y a vosotros también, bárbaros! ¡No creáis que vais a salir bien librados!

Rogelio se echó a reír.

—¡Qué cobardes!

Volvió a envainar la espada.

Hagen observó a los griegos mientras abandonaban el patio de la iglesia; tenían los caballos atados a unos árboles, a unos cien metros de distancia, en dirección opuesta al lugar donde estaban las monturas de los francos. Los griegos subieron a sus cabalgaduras y se alejaron al trote. Despacio, Hagen guardó de nuevo la espada. No le gustaba empuñarla sin que se ensangrentase; imaginaba que la espada tenía hambre. Dio media

vuelta y su mirada fue más allá de donde se encontraba su hermano, en busca de la muchacha.

Había desaparecido.

—¡Por los huesos de Dios! —exclamó.

Pasó junto a Rogelio y entró en la iglesia.

Por uno de los muros laterales del templo, la muchacha intentaba trepar hasta la estrecha ventana. La capa entorpecía sus movimientos y la dejó caer al suelo. En dos zancadas, Hagen cruzó la iglesia y cogió a la joven por la cintura.

—¡Suéltame!

La muchacha se revolvió violentamente y trató de golpearle. Hagen inmovilizó los brazos de la chica contra sus costados; era liviana como una niña y no le costó esfuerzo alguno mantenerla sujeta. La joven despedía un maravilloso perfume de rosas. Rogelio recogió la capa caída en el suelo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? Hagen, déjala. No va a ir a ninguna parte.

—¿Tú crees?

—Déjala en el suelo —insistió Rogelio.

De mala gana, Hagen bajó a la muchacha y Rogelio puso de nuevo la capa sobre los hombros femeninos. La mirada de la joven fue de uno a otro. A pesar de la densa capa de afeites que llevaba en torno a los ojos y sobre los labios y las mejillas, podía apreciarse su extraordinaria belleza y, a juzgar por los gruesos adornos de metal que lucía en las orejas y alrededor de la garganta, también era bastante rica. Sus ropas estaban rasgadas y sucias, pero el cutis de la muchacha era blanco como la crema y su cabellera negra como el ébano.

—Supongo que debo daros las gracias por haberme salvado la vida —manifestó.

—Supongo que puedes desear hacerlo —repuso Hagen—. ¿Intentaban matarte? ¿Por qué?

—Lo ignoro —respondió ella.

—Mientes —acusó Hagen.

Tradujo rápidamente al franco lo que la chica acababa de decir y Rogelio sacudió

la cabeza, irritado.

—Miente.

—¿Lo ves? Está de acuerdo conmigo —comunicó Hagen a la chica—, y en modo alguno es tan listo como yo. Ven con nosotros. Una iglesia no es sitio para hablar de cosas como ésta y, además, ahora somos hombres armados.

La joven trasladó sus ojos de Hagen a Rogelio y, bajo el corpiño de seda, su pecho se agitó en un profundo y sonoro suspiro. Anduvo hacia la puerta con el aire de alguien a quien han tomado cautivo, y los dos francos la siguieron al exterior.

Atravesaron el patio en dirección a los caballos. La muchacha miró con viveza a ambos lados del camino, buscando evidentemente a los cuatro soldados griegos; se había ceñido la capa y la sujetaba en el pecho con ambos puños. Hagen se preguntó cómo habría llegado hasta allí. Sus frágiles zapatillas bordadas, bastante andrajosas ya, no servían para caminar. Probablemente los griegos la habían desposeído de su cabalgadura.

—Me llamo Hagen y éste es mi hermano Rogelio —se presentó—. Nuestro padre fue Reinaldo el Negro. Somos de Braasefeldt, villa de Franconia, y estamos en peregrinación al Santo Sepulcro.

—Dile que no pretendemos hacerle ningún daño —añadió Rogelio— y que sin duda Dios nos envía para que la ayudemos, porque salta a la vista que esos individuos sí que querían hacerle algo malo. De modo que debería ser sincera y contárnoslo todo.

Hagen repitió en griego tales palabras. La joven escuchó sin manifestar calor alguno en su expresión, pero cuando Hagen hubo acabado, ella alzó la mano, se apartó de la frente un mechón de cabello y asintió con la cabeza.

—Muy bien, os debo la vida... acaso mucho más que la vida. Me llamo Teófano y soy azafata de la basileus autocrátor, a quien Dios proteja.

Hagen miró a su hermano.

—Dice que es doncella de la emperatriz.

—Bueno, es bastante rica, a juzgar por las joyas que lleva en el cuello.

Hagen ya había evaluado las alhajas que lucía la joven; durante sus días malos, mató a personas por bastante menos de lo que llevaba aquella moza, aunque, naturalmente, nunca quitó la vida a ninguna mujer.

—¿Qué haces sola por aquí, Teófano? —le preguntó—. ¿Por qué te persiguen esos hombres?

—No puedo decíroslo —contestó Teófano—. Pero os pagaré bien si me lleváis a Constantinopla. Os pagaré con esplendidez.

—Vamos a Constantinopla, de todas maneras —repuso Hagen.

—Os pagaré —repitió la muchacha.

Rogelio subió a la silla.

—Como mejor puedes pagarnos es contándonos por qué estás en este apuro — dijo Hagen. Cogió a la joven por la cintura, la levantó en peso y la acomodó a la grupa del caballo de Rogelio.

—Debéis creerme. No he hecho nada malo. Esos hombres son enemigos de la basileus, a la que Dios proteja.

Rogelio miró a Hagen con impaciencia y, obediente a la expresión de su hermano, éste le tradujo lo que acababa de decir la muchacha. Luego se dirigió a su cabalgadura, subió a la silla, empuñó las riendas y, junto a Rogelio, reanudó la marcha.

—No la hostigues —instó Rogelio—. ¿No ves que ya ha pasado bastantes apuros?

Sentada tras él, Teófano le rodeaba la cintura con los brazos y rozaba su espalda con los senos. Hagen comprendió que la joven se había ganado la voluntad de Rogelio... hombre siempre presto a defender a las pequeñas y débiles criaturas. Hagen se pasó la lengua por los labios, que formaban una amplia y maliciosa sonrisa.

—¿Quieres que la lleve yo?

—No, no —se apresuró a declinar Rogelio.

—Entonces podrías contemplarla cuanto quisieras. Tal como vamos, sólo puedo verla yo.

—La llevaré yo —insistió Rogelio en tono firme.

—Es muy guapa. Mucho más bonita que la de Belén.

—¿Cuál supones tú que pueda ser su problema?

—Ahora, nosotros.

—¿Crees que de verdad es una azafata de la emperatriz?

Hagen se encogió de hombros. Habían pasado ya por Constantinopla, en su camino de ida a Tierra Santa, y tenían noticia de la emperatriz Irene, que gobernaba las tierras griegas, sola, sin esposo, aunque conservaba el título masculino de basileus autocrátor. Tenía fama de mujer loba. Arrebató por la fuerza el trono a su propio hijo, al que habían arrancado los ojos. Hagen se dirigió nuevamente a Teófano.

—¿De quién son esbirros esos hombres que te persiguen?

La joven le miró con aire grave, los brazos alrededor de la cintura de Rogelio, muy abiertos los ojos, azules y cándidos como los de una niña.

—No puedo decírtelo. Por favor, confía en mi.

—Te hemos salvado, ¿no? Ahora, el jefe de esos sujetos estará resentido con nosotros. Debemos protegernos.

—Unos héroes como vosotros no tienen miedo a nada —dictaminó Teófano.

Hagen echó la cabeza hacia atrás y estalló en una sonora carcajada. Transmitió a Rogelio lo que acababa de decir la joven y Rogelio esbozó una sonrisa de oreja a

oreja y, al tiempo que miraba a la chica por encima del hombro, emitió una risita entre dientes.

—¿Por qué os reís de mi? —inquirió la muchacha, claramente picada en su amor propio.

—No somos héroes, señora nuestra —repuso Hagen—. Hemos tenido que realizar esta peregrinación porque, si no, en Franconia nos habrían ahorcado.

Los ojos de Teófano se abrieron todavía más. Se apartó un poco de Rogelio.

—Pero sois hombres de buena familia...

—Nuestra sangre es tan noble como la de cualquier familia de la Cristiandad... el rey es pariente nuestro. Por eso tuvimos que elegir entre la horca o la peregrinación.

—Pues elegisteis sabiamente. Dios os salvará. Dios os ayudará a limpiar vuestras almas.

Hagen se encogió de hombros; mientras cabalgaban, sus ojos seguían examinando el terreno a su alrededor, para localizar a los cuatro griegos, en el caso de que apareciesen. Llegó a la conclusión de que aquella joven le caía bien. Para empezar, apreciaba en ella algo profundamente honesto y sólido, pese a los afeites, a las mentiras y a que era griega. Refirió a Rogelio la última parte de la conversación y su hermano volvió cabeza y, por encima del hombro, miró a la muchacha con una expresión protectora y tierna que arrancó a Hagen un resoplido.

—Probablemente tienes razón en lo que concierne a Rogelio —concedió Hagen—.

Desde que estuvimos en los lugares que recorrió Jesucristo y en los que murió, Rogelio no ha cesado de ganar en santidad. Me resulta muy difícil mantenerme a su altura y seguir a su lado.

—¿No habla nada de griego?

—Muy poco.

—Sin embargo, tiene cara de bueno.

Rogelio volvió a mirarla por encima del hombro y la joven le dirigió una sonrisa.

Hagen miró de nuevo al frente. La flamante santimonia de Rogelio no se había extendido a su vida de castidad. Las mujeres siempre se le habían dado bien; aquélla no iba a ser tampoco la excepción. Marginado por la pareja, Hagen carraspeó, se reprochó la envidia que sentía y señaló hacia el punto, delante de ellos, donde el camino iniciaba una curva en la pelada falda del monte.

—Ese parece un sitio ideal para una emboscada. Me aseguraré de que los amigos de la chica no nos están aguardando.

Accionó los talones y el caballo emprendió el galope carretera abajo, rumbo a la distante curva, donde unas inmensas peñas se amontonaban sobre el camino.

La capa del caballero bárbaro era de un tejido basto que olía a caballos, pero el

rostro era noble, casi de alta alcurnia, aunque naturalmente no se trataba de un griego.

Teófano confiaba en él. Le resultaba más simpático que su hermano, tal vez por la insistencia de éste en formular preguntas. Y recordaba cómo la había cogido Hagen, reteniéndola contra su voluntad.

Hagen se alejaba por delante de ellos. Teófano introdujo una mano dentro de la capa, bajo la seda de su túnica, y acarició con los dedos el papel en el que estaba la lista de nombres.

Si los hombres de Cerulis volvían en buen número, dos caballeros no podrían detenerlos, ni siquiera aquellos dos, con sus enormes espadas y su alegre predisposición a la pelea. Ella tendría que entregarse para salvar vidas. Lo importante era la lista.

Si los hombres de Cerulis la encontraban, morirían muchas personas, además de Teófano. Se inclinó hacia aquel caballero que hablaba poco griego y que, ciertamente, no lo leía, y le tendió el papel.

—Por favor —pidió—. Escóndelo.

El hermano había aludido a una tendencia hacia la santidad. Tenía que confiar en él. Rogelio la miró, sin sonreír, y se hizo cargo del papel.

—Ocúltalo.

Teófano articuló la palabra despacio, con precisión, al tiempo que inclinaba la cabeza, y Rogelio comprendió. Lo comprendió mucho mejor de lo que ella esperaba; Rogelio miró al frente, hacia su hermano, que apenas era ya un puntito en la carretera, entre los grandes peñascos que se alzaban a ambos lados del camino, y, sin desdoblar el papel para lanzarle una mirada, se lo guardó bajo la túnica.

Teófano suspiró, más tranquila. Sonrió a Rogelio y, liberado el cerebro de una buena dosis de preocupación, observó que, a su modo, era un hombre guapo, rudo y carente de gracias elegantes, pero pletórico de vigor. Bajo la tosca capa, el cuerpo era agradablemente robusto y corpulento. Apoyó la mejilla en la espalda de Rogelio, siempre con los brazos en torno a su cintura.

—Teófano —Rogelio acarició el nombre con la voz, y su mano cogió la de la muchacha, por encima de la hebilla del cinturón. Ella sonrió, apoyado el rostro en la espalda del hombre. El amor conoce todos los idiomas. El hermano de Rogelio volvía ya. Los dedos de la muchacha se deslizaron por la palma de la mano de su nuevo amigo, un contacto que encerraba una pequeña promesa.

Había oído decir que el cabello de los bárbaros de occidente era rubio. El de Rogelio tenía el color áureo del trigo, el de Hagen era casi blanco. Conversaron a ratos, mientras cabalgaban. La joven se enteró de que llevaban cerca de dos años de peregrinación, visitando los santuarios de Siria y Palestina, y, tímidamente, Teófano preguntó qué pecados habían cometido para merecer tan desmesurada penitencia. Eso hizo que Hagen dejase oír otra rugiente carcajada, pero sin responder a la pregunta. La muchacha recordó el grito que soltó al desenvainar la espada, lo cual le

produjo un estremecimiento. A hombres como aquéllos era mejor evitarlos, utilizarlos sólo cuando resultara

imprescindible, pagarlos en seguida y despedirlos de inmediato. Se desembarazaría de ellos en cuanto estuviese sana y salva en Constantinopla, antes de que pudieran ponerla en dificultades ante la basileus.

Se avergonzó nada más concebir aquel pensamiento. La habían salvado del despreciable Karros y, aunque sin advertirlo, habían salvado su misión, que era más importante que la propia Teófano. No debería estar pensando en desembarazarse de ellos, sino en recompensarlos de alguna manera, por el servicio que les habían prestado a ella y a la emperatriz.

Frente a ellos, el camino descendía monte abajo, serpenteando por la empinada ladera; a lomos del corcel bayo, el hermano de Rogelio se había adelantado bastante y galopaba a lo lejos entre un penacho de polvo. La muchacha oprimió su mejilla contra el áspero tejido de la capa del hombre que iba delante de ella. La misma ruda fortaleza y falta de refinamiento que los hubiera puesto en ridículo en la corte, salvaría a Teófano de nuevo si Karros intentase apoderarse de ella. Vio en esa circunstancia una profunda

lección. Dios medía el valor de los hombres; ella aceptaría lo que Dios le enviase, jubilosamente y sin juzgar.

El caballero tras el que iba le murmuró algo. La mano del hombre apretó calidamente la suya. Teófano le correspondió con una sonrisa. A Dios no le importaría que ella otorgara a aquel gallardo y valiente caballero el único premio que podía concederle. Hablaba poco griego, pero eso no constituía inconveniente alguno, una vez habían rebasado las palabras. Apretó los brazos en torno a la cintura del franco y oprimió con más fuerza la mejilla contra la calidez de su espalda.

—Teófano —silabeó el nombre como si lo cantara.

Ella volvió a sonreír, cerró los ojos y se sintió muy segura, al menos por el momento.

Hicieron un alto para pernoctar en una posada a orillas del oscuro mar. El viento del oeste impulsaba hacia ellos una tormenta y las olas rompían contra las rocas de la costa, entre fragores y silbidos siseantes como los de un colosal caldero en ebullición. La hostería se alzaba en las afueras de la pequeña ciudad blanca de Crisópolis, donde el transbordador llevaba a los pasajeros de Constantinopla a través de los estrechos que separan Europa de Asia.

Además de la estancia común, el establecimiento disponía en el primer piso de varias habitaciones pequeñas, que el posadero alquilaba a los huéspedes para dormir una noche, y en aquélla había pocos viajeros. Hagen, su hermano y Teófano alquilaron un cuarto para los tres.

Aunque hubieran estado rodeados de extraños, a Rogelio y Teófano les hubiera importado poco. Sólo tenían ojos el uno para el otro. Sin saber cómo, su cabalgada

sin palabras de la tarde había madurado en un impetuoso y sensual deseo mutuo. Tras cogerla por el talle y apearía del caballo, Rogelio le pasó el brazo protectoramente por los hombros, inclinada la cabeza sobre ella. Con las manos cogidas, ambos permanecieron contemplándose como idiotas, mientras Hagen reservaba y pagaba la habitación y, una vez en el cuarto, siguieron frente a frente, sin apartar los ojos el uno del otro, casi sin respirar, hasta que Hagen masculló a medias una palabra, salió y los dejó solos.

Eso le enfureció. Le gustaban las mujeres; quería a su hermano; pero había estado cabalgando todo el día y deseaba que el peso de su cuerpo dejara de seguir cargado sobre sus piernas y descansara un poco. Ahora tendría que vagar por la posada en busca de algo que hacer, mientras su hermano y aquella cortesana griega retozaban en la cama. De bastante mal humor fue a la sala común y pidió una jarra de vino.

La estancia estaba llena de gente —viajeros y vecinos de la localidad— que bebían, pedían comida y alternaban con sus amigos. Sintióse más solitario que solo, Hagen cogió su jarra, salió a la parte posterior de la posada y se alejó hacia la orilla del mar, caminando sobre la alfombra de agujas caídas de los pinos, entre el efluvio de las coníferas y a través de las rocas.

El viento agitaba las olas. El sol descendía. Sobre la negrura de las aguas, las cabrilías danzaban y saltaban, tan infinitas como las estrellas que brillan en el cielo de las noches despejadas. Hagen se sentó encima de una peña, levantó la tapa de la jarra y se echó al coleteo un largo trago de vino.

Al día siguiente tomarían el transbordador de Constantinopla. Eso significaba que ya estaban a medio camino de casa, porque desde Constantinopla podrían ir a Italia en barco, e Italia se encontraba en poder de los francos. Para Navidad se encontrarían de regreso en Braasefeldt.

Bebió un poco más de vino, al tiempo que evocaba el gran salón que había construido su abuelo, con los cráneos de oso y de ciervo colgando de las vigas, la chimenea de piedra maciza, el olor de la carne asada. El sonido de las voces que hablaban en franco. ¡Volver a oír su propia lengua! El sabor de la cerveza, cerveza auténtica y no aquel insípido brebaje que elaboraban los orientales. Comer otra vez pan hecho en casa...

Tenía planes para cuando volviera a la patria. En tierras extranjeras, entre desconocidos noche tras noche, había hablado de Braasefeldt con Rogelio. Levantarían diques a lo largo de río, construirían un molino, desecarían las marismas para convertirlas en tierras de cultivo. Nada de robos, no más peleas, se acabó el andar buscando camorra y el salir también en pos de follones, con la mano siempre en la empuñadura de la espada y lanzando mandobles a las sombras. Aunque él no había aprendido a rezar tan bien como Rogelio, al menos había aprendido a no pecar.

El vino estaba un poco agrio, pero le relajó. Alimentó su melancólica soledad.

Al volver la mirada hacia el pasado, comprendió que había malgastado su juventud en pendencias de borracho y en desquites cobrados a sus enemigos. Vengar el asesinato de su padre había sido necesario y, aunque Reinaldo era hombre muy malvado, resultaba inevitable que alguna vez perdiera y alguien acabase con él; pero la mayoría de las disputas y peleas que con tan obsesiva devoción promovió sólo fueron excusas para delitos fútiles. Ahora ya estaba dispuesto a llevar una existencia tranquila y honesta, dar órdenes a los siervos, proteger sus fronteras y combatir en las guerras de su rey.

Casarse. Criar una prole numerosa de chicos de pelambreira blanca y vivo genio, y también de chicas que se desposaran con miembros de otras familias con las que aliarse frente a los enemigos. Estaba cansado de ser un forajido. Deseaba respeto, relaciones y honra.

Se había puesto el sol. El cielo se desangraba, perdía la púrpura de su claridad.

Las aguas del mar estaban ya tan oscuras como las del averno. Se puso en pie y anduvo con paso vacilante por la rocosa ribera, dando patadas a las piedras y enviándolas al mar. Las olas se remontaban en el aire tras estrellarse contra los dientes de los peñascos, extendían momentáneamente su espuma sobre las rocas y luego resbalaban de vuelta al mar, agitando y haciendo entrechocar los cantos rodados de la playa. Por el oeste, puro y brillante, el lucero vespertino centelleaba como fuego celeste. La jarra estaba vacía. Hagen dio la espalda al viento y regresó pesadamente hacia la posada.

Pasó por el patio trasero, donde peleaban los gatos encima del montón de basura, y, dando un rodeo para eludir la fetidez de los desechos, se dirigió a la entrada lateral de la hostería. Se detuvo en seco a mitad del trayecto. A cierta distancia de la puerta de la fachada, apenas visible al otro lado de la esquina, estaba apostado un hombre con armadura de cuero, el cual sostenía por las riendas un grupo de caballos.

Hagen lo reconoció al instante: era uno de los griegos de la pequeña iglesia de piedra. Hagen echó a correr hacia la puerta frontal de la posada. Su cuarto estaba en el lado contrario, en el piso de arriba. En el momento en que doblaba la esquina, los otros tres griegos salían corriendo por la puerta de la fachada.

El cabecilla, el gordo de los adornos rojos en las hombreras, vio a Hagen y gritó.

Subió a la silla de un salto, arrancó las riendas de las manos de su compañero y se precipitó sobre Hagen. Los dos individuos que le seguían fueron menos rápidos en su reacción; uno de ellos arrastraba la pierna.

El caballo embistió a Hagen, que se apartó a un lado para esquivarlo y chocó contra el muro del figón. El griego de las escarapelas hizo volver la cabeza a su montura y salió disparado hacia el portillo de la posada, lo cruzó al galope y huyó carretera adelante, sin esperar a sus compinches. Estos subieron a sus a cabalgaduras

y se aprestaron a seguirle. Hagen entró rápidamente en la hostería.

La sala de la taberna rebosaba de parroquianos. Tuvo que abrirse paso a la fuerza, entre la masa de cuerpos, para llegar a la escalera. Allí había ya menos gente; subió los peldaños de dos en dos y se lanzó a la carrera por el pasillo. La puerta de su habitación estaba medio abierta. Pronunció a voces el nombre de su hermano e irrumpió en el cuarto.

La cama estaba deshecha, los cobertores y las sábanas desperdigados a través de la estancia, los postigos de las ventanas abiertos de par en par. Rogelio era el único ocupante de la habitación. Yacía desnudo en mitad del cuarto, boca arriba, en medio de un gran charco de sangre que se extendía por el suelo. Hagen se arrodilló junto a su hermano, lo alzó y, nada más tocarlo, supo que Rogelio había muerto.

Sin embargo, lo levantó en peso, con todo el cuidado del mundo, y lo sostuvo en sus brazos, en blanco el cerebro, como si esperase que su hermano recobrarla la vida.

Una sombra que cruzó la puerta llamó su atención. El posadero, al tiempo que profería un juramento, entró en la habitación.

—¿Quién lo hizo? ¿A qué pueblo pertenecéis vos?

Hagen forcejeaba interiormente consigo mismo; amaba a su hermano más que a ningún otro ser vivo. Se incorporó, despacio, cruzó la alcoba con el cuerpo de Rogelio en los brazos y lo depositó encima de la cama. La enorme herida que Rogelio tenía en el pecho manchó de sangre la ropa de Hagen, había otro corte en la parte lateral del cuello, una herida que alguien le causó por la espalda.

—¿Quién ha sido? ¿Quién lo hizo? —gritaba el posadero.

Hagen volvió la cabeza bruscamente para encarar al hombre.

—¡Largo de aquí!

—¡Esta posada es mía!

—¡Me importa un ardite! ¡Largaos de aquí antes de que os mate!

Las quijadas del posadero se quedaron inmóviles, abierta la boca. Retrocedió poco a poco, se distanció de Hagen y se mezcló con la chusma de papanatas curiosos concentrados en el umbral de la puerta y en el pasillo. El posadero se revolvió y los apartó de la entrada. Cerró de un portazo.

Hagen cubrió el cadáver de su hermano con una sábana desgarrada y llena de parches que cogió del suelo. Se arrodilló y rezó unas oraciones por el alma de Rogelio, en la que aún palpitaría la vida. Imaginaba el alma como una mariposa que aletearía rumbo al Cielo, cargada con el peso de los pecados, así que envió sus oraciones como alas que contribuyesen a soportar aquella carga. Paulatinamente, mientras se iba quedando sin palabras sagradas, una marea roja fue anegando la blanca visión. Estalló en lágrimas. Agarró con fuerza la mano de Rogelio, mientras lloraba, juraba y pensaba en los cuatro griegos que habían cometido aquel desafuero.

Pensó en Teófano. La muchacha no iba con ellos cuando salieron precipitadamente de la posada y, de acuerdo con todos los indicios, supuso que había escapado por la ventana.

Se dominó; abrió la puerta y, al ver al posadero en el pasillo, le hizo una seña, indicándole que entrase en la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre—. Llevo un establecimiento decente. Cuestiones así son difíciles de explicar a las autoridades.

—¿No visteis a los soldados que subieron aquí?

—¡Claro que los vi! Uno no tiene más remedio que reparar en cuatro hombres bien armados, que irrumpen en su establecimiento y...

—¿No los detuvisteis?

—¡Ignoraba sus designios! Es evidente que están al servicio de alguna personalidad importante, con tales uniformes...

—¿Reconocisteis sus uniformes?

—No tuve ocasión de verlos durante mucho rato... Se limitaron a entrar y a subir derechos escaleras arriba, hacia la habitación. Sea como fuere, sin duda os estaban espionando... Entraron en cuanto vos salisteis, la verdad.

Hagen respiraba agitadamente. Tuvo la sensación de que le habían arrancado un gran pedazo de su cuerpo. Si no se hubiera ido, si hubiese estado allí cuando entraron... No podía llevar la mirada hacia su hermano, muerto encima de la cama.

—La muchacha —dijo—. La muchacha griega que venía con nosotros cuando nos hospedamos aquí. ¿Dónde está?

—Bueno, un momento, estáis rebosante de preguntas...

—Quiero un cementerio. Y un sacerdote.

—¡Y yo quiero unas respuestas!

Hagen empezó a perder la paciencia y levantó el puño, dispuesto a descargarlo contra el posadero y derribar al hombre contra el suelo; el griego retrocedió unos pasos.

Alzó las manos, con las palmas por delante.

—Está bien, escuchad, no os creéis más dificultades.

El franco bajó el brazo. No quería golpear a aquel hombre que, al fin y al cabo, era inocente. Como si latiese en su cerebro, el alma de Rogelio exigía venganza a gritos. Hagen se dominó, consciente de que estaba solo en un lugar desconocido y traicionero.

—Necesito un sacerdote. Un cementerio. Yo cavaré la sepultura.

Se volvió hacia la cama donde yacía Rogelio y, tras recoger las prendas de su hermano, esparcidas por el suelo, inició los preparativos del entierro.

Hubo momentos en el pasado en los que había creído que tendría que hacer aquello por Rogelio, pero también hubo otras ocasiones en las que pensó que Rogelio lo tendría que hacer por él. Pese a todo, no estaba preparado. Deseaba haber muerto con su hermano, antes que verse obligado a hacer aquello.

Con manos temblorosas tocó la carne, cada vez más fría, del cadáver. Los recuerdos se agolparon en su mente. De niños, sólo se llevaban dos años, siempre

había estado peleando; se acordaba de las veces en que, armado con una azuela, había perseguido a su hermano por el patio, como recordaba también que Rogelio, que aún vestía camisón, le había golpeado en la cara con una piedra. Poco a poco, fueron haciéndose amigos y a luchar juntos contra los demás. Su madre murió en el lecho de parturienta, al nacer Rogelio; su padre, despiadado en todas sus otras cosas, adoraba a los chicos y les permitía hacer lo que les viniese en gana. A la muerte de Reinaldo, su dependencia mutua fue en aumento y, tal como Reinaldo les enseñara, plantaron cara al mundo

entero codo con codo y sólo pedían la oportunidad de obtener la victoria.

Y ahora estaba solo. Ni siquiera en los peores momentos se le pasó nunca por el magíP que pudiera quedarse solo.

Cuando deslizaba la camisa por la cabeza de Rogelio, un trozo de papel doblado cayó de la manga. Desplegó el papel y contempló las líneas escritas con tinta. No sabía leer, pero reconoció los caracteres griegos. Teófano debía de haber entregado aquel papel a Rogelio.

Teófano. Aquella muchacha era la causante de lo que le ocurría a él y de lo que le ocurrió a Rogelio.

Se calmó, se sentía peligrosamente liviano y débil, como si saliera de la presión de un enorme remolino hirviente de dolor. Se daba cuenta de que debía andarse con mucho cuidado. No tenía miedo. Estaba acostumbrado a la lucha; siempre le produjo grandes satisfacciones la simple disciplina del ataque y el contraataque, del golpe asestado a cambio del golpe recibido. Pero no se encontraba en su país, aquella gente eran griegos y, ya lo había notado, eran de un orden distinto al de los francos. Vengaría a Rogelio pero para hacerlo tendría que moverse como un gato, mantenerse vigilante como un búho nocturno y tener siempre en cuenta su propia ignorancia, si deseaba sobrevivir.

Cuando su hermano estuvo vestido, estirado en la cama, peinado el cabello, cruzadas las manos sobre el pecho y cerrados dignamente los ojos, Hagen volvió a arrodillarse, aunque esa vez no para rezarle a Dios. En esa ocasión lo que hizo fue dirigirse a su padre, Reinaldo el Negro.

Le pidió perdón por no haber podido impedir que matasen a Rogelio, puesto que el hermano mayor siempre había sido responsable de él, y prometió, con un juramento tan antiguo que las palabras le resultaban extrañas y la lengua tenía que articularla despacio que se cobraría aquella deuda de sangre. No se santiguó al final. Había cosas de las que era mejor dejar a Cristo al margen. Se puso en pie, salió en busca de un pico y una pala y cayó la tumba, envuelto en la oscuridad.

Por la mañana, enterró a su hermano en el cementerio de una iglesia cercana al mar de Mármara, entre los difuntos de un pueblo extraño. Le dolió de una manera absurdamente aguda que Rogelio tuviera que descansar hasta el Día del Juicio con una cree griega a la cabecera de su tumba y, durante largo rato, no pudo soportar la

idea de apartarse de la sepultura y dejar a su hermano allí solo.

Por último, emprendió el camino por la carretera que, entre pinares, bordeaba el la colina, y llegó a Crisópolis. Una vez allí, se dirigió al embarcadero del transbordador y adquirió el pasaje, para él y los caballos, que los trasladaría a Constantinopía a través de los estrechos.

El fuerte viento hizo que la travesía se prolongara durante toda la tarde y parte de la noche. La oscuridad y la niebla ocultaban la ciudad e impedían verla. Por último, el alba extendió su velo blanco por el cielo, el mar se aquietó y la neblina empezó a levantar.

Hagen permaneció con los caballos en la proa de la torpe y enorme barcaza. Los demás pasajeros se agruparon en la cubierta, alrededor de braseros de carbón y compartieron sus capas para conservar el calor. La tempestad había amainado bastante y el aire era tranquilo, inmóvil como el agua de una tinaja. La pegajosa humedad de la neblina del amanecer se adhería al rostro de Hagen, cuyas manos estaban ateridas en torno a las riendas de las dos monturas.

Al principio, a la tenue claridad de la aurora, el gigantesco promontorio sobre el que se erguía la ciudad de Constantinopla sólo era una ambiguo apunte de macizo situado a la izquierda. La ondulante llama del faro que parpadeaba en lo alto del acantilado fue perdiendo brillo, lo mismo que las estrellas, ante la cada vez más clara luz del día. La gabarra crujía en su desplazamiento a lo largo de la costa y, despacio, viró para tomar rumbo norte y entrar en el puerto.

Aquel puerto se llamaba Cuerno de Oro. Una lengua de agua al abrigo del farallón, cuya angosta entrada aún estrechaban más los rompientes y amontonamientos de rocas sujetas por cadenas. Cuando la embarcación franqueó la bocana del puerto, los hombres que estaban a los remos prorrumpieron en un grito jubiloso, se santiguaron y agradecieron a Jesucristo el que les permitiese arribar.

Era un puerto maravilloso. Hagen ya había reparado en ello cuando pasó por allí camino de Jerusalén. En el alargado brazo de mar que formaba la bahía, frente a él, donde las primeras claridades diurnas empezaban realmente a iluminarlo todo, se alineaban centenares de barcos. Vio naves venecianas de abultado casco amarradas junto a embarcaciones de afilada proa gobernadas por marinos orientales, dawas de vela latina, rojas, anaranjadas y a rayas, y largas embarcaciones fluviales de hinchado combés propias del norte. Entre ellas y la orilla danzaban pequeños botes, que descargaban y volvían a cargar, trasladando géneros de un punto a otro. Hagen entornó los párpados, mientras buscaba con la vista entre aquellos barcos de la ciudad uno que pudiera llevarle a Italia.

El sol le calentaba ya el semblante y las manos. Se enderezó y sus músculos helados se esforzaron en absorber la calidez del día, como un árbol que despierta y se libera del abrazo del invierno. Traslado su mirada a la propia ciudad.

Le asombró. Le había admirado la primera vez que la vio y ahora no debería pillarle por sorpresa, pero, no obstante, su primera ojeada le impulsó a respirar

hondo, fascinado, prendados los ojos, abierta la boca.

Algunos jirones de niebla aún continuaban aferrados a la costa y velaban la parte inferior de la ladera. Desde aquella indefinida masa gris se elevaban una capa tras otra de inmuebles, cuyas filas trepaban por el abrupto acantilado, rumbo al sol, hasta la cima del farallón. Bajo los resplandores solares, los colosales edificios de mármol blanco del palacio resaltaban contra la bóveda azul del espacio y las cúpulas doradas de los templos resplandecían como llamas sagradas. Daban la sensación de encontrarse más cerca del Cielo que de la tierra, aquellos inmensos monumentos albos y dorados, como si los hubiese emplazado allí la mano del propio Dios, y de ellos parecía depender el resto de la ciudad, protegida por los velos de una capa rebosante de gracia. A lo largo de la espina dorsal del promontorio, en dirección al continente, había más iglesias, con sus cúpulas de plata y oro; hileras de columnas blancas adornaban los espacios libres entre una y otra. Era la calle central, lo que los griegos llamaban el Mesé.

Aquí y allá, entre la redondez de las cúpulas, tan agradable a la vista como la curva de unos senos femeninos, una aguja eclesial se disparaba audazmente por el azul del cielo, de forma que la línea del horizonte era una frontera dentada que descendía hacia las confusas colinas inferiores.

El resto de la urbe irradiaba de allí para formar un conjunto de jardines y arboledas, masas de edificios contruidos unos encima de otros, con las calles zambulléndose entre ellos como caminos de cabras o ensanchándose suavemente sobre los repechos más amplios para convertirse en mercados, sobre la concurrida ribera.

Ni siquiera al borde del mar habían dejado de construir. Toda la línea de la playa estaba sembrada de terraplenes y rompeolas de piedra, que formaban abrigos para los botes y, en aquellos malecones, había más casas, cabañas y almacenes, e incluso iglesias, todo ello acariciado por el grato oleaje del Cuerno de Oro. Ahora, entrado ya el día sobre ellos, aquellos paseos eran como hormigueros humanos. Hombres con carros de mano bajaban hasta el borde del agua y filas de esclavos medio desnudos cargaban fardos en las naves atracadas en los muelles y los transportaban a la ciudad.

Vio literas cubiertas, llevadas por musculosos individuos, que se bamboleaban por las calles paralelas al puerto y entonces, por primera vez, llegaron hasta él los ruidos del lugar, las voces y gritos, las canciones de los trabajadores, los chillidos de las gaviotas, el rumor de los pies y el chasquido de los cascos de los asnos, todo mezclado en un sordo e indefinido fragor que —lo sabía, gracias a su pasada experiencia allí— no iba a cesar ni siquiera cuando cayera la noche, como los sonidos de la vida que bullía en la propia urbe.

La barcaza entraba ya en su atracadero del puerto. Como un solo hombre, todos los demás pasajeros cogieron sus paquetes y sus niños y se precipitaron hacia proa,

donde se apelonaron, mientras la excitación les impulsaba a levantar la voz. Los caballos de Hagen alzaron las orejas, movieron amenazadoramente las ancas hacia la multitud, y los otros pasajeros se echaron atrás para evitarlos. La gabarra se balanceó a causa del desplazamiento del peso. La proa tocó el muelle, cuyo borde acolchaban sacos

reellenos colgados de mallas atadas a los pilotes, y una maroma silbó al desenrollarse mientras surcaba el aire hacia el barquero que la esperaba en cubierta.

El grupo de pasajeros chilló y presionó. Hagen no se movió; ya estaba enterado de lo que venía a continuación y de que era inútil pretender desembarcar en seguida.

Por mucho que gritaran y forcejearan, nadie iba a abandonar la gabarra todavía; dos vocingleros funcionarios les obligaron a retroceder, subieron a bordo, con tablillas de cera y cañas afiladas con las que escribir, y empezaron a formular preguntas.

Hagen dominaba ya aquella parte del procedimiento. Cuando el primero de los dos funcionarios recorrió la cola y dirigió la orden preliminar a los pasajeros que la formaban, Hagen le introdujo en la mano el oportuno soborno. Al instante, le pasaron por delante de los demás, le permitieron abandonar la barcaza con los caballos y le condujeron al jefe, que tenía el despacho en la entrada del puerto.

—¿Eres bárbaro? —preguntó el hombre, y se dispuso a anotar las respuestas en un trozo de papel.

Hagen conservaba los documentos desde la vez anterior. Los sacó de la bolsa y los puso delante del funcionario, sobre la superficie de la mesa de trabajo cubierta de marcas.

—Carlos es mi rey. Adelhardt es mi obispo y el conde de Frisia es mi señor. Vuelvo a casa, de regreso de mi peregrinación a Tierra Santa, y mi propósito principal es encontrar un barco que me lleve a Italia.

—¿Vas solo? —se sorprendió el oficial—. Vaya, vaya. Para ser bárbaro, hablas un griego bastante aceptable. ¿No tienes mercancía alguna que pretendas vender aquí?

—No —replicó Hagen con brusquedad. Les habían hecho antes aquella misma pregunta a Rogelio y a él, y aún le resultaba insultante.

—¿Cuánto dinero llevas encima?

Hagen lo había contado a bordo de la gabarra.

—Tengo dieciocho bezantes, unos sesenta dinares y veinticinco céntimos de plata.

Los extendió sobre la mesa para que el funcionario los viese. El hombre los contó y procedió a apuntarlo minuciosamente. Hagen le observó con disgusto. Era indigno de su linaje prestar tanta atención al dinero.

—Tengo un recado para alguien de la corte —dijo—. ¿Por dónde debo ir para entregarlo?

—No podrás hacerlo hasta pasado mañana —respondió el griego—. Mañana se

celebra la carrera del Cinturón de Oro. En Constantinopla, ni un alma dejará de ir al hipódromo. ¿Nombre?

Hagen le dio su nombre, y el griego aludió a la zarrapastrosa lista que había en la pared.

—¿Carrera de caballos? —preguntó Hagen.

—En el hipódromo. Debes ir, si aún puedes... La visita a Roma no es completa sí no has asistido a los juegos.

—¿Por qué insistís en llamar Roma a esta urbe? He estado en Roma, se encuentra en el otro extremo del mundo.

—No es cuestión para el cerebro de un bárbaro. Te concedo veinte días. —El funcionario escribió en un trozo de papel, calentó un poco de cera con la llama de una vela y estampó un sello en la esquina del documento—. Si para entonces no has encontrado barco, vuelve aquí y te otorgaré otros veinte días. Y, por favor, no compres ni vendas género alguno sin permiso. —El griego le tendió el papel sellado—. Buenos días.

—Buenos días.

Hagen tomó el documento, que las autoridades esperaban les devolviese cuando abandonara la ciudad, y salió del despacho.

La urbe bizantina, a la que Constantino el Grande llamó Nueva Roma, y que todo el mundo llamaba Constantinopla, había alumbrado cuarenta generaciones de hombres. El descollante farallón en forma de cuña que se alzaba sobre el Bósforo dominaba la ruta marítima que comunicaba el Mediterráneo con las estepas de Asia, fuente de oro y seda, joyas y especias; también dominaba las vías de enlace entre el valle del Danubio y las tierras altas de Anatolia donde, desde el alba de los tiempos, radicaban los centros metalúrgicos y comerciales. Mucho antes de que en el siglo VI antes del nacimiento de Cristo Bizancio el Griego estableciera allí un asentamiento permanente, el solar de Constantinopla ya había sido punto neurálgico de poder.

De modo que Bizancio ya era antiguo cuando el emperador Constantino, cuya elección confirmaron los oráculos, recorría aquel lugar con un grupo de arquitectos y alarifes y fundaba su nueva capital. Tras años de guerra civil y luchas entre rivales aspirantes al trono había concentrado por fin el gran imperio de César Augusto, que englobaba todo el mundo mediterráneo... y que, como si acentuara así su profunda dependencia del mar Medio, resistió obstinadamente todos los esfuerzos para extenderse por el este o el norte rebasando los límites de su cuenca: un imperio que tomó el nombre de la ciudad de Roma, pero que ya no se circunscribió exclusivamente al carácter de Roma ni a sus tradiciones.

Para apartarse de aquellas molestas tradiciones, cuyo fastidio resultaba aún mayor porque eran la esperanza de la regla republicana, Constantino había trasladado la sede gubernamental hacia el este, a aquella ciudad nueva, donde tendría las manos libres para configurar el destino imperial conforme a sus propias ideas.

En ese aspecto, Oriente brindaba un positivo apoyo. En Oriente, el rey era un dios, cuyo arbitrio contaba con la autoridad suprema de lo divino. Sin senado, sin multitudes estridentes, sin irritante cuerpo judicial que pudiera desafiarle. En Constantinopla, construidos su palacio, los edificios estatales, los jardines y los lugares de culto, Constantino pretendía convertirse en omnipotente.

A tal fin, abrazó una nueva religión. Tras generaciones de sufrir escarnio y opresión, la Iglesia de Jesucristo se erigiría en fe única del Imperio. Todos rendirían culto a un solo Dios, de acuerdo, en cierto sentido, con la palabra del decimotercer apóstol, el compañero de Cristo, la voz de Dios en la Tierra, el emperador de Constantinopla.

En el curso de las terribles generaciones siguientes, las previsiones de Constantino

se vieron justificadas. Las provincias occidentales del imperio se descompusieron hasta

el desmoronamiento y visigodos y vándalos, hunos y lombardos las invadieron; Roma

también cayó una y otra vez, hasta que sólo le quedó el andamiaje de su gloria, pero

Constantinopla aguantó. Los bárbaros lanzaron contra ella ejércitos tan numerosos que cubrían las llanuras como enjambres de langostas, pero no lograron romperlas defensas. Vivió y murió Atila; Alarico, cuya espada añadía peso al rescate de los gemebundos romanos; el lisiado Genserico, en quien Cartago encontró por fin la venganza; y Teodorico el ostrogodo, que lo único que deseaba era ser romano... todos ellos fallecieron y se convirtieron en polvo, junto con sus ambiciones de oropel, mientras Constantinopla no sólo resistía, sino que era cada vez más poderosa. Incluso cuando la golpeó el desastre, cuando, por ejemplo, el emperador Valente murió en Adrianópolis bajo los cascos de los caballos visigodos, la ciudad era invencible.

Era una idea, la Ciudad, una idea propia de Justiniano, un orden mundial perfecto, un imperio cristiano universal; durante cierto tiempo, al menos, Justiniano recuperó incluso las antiguas provincias occidentales de África e Italia y el Imperio llegó a todos los puntos del mar Medio. Después, por culpa de un eunuco que se sintió insultado por un desaire femenino, los lombardos se apoderaron de la mayor parte de Italia. Y aparecieron los árabes.

Los había criado el desierto, como si los granos de arena se hubiesen transformado en guerreros y el sopío caliente del viento los hubiera lanzado en remolino fogosamente irresistible a través de África y de Tierra Santa, donde una sutil cuestión de doctrina preparó al pueblo para un nuevo señor, que poseía un planteamiento más claro de lo que anidaba en la cabeza de Dios. El Imperio menguó como un charco bajo el sol.

Volvió a perderse África, con Egipto y Siria, los árabes continuaron en marcha,

impulsados por su sencillo credo y por su al parecer infinito número; alcanzaron la costa y construyeron barcos, tomaron Chipre y Sicilia, hasta que un día estuvieron allí, ante la mismísima Constantinopla, confiando en apoderarse de todo.

Alguien dijo que la Virgen anduvo por las murallas de la Ciudad durante el asedio y que su sonrisa maternal y el tacto de su mano elevaron el ánimo de los sitiados; otros, más prácticos, atribuyeron el éxito de la defensa a la nueva arma, fuego griego, que disparada por unos tubos huecos atravesaba las naves de los árabes, que en seguida se incendiaban y ardían sobre el agua como las hecatombes de los antiguos. Los árabes fracasaron. Volvieron a intentarlo, insensatos, sin reconocer la voluntad de Dios cuando la tenían delante (aunque pronunciaban grandes arengas y discursos acerca de la voluntad de Dios), y de nuevo la derrota fue su premio, una y otra vez, y en cada nueva ocasión, cuando los desconcertados favoritos de la catástrofe se retiraban, el Imperio

acrecentaba un poco su fortaleza.

No había paz. Había equilibrio: los árabes atacaban, el Imperio contraatacaba y, allí donde las fuerzas eran equivalentes, surgía una frontera, pero, como ocurre siempre, cuando se sojuzgaba a un enemigo, aparecía otro. Del norte llegaron los bulgaros, un gran pueblo gruñidor que ni siquiera tenía rey auténtico y cuyo empuje aniquilante le había permitido invadir Tracia, Iliria y Grecia. Entonces, el emperador cometió un espantoso error.

El emperador —se llamaba basileus en griego; el latín había dejado de servir al imperio por la época de Justiniano— era igual que los apóstoles, pero hasta Pedro cometía errores; y frente a los árabes y a su fe sublimemente sencilla, el emperador León el ¡saurio tuvo una tentación irresistible. Simplificaría también el cristianismo. Decretó que todos los ídolos e imágenes de Dios eran blasfemos y había que destruirlos.

Como un torbellino, la iconoclasia se desató prácticamente por todo el Imperio.

Tal vez se habían dado abusos con las imágenes de santos —especialmente en las provincias orientales, donde a menudo los iconos se utilizaban a guisa de padrinos en los bautizos—, pero el pueblo los veneraba y les era fiel. A los pocos años de los edictos iconoclastas, Constantinopla había perdido la mayor parte de Grecia, no le quedaba más que Italia y las poblaciones en rebeldía del Imperio imposibilitaban el gobierno.

Sin embargo, el emperador no estaba dispuesto a ceder. Ni su hijo Constantino atendió a razones, sino que clausuraba los monasterios paladines de los iconos, incautaba sus riquezas y las imágenes se rompían o se tapaban con una capa de cal lechada, para que la Iglesia de la Sagrada Sabiduría tuviese el aspecto de un asilo para pobres.

Los monjes se resistían con el fervor de quienes consideran la muerte como la salvación, mientras que árabes y búlgaros aprovechaban la oportunidad para

adelantarse y atacar de nuevo al Imperio. De modo que todo parecía condenado a hundirse en el caos.

Una persona de la corte imperial conservaba la fe. Una persona veía el verdadero camino. A sus dieciocho años, la aristócrata ateniense Irene, bautizada así en honor de la diosa de la paz, fue elegida entre ochenta bellezas para casarse con el emperador León IV. Mientras su esposo vivió, no pudo hacer otra cosa que esperar, observar y sufrir, junto con todos los demás miembros de la honrada humanidad. Pero cuando la mujer contaba treinta años, León IV falleció y como el hijo del matrimonio era apenas un bebé, Irene se convirtió en regente y se hizo cargo del gobierno.

Compró a los árabes mediante un gran tributo, envió sus generales a Macedonia para que mantuviesen a raya a los búlgaros, abolió los decretos de iconoclasia y, a lo largo y ancho del Imperio, todo el mundo se regocijó. Las mujeres sacaron de las cómodas y aparadores donde guardaban sus dotes nupciales las imágenes que habían mantenido ocultas; se eliminaron las capas de cal lechada que cubrían las paredes y las cúpulas de los templos y, una vez más, el pueblo pudo levantar la cabeza y contemplar el semblante de Dios.

El niño Constantino, al crecer, también empezó a impacientarse y quiso gobernar.

Alejó a su madre y gobernó muy mal. Sin embargo, Irene mantuvo su fe en aquellos que realmente le importaban. Dirigió a su hijo suaves palabras maternales, Constantino le permitió volver del exilio y, cuando ella vio la ruina que el chico había concitado, supo lo que había que hacer. Con la ayuda de monjes y oficiales de la corte, convenció a Constantino para que se divorciara de su esposa y se casara con otra mujer y, cuando lo hizo, aprovechó la impopularidad de aquel matrimonio para destronarlo. Con hierros candentes arrancaron a Constantino los ojos e Irene ascendió al trono, no como regente, ni como emperatriz, sino como Basileus Autócrator, Par de los Apóstoles,

Soberana del Mundo.

En el 802 de la era cristiana, Irene contaba cincuenta años. Su magnífica cabellera rubia era tan espesa y esplendorosa como siempre; las brillantes pupilas verde gris por las que el hijo del emperador la eligió entre las ochenta mujeres más bellas del imperio aún hacían soñar a los hombres, copiar poesías y buscar en los diccionarios adjetivos que luego siempre parecían sosos. En el palacio de Dafne, por donde paseara Constantino el Grande, ella caminaba con paso firme y la diadema con sus pendientes de perlas le sentaba tan bien como a Justiniano y a Heraclio.

—¿Qué hace este papa de Roma? —decía ahora—. ¿Pretende indicarme lo que he de pensar en cuestiones de religión? ¡Puaf!

Separó los dedos y la carta cayó de su mano y fue a parar a la copetuda alfombra de Shiraz.

—Basileus, predilecta de Dios —dijo el escriba, al tiempo que se inclinaba

hasta tocar el suelo con la nariz.

A lo largo de la pared, soberbios en sus atavios cortesanos, se alineaban en fila los funcionarios, quienes, cada vez que Irene miraba hacia ellos, se inclinaban en gesto de elegante sumisión, como hojas de hierba sacudidas por la brisa. Irene recorrió la estancia con paso firme, erguida la cabeza. Había pasado una mala noche, pero pudo superarlo. Podía dominarlo todo, como hubiera dominado también el dolor agobiante de su pecho. De todas formas, había desaparecido ya; de él no quedaba más que el recuerdo, que era casi tan malo como el propio dolor.

—Decidle —ordenó— que como es tan ignorante que incluso coronaria a algún bárbaro como emperador de Occidente, salta a la vista que carece de perspicacia para vislumbrar cualquier clase de verdad, ni siquiera en las cuestiones más vulgares y sencillas, así que mucho menos en doctrinas de mayor altura. Decidle que lea el Credo de Constantino, donde verá, con toda la claridad del mundo, que el Hijo se sienta a la diestra de Dios, lo que significa, en todos los sentidos razonables, que el Hijo está subordinado al Padre, como siempre ha ocurrido hasta en las familias más primitivas.

Todos murmuraron al unísono:

—Si, basileus, predilecta de Dios.

Y el parakoimomenos, el mayordomo, alzó las manos entre ellos y declamó con voz sonora:

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Gloria al basileus, cuya inteligencia está impregnada de la gloria de Dios!

Irene lo contempló durante unos segundos, inexpresivo el semblante. Las funciones de parakoimomenos se reservaban a los eunucos, los ángeles terrenales; aquél tenía una planta espléndida, aventajaba en estatura a todos los demás y su rostro era como el de una estatua de mármol.

—Enviad la misiva a Roma con alguien que posea buen juicio para tales asuntos.

Quisiera conocer más detalles acerca de esta confabulación entre el obispo de Roma y los francos.

—Si, basileus, predilecta de Dios.

Se inclinaron y oscilaron, rutilantes los bordados de sus mantos. Irene recorrió la sala.

—Podéis retiraros.

Uno tras otro, se acercaron para arrodillarse y besar el suelo a los pies de Irene —Nicéforo, el tesorero, fue el último— y abandonaron la estancia. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, la azafata principal se levantó de la silla que ocupaba en un rincón y se adelantó.

—Debéis tomar asiento.

—Helena —dijo la emperatriz—, ahora recibiré a Teófano.

—Esa niña estúpida —masculló Helena entre dientes—. Sentaos, os lo ruego, señora, por favor.

—¿Tengo mala cara? —preguntó Irene con presteza.

—No, no... pero...

—Tráeme entonces a Teófano.

Helena dejó escapar un suspiro. Llevaba treinta años en compañía de Irene, desde el día en que ambas se sentaron juntas en la Sala de Carillones, con las demás beldades de la presentación de novias, a la espera de que el hijo del emperador eligiese entre ellas a la que sería su esposa. La negra cabellera de Helena estaba salteada con diversas hebras grises y su rostro se moldeaba entre los suaves pliegues y arrugas de la edad; al contemplar aquella cara, Irene comprendió que, en comparación, ella era todavía joven. La dama de honor hizo una reverencia, retrocedió y, a una indicación de su cabeza, un paje dio un salto hacia una puertecita del fondo de la sala y la abrió.

Teófano entró por ella. Había llegado a palacio la noche anterior, muy tarde, bastante descompuesta, pero ahora se encontraba ya apropiadamente vestida para comparecer ante su basileus, recogido el pelo en negras trenzas impecables sobre la cabeza, pintados los labios que trazaban una deliciosa curva, animadas las mejillas con polvos rojos de Egipto. Se arrodilló a los pies de la emperatriz y llevó la frente al suelo.

—Augusta, protegida máxima de Dios, os he fallado.

—Eso me han dicho —repuso Irene.

A las tres de la madrugada, Helena, que no podía ver a Teófano, había acudido ante Irene para contarle la sórdida historia; también llevaba una pócima.

—No tengo excusa —reconoció Teófano, hundido el rostro en la alfombra. Probablemente estaría llorando; tenía una lamentable tendencia a los excesos emotivos—.

Soy estúpida y débil, y he cometido un grave error.

—Nunca debiste mezclar en esto a unos bárbaros, Teófano.

—No tuve más remedio, augusta... los esbirros de Juan Cerulis me iban a coger prisionera y llevaba encima la lista. Los francos me salvaron, impidieron que la lista y yo cayésemos en su poder.

—Sí —convino Irene, entre dientes. Helena revolteaba por allí, solícita como una enfermera, e Irene agitó la mano, indicándole que se retirara—. Pero ahora ni siquiera tienes la lista, ¿verdad?

—Solicito la muerte, augusta. No puedo soportar la agonía del fracaso.

—¿Dónde está la lista?

—Se la entregué a uno de los caballeros para que la guardara y, cuando los hombres de Juan Cerulis cayeron sobre nosotros, no pude recuperarla. Tuve que huir para salvar la vida. ¡Oh, debí haber muerto! —Teófano gimió—. Os he fallado. Oh, augusta, haced que me arranquen los ojos por mis crímenes, arrojadme...

—Desde luego, estúpida sí eres. —La emperatriz se acercó a la ventana. Abajo, en el jardín, en el centro exacto de una serie de concéntricos cuadros de rosas y senderos de gravilla, había un reloj de sol. Faltaban varias horas para que tuviese que hacer acto de presencia en el Hipódromo y dar la salida de la carrera del Cinturón de Oro—. Pero tu intención ha sido buena y te perdono, Teófano. Puedes levantarte.

Teófano se incorporó, con las manos sobre los muslos.

—Augusta, amada de Dios, vuestra bondad es una bendición del Cielo. Os juro que me haré digna de vuestra generosidad...

—Si, si, hija mía. Siempre harás las cosas lo mejor que puedas.

Morir con Simón habría sido lo mejor que hubiera podido hacer, sobre todo teniendo en cuenta que no supo conservar la lista. Si los soldados de Juan Cerulis habían hecho morder el polvo a los bárbaros, ahora tendrían ya la lista. Movié la mano en dirección a Teófano, que seguía derramando promesas, y la despidió con un ademán.

La voz de la muchacha dejó bruscamente de oírse y Teófano salió apresuradamente de la sala.

Irene recorrió la alfombra en toda su longitud. Aquella estancia era su biblioteca personal, estrecha y alargada, recubierta de libros. Las cortinas de seda que cubrían las ventanas matizaban los rayos que caían sobre la parte oriental del cuarto y trazaban franjas de transparente color púrpura y amarillo sobre el tono crema de la gruesa alfombra, un presente del advenedizo gobernador de Merv y Bagdad. En la ventana del extremo, que el sol temprano apenas lamía, colgaba una tira de campanillas de plata que tintineaban al agitarías el viento. Irene permaneció inmóvil, mientras escuchaba

la improvisada musiquilla y pensaba en Juan Cerulis, un hombre que ambicionaba el trono de Irene.

Estaría allí, en el hipódromo, en el palco cubierto que su familia conservaba desde varias generaciones atrás. Cuando ella apareciese en la tribuna imperial, Juan Cerulis le haría una reverencia, y ella levantaría la mano, aceptando su saludo, mientras en segundo plano, la gente de la emperatriz y la gente del aspirante al trono se matarían unos a otros.

La de él lo hacía. La de ella... posiblemente no debió utilizar a Teófano, que era joven y más apasionada que sensata. Naturalmente, ésa fue la credencial de la muchacha, su buena voluntad, su predisposición a volcar apasionamiento en los puntos adecuados.

Maldita lista. ¿Quién la tendría? Se imaginó a los bárbaros con ella en las manos, babeando como asnos ante las herramientas de Arquímedes, empleándolo en el retrete, aquelpreciado trozo de papel que había costado tanta sangre, tanto tiempo y tanta concentración mental, tantos quebraderos de cabeza a Irene.

Dio media vuelta, repentina, tajante y apartó aquella imagen de su cerebro. Era

el momento de hacer otras cosas. Dio una palmada y los pajes que se hallaban en los rincones se adelantaron, prestos para recibir sus órdenes.

Era el día de la carrera. Lo supo nada más despertarse, incluso antes de abrir los ojos.

Saltó de la cama, con el cuerpo tan pleno de excitación que pareció que le costaba un gran esfuerzo asentar los pies en el suelo. Sus servidores le llevaron la ropa. Sin pronunciar palabra, Miguel se dejó vestir. Su cuerpo era como un recipiente frío que recubría la fogosa vida del interior. El criado que puso las prendas sobre ese recipiente y los otros domésticos que entraron con el desayuno abrieron las ventanas y se llevaron el orinal; no eran más que sombras que se movían en la periferia del mundo.

En lo que siempre había considerado su existencia mundana, él era un príncipe, con obligaciones que cumplir en la corte. Engalanado con sus prendas cortesanas, salió de sus aposentos en el palacio Bucoleón, antiguo y laberíntico edificio construido en la misma punta de la Roca Imperial, y subió por la escalonada ladera hasta la iglesia de la Sagrada Sabiduría, donde, rodeado por miles de sombras, oyó la Voz de Cristo y recibió la comunión. Rezó por la continuidad del imperio y por la salud y larga vida de su prima, la basileus, pero no pidió nada para sí. Sabía que para ganar no necesitaba ayuda alguna de Jesucristo.

Al salir de la iglesia, en el portal, se encontró con su tío, el príncipe Constantino.

No hablaron, pero Constantino tomó la mano de Miguel y le dio un fuerte apretón, al tiempo que le miraba a los ojos y asentía con la cabeza. Miguel observó la emoción de su tío y le sonrió. Constantino era ya demasiado anciano para participar en la carrera, pero hubo un tiempo en que competía en el hipódromo, aunque no con tanto éxito como su sobrino Miguel. Había obtenido la victoria una o dos veces..., y un año aceptó dos desafíos con el Cinturón de Oro en juego. Ahora vivía todo aquello a través de Miguel, al que aconsejaba y ayudaba en lo referente a los corceles y con el que debatía y establecía las estrategias... Y guardaba silencio en las raras ocasiones —aunque a veces pasaba— en que Miguel perdía.

Descendieron por los jardines del palacio, hacia el hipódromo, pero antes de que llegaran, un paje de la emperatriz les abordó y ordenó a Miguel que acudiera a presencia de la basileus.

No era cosa de ponerse a discutir; sólo conseguiría perder algo más del precioso tiempo que su prima ya le estaba robando, así que Miguel se dirigió de inmediato al palacio de Dafne que, de cualquier modo, estaba junto a los muros del hipódromo.

Su prima le aguardaba en la cámara matutina, rodeada de sus damas y doncellas, que la preparaban para su aparición en las carreras. Mientras le cepillaban el pelo, aplicaban cremas a sus mejillas y le probaban joyas a fin de que se contemplara en el espejo y diera su visto bueno, Miguel permaneció ante ella, sin

prestar ninguna atención al complicado discurso que le dedicaba, sobre la necesidad de servir al imperio.

Miguel no tenía el menor interés en servir al imperio, y muy poco en su prima Irene, así que durante toda aquella compleja perorata estuvo apretando los puños con tal fuerza, para aguantar las ganas de irse de allí, que las venas y los músculos se le hincharon de un modo insoportable. Lo único que anhelaba era llegar al circo, cambiar las sedas enjovadas que vestía por la cota y el gorro de cuero del auriga, empuñar las riendas y salir con los cuatro caballos medio salvajes a la rastrillada arena. Ver a su lado las otras briosas cuádrigas, los ojos con círculos blancos de sus rivales. Correr. Ganar.

—No me prestas atención, Miguel —manifestó su prima.

—Perdonad, mi excelentísima y adorada señora.

Miguel hizo una reverenda.

Irene le sonrió. Las mujeres que la peinaban cubrían su frente con rizos y bucles de la espesa cabellera; una mujer mayor, alta y morena hundió los dientes de una peineta de diamantes en la densa mata de pelo, sujetándola bien. Irene tenía cincuenta años, pero era todavía la mujer más hermosa que Miguel había visto en su vida. Los ojos maravillosamente verdes, de expresión directa y natural, convertían en fingido su despreocupado distanciamiento imperial.

—¿Ganarás hoy, querido? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué me dices de Mauros-Ismael?

Miguel apretó los labios, mientras consideraba qué podía responder, pero su rostro reveló con bastante precisión lo que estaba pensando; la emperatriz se echó a reír, una carcajada fresca y cantarina, como la risa de una niña. Se sacó un pañuelo de la manga.

—Lleva esto en el brazo, querido..., quizás te otorgue el favor del Juez Divino.

—El más poderoso, señora.

Tomó el pañuelo, se arrodilló ante ella, tal como exigía el protocolo, e inclinó la cabeza para apartar la mirada; sabía que aquello no era ninguna muestra de afecto o bondad. Se trataba de una señal dirigida a alguien, parte de la inacabable partida de intrigas y engaños que jugaba su prima. A menudo, le complicaba a él de una manera o de otra, como en aquella ocasión, y no tenía más remedio que colaborar, porque constituía parte del fastidio de ser miembro de la familia imperial.

Se retiró. Seis de las servidoras de su prima le acompañaron mientras atravesaba el palacio de Dafne hacia la torre de dos plantas llamada el katismo, donde estaba la angosta escalera que comunicaba los aposentos íntimos de la emperatriz con la tribuna imperial del hipódromo.

Las doncellas de Irene le dejaron ante la puerta del katismo, y Miguel subió la escalera solo. La puerta de arriba estaba abierta y entró en el palco imperial.

Aún se encontraban corridas las cortinas de seda, lo mismo que estaba en su sitio el gran dosel flotante del pabellón, por el que se filtraba el sol para llenar de claridad violeta la tribuna. Descorrió las cortinas. Abajo, a bastante distancia, se extendía la pista: una elipse de arena dorada, partida en el centro por la estrecha espina de ladrillo.

En la isla central, centurias de emperadores habían alzado los trofeos de su gloria; en el extremo de la espina, rojo bajo el sol, se erguía un obelisco de piedra arenisca, producto de un saqueo perpetrado en Egipto, y, un poco más cerca, se levantaba otra columna de pórfido, frente a la cual, casi directamente, se veía una de bronce en la que se enroscaban tres serpientes con los colmillos y las lenguas bífidas asomando amenazadores. De pie allí, con la vista derramada sobre el vértigo de las hileras de asientos que descendían hasta la pista, Miguel pensó una vez más en lo decepcionante y engañoso que era ser emperador.

Bajó por las gradas de piedra, una fila tras otra, hasta el nivel de la pista, y luego recorrió un trecho del suelo de arena, hasta la curva del muro, donde dos puertas de madera daban paso a las cuadras del extremo suroeste de la enorme estructura. Los guardas le saludaban al pasar por delante de ellos.

—Que Dios os acompañe, príncipe..., es mi dinero.

El hipódromo estaba construido sobre la misma roca protuberante que albergaba todo el palacio, pero al ser insuficiente aquella ladera del monte para cobijar el circo en la totalidad de su longitud, el extremo suroeste se había rematado con una enorme y curvada pared de ladrillo. Al otro lado del muro estaban las cuadras de los caballos de carreras, así como, en otro sector, la casa de fieras imperial.

De la puerta de salida de la pista partía una rampa que llevaba a los cavernosos y malolientes establos. Sólo unos cuantos faroles se mantenían encendidos allí, a causa del peligro de incendio, y junto a cada uno de ellos montaba guardia un muchacho, cuya única obligación consistía en mantener la llama encendida y encargarse de que continuara en el sitio que le correspondía. Recalentado por centenares de cuerpos, el aire tenía la aspereza que le prestaba el amoniaco y el olor dulzarrón de los granos de cebada húmeda pasados por el fuego. En aquel momento, los caballos comían y de cada uno de los establos llegaba el monótono chasquido de las mandíbulas, los resoplidos y ronroneos, el repique de los cascos contra las tablas de las paredes y el siseo susurrante de las colas al agitar el aire.

Miguel dejó atrás el primero de los cinco corredores y salió a la amplia zona abierta donde coincidían todos los pasillos y donde estaban las cocheras y los cuartos de los arreos. Se adentró por el tercer corredor, en el que se encontraban sus monturas. Los cuatro animales que iba a conducir aquel día estaban dando cuenta de las pequeñas raciones de grano que les servían la mañana de las carreras. En los compartimientos contiguos, tenían la cabeza hundida en los pesebres y Miguel percibió los lenguetazos que daban a la madera para lamer los últimos granos de

avena. Asomó la cabeza por encima de la puerta del establo de Locura y el gigantesco bayo castrado levantó la cabeza hacia él y sus dientes se cerraron con resonante chasquido a dos centímetros de la mano de Miguel. Una brillante película de sudor relucía ya en los costados de la caballería.

—Sabe que va a correr —dijo Miguel a Esad, el mozo de cuadra, que se acercaba con un cubo de agua.

El caballerizo dejó el cubo en el suelo, levantó el picaporte, abrió la puerta de compartimiento y murmuró unas palabras tranquilizadoras al animal que estaba a su cargo.

Miguel entró en el establo; Locura era menos propenso a dar coces cuando Esad estaba con él.

La de al lado era una yegua, Rayda, de raza persa, tan suave como la leche. Incluso ella estaba excitada aquel día y frotó su cabeza contra el brazo de Miguel. Le fulguraban los ojos. Le tiró de las crines, que el mozo le había trenzado.

Más allá estaba el caballo negro Demonio, que golpeaba la madera de las paredes y emitía gañidos; cuando Miguel apoyó la mano en el animal, éste giró en el establo, medio retrocediendo. Ondularon sus crines como una ola marina.

—¿Feliz, muchacho? Hoy es tu día, ¿verdad?

Miguel le palmeó el robusto cuello negro.

Ante el último pesebre, el cuarto caballo de su tiro tenía una cadera más alta que la otra, caída la cabeza, dormido. A Califa no había nada que le pusiera nervioso.

Miguel se aseguró de que el gran caballo gris se había acabado todo el grano del pesebre y retrocedió, dejando que la caballería se preparase para la competición como el animal creyera oportuno.

En el establo del fondo, Demonio reculó y lanzó al aire un relincho de guerra que repercutió a lo largo del pasillo y provocó un precipitado bullicio entre los caballerizos.

Miguel abandonó la cuadra. Los mozos dominarían mejor sin él aquellas pequeñas exaltaciones. Aún tenía que examinar los arneses y el carruaje, tareas que efectuaba supersticiosamente con sus propios ojos y sus propias manos antes de cada competición.

Los vehículos se albergaban en una cochera sita delante de los establos, en la zona amplia, con el piso cubierto de polvo, donde confluían los pasillos y que todo el personal relacionado con las competiciones hípcas conocía como la explanada. El encargado de las caballerizas, enterado de su presencia allí, le aguardaba para abrirle la puerta y, mientras el hombre forcejeaba con la cerradura, Miguel echó un vistazo a su alrededor y, con la naturalidad con que planea una hoja en el otoño, su mirada fue hacia el extremo más lejano de la explanada.

Allí, delante del segundo corredor, empujaban ya su carro, desplazándolo por el pasillo interior. Cuatro hombres colocaban los arreos, en tanto el quinto miembro

del equipo iba a gatas de un lado a otro, engrasando los ejes de las ruedas. A cierta distancia, de pie, un hombre miraba descaradamente a Miguel a través de la explanada.

Cuando llegaron a él los ojos del príncipe, el hombre dibujó una amplia sonrisa que puso al descubierto su dentadura y le saludó agitando la mano.

Miguel lanzó a su rival una gélida mirada. Mauros-Ismael se comportaba a veces como si todo aquello fuese una gran broma. De súbito, a Miguel le entraron unas ganas frenéticas de aplastar a aquel joven, borrarle la sonrisa a patadas y reírse ante el dolor que le produjera. Un hilillo de sudor resbaló por su espina dorsal. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la violenta oleada de pánico que le dominó: Mauros Ismael, más joven que él, era un auriga formidable y contaba con un tronco de caballerías magnífico. El terror fue diluyéndose. La calma y la frialdad volvieron. Miguel estaba muy por encima de todo..., y preparado. Sabía que iba a ganar.

Siguió mirando a Mauros-Ismael. Parecieron transcurrir horas mientras los Ojos de uno continuaban clavados en los del otro con mirada penetrante. Uno de los mozos de cuadra le tiró del brazo.

—Mi príncipe..., se os ha caído esto.

Era el pañuelo amarillo que le había entregado su prima, la emperatriz. Miguel se lo guardó bajo la manga y echó a andar hacia la cochera, para revisar su carruaje.

Como no tenía nada que hacer, a Hagen no le importó acercarse al hipódromo y matar allí unas horas. Le asombró la multitud. Algunas de aquellas personas, las que ocupaban los primeros lugares de las dos colas, se habían pasado allí días enteros para lograr las mejores localidades; iban provistas de cestos de comida, jarras de vino, mantas sobre las que dormir por la noche. Sus voces eran estridentes a causa de la excitación. Los niños saltaban, corrían, se peleaban y gemían sobre las rodillas de los mayores, mientras los padres discutían a grito pelado sobre los diversos aurigas y tiros de caballos. Alrededor de Hagen, los griegos concertaban apuestas con el fervor de hombres que trataran de ganarse el Cielo. Juraban, reían, entonaban canciones en honor de sus favoritos y manifestaban su odio a todo aquel que discrepase de ellos.

A juzgar por lo que oía, Hagen coligió que había dos bandos, y todos los integrantes de aquella multitud que aguardaba lucían el color de su facción: azul o verde. Se alineaban juntos los de cada bando, los verdes en una fila, los azules en la otra. Aquel día participaban en las carreras dos troncos de cada facción. Los azules tenían su héroe local, un auriga que al parecer estaba emparentado con la emperatriz, y también contaban con un tiro de Nicomedia; los verdes, por su parte, disponían de un tronco de Tesalónica, así como otro local, de Constantinopla, cuyo conductor se llamaba Mauros Ismael, Ismael el Negro.

Puesto que el azar quiso que Hagen se detuviera en la fila de los azules, tuvo ocasión de oír verdaderos prodigios del príncipe, que era el principal favorito para la victoria. Los corredores de apuestas, que no paraban de ir de un extremo a otro de la cola, voceaban las condiciones de las mismas, y las del príncipe Miguel siempre

estaban a la par. Como era el campeón, ostentaba el Cinturón de Oro, premio que se concedía al ganador de la prueba.

Las dos colas cubrían toda la calle, delante del hipódromo, e incluso se prolongaban para irrumpir en el casco urbano de la Ciudad. El alto muro de ladrillo que constituía el límite de la pista trazaba una curva en el extremo suroeste, y la calle seguía a lo largo del mismo, para descender por la empinada ladera del monte y rematarse finalmente en un amplio espacio llano y pavimentado. En toda esa longitud el muro del hipódromo tenía una serie de arcos que daban paso a cuevas, callejones y espacios cerrados.

Por allí pululaban las prostitutas y Hagen, que vagabundeaba haciendo tiempo a la espera de que abriesen las puertas del hipódromo, vio a más de un hombre pagar la tarifa requerida y tomar lo que acababa de adquirir disfrutándolo entre las sombras de la parte interior de un arco.

Había también por allí hileras de jaulas y recintos cerrados, que ocupaban animales fabulosos. Hagen había visto una jirafa en Antioquía, pero jamás había encontrado un elefante ante sus ojos y se puso de puntillas para mirar por encima de la valía del recinto, admirado del tamaño y el peso de aquella bestia, de cuya existencia sólo tenía noticias por algunos relatos. Un enjambre de chiquillos trepó por la cerca y algunos arrojaron puñados de paja al elefante. La descomunal criatura los cogía limpiamente con su larga trompa y se los llevaba a las fauces.

Mientras Hagen contemplaba la escena con la boca abierta, un hombre de ojos extraviados, que se cubría con una capa de capucha, le cogió de un brazo y le susurró al oído:

—¡Puedo adivinarte el futuro!

—¿Cómo? —preguntó Hagen.

—¡Puedo adivinarte el futuro! ¿Serás rico? ¿Vivirás una época dorada? Tengo los secretos del cosmos... ¡aquí! —El hombre se palmeó la frente—. Dos irenes.

Hagen le dirigió un gruñido. No estaba muy seguro de que le interesase conocer el porvenir.

—Déjame en paz.

—¡Aguarda! ¿Estás casado? —El individuo le agarró la mano y trató de ponerle la palma hacia arriba—. Te casarás con una soltera rica. ¡Tendrás una fortuna! Serás emperador...

—¡Apártate de mi!

—Un irene.

Hagen levantó el puño. El adivino retrocedió apresuradamente por si acaso llegaba el golpe.

—¡Medio! ¡Un cuarto!

Hagen soltó una carcajada y se dispuso a alejarse.

—¡Diez céntimos!

Sin dejar de reír, Hagen se alejó de los corrales y regresó hacia la muchedumbre que aguardaba la hora de entrar en el hipódromo. Cuando subía por la cuesta, un hombre con hábito de monje le siseó desde la sombra de un arco.

—¡Eh, peregrino! Tengo trozos de la Verdadera Cruz...

Hagen no le hizo caso. Desde qué atravesó Italia no había hecho más que tropezarse con gentes que deseaban venderle reliquias. A su espalda, el monje le maldijo con una voz que el vino hacía más ronca y estropajosa.

Por último, al mediodía, las colas entraron en movimiento, deslizándose despacio hacia adelante, como sogas perezosas que serpenteasen por la colina para colarse por el doble portillo. Una vez franqueado el paso, las ordenadas filas se disolvían, las personas que las formaron emprendieron la batalla para conseguir los mejores asientos y allí todo fueron empujones y codazos al objeto de adelantar al prójimo y llegar antes a los grandes bancos de piedra que, como olas congeladas, se alzaban en paralelo a la pista. Hagen se apartó de aquella confusión en cuanto pudo y subió hasta lo más alto del circo, desde donde su vista podía contemplarlo todo, sin que nadie le molestara.

Estaba cansado; no podía quitarse a Rogelio de la cabeza. Todo le recordaba otros tiempos, cuando hacía las mismas cosas con su hermano al lado. Se sorprendió aguzando el oído para escuchar la voz de Rogelio. Una vez, en la Ciudad, al pasar por delante de una vieja y pequeña iglesia griega, estuvo a punto de entrar, sólo porque su hermano había insistido en ello.

En aquel momento, sentado en la grada más alta del hipódromo, contempló el torrente de personas extrañas que se desparramaba por los asientos y deseó tener a Rogelio allí, a su lado.

Era un hipódromo precioso. El óvalo de la pista estaba cubierto de arena; en el centro había un muro de ladrillo, no muy alto, en el que alternaban curiosas columnas de piedra y estatuas de personas y de animales. Arriba, en la parte superior, había más esculturas. Toda la última grada estaba repleta de estatuas, viejas, estropeadas, sin orden ni concierto, algunas reducidas a trozos de trozos, un brazo, un pie, una cabeza de caballo. Paseó entre ellas, fascinado por su número y variedad. A sus pies, la viva y ronca multitud colmaba rápidamente el hipódromo.

Nunca había visto tanta gente congregada en un lugar, ni en Marchfield, donde los señores de los francos celebraban sus reuniones para dar y recibir consejo; ni en las cortes multitudinarias del rey Carlos; porque la nutrida concurrencia de asistentes a aquellas asambleas se lograba con gran esfuerzo, y acudían para tratar importantes propósitos, mientras que este gentío procedía de la calle y entraba para presenciar una carrera de caballos.

Rogelio habría dicho algo acerca de ello. Hagen apretó con fuerza las mandíbulas para soportar con más entereza el renovado dolor de su corazón.

A bastante distancia, por su izquierda, la superficie del impresionante graderío se interrumpía. De entre la muchedumbre, en el centro, surgía una especie de torre

cuadrada, construida sobre el muro. La coronaba un enorme pabellón recubierto de seda.

Sin duda era allí donde se acomodaba la basileus para presenciar las competiciones.

Hagen se acercó al muro del hipódromo, caminando por la grada superior; estaba a tal altura que incluso quedaba por encima del flotante dosel de seda purpúrea y podía observar sin dificultad el espacio situado bajo el baldaquín. No parecía haber nadie allí, aunque hileras de guardias armados iban ocupando despacio sus puesto alrededor del muro que aguantaba aquella tribuna.

Eran hombres con armadura de cuero, como los que habían matado a su hermano.

Notó que se ponía tenso, con los puños alzados. Tuvo que recordarse que desconocía completamente aquel sitio..., ni siquiera comprendía nada del curso de los acontecimientos en que Rogelio y él se vieron mezclados momentáneamente y que se llevaron por delante la vida de su hermano.

Abajo, en la pista de carreras, unos cuantos espectadores habían franqueado la valía y, tras dejarse caer a la arena, uno sacó una cuerda, preparó con ella una especie de brida que aplicó a otro de sus compañeros y simuló conducirle arriba y abajo por delante de las gradas cubiertas de público. Un creciente rugido de beneplácito saludó la exhibición. Flores y pedazos de pan surcaron el aire desde los asientos que dominaban la pista y todo el mundo aplaudió, vociferó, chilló y vitoreó burlonamente.

Otros espectadores se dispusieron a pasar de los bancos de piedra a la pista de competición. Volatineros y acróbatas empezaron a ejecutar cabriolas y a hacer el pino, y no faltó quien intentara trepar por la columna de piedra situada en un extremo del caballete central.

Avanzaba el día. Un sol de justicia caía a plomo, pero la tribuna imperial continuaba desierta. La multitud empezó a batir palmas al unísono. El rítmico tamborileo se fue generalizando y todo el mundo volvió la mirada hacia el pabellón, con su ondular de seda purpúrea agitándose en el aire a impulsos de la brisa del mar. El cadencioso aplauso se hinchó hasta convertirse en trueno, con la fragorosa colaboración de todas las manos.

—¡Aparece! —gritó la masa, un coro de centenares de voces—. ¡Vamos, sal, oh, radiante señora, gloria del mundo, orgullo y esperanza nuestros! ¡Muéstrate, aparece... y ordena que empiecen de una vez las carreras!

No sucedió nada. Hagen se acercó más al dosel; por la grada que sus pasos recorrían, hombres y animales de piedra ocupaban el saliente de un modo tan denso que tuvo que abrirse paso entre las estatuas comprimiendo el cuerpo para deslizarse entre ellas.

—¡Muéstrate; alegría de Nuestro Señor Jesucristo, predilecta de Dios, aparece!

Hagen se encontraba ya casi directamente encima de la tribuna imperial y pudo ver a la gente que se movía allí, detrás de la corridas cortinas. Se puso en cuclillas, sabedor de que, al estar tan cerca, le descubrirían si no disimulaba un poco su presencia.

Aleteaba la seda purpúrea. Durante unos momentos más, las cortinas del pabellón continuaron echadas y luego, bruscamente, surcó el aire la fanfarria que brotó de las gargantas metálicas de una docena de trompetas. Apartaron la ondulante tela de los cortinajes y una mujer vestida completamente con prendas doradas avanzó por el piso de mármol blanco del palco.

La multitud aulló al verla. Los espectadores arrojaron al aire gorras, cestas y jarras de vino y agitaron los brazos mientras las trompetas tocaban, los tambores batían y, en el borde del pabellón, la mujer áurea levantaba la mano y trazaba el signo de la cruz sobre la muchedumbre, primero a la izquierda, después al centro y, finalmente, a la derecha. Rutilaban sus atavíos. Al caer sobre su largo vestido, el sol la envolvía con un aura deslumbrante que reflejaba la luz. El rostro de la mujer también relucía como el oro. A ambos lados, dos pajecillos se encargaron de extender las brillantes faldas, cuando ella tomó asiento en el centro de la tribuna.

Resonaron más trompetas, la multitud desvió su atención de la basileus para trasladarla a la pista y todas las miradas se proyectaron sobre la salida. La barahúnda descendió de volumen hasta quedar reducida a un aquietado rumor de emoción, como el del oleaje de resaca, para elevarse luego hasta convertirse en un clamor que hizo retemblar el hipódromo. Los carros salían a la pista.

Eran cuatro, todos en línea, cada uno de ellos tirado por cuatro caballerías. Respetuosamente, dieron una vuelta a la pista para que el público los contemplase. Los vehículos sólo eran lo bastante grandes como para llevar encima al hombre encargado de conducir el tronco de caballos. Estos eran animales gigantescos, robustos, de larga cabeza delgada y patas como las de los ciervos. Resoplaban y piafaban en sus arneses y los pequeños carruajes se agitaban con agilidad sobre las ruedas, cómica agudeza referente al poder de los nobles brutos que tiraban de ellos.

Hagen admiró aquellos caballos. Los dos sementales que tenía ahora eran de raza siria; Rogelio y él los compraron en Alepo y estaba firmemente decidido a llevarlos a Franconia, para que cubriesen a sus yeguas, aunque eso significara emplear todas sus reservas de dinero en el pago de los pasajes a Italia. Pero los caballos de Alepo eran mulos comparados con aquellos animales de carreras.

Abajo, los cuatro carruajes se colocaban ya uno junto a otro. El gentío guardó silencio. En un lado de la pista se encontraba un hombre con el brazo levantado y una bandera en la mano.

Descendió la bandera. Resonó una trompeta. Los caballos salieron disparados por la pista y la gran muchedumbre de espectadores soltó un grito que barrió todos los demás sonidos y dejó en las orejas de Hagen un zumbido tintineante.

Los caballos volaban por la pista, más que rodar sobre el piso de arena, los

vehículos rebotaban y saltaban por el aire, buscando la posición más propicia para tomar la cerrada curva por la parte interior y conseguir la ventaja de ahorrar un poco de terreno. En la curva, las cuádrigas se inclinaron, apoyadas sólo en una rueda y los aurigas se echaron hacia la izquierda para evitar que volcasen los livianos vehículos. Traqueteaban los carruajes de un lado a otro, chocando entre sí. Uno de ellos se balanceó, a punto de estrellarse, patinó lateralmente en mitad de la curva mientras la muchedumbre emitía un grito por cada salto y cada zigzagueo de la cuádriga.

Corrían ahora por el lado de la pista contrario a la tribuna. En cabeza iba el conductor de la gorra azul, agachado hacia adelante sobre la grupa de sus caballerías, sujetas las riendas con ambas manos, a la vez que azuzaba con todo el cuerpo a los animales.

En la parte superior del brazo lucía un trozo de tela cuyo color no era azul; Hagen se preguntó qué significaría. En la curva más lejana, el auriga azul viró su tiro ante los ollares de las caballerías de la cuádriga que iba en segundo lugar y enderezó el vehículo en medio de la pista, para que el tronco de caballos negros y grises se lanzase a toda velocidad por la recta.

La multitud redobló su vocerío. Por debajo de la atalaya de Hagen, los espectadores lloraban, rezaban, se abrazaban entre si y batían el aire con los puños.

—¡Príncipe Miguel! ¡El príncipe...! ¡El príncipe...!

—¡Mauros-Ismael! ¡Ismael!

—¡El príncipe! ¡Miguel! ¡Miguel!

El insensato que pronunció su grito de ánimo a favor de Mauros-Ismael se vio derribado rápidamente contra el suelo por los golpes de los espectadores que le rodeaban.

Hagen se quedó mirando aquella trifulca, asombrado, y cuando el anónimo griego quedó tendido, desangrándose en el asiento, el franco volvió la cabeza para mirar hacia el pabellón, donde se encontraba la emperatriz Irene.

Estaba en su sillón, inclinada hacia adelante, tenso el rostro, como un halcón, fija la vista en la carrera. Tenía los puños apretados sobre el regazo. Le resplandecían las mejillas como las de una doncella en el lecho nupcial. Cuando todo aquel gentío que la rodeaba aumentó el volumen de sus chillidos, y su ardoroso entusiasmo alcanzó el clímax, la propia Irene elevó la voz en un grito animal y se removió en el sillón, mientras agitaba los brazos y apremiaba a los troncos de caballos a que acelerasen el ritmo en dirección a la meta. Luego, concluida la carrera, se echó hacia atrás como si estuviera agotada y se quedó inerte, hundida en su sillón.

Hagen miró el entorno de la emperatriz. La rodeaban un tropel de mujeres, pero la vista del franco se clavó en una de ellas, sólo veía a aquella joven alta, de negra cabellera, que, con un espejo en la mano, no apartaba los ojos de la pista. Una cinta azul flotaba sobre su pelo de ébano.

Teófano. Así que se las había arreglado para volver allí... Huyó, dejó a Rogelio desangrándose y regresó a la seguridad de su alta posición, seguramente sin dedicar un fugaz pensamiento al hombre de cuya muerte fue la causa. Hagen se mordió el labio inferior, al tiempo que se obligaba a aplacar su cólera vengativa.

La muchedumbre volvía a tranquilizarse, disuelta la emoción de la prueba, y el bajo murmullo de los comentarios cobró vida y fuerza para convertirse en fragoroso rumor de conversaciones despreocupadas. La carrera los había unido; sin ella, volvieron al caos. Aquí y allá, el desorden fue extendiéndose, surgieron riñas y, entre los contendientes, los compañeros, ciudadanos más pacíficos, comían, se estiraban y caminaban.

Hagen volvió a observar el pabellón imperial. Desde luego, Teófano estaba allí, sentada en un taburete, inmediatamente detrás de la mujer dorada.

De pronto, un tremendo rugido brotó de la multitud y Hagen dirigió la mirada otra vez a la pista. Payasos y titiriteros habían salido a la arena para ejecutar sus números.

Sonaba la música, pero tan lejos que Hagen sólo pudo percibir el insistente redoble del tambor. Entre las personas de piedra, agachado en la cornisa que dominaba el graderío, se acomodó dispuesto a mirar y esperar.

—La pequeña zorra de la buena estrella —dijo Karros—. Ahí está, sana y salva, contemplando el espectáculo como si jamás hubiera abandonado el Dafne.

—Cierto. —Juan Cerulis alzó la cabeza y miró a la basileus y a sus servidoras, que estaban a menos de diez metros de él.

La emperatriz le miraba. El la sonrió, inclinó la cabeza y le dirigió con la mano derecha un gesto de sumisión. Bajo las sedas de color purpúreo, ella correspondió a la sonrisa, levantó el brazo y trazó en el aire el signo de la cruz, en su dirección. Juan se llevó el perfumado pañuelo a las comisuras de la boca, mientras el gusano de la envidia le roía los intestinos: ¿qué derecho tenía ella a ocupar el sitio que él tanto ambicionaba?

Pero su rostro no manifestó el más leve indicio de ese descontento. Era un hombre enjuto, alto, de pecho hundido y edad algo más que mediana, cabello gris, cepillado hasta obtener un brillo de auténtica plata, elegante en el vestir y comportamiento que evidenciaba la excelente crianza y la perfecta educación recibidas. Era basileus en todos los aspectos, menos en uno: no podía llevar la púrpura. Un descuido por parte del Creador, que Juan Cerulis se había esforzado duramente en subsanar a lo largo de los últimos veinte años de su existencia.

—Bueno —dijo Karros, a la vez que se cogía las manos a la espalda—, sea como fuere, no puede tener la lista de nombres. La última vez que la vi estaba saltando por la ventana y no llevaba encima ropa ni para ocultar una peca. Sin duda tiene la lista escondida en alguna parte del camino.

Seguía mirando a Teófano, que formaba parte del séquito de la emperatriz. De

pronto, las facciones de Karros se pusieron rígidas, aguzó la mirada y su cuerpo en pleno dio media vuelta bruscamente para quedar de espaldas al pabellón.

Intrigado por aquel indicio de alarma, Juan Cerulis acomodó ligeramente su asiento para poder mirar de nuevo hacia el pabellón. No vio en aquel escenario nada lo bastante insólito como para provocar la reacción de Karros. Pero más allá de la tribuna imperial, en el nivel más alto del hipódromo, un leve movimiento le llamó la atención: había alguien entre las antiguas estatuas asentadas allí. Cerulis volvió a mirar a Karros, pero el grueso esbirro se había tranquilizado y, con las manos cogidas a la espalda, se balanceaba sobre los talones y las punteras. Sea lo que fuere lo que le inquietó, no le había intranquilizado gran cosa, al parecer.

Quizás le localizó Teófano. La muy zorra. Juan Cerulis se llevó de nuevo el pañuelo a la boca, sonriente.

—Ahí viene la segunda manga —advirtió Karros, vehemente.

Los cuatro tiros marchaban ya por la pista. El príncipe Miguel encabezaba el cuarteto, puesto que había ganado la primera prueba. Juan Cerulis observó el llamativo pañuelo que ondeaba en su brazo.

—Vaya, ¿ves eso? Debe de estar metido en alguna trama secreta.

—No lo entiendo —dijo Karros.

—Alguien sí, estúpido. ¿No te encargué que averiguases qué se está cociendo? ¿Es que me vas a fallar en todo?

—Nobilísimo señor, he hablado varias veces largo y tendido con Miguel... Os juro que no hay nada que le importe, salvo las carreras de caballos.

—Entonces, ¿por qué envía señales secretas a sus seguidores? ¡No! Te han vuelto a embaucar, estúpido Karros. —La voz de Juan mantuvo un tono benigno. Por eso no era emperador, porque siempre tenía que emplear hombres necios e ignorantes incapaces de comprender lo que estaba ante sus propias narices—. Insisto, debes hacerte amigo suyo y enterarte de las intenciones que alberga.

—Sí, muy noble señor.

Cerulis se acomodó a gusto en la silla, sonriente. Procuraba sonreír en todo momento, dado que siempre había gente mirándole, y nunca manifestaba otro talante inferior al de una perfecta serenidad. Los carruajes formaban ya en la línea de salida para iniciar la segunda manga. Se apoyó sobre un codo, sin dejar de sonreír, para presenciar la carrera.

Uno de los caballos del tiro de Trebisonda se negaba a partir. Retrocediendo y cabeceando, se apartó de la cinta, a pesar del látigo y de los gritos del auriga. El caballero encargado de colocar en el punto adecuado a los animales de Trebisonda se acercó cautelosamente, con las manos por delante.

Como quiera que la cuádriga de Trebisonda había llegado la última en la primera manga, en aquella tenía la posición contigua a la cuerda, de forma que la carrera no podía empezar hasta que los caballos ocupasen sus sitios respectivos.

Mauros-Ismael apaciguo su encrespado corazón.

Miraba al frente y sus manos sostenían las riendas con firmeza. Sentía, como siempre antes de una carrera, que estaba hecho de puro fuego.

La multitud empezó a chillar, a cantar y a patear el piso. Los colores de los tiros ondearon en el aire. El caballo de tronco de Ismael agitó su negra cabeza, impaciente; Ismael notó aquel movimiento a través de las riendas y abrió y cerró los dedos, soltándolas y volviéndolas a coger con fuerza: hombre y caballería se identificaban a la perfección.

Ante ellos se extendía la pista, la fúlgida arena con los surcos de las rodadas. La sombra del muro del hipódromo dividía la pista en dos, a lo ancho, hacia la mitad de su longitud; todo el extremo quedaba en la sombra. Al sol, la muchedumbre se elevaba como una montaña, aullaba, gritaba y se agitaba, con la vista puesta en él.

En aquella atmósfera abrasadora, con la sangre hirviéndole en las venas y los ojos también en ebullición, anheló que se produjese el estallido de la salida.

El tronco del flanco interior se había calmado ya. Durante unos segundos, los caballos dejaron de corcovear, levantada al máximo la cabeza, aspirando aire y resoplando por los ollares, mientras los mozos de cuadra se retiraban hacia el muro. El juez de salida alzó la bandera. El gentío se quedó silencioso y contuvo la respiración.

Bajó la bandera y se retiró la cinta. Dos notas salidas de las trompetas de bronce surcaron el aire, los estruendosos gritos de ánimo de la multitud apagaron la música de las demás notas. Sin que fuese menester que Ismael se lo indicase, los caballos se dispararon hacia adelante por la arena de la pista.

El tiro de caballerías del ala interior eligió aquel preciso instante para recular de nuevo, de forma que Trebisonda se perdió la salida. Con sus animales grises y blancos, Ismael tomó la delantera, con medio tranco de ventaja sobre Miguel, a su derecha, y un cuerpo de caballo sobre el tronco de la izquierda. Antes de que las caballerías hubiesen establecido su ritmo de zancada, Ismael ya estaba apremiando a su tiro para que se desviase hacia la parte interior y ocupara el espacio que la cuádriga de Trebisonda había dejado libre.

El fragoroso bramido de la muchedumbre, el tableteo metálico de las ruedas, el repique de los cascos de los caballos se mezclaban para constituir un sordo trueno indefinido que venía a ser como si no se oyera nada. Las cabezas de los cuatro caballos subían y bajaban al unísono, las crines trenzadas caían hacia atrás empujadas por el viento de la carrera, la espuma salía volando desde los cuellos y las bocas. Dio un tirón de las riendas del gigantesco caballo de tronco, que respondió acercándose al borde interior, ganándole espacio al tiro situado entre ellos y la cuerda y precipitándose por la pista enarenada que se extendía por delante.

—¡Arre! ¡Arre!

Era el conductor del tiro que corría a la izquierda de Ismael; accionaba el látigo, azotando a las caballerías en un intento de acelerar su marcha y dejar

rezagado a Ismael. Los caballos de Ismael no necesitaban látigo. Conocían la competición tan perfectamente como su auriga. Con el negro caballo de tronco marcándoles el paso por la parte interior de la pista abierta, refrenaban el ritmo lo justo para contener el impulso y evitar la desventaja de tener que detenerse, so pena de acabar estrellándose.

Perdiendo terreno a cada zancada, la cuádriga que corría por dentro vaciló todavía más e Ismael mantuvo una buena ventaja. Miguel aceleraba ahora el ritmo por la parte exterior, arreando a su tronco para que adelantase al de Ismael, que ora llevaba un cuello de ventaja, ora sacaba medio cuerpo. La mano de Ismael se tensó en torno a las riendas y transmitió a los caballos la fortaleza de sus brazos y de sus hombros, para mantenerlos firmes. Miguel se esforzaba en tomar la cabeza, pero ya tenían encima la curva e Ismael conservaba la parte interior de la pista. Sujetando con toda la firmeza que pudo al caballo de tronco, dio rienda suelta el golpe de velocidad de los laterales. La cuádriga tomó la curva a la velocidad ideal y salió de ella por delante de la de Miguel: un largo de ventaja.

Se lanzaron por la recta y Miguel volvió a luchar para recuperar la delantera. Sus caballos avanzaron a toda velocidad por el costado de la cuádriga de Ismael, agitando sus cabezas largas y finas como hojas de espada. Ismael tiró de las riendas exteriores y las caballerías de los flancos se desviaron lateralmente, lo que obligó a Miguel a apartarse y mantener las distancias. Los caballos galoparon juntos, dos tiros lanzados, uno al lado del otro, hebilla contra hebilla. Durante largas zancadas avanzaron a la misma altura. Entre la multitud, muchos espectadores gritaban sus nombres: unos, los de los caballos, otros, los de los aurigas, y su apasionamiento era como una tralla.

También Ismael chillaba. Las riendas le transmitían la resuelta fortaleza de su tronco y, a su costado, los caballos de Miguel y el propio príncipe corrían con idéntico brío, la otra mitad de su pequeño mundo, enzarzado en una eterna competición en la misma cumbre de la vida.

La curva se precipitó sobre ellos. Ismael lanzó sus caballos, reclamando más velocidad a los laterales y reteniendo ligeramente al caballo de tronco, pero se excedió en su exigencia, o tal vez cometió un error. Las caballerías alteraron su ritmo. Perdieron algo, acaso concentración. Las manos de Ismael captaron el temblor de las riendas, de modo que durante unos preciosos instantes no le comunicaron el latir de una energía única y conjunta, sino una serie de voluntades de lucha independientes. El tiro vaciló, se desviaron y, al hacerlo, obligaron a Miguel a hacer lo mismo.

La cuádriga de Ismael se desequilibró sobre la rueda de la parte interior. Trató de variar el rumbo hacia fuera, frenando ese lado. El vehículo perdió pista y patinó, desviándose peligrosamente hacia el muro. Los caballos no tuvieron más remedio que refrenarse; el príncipe Miguel aprovechó la circunstancias para tomar la

delantera, mientras Ismael, sollozando con furia desesperada, volvía a dominar su tronco de caballos, se afirmaba encima de la cuádriga y enderezaba de nuevo el rumbo de la marcha.

Los otros participantes entraban ya en la curva siguiente. La carrera estaba perdida.

Ismael puso todo su corazón y su mente en el empeño y lanzó sus caballos hacia adelante, por el corredor de la arena.

Los animales respondieron. Inadmisiblemente rezagados, los cuatro caballos se apretaron contra los arneses y alargaron las patas para cortar el viento con enérgico ímpetu.

Volaron recta abajo, hacia la diana de la curva, disparados como una flecha que acabara de soltar un poderoso arco tras tensar la cuerda al máximo. Corrían a la desesperada.

Pero corrían.

En esa ocasión, sin otros competidores que estorbaran su maniobra, doblaron la curva a la perfección. Al encarar la recta estaban a ocho, no, a diez largos de distancia, por detrás. Las manos de Ismael apretaban las riendas con tal tensión que la sangre puso líneas rojizas en la palma de sus manos. Lloró y exhortó a los caballos, pero su voz se perdió, apagada por el viento y el rugido de la multitud. Luchando por cada centímetro, por cada segundo de aceleración, el tronco atacó el hueco que le separaba de las otra cuádriga, fue acortando la distancia y, al llegar a la siguiente curva, la dejó reducida prácticamente a nada.

Era la última curva. Ismael se mantuvo pegado a la cuerda para ahorrarse hasta el último milímetro de espacio ante la recta. Mientras giraban, rezó pidiendo ayuda, y la ayuda llegó.

Al doblar la curva, el tiro tesalónico, que iba por la parte interior, inmediatamente delante de Ismael, empezó a abrirse. Por fuera, el auriga de Trebisonda dirigió una vociferante protesta a los culpables de aquella falsa maniobra y fustigó inútilmente a sus caballerías. El tronco de Tesalonia se cruzó un poco más en la pista, dejando un espacio por el que Ismael se apresuró a colarse para intentar el adelantamiento.

Los caballos vieron el resquicio y no necesitaron que Ismael les indicase lo que tenían que hacer. Aplicándose a la tarea, las ancas se contrajeron y se dispararon en vigorosas propulsiones que les abrieron paso a través de la estrecha abertura. Durante unos momentos, la cabeza de los caballos tesalónicos aguantaron el ataque y se mantuvieron a la altura de las riendas de la cuádriga de Ismael, pero al final, agotados por el esfuerzo, cedieron. Se quedaron atrás, al nivel del vehículo de Trebisonda, mientras Ismael lanzaba su tronco por la recta, sólo ya en pos de Miguel.

Pero la distancia era excesiva. El campeón había cubierto la mitad del trecho de

la recta de meta. Aleteaba al aire el pañuelo amarillo que ceñía su brazo y la muchedumbre, puesta en pie, daba la bienvenida a su ídolo, a punto de llegar al seno de la victoria. Ismael se inclinó sobre la grupa de sus caballerías, les suplicó de nuevo, mientras lamentaba la esterilidad del valeroso esfuerzo que llevaban a cabo. Los animales fueron acercándose paulatinamente a la cuádriga que los precedía, la desventaja fue disminuyendo, quince metros, diez, cinco. Y entonces estuvieron ya en la línea de llegada, Miguel pasó en primer lugar... Ismael no llegó a ninguna parte.

A la multitud le enardeció aquel final. Los espectadores estaban en pie y el clamor de sus gritos y ovaciones reverberó por todo el hipódromo, al tiempo que nubes de flores, pedazos de alimentos, trozos de papel e incluso piezas de calderilla diluviaron sobre la pista, sobre Miguel y sus caballos, sobre Ismael y sus caballos. Ismael dejó que el tronco refrenara el paso a su voluntad. Los animales estaban cansados y volvieron a él en seguida, resoplando y suspirando. No ignoraban que habían perdido. Con la cabeza baja, cubiertos los ijares de salobreño sudor, se encaminaron hacia el portón de las cuadras.

Miguel inició la vuelta al hipódromo. Al haber ganado las dos mangas era el vencedor absoluto de las carreras del día y su brazo enarbolaba por encima de la cabeza el cinturón de oro, mostrándoselo a los espectadores. Ismael se cruzó con él y, durante unos segundos, sus miradas se encontraron. Ismael alzó la mano a guisa de homenaje y Miguel inclinó la cabeza, distante, reservado, desvió luego la vista y siguió adelante.

Ismael notó sobre sí los ojos de todo el mundo: ojos burlones, despectivos. La mofa general se proyectaba sobre él y sobre sus caballos. Resonó otra ovación en honor de Miguel, un golpe que Ismael recibió en pleno corazón. Los caballerizos le esperaban en la puerta de la cuadra y dejó los animales a su cuidado.

Se apeó de la cuádriga, fatigado, con las rodillas temblorosas, rígido y dolorido desde los hombros hasta las muñecas. Tenía arena en los ojos, en la boca, en el pelo y en la nariz. La oscuridad de la cuadra le cegó y durante su recorrido por el pasillo, hasta la explanada, fue dando tumbos, tropezando con arneses y personas. Una vez dentro del cuarto de herramientas, cerró la puerta para aislarse del resto de la humanidad, se sentó encima de un tronco y rompió a llorar como un chiquillo.

—Ahora se va —informó Teófano; se encontraba de pie ante la balaustrada del palco imperial, con la vista fija en el recinto que había ocupado Juan Cerulis.

—Corre las cortinas —indicó Helena, la azafata jefe.

Como si se hubiera dado la orden a sí misma, se adelantó para cerrar con sus propias manos los cortinajes de seda. Teófano retrocedió, caídos los brazos a lo largo de los costados. Juan Cerulis la aterraba; aquel hombre era como una serpiente, de todo punto imprevisible y absolutamente implacable. Y ahora era su enemigo.

La emperatriz la protegería. Agradeció a Dios la circunstancia de contar con el amparo de la basileus, a quien el mismo Jesucristo eligió.

Irene ya se había retirado, con los demás miembros de su séquito, puesto que la competición acabó. Helena sujetó las cortinas en su sitio, se agachó para recoger del suelo la túnica y un pendiente caído y se encaminó a la parte interior del palco, hacia la puerta que comunicaba con la escalera del Dafne.

—Lleva el laúd. Después de comer, querrá música. Y no te olvides de esos dulces de ahí, si te los dejas, atraerán a las hormigas.

Helena abandonó la tribuna y desapareció por la oscura escalera del katismo.

Teófano se entretuvo por el pabellón y se recogió el pelo de la nuca, que se le había soltado. Pensaba en las carreras. Miguel había vuelto a ganar, cosa que le encantaba, aunque ya no eran amantes. Quizás ella le dirigiese la palabra después de la comida y, si Miguel manifestaba interés, bajaría luego al Bucoleón para beber un poco y celebrarlo. Hundió una horquilla en la enmarañada mata de pelo y colocó un rizo en su sitio.

A su espalda, la colgadura de seda onduló y se produjo un rumor siseante que impulsó una corriente de pánico a través del cuerpo de Teófano. Giró en redondo.

Por la alargada escisión central de la cortina se disponía a entrar un hombre. La muchacha cogió el laúd y dio un salto hacia la puerta del fondo, para bloquear con su cuerpo al intruso. Un instante después, dejó caer el laúd.

Era el gigantesco franco de albos cabellos. Saltó por encima del sillón de la emperatriz y se plantó ante Teófano, enarcadas las cejas.

—Bien, bien, preciosa, ¿te acuerdas de mí?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quiero hablar contigo, guapa.

Avanzaba hacia ella; Teófano se llevó las manos a la espalda, en busca de la puerta del katismo, para cerrarla y erigirse ella en barrera entre aquel salvaje y la emperatriz.

—¡Te lo advierto, hay guardias al pie de esta escalera!

—¿De verdad? —Hagen llegó junto a la muchacha y le sujetó un brazo—. Entonces dime ahora mismo lo que quiero saber.

—¿Qué es?

—¿Quién mató a mi hermano?

Teófano se humedeció los labios; le hacía daño en el brazo y, por la expresión de su rostro, la joven comprendió que la lastimaría más si ella no colaboraba.

—No puedo decírtelo... es asunto de la emperatriz.

Así que el hermano estaba muerto. Había alimentado la esperanza de que hubiera conseguido rechazar el ataque. En aquel preciso instante, bruscamente, un agudo dolor se le hundió en el brazo y borró todo pensamiento de Rogelio.

—¡Dímelo!

Hagen le retorció la muñeca por la espalda.

—No puedo... No puedo... —Sollozó, un dolor insufrible le asaeteaba el hombro

y la parte superior del brazo—. ¡Por favor...!

—No te creo. ¿Por qué iban a asesinar a mi hermano a causa de un asunto de la basileus? Dímelo, maldita seas, Teófano, o te romperé el brazo.

La muchacha había caído de rodillas, inerte y desesperanzada. Hagen la soltó y Teófano emitió un suspiro, aliviada; el franco la agarró por la pechera del vestido y la obligó a ponerse en pie, frente a él.

—¿No me lo dirás a menos que ella lo permita? Entonces llévame a su presencia.

—¡No! ¿Cielos...!

—¿Por qué no? ¿Temes lo que ella pueda contarme?

El brazo de Teófano colgaba entumecido e inútil. La joven apoyó la espalda contra la puerta.

—¡Es la basileus! Tú... no puedes... —Le examinó de pies a cabeza, las estropeadas botas, las rústicas polainas de punto, su capote que parecía la piel de un animal salvaje; se lo imaginó delante de la basileus y casi soltó la carcajada—. No. No eres digno.

—Sin embargo, mi hermano si era lo bastante digno para morir, ¿no?

Teófano aspiró una profunda bocanada de aire. Vio cierto sentido en aquellas palabras.

—Lamento lo de tu hermano, sinceramente.

—Ayúdame entonces a vengar su asesinato.

Les había metido en aquel lío. Al tiempo que se frotaba el brazo, que empezaba dolorosamente a revivir, la muchacha afrontó la desagradable verdad; era responsable de aquello y un rústico bárbaro tenía perfecto derecho a pedirle cuentas.

—Muy bien —accedió—. Te llevaré ante la emperatriz.

Podía costarle caro, incluso su posición junto a la basileus, pero, torvamente, se vio obligada a reconocer que nadie más que ella, Teófano, tenía la culpa de todo.

—Vamos.

Abrió la puerta y le condujo al interior del palacio.

—Me sentiría más segura, señora —dijo Helena—, si tuviésemos un ejército al que recurrir.

—Tú, sí —repuso la basileus. Helena llevaba treinta años sirviéndola y, por su lealtad y desinterés, se había ganado el derecho a manifestar libremente sus opiniones—.

Pero yo no. Depender de la fuerza no confiere seguridad, cariño.

—Juan Cerulis tiene ejército.

—Afortunadamente, está disperso por Tracia y Macedonia.

—Pero lo concentrará aquí, señora, nos tendrá como rehenes y el precio de nuestras vidas será su poder.

Irene se echó a reír. Alargó la mano y acarició el antebrazo de su doncella.

Estaban sentadas en la sala vespertina, en la parte posterior del palacio de Dafne. A través de la gran ventana del extremo del cuarto veía la terraza iluminada por el resplandor de los hachones, donde las fontanas lanzaban chorros de diamantes líquidos al aire perfumado de jazmines. Había caído la noche. La larga jornada de trabajo quedó detrás.

Echada en sus almohadones de seda, con sus damas y doncellas trasteando a su alrededor, Irene empezó a disfrutar anticipadamente de las horas y horas de ocio y placer que tenía por delante.

—Es mejor confiar en Cristo —dijo—, puesto que Cristo fue quien me dio el trono y sólo Cristo puede quitármelo. Si reclutase un ejército, eso nos conduciría a la guerra, con toda seguridad; la lucha llama a la lucha; un ejército suele adelantarse a sus objetivos y acaba arrastrando en su estela a las personas que deberían estar dirigiéndolo, en vanguardia.

La pequeña Filomela, sentada junto a ella, levantó su redonda y joven carita y celebró aquellas palabras dirigiendo a la emperatriz una sonrisa de adoración. Irene acarició con su mano libre la mejilla de la niña. La otra mano descansaba sobre el halda de Filomela, que aplicaba cremas a la piel y laca de oro a las uñas.

—Tonterías —manifestó Helena—. Creo que deberíais desembarazaros de una vez por todas de Juan Cerulis.

—Te dejas dominar fácilmente por el pánico, Helena.

Otras dos mujeres estaban sentadas a la mesa preparada para cenar; el hombre de pelo negro azabache, regalo de cumpleaños con que el califa obsequió a Irene, esperaba junto a la puerta con una bandeja de comida. ¿Dónde estaría Teófano? La intuición inquietó a la emperatriz, que nunca perdía tiempo tratando de comprobar mediante el laborioso ejercicio de la razón los avisos de su sexto sentido. Algo iba mal.

—Teófano debe de estar en dificultades. Que vaya alguien a buscarla.

—Señora, Nicéforo aguarda ahí fuera...

—Ah, Nicéforo. —Irene agitó la mano en el aire, como para alejar la mención de su administrador, que siempre acudía con quejas sobre dinero—. Le recibiré por la mañana.

—Por la mañana tenemos la procesión del Bien, y después la misa del día de San Mateo en los Santos Apóstoles...

—En tal caso, le veré por la tarde. Id en busca de Teófano. —Se inclinó ligeramente hacia adelante y dejó que otra doméstica le peinara y colocara en su sitio un mechón de pelo rebelde. Su olfato percibió un sutil aroma y aspiró con satisfacción—. ¡Ah, delicioso! Pulpo a la crema.

Hizo una seña con la mano al negro, indicándole que llevase la comida a la mesa.

El hombre se adelantó, abandonando la puerta que, un instante después, se abrió de golpe.

Todas las mujeres chillaron. Como impulsadas por un resorte y como si tuviesen ruedas, todas se apiñaron en el centro de la estancia y formaron con sus cuerpos un muro circular entre su señora y cualquier peligro que pudiera amenazarla. El negro se apartó de un salto y su boca dibujó una O de alarma.

Pero sólo entró Teófano, hecha una pena.

—Señora —gimió, y se puso de rodillas—. Señora, todo esto es culpa mía...

En el umbral, tras ella, apareció un desconocido. Irene se puso en pie. Con un gesto, ahuyentó a sus doncellas hacia los lados de la sala.

—¿Quién eres?

El desconocido avanzó calmamente hasta el centro del cuarto y miró a su alrededor.

—Muy bonito —comentó—. Esto es estupendo.

Teófano, aún de rodillas, le cogió la mano y tiró de él para que se postrara a su lado.

—Agacha la cabeza, patán... ¡estás en presencia de la basileus!

Hagen no se arrodilló. Resistió sin esfuerzo el tirón de la mano de Teófano y miró a Irene cara a cara. Era un hombre corpulento, cuadrado, que vestía ropas extrañas y tenía un pelo blanco y ensortijado como lana de oveja.

—Soy Hagen, señora —se presentó—, hijo de Reinaldo el Negro, de Franconia.

Los hombres me llaman Hagen el Blanco. Mi rey es Carlos. No pretendo causaros daño alguno, señora, pero me urge hacer unas preguntas a vuestra servidora, aquí presente, y ella no quiere contestarlas sin vuestro permiso.

—Ah —dijo Irene. Lo comprendió todo al instante. Con pausado andar cruzó la sala hacia él, mientras tomaba nota mental de todos los detalles de su aspecto. Le gustaban los hombres, y aquél la complacía por sus proporciones y su evidente fortaleza física. También le encantaba su abierta franqueza. Era la característica sobresaliente de los hombres, cuya mentalidad resultaba refrescantemente sencilla, a diferencia de los cerebros sutiles y oblicuos de las mujeres, razón principal, pensaba Irene, que justifica el matrimonio, en el que cada miembro encuentra en el otro su perfecto igual.

Ella estaba más allá de la necesidad matrimonial, e incluso sexual. A pesar de todo, pretendía disfrutar de aquel encuentro. Dio una vuelta alrededor del formidable franco, le examinó de arriba abajo, y luego fue a sentarse de nuevo frente a él; una de sus domésticas acudió presurosa con un pequeño taburete de patas delgadas.

—Muy bien: pregunta —concedió Irene, a la vez que señalaba con un ademán a Teófano.

—Quiero que me diga quién mató a mi hermano —manifestó Hagen.

—¿Lo sabes? ¿Teófano?

—Con exactitud, no, señora —respondió la joven, aún encogida sobre la alfombra—. Tuve que escapar... Comprendí que ni siquiera un hombre tan fuerte

como su hermano podría mantener a raya durante mucho tiempo a cuatro de los esbirros de Juan Cerulis.

—¿Quién es? —terció Hagen al instante—. Juan Cerulís, quiero decir.

—Un enemigo mío —explicó Irene, y sonrió, porque, de súbito, vislumbró ciertas posibilidades en aquel Hagen el Blanco, empleos cuyo rendimiento se multiplicaba a través de la imaginación de la basileus, como una serie de puertas que se abrieran.

Clavó sus ojos en los del bárbaro.

—Dime, querido, ¿todos los francos son tan apuestos y están tan bien formados como tú?

Hagen ladeó la cabeza, pensativos sus ojos azules.

—Señora mía... —le temblaba la voz, recelosa.

—Lo siento. No pretendía ser tan descarada. Salta a la vista que vuestras costumbres son más sobrias que las nuestras. Pero se ha adelantado por ahí que tu rey y yo deberíamos casarnos e integrar de nuevo en el Imperio las provincias occidentales.

—Mi señora, yo sólo quiero saber quién mató a mi hermano.

—Bueno, eso es fácil: Juan Cerulis. O sus hombres, que viene a ser lo mismo, en obediencia a lo que supusieron sería su voluntad. Me atrevo a aventurar la sospecha de que su cabecilla era un tal Karros. ¿Teófano? —Miró a la muchacha, que asintió con la cabeza—. Sí. ¿Te satisface eso?

—Karros —articuló el franco, en tono resuelto—. Si. Os doy las gracias.

—Dime ahora qué pretendes hacer.

—Nada que os trastorne, señora, si esos hombres son vuestros enemigos.

—Enemigos, si, pero también son mis súbditos, y no toleraré que el capricho de un bárbaro les ocasione daño alguno.

—Mataron a mi hermano —dijo Hagen.

—Y buscas venganza. Desde luego, eso es bastante elemental. ¿Planeas matarlos simplemente o en tu cerebro anidan planes más retorcidos?

El franco permaneció inmóvil, con la mirada fija en Irene, fruncido el ceño en profunda reflexión, cosa en la que, al ser un bárbaro, no tenía mucha práctica. O tal vez era que le resultaba arduo entender el griego; él se expresaba en el lenguaje de la calle y ella hablaba un griego palaciego. Irene alzó una mano.

—Ahora cenaremos, antes de que se enfríe la comida.

Rápidamente, crujiente la seda de sus vestidos, las doncellas se apresuraron a llevar a Irene su plato.

—He jurado vengar a mi hermano —declaró el franco—. Eso significa la muerte de quienes le asesinaron. En Franconia actuamos así.

—Lo has dejado muy claro.

—Comprendo que, aquí, hacéis las cosas de un modo distinto.

Una de las mujeres se arrodilló, levantando al plato para que Irene pudiera

examinar la comida que contenía; todo se presentaba en forma de pez, porque era un plato marineroy porque el único alimento auténtico era el Cuerpo de Cristo. Las rodajas del pulpo en su salsa formaban las escamas del pez; tiras de berenjena adobada constituían las aletas y diversas frutas de colores eran los ojos, las agallas y el propio mar que rodeaba al pulpo. Era una vergüenza estropear aquella figura, pero la emperatriz tenía hambre y alargó la mano para coger la cuchara.

—Confiamos en el discernimiento de Cristo Nuestro Señor y nos esforzamos por ser caritativos en nuestros tratos con los demás.

Graciosamente, separó una de las escamas y empezó a comer.

—Si-repuso Hagen, el rencor que matizaba su voz era como una roca en la hierba—.

Aquí arrancáis los ojos a vuestros propios hijos.

Las mujeres emitieron un jadeo de temeroso asombro. Teófano le golpeó, pero Hagen no hizo el menor caso. Irene engulló el bocado de pulpo que tenía en la boca y bajó la cuchara.

—¡Ah! —dijo, una vez ingerida la comida—. No trates de entablar duelo conmigo, querido, caerás víctima de la simplicidad de tu sexo y raza, por no citar tus carencias idiomáticas. Si, contestaré a tu comentario, porque me hago cargo de que no entiendes las costumbres de Roma.

—A ver si me hacéis entenderlas.

—Cuando ordené que dejaran ciego a mi hijo, consumé un acto de misericordia, porque, de no obrar así, hubiera tenido que matarlo. Vivo y con todos los sentidos y órganos, habría constituido una amenaza, un centro de conjuras contra mí y, en consecuencia, un peligro para el propio Imperio. Pero un hombre ciego no puede gobernar, de modo que tuve que apartarle del riesgo.

—Seguramente tendrías otra opción como, por ejemplo, dejarle ser emperador, precisamente lo que era ya.

—No —replicó Irene apresuradamente— soltó la cuchara y agitó la mano para indicar que retirasen el plato. Apasionada, vehemente, se inclinó hacia aquel bárbaro cuya excelencia física tanto contrastaba con su escaso juicio—. No, esa opción no era válida.

Mi hijo debilitaba el Imperio. Estaba destruyendo la Ciudad de Cristo. No podía permitirse que sucediera eso. Constantinopla no debe caer. Troya... Atenas... la misma Roma... la marea de la barbarie se las tragó. Sólo Constantinopla permanece. Pero los bárbaros han llegado hasta sus puertas. Debemos defenderla y protegerla con todas las astucias, con todas las artes, con todos los poderes que se nos han otorgado, sin pensar en nosotros mismos, porque cuando caiga Constantinopla...

Irene levantó el brazo, como si se aprestase a descargar un golpe, y de sus labios brotó un gruñido; en el necio patán que estaba ante ella veía al eterno enemigo de su Ciudad.

—Cuando Constantinopla caiga, habrá caído la noche, una noche definitiva y eterna, una noche infinita.

A su alrededor, en el silencio que reinó al interrumpirse su voz, las mujeres le sonrieron, idolatrándola, sintiéndose más importantes en ella. El bárbaro estaba impresionado. Irene lo vio en sus ojos. La amplia boca del franco se había quedado sin sonrisa. Incluso el hombre retrocedía ahora un paso, se inclinaba y se apoyaba en una rodilla ante ella.

—Os saludo, basileus, y deseo gloria para vuestra Ciudad.

La emperatriz asintió con la cabeza, complacida por el tributo natural de un ser al que no habían educado para la adulación y el halago. Estaba entregándosele. Veía diversas formas de utilizarlo y eso aumentó su deseo de dominarlo.

—Tienes mi bendición, Hagen —dijo Irene—. Dios te ha enviado aquí. Debes comprender que la muerte de tu hermano sólo es una parte de algo mucho más trascendental, en lo que has de aventurarte con toda clase de precauciones, no fuera que ocasionaras daños más graves de lo que serias capaz de entender.

—Presté juramento de sangre, señora —dijo Hagen—. Sin embargo, os haré caso.

—Excelente. Llegado el momento oportuno, te digo, en nombre de Cristo, que tu juramento se cumplirá. La sangre de tu hermano se derramó por mi causa, al proteger a esta joven criatura que cumplía una misión que yo le había encomendado, de modo que tengo conciencia de que estoy en deuda contigo.

Le ofreció la mano; se suponía que era para que él besase el sello del anillo. Pero la realidad fue que la blanca mano alargada desapareció entre la del franco y la emperatriz sintió en su palma la aspereza de las callosidades de la de Hagen.

—Hecho —manifestó el hombre, como si acabara de cerrar un trato, y se incorporó.

—Y ahora háblame de tu rey Carlomagno, quien, según tengo entendido, quiere llamarse emperador.

Irene hizo un gesto; su doncella le llevó el plato de pulpo.

El corpulento franco dobló su brazo sobre el pecho y lanzó una mirada en derredor.

—Le coronaron emperador en Roma —dijo, mientras examinaba el cuarto—. Tal como se desarrollan las cosas, conseguirá todo lo que se ponga a su alcance y pueda retener. En cuanto a mí, sólo le llamo rey porque tengo que hacerlo..., la sangre de Carlos no es mejor que la mía. Su padre no era más que el jefe de la corte, hasta que el papa llegó a las montañas.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está el verdadero rey, pues?

—Lo encerraron en un monasterio —manifestó Hagen, y sonrió. Tenía un modo de sonreír que sugería más inteligencia de la que había evidenciado hasta entonces—. Aquí los cegáis, allí les cortamos el pelo. Es lo mismo.

—Lo dudo mucho. —Irene confió en que las damas de su séquito escuchasen

bien aquellas palabras, puesto que demostraban el punto de vista de la basileus respecto a la fuerza como medio de gobierno—. En tu opinión, ¿por qué destronaron a un rey superior en beneficio de Carlomagno?

—Su sangre era real. El linaje de Carlos no es mejor que el mio.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Es la verdad.

—Pero ¿qué importancia tiene la sangre en comparación con la calidad individual de la persona? Carlomagno goza fama de hombre excepcional, teniendo en cuenta que es un bárbaro.

Hagen la contempló durante unos segundos, con los brazos cruzados sobre el pecho y los párpados bajos.

—¿Significa eso que por vuestras venas no corre sangre real? —preguntó.

Irene rezongó. Comprendió, demasiado tarde, que acababa de perder cierta cantidad de prestigio ante él, al violar algún misterioso concepto bárbaro acerca de la realeza. Apartó el plato a medio consumir y dirigió un gesto a sus mujeres, que la rodearon precipitadamente, para apresurarse a arreglarle el peinado, los vestidos, los afeites.

En el centro de aquellos afanes, se enfrentó al bruto al que pretendía domesticar.

—Significa —respondió— que las cosas no son aquí tan sencillas como en vuestros pantanos y bosques. Teófano, acompaña a nuestro nuevo amigo y encárgate de que se le asigne alojamiento adecuado y se le atienda cual corresponde a alguien cuya cuna es igual que la de un rey. —Dirigió a Hagen una serena mirada, molesta consigo misma; había contado con que aquel hombre la creería descendiente directa de los dioses y,

en consecuencia, a ella le iba a ser fácil conseguir del bárbaro lo que quisiera—. Puedes acompañarnos en la ceremonia de mañana.

Hagen inclinó la cabeza, sin pronunciar palabra. Teófano ya estaba en la puerta, detrás de él, impaciente por abandonar la estancia, y el franco dio media vuelta y marchó en pos de la muchacha. La puerta se cerró.

—¡Dios, mi única Gloria! —exclamó Irene—. ¿Cómo piensa arreglárselas el tal Carlomagno con hombres como ése a su alrededor?

Helena le sirvió una copa de vino.

—Agradezco a Dios el hecho de que seamos romanas.

—Nos lo han enviado para recordarnos por qué debemos mantener a salvo la Ciudad —intervino Ida, al tiempo que atusaba con una mano la cabellera de la emperatriz; la mano luego descendió por la melena y depositó en el hombro de Irene una caricia posesivamente amorosa—. Sois admirable. Hasta él se dio cuenta.

Irene sorbió el vino.

—A pesar de todo, temo que no le hayamos impresionado lo suficiente.

—Es un bárbaro —comentó Helena.

—Otros como él sirvieron a Roma en el pasado. —Irene tendió la copa y alguien se hizo cargo de ella—. Según ha dicho Ida, está claro que Dios me lo envía. ¡Gloria a Dios!

—¡Gloria, gloria, gloria! —murmuraron todas, pero sus ojos estaban en Irene, no en el Cielo.

Mientras seguía a la joven Teófano, Hagen rememoró lo ocurrido entre la emperatriz y él. Había evitado cuidadosamente toda promesa a Irene, pero, de cualquier modo, ella le concedía albergue en su palacio, hacia tratos con él y le invitaba a entrar en su cohorte de partidarios. La actitud que había adoptado con él no dejaba de inquietarle.

Con todo, tenía hospedaje y se enteró de algunos nombres: Juan Cerulis y alguien que se llamaba Karros. Detrás de Teófano, atravesó un patio oscuro y descendió los tres amplios peldaños de una escalinata que llevaba a una terraza.

Se trataba de un jardín, adornado con estatuas y una fuente. Por todas partes, antorchas de pie mantenían a raya a la noche. Siguió a Teófano a través de los amarillentos resplandores de los hachones. Se cruzó con otras personas, unas llevaban platos, libros o jarras de agua tomada en la fuente, otras no eran más que paseantes ociosos que se le quedaban mirando con la curiosidad reflejada en el rostro.

El palacio era inmenso. Al llegar al borde de la terraza, Hagen hizo una pausa, miró a su espalda y vio destacarse en la oscuridad la curva del enorme muro del hipódromo que, mediante la torre, comunicaba el palco imperial con el edificio de numerosas plantas que acababa de dejar a la izquierda.

El suelo descendía en pendiente a lo ancho de todo el promontorio; muros, contrafuertes y pavimentos controlaban todo el desnivel del terreno, dispuesto en terrazas.

Además del desparramado palacio, otros edificios salpicaban la zona. Diversas calles los ponían en comunicación. Algunos estaban rodeados de jardines y otros presentaban hileras de columnas blancas. La fuente que tenía delante estaba construida en forma de gran pez que despedía agua por el lomo. Otras figuras monstruosas formaban parte de varias de las columnas del inmueble que tenía frente a sí.

Las personas que pululaban por aquel complejo parecían demasiado diminutas para el lugar, como si éste lo hubieran urbanizado para gigantes. Las antorchas aleteaban a impulsos del viento con susurrante crepitar flamígero. La música surcaba el aire y en algún punto, cerca de allí, un grupo reía. Hagen se mantuvo inmóvil, disfrutando del escenario, movido a la admiración por aquel pueblo que gozaba de la gracia y de la suerte de vivir así.

Teófano retrocedió hasta él, fruncido el ceño, impaciente.

—¿Vienes o no?

—Si, si. —Marchó tras ella por un paseo de ladrillo—. En Franconia no tenemos nada parecido a esto.

La joven le dirigió una ojeada mezcla de compasión y de regocijo.

—Lo comprendo muy bien. Vamos.

Abrió una puerta y le condujo al interior de una espaciosa sala vacía, iluminada a medias por velas colocadas en las paredes.

—Esto es el triclinio. Aquí es donde comemos.

Todas las mesas y bancos estaban adosadas a los muros. En el extremo opuesto al que se encontraban Teófano y Hagen, un hombre armado con una fregona esparcía agua sobre los cuadros blancos y negros de las baldosas. Teófano cruzó la sala con paso vivo, hacia el fondo de la misma, con Hagen a sus talones.

—En la posada, ¿por qué huiste? —preguntó el franco—. ¿Por qué no fuiste a buscarme para que acudiese en ayuda de Rogelio?

—¡Estaba desnuda! —La muchacha meneó la cabeza y la cinta del pelo onduló sobre sus hombros—. Hubiera deseado encontrarte, de verdad, pero no llevaba ropa encima, y era a mi a quien ellos querían... Tuve que escapar. Contaba con poder apartarlos de allí y eludirlos, pero todo ocurrió demasiado deprisa para que fuese posible trazar planes.

Le condujo por una zona pavimentada semicircular, con otra fuente en el centro, donde había personas alrededor de los bancos, charlando, caminando de aquí para allá, saludándose unas a otras. Alguien llamó a Teófano, que agitó la mano en el aire, sin aminorar el paso. En el muro del lado contrario, la joven abrió una puerta y se apartó para que dejar pasar a Hagen.

—Has tenido la suerte de caerle bien a la basileus. Fue muy presuntuoso por tu parte hablarle como lo hiciste. Es un insulto para cualquiera. Yo no hablaría así a tu pequeño rey bárbaro.

—No veo insulto ninguno en hablar con sinceridad a las personas, incluso a una basileus.

Se encontraban en un prolongado pasillo que se extendía a través de la oscuridad.

A un lado se vislumbraba una sucesión de puertas y, en el fondo, la pared se quebraba en un gran ventanal que permitía el paso de la claridad de la terraza exterior. Teófano avanzó rápidamente por el corredor y, al paso, fue abriendo las puertas y echando un vistazo al interior. Llevaba inspeccionadas tres o cuatro habitaciones, cuando encontró una a su gusto, en la que entró, después de indicar a Hagen que la siguiera.

—Aquí. Puedes alojarte aquí, si te place.

El cuarto era amplio y estaba bien ventilado: la puerta del fondo se abría a otra terraza; la luz áurea de otros hachones se derramaba por la estancia y permitió a Hagen ver las líneas cuadradas de una mesa y los pies de una cama. Asintió.

—Ayúdame a buscar una vela.

En vez de hacer eso, Teófano dio una palmada y, automáticamente, entró desde el pasillo un hombre de túnica bordada, que se apresuró a ejecutar una reverencia.

Teófano le dio unas órdenes en tono brusco y el hombre se retiró a toda prisa. Teófano se entretuvo en el umbral, con las manos a la espalda.

—¿Trajiste... —le temblaba la voz—, trajiste mi ropa?

Hagen se sentó en el borde de la cama. La claridad de la terraza le llegaba al rostro, le ponía reflejos dorados en pómulos y nariz, pero dejaba en la sombra los espaciados y hundidos ojos.

—Da la casualidad de que sí. Están en el equipaje, en la posada donde me hospedé al llegar. ¿Qué me dices de mis caballos? ¿Tenéis establo aquí para ellos?

—Ah... Llévalos al hipódromo. —Descartó el tema con un leve retorcimiento de la diestra, que volvió a trasladar en seguida a la espalda. Se acarició el labio inferior con la punta de la lengua.

Hagen pensó: «Quiere preguntarme algo, pero teme hablar demasiado». Supuso que lo que la muchacha tenía en la cabeza era el papel que él había encontrado. Le sonrió.

—Bueno, me alegro de que la hayas traído —dijo Teófano—. ¿También cogiste... mis zapatos?

—Lo he traído todo —respondió Hagen.

La muchacha se desplazó un poco, y la luz le dio más de lleno en el rostro; le brillaban los ojos con un repentino interés desesperado. Llegó el servidor con una vela, un montón de ropa de cama, una jarra, una jofaina y un orinal. Distribuyó rápidamente por el cuarto todas aquellas cosas.

—Buenas noches —dijo Teófano, pero no se fue.

Hagen se puso en pie y se acercó al muro del fondo, que se abría sobre una terraza.

El aire era cálido y olía a mar. Al otro lado de los cortinajes había una puerta, entreabierta en aquel momento, pero que, cerrada, podía dejar el cuarto aislado, si el ocupante lo prefería. Desde allí, la vista alcanzaba la punta del promontorio, donde se erguía un faro, cuya enorme llama se retorció y saltaba hacia las negruras del cielo.

—¿Deseáis algo más, mi señor? —preguntó el criado.

Hagen volvió la cabeza. Teófano se había retirado. Dirigió una inclinación de cabeza al anciano que estaba a su espalda.

—No, gracias.

Tenía la lista. Teófano estaba segura, tan segura como si se lo hubiera dicho abiertamente.

Recorrió el declive y dejó atrás el triclinio, para adentrarse después en el bosquecillo de moreras que alimentaban a los gusanos de seda de palacio. Sumida en

sus reflexiones, avanzaba con las manos cogidas a la espalda. Si lograra recuperar aquella lista podría rehabilitarse ante la emperatriz.

Con la ayuda de algunos guardias, probablemente consiguiera arrebatársela por fuerza. Se lo imaginó, la pelea, y un tremendo escalofrío surcó su cuerpo al recordarla feroz lucha que tuvo lugar en la habitación de la posada de Crisópolis. Comprendió al instante que aquél no era el camino. Además, el bárbaro había dicho algo acerca de su equipaje; no llevaba la lista encima, y a juzgar por el modo en que expresar las cosas que entendía, Teófano supuso que había dado a entender, aunque de una manera tosca, que no ignoraba que el papel era valioso y, por lo tanto, lo tendría escondido.

En la linde del bosquecillo de moreras, la muchacha hizo un alto para observar los prados y jardines que se extendían ante ella. Los grandes edificios principales del palacio estaban casi todos por encima del punto donde ella se encontraba; aquella zona de nivel inferior era la dedicada a pabellones, fuentes, paseos y avenidas entre plantas. En el extremo de aquel complejo se erguía el Faro, con la llama ondulante de su cabeza.

Allá abajo estaba el Bucoleón, el pequeño, viejo y destartado palacio que habitaba el príncipe Miguel. Una pantalla de altos cipreses lo ocultaba a la vista de Teófano pero la imaginación de la muchacha le permitió ver el tenue resplandor de las antorcha y oír el alegre sonido de las risas y de la música.

Su moral dio un salto. Era lo que necesitaba, un poco de diversión, un respiro.

Las entrelazadas manos se separaron. Se recogió las faldas del largo vestido y apretó el paso a través de los cipreses, para descender luego hacia las luces y la alborozada algarabía de la fiesta.

Hagen la vio alejarse. Se encontraba cerca de una de las fuentes, en la terraza que dominaba la zona de nivel inferior, y observó a la joven que, con paso gracioso y ágil envuelta en su blanco vestido, corría a través de la línea de cipreses.

Bebió un trago de agua de la fuente y paseó sin rumbo fijo, dedicado a contemplar con curiosidad cuanto le rodeaba. Pocas eran ya las personas que vagaban fuera de la casa, entrada la noche, pero la brisa marina aún arrancaba jirones rojo-dorados a los círculos de claridad de las antorchas que iluminaban patios y jardines. Encontró un pequeño quiosco de columnas blancas, medio oculto en medio de un jardín cuyas voluptuosas flores céreas aparecían abiertas al aire y despedían un perfume tan denso y dulzarrón que le revolvió el estómago. Dentro del minúsculo pabellón no había más que una silla volcada y, cerca de la salida, un guante demasiado pequeño para la mano de un hombre.

Cruzó una amplia zona pavimentada, sembrada de extraños árboles plantados en macetones de piedra, y bajó luego los tres estrechos y empinados peldaños que llevaban a otro paseo. Nadie le detuvo; nadie le dio el alto. Mientras caminaba en la oscuridad, vio a muy pocas personas, un criado que subía desde una fuente, una

chica que se precipitó entre los arbustos, con una risita tonta, y se alejó corriendo descalza.

Al parecer, cualquiera que lo deseara podía vagar a su voluntad por todo el complejo palaciego. Abrió puertas y escudriñó recibidores y zaguanes oscuros, vio habitaciones desiertas llenas de objetos de valor, que merecía la pena robar, pero allí no había guardianes.

¿Eran personas tan dignas de confianza o sólo estaban seguras de si mismas? Tuvo buen cuidado en dejar bien cerradas las puertas.

En dos ocasiones, los paseos que recorrió le condujeron inopinadamente a pretilos que brindaban vistas sobre el mar. La segunda vez se apoyó en la balaustrada de piedra y miró hacia el oeste.

En Roma había visto ruinas de edificios como aquéllos, arcos gigantescos, muros monumentales, columnas rotas, restos monstruosos de una época de héroes. Los ocupantes actuales de la Ciudad Eterna vivían entre aquellos vestigios, en humeantes y miserables cobertizos, y machacaban el mármol para hacer cal. El rey Carlos había dicho: «Esta fue la auténtica Roma, lo que queda de ella, y no...», interrumpió la frase, pero, al tiempo que emitía un bufido desdeñoso, agitó la mano en expresivo gesto hacia el palacio de Letrán, residencia del papa. Hagen no lo entendió entonces. Pero ahora

Si lo entendía.

Irene había citado Roma, y otros lugares de los que él nunca oyó hablar. Troya, y un sitio cuyo nombre había olvidado. Imaginó de repente que hubo una época en la que el mundo entero estuvo ordenado dentro de las murallas de ciudades como aquella, donde la gente vivía tan estupendamente como aquellas personas; pero tales ciudades habían desaparecido, todas salvo Constantinopla, porque...

No quería pensar en las razones por las que desaparecieron. Las personas que vivían allí estaban convencidas de que los bárbaros lo destrozaron todo y, a los ojos de esas personas, él era bárbaro.

Que ahora dependía de si mismo. Se daba cuenta de que era un hombre distinto a todo aquello, un ser de la oscuridad exterior, cuyas torpes manos sólo podían destruir, no construir.

Por occidente, las dos estrellas gemelas, la Puerta, las llamaba su pueblo, se perdían en la neblina que celaba el horizonte; pronto se hundirían en el mar ilimitado.

Supuso que allí, en Constantinopla, las llamarían de otro modo, les aplicarían el nombre correcto, un nombre que él ignoraría, que nunca conoció. Se sintió allí solo y fuera de lugar, tuvo la impresión de ser menos que un hombre.

Esa sensación le mantuvo en marcha, le impulsó a seguir descendiendo por el estrecho y empinado paseo. El agua de mar le había salpicado y la piedra estaba resbaladiza bajo sus pies, pero no aflojó el paso; pasó a través de la hendidura de un seto y salió a un reborde rocoso batido por el viento, al pie del faro.

Las llamas del gigantesco cuenco siseaban, crepitaban y tronaban por encima de la cabeza de Hagen. Se acercó al faro, abriéndose camino a través de una maraña de matorrales y arbustos, para acabar encontrándose delante de un patio lleno de gente.

Se detuvo. A la brumosa claridad de las antorchas, medio centenar de hombres y mujeres, sentados y de pie, ocupaban un espacio pavimentado semicircular y reían, bebían y se inclinaban unos sobre otros. En el centro de aquel espacio había una estatua, tan desgastada y cuarteada por el paso de los años que resultaría difícil determinar a quién representaba: dos enormes senos apretados, fundidos en un abrazo lúbrico.

Detrás de la antorcha se veía un edificio bajo, medio sepultado en la maleza.

Mientras permanecía inmóvil allí, dedicado a observar, un hombre de barba gris se introdujo en medio de las demás personas y todos empezaron a cantar y a batir palmas, reunidos en torno suyo. El hombre adoptó una actitud de orador y empezó a hablar en tono declamatorio. Las palabras eran griegas, pero extrañas y acentuadas de un modo raro, como el recitado de un rapsoda, y Hagen tuvo que descender un poco más para captarlas mejor.

¡ Los griegos se sentaron en semicírculo alrededor del hombre que hablaba..., o recitaba. Hagen supuso que, desde luego, era alguna clase de interpretación. Contaba la historia de un grupo de hombres a los que había cogido prisioneros un gigante de un solo ojo. El relato despertó y retuvo el interés de Hagen; le encantaban los cuentos de monstruos. Una vez, en Jerusalén, Rogelio y él se pasaron toda la noche pagándole jarra tras jarra de vino a un monje borracho, que correspondía a sus convites refiriéndoles historias de gigantes y enanos, de hombres blancos y hombres amarillos, de hombres con dos cabezas, de hombres que tenían la cara en el pecho, de hombres con sólo una pierna, que andaban cojeando y cuando el sol abrasaba se protegían de sus rayos cubriéndose la cabeza con un pie enorme, a guisa de sombrilla.

El monstruo de la narración del griego era menos interesante. El astuto jefe de los cautivos destrozó el ojo del gigante clavándole una llameante estaca; luego ató a sus hombres en el vientre de las ovejas del cíclope y cuando el monstruo las dejó salir a pastar, todos se evadieron de la cueva. Vivían por allí otros cíclopes, pero los griegos engañaron a la pobre criatura ciega y nadie acudió en su ayuda. Un repicar de aplausos coronó el fin del poema. Hagen se volvía para marcharse, pero entonces vio a Teófano.

Se quedó inmóvil. La joven se hallaba cerca del umbral de la puerta del viejo edificio, al otro lado del patio, con otras dos o tres mujeres. Las mujeres se juntaron un poco más entre sí y Hagen vio que en el centro había un hombre.

Alto, de imponente complexión, el hombre avanzó hacia el patio, sin hacer caso de las mujeres, que siguieron pegadas a él, reverentes. Hasta Teófano le contemplaba como en éxtasis. Hagen rezongó, medio divertido; ¿adónde había ido a parar todo el

orgullo anterior? Como era la primera vez que veía de cerca al príncipe Miguel, lo reconoció más por el corte de pelo que por cualquier otra cosa; a diferencia de los otros hombres, que iban con la cabellera suelta y al aire, éste llevaba la cabeza poco menos que afeitada, a fin de que encajase bien el gorro de auriga. Alrededor de la cintura lucía el cinturón de oro de campeón.

No prestaba más atención a su corte de adoradoras que al aire que respiraba. Teófano se dio por vencida. Se quedó rezagada, mantuvo la melancólica mirada unos segundos más sobre él, los brazos a los costados, y luego dio media vuelta. Mientras la observaba desde las sombras, Hagen pensó que era la más bonita de todas; si él fuese Miguel, se la llevaría al interior de la casa y la animaría a que demostrase su veneración. Llevaba el conjunto de bucles de su negro pelo recogido en la parte posterior de la cabeza, sujeto por una larga cinta cuyo lazo aleteaba al caerle sobre sus hombros.

Hagen imaginó que, si tiraba de los extremos del lazo, todos aquellos bucles de pelo perfumado se desparramarían...

Teófano sintió sobre sí la mirada de Hagen; alzó la cabeza y le vio allí. El franco retrocedió un paso, avergonzado, como si la muchacha pudiera conocer lo que le estaba haciendo mentalmente. Se le acercaba. Hagen retrocedió, dispuesto a hundirse en la oscuridad, pero la muchacha le sonrió y aquella sonrisa le retuvo. Se quedó quieto, la esperó en la orilla de las sombras.

Teófano cruzó el patio, rodeó el grupo de personas que escuchaban a Rómulo recitar a Homero; se preguntaba qué estaría haciendo Hagen allí. Comprendió en seguida que era necio pensar que iba a quedarse cruzado tranquilamente de brazos en el retiro de la habitación que ella le había encontrado. Si Miguel le veía allí, lo echaría con cajas destempladas. Miguel no permitía nunca que hubiese desconocidos dentro de los límites de su palacio.

—Hola —saludó la joven—. ¿Qué haces aquí?

—Echando un vistazo. ¿Debo marcharme?

—Bueno... —Pensó en la lista que conservaba aquel hombre; ella debería intentar recuperarla. Pero no aquella noche. Lo único que deseaba aquella noche era pasarlo bien. Dijo—: No, no. Quédate, toma una copa de vino y escucha el poema.

—Estaba escuchándolo —confesó Hagen.

—¿Ah, sí? ¿Lo entiendes? —Se desvió lateralmente unos pasos, hacia un banco de piedra situado bajo unos árboles, y Hagen la siguió. Acaso la soledad hiciera mella en él. Le brindaría un poco de compañía, decidió Teófano, al fin y al cabo, le había salvado la vida una vez. Hizo una seña a un criado que pasaba con una bandeja cargada de copas de vino. Hagen tomó asiento junto a la muchacha.

—El griego es un poco extraño —comentó el franco—. Pero suena muy bien, muy bonito.

—¿Tú crees?

Estaba sorprendida; aquél parecía un refinamiento ajeno al cerebro de un

bárbaro.

—Si. Pero mis simpatías están con el cíclope.

—¡Vaya! ¿Pero por qué?

—Es un bárbaro, lo mismo que yo —explicó.

—Ah, pero no es exactamente igual.

Al instante, Teófano comprendió el quid del asunto: el pobre Polifemo, gruñendo y quejándose en su caverna, era la imagen popular del bárbaro, peludo, fuerte y estúpido. «¡Nadie me va a matar!» Hagen no era estúpido; Hagen se sentía agraviado, y no le faltaban buenos motivos. La joven se preguntó, intranquila, si no habría sido grosera con él, humillante, y se avergonzó de si misma. Posó una mano sobre la de Hagen, apoyada en la superficie del banco de piedra, y trató de encontrar palabras susceptibles

de mejorar las relaciones entre ambos.

—Pero tú guardas más semejanza con Ulises, ¿verdad?... Y, como él, recorres el mundo de regreso a la patria.

Estupendo, eso serviría. Le sonrió, complacida consigo misma, de su tacto, de su generosidad.

—¿Tienes también esperándote en casa una bonita esposa, que se pasa el día tejiendo una tela que luego desteje por la noche?

Bajo la mano de Teófano, la de Hagen se movió, puso la palma hacia arriba y cogió los dedos de la muchacha.

—Buscas un hombre, ¿verdad? Te he visto intentando granjearle su favor.

Movió la cabeza en dirección a Miguel, que estaba al otro lado del patio.

Teófano se soltó la mano de un tirón y las orejas se le pusieron rojas de bochorno.

—Miguel sólo ama a sus caballos.

—Miguel es un cretino —dictaminó Hagen—. Tú eres infinitamente más guapa que cualquier caballo.

Le volvió a coger la mano, al tiempo que una amplia sonrisa le iluminaba la cara, brillantes los ojos.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido.

Se liberó con cierta dificultad de la mano del franco.

—¿Quién diablos eres?

Absorta en la conversación con Hagen, Teófano no advirtió que Miguel se les había acercado; se sobresaltó, y Hagen le cogió la mano otra vez.

—¡Oh! ¡Miguel! —exclamó la joven—. ¡Me has asustado!

El auriga se erguía ante ellos, separadas las piernas, hinchado el pecho, con las manos en el cinturón de oro que ceñía su talle.

—¿Quién rayos es éste? ¿En qué estás pensando al traer destripaterrones a mi casa?

Hagen no se puso en pie; continuó sentado allí, con la vista alzada hacia Miguel, que en aquel momento había abandonado su ociosa placidez y de cuyo rostro había desaparecido todo rastro de cordialidad. Alarmada, Teófano se levantó coléricamente, al recordar la impetuosa presteza con que Hagen desenvainó su espada frente a cuatro hombres, en el pórtico de la iglesia situada junto a la carretera de Calcedonia.

—Miguel —declaró—, es un invitado de la basileus...

—¡Aquí no quiero gente de condición humilde!

Hagen se levantó. Aventajaba a Miguel en estatura, si bien parecía más espigado, más enteco, junto a los cuadrados hombros y al musculoso pecho del príncipe.

—¿Qué sucede, mozo de los caballos..., no puedes soportar la competencia?

Teófano se interpuso entre ellos, con el corazón latiéndole aceleradamente.

—Por favor, ¿no podéis ser un poco más corteses?

—Sal de mi casa —ordenó Miguel.

Rodeó a Teófano con un brazo y tiró de ella, obligándola a pasar por detrás de Hagen.

El gigantesco franco le gruñó:

—Tienes un valor de tres al cuarto, mozo de los caballos. Supongo que está a tono con el lenguaje.

Dio media vuelta y se alejó con largas zancadas, sin prisas, a través de los árboles.

El príncipe rezongó algo entre dientes. Su mano resbaló por el brazo de Teófano y la soltó.

—Miguel —reprochó la joven—, eso ha sido una grosería digna de un patán.

De pronto, las lágrimas afloraron a sus ojos; vio en Miguel más cerril rusticidad que en Hagen.

El príncipe se echó a reír. En su carcajada había bastante aspereza; sus ojos centellearon por encima de la cabeza de Teófano, en dirección al punto por el que desapareció el franco.

—Deberías tener mejor sentido y no... alternar con campesinos.

—¡No es ningún campesino! ¡Es un noble franco! ¡Un invitado de la basileus!

—Está medio enamorado de ti.

—No es cierto. No conoce aquí a nadie más, se sentía solo.

—No consentiré que te entregues a hombres que no te merecen, eso es todo. Ven conmigo.

—No iba a entregarme a él. Yo...

—Teófano, baja un poco la voz, estás llamando la atención.

La joven se mordió el labio, consciente de que Miguel tenía razón: todo el mundo les estaba mirando, al día siguiente iba a ser pasto de la comidilla general. No veía ninguna ventaja en ser romanos si la gente aún se comportaban como

animales.

—Vamos —insistió Miguel—. Compórtate.

—¡Puafff!

Teófano dio media vuelta bruscamente, se alejó, con el rostro como la grana, y se perdió en la oscuridad.

A la brillante luminosidad del sol del desierto todas las cosas parecen simples, claramente divididas en luz y oscuridad, lo mismo que el resplandor de Cristo divide las obras de los hombres en salvación, pura como los rayos solares, y pecado. Negro como la noche.

Daniel había permanecido seis años en el desierto, alimentándose de espinas y zarzamoras, mientras la implacable pureza del sol calcinaba sus dudas. Ahora ya estaba debidamente preparado. Ahora iba a Constantinopla. santificada su carne como una vasija destinada al mensaje de Cristo.

Al cabo de tres días de marcha, siempre descendiendo por la ladera de aquella montaña sin árboles y sembrada de rocas en cuya cima se había producido su transformación, Daniel llegó al primer pueblo que aparecía en su camino.

Era una vieja aldea, integrada por pequeñas casas de piedra y chamizos de paja y ramas. En el centro se alzaba una iglesia de forma octogonal, coronada por una cúpula. Caía la tarde cuando Daniel se aproximaba, y las mujeres del pueblo, cubiertas con chales negros, sacaban agua del pozo. A lo lejos, las dentadas cumbres de la montaña resplandecían esplendorosamente, con las pinceladas de la puesta de sol tiñendo de rosa los picachos y, en los corrales de detrás de las casas, las cabras pedían con sus balidos que las ordeñasen.

Daniel era más alto que la mayoría de los hombres y los años de ayuno le habían dejado tan enjuto como un sarmiento, de modo que, al pasar por delante de la gente, todos se le quedaban mirando. El no se detuvo para nada. Con el bastón en una mano y cogido con la otra, a la altura del pecho, el raído ropón, se encaminó directamente a la iglesia de la aldea.

Dentro del templo, el sacerdote y su monaguillo lo disponían todo para el servicio vespertino. En el altar, el chico introducía velas nuevas en los candeleros, mientras el sacerdote, hombre de mediana edad, aspecto cansino y cabeza tan calva como una piedra, pasaba en el púlpito las páginas de la Biblia. Daniel anduvo hasta el centro de la iglesia, donde se detuvo para volverse y contemplar todo el interior.

La construcción parecía antigua. Quizás en otro tiempo se celebraron allí ritos paganos. Los pies de los devotos habían desgastado las losas del piso y en algunos puntos se veía la tierra de debajo; el techo estaba recién pintado, su blancura era impoluta, pero en el muro del fondo, detrás del altar, donde todos los fieles podían verlo, las teselas de un mosaico dibujaban un rostro, mejor dicho, dos: una madre y su hijo.

Cuando la mirada de Daniel cayó sobre aquellas falaces imágenes,

representaciones diabólicas de lo que en absoluto era lícito representar, un grito de auténtico dolor brotó de sus labios. El muchacho que estaba en el altar giró en redondo y varias velas se le escaparon de las manos y fueron a parar al suelo. Daniel avanzó con grandes zancadas hacia el icono, enarbolado el bastón. Cuando el monaguillo echó a correr hacia él, Daniel le asestó un garrotazo en la cabeza y siguió su camino.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó el sacerdote.

Daniel subió al altar, esgrimió el bastón con ambas manos y procedió a golpear el icono de la pared. Resbaló al pisar la alfombra del altar, cayó de rodillas y tiró unos cuantos cirios. Trataba de ponerse en pie de nuevo cuando el sacerdote le agarró de un brazo y trató de apartarlo de allí.

Daniel echó torpemente el cayado hacia atrás y el extremo de la vara se estrelló en la cabeza del sacerdote.

—¡Blasfemo! ¡Adoráis ídolos aquí... ídolos!

El religioso estaba a gatas en el suelo; la sangre resbalaba desde la calva cabeza y se le deslizaba por las mejillas, mientras el hombre se bamboleaba allí, como un perro, jadeando y resoplando, aturdido. Daniel bajó del altar y salió corriendo de la iglesia, a la plaza contigua al pozo.

Las mujeres reunidas junto al pozo habían oído con toda claridad el jaleo que se acababa de originar en la iglesia. Se apiñaban, muy juntas, con la cara vuelta hacia el templo, a la vez que intercambiaban murmullos. Cuando Daniel salió precipitadamente de la iglesia, varias mujeres chillaron. Pasó violentamente entre ellas, apartándolas de su camino, cogió el primer cántaro que se le vino a las manos y yació el agua sobre el suelo de la calle.

Las mujeres volvieron a chillar y, como una bandada de pájaros asustados por un chiquillo que los apedrease, se alejaron de él, esparciéndose en todas direcciones. Algunas se santiguaron para contrarrestar el posible mal de ojo. Daniel yació otro cántaro de agua. Y otro más. Luego, con los pies, amasó en aquel líquido cierta cantidad de tierra del suelo y, tras recoger dos puñados de barro, entró de nuevo corriendo en la iglesia.

En el momento en que irrumpía en el templo vio que los hombres del pueblo llegaban a la carrera, de los campos y de sus casas, atraídos por los gritos de las mujeres.

Corrió hasta el centro de la iglesia. El sacerdote se estaba incorporando, se ayudaba apoyando una mano en el altar. La sangre relucía en su rostro. Daniel pasó junto a él y estampó el barro que llevaba en el rostro de los ídolos, el de una mano en el semblante de la mujer, el de la otra, en la cara del niño.

Los aldeanos se agruparon dentro de la iglesia, detrás de Daniel. Éste dio media vuelta para encararse con ellos.

—¡Ídolos! Estáis adorando a ídolos..., hacéis ídolos e iconos y les ofrecéis vuestras oraciones...; cuando a quien debéis rezar es a Dios! Al propio Dios y a nadie

más... porque El nos dijo: Yo soy'...

El clamor de los congregados allí apagó su sermón y tuvo que elevar el tono hasta que su voz fue un rugido

—Yo soy el Señor tu Dios... No tendrás mas dioses delante de mí.

—¡Ha cubierto de barro la cara de la Virgen! ¡Mirad!

—Tiene razón... La palabra de Dios...

Aquí y allá, entre la gente congregada, algunas personas caían de rodillas.

—¡Mirad lo que ha hecho a la imagen!

—Dios nos lo envía.

Unos cuantos rezaban, pero de la multitud se destacaron tres o cuatro hombres, que fueron hacia Daniel, con las manos por delante y enseñando los dientes. Daniel agitó el bastón, dispuesto a pelear por el bien del Señor, y sacudió un tremendo estacazo en la cara al primero que se puso a su alcance. A continuación, más hombres, y también mujeres, salieron del grupo, unos para atacarle, otros para defenderle, y todos se enzarzaron en animada contienda, en mitad de la iglesia, delante del altar.

En medio de la trifulca, el sacerdote estalló en lágrimas, elevó los brazos al Cielo e impetró la ayuda divina. En la parte posterior del templo, numerosos fieles rezaban arrodillados, como si sus vecinos y amigos no se estuvieran vapuleando entre si ante ellos. En el eje de aquel tumulto, Daniel sintió que Dios le apremiaba a marcharse de allí en seguida y cumplió los deseos del Señor. En la puerta se arracimaba un denso grupo de mujeres llorosas y orantes, que se retorcían las manos mientras contemplaban la gresca que tenía lugar en el templo. Daniel tuvo que abrirse paso a la fuerza. Una vez fuera, en la grisácea y cada vez más oscura penumbra del anochecer, tomó un trago del agua amarga del pozo y reemprendió la marcha por el camino de Constantinopla.

El traje de ceremonia le pesaba como un juego de cadenas; el tocado le lastimaba la nuca. Irene se mantuvo erguida e inmóvil mientras pudo, con las manos apretadas frente a si y los ojos clavados en la puerta de cuarterones de bronce. En cuestión de minutos, franquearía aquella puerta, entraría en la iglesia de los Santos Apóstoles y allí, ante miles de integrantes de su pueblo, reafirmaría la antigua y misteriosa relación existente entre Dios y aquella Ciudad. Y no podía haber error alguno, ni el más leve desliz, nada que menoscabase la perfección del rito.

—Parakoimomenos —dijo Irene—, acércate.

El mayordomo se adelantó; vestía su uniforme cortesano, ninguna prenda de gala, puesto que no iba a ser más que un espectador más y no participaría en la ceremonia.

—Augusta, predilecta de Dios, ordenadme.

—Ese hombre santo del desierto —preguntó Irene—, ¿qué sabes de él?

La blanca ceja del eunuco se enarcó con extrañeza.

—Augusta, predilecta de Dios. ¿Un hombre santo? No sé nada de él.

—Anoche recibí un mensaje del drungario de Plafagonia...

Tronó un tambor al otro lado de las puertas de bronce y, como un caballo de guerra que oyese las trompetas, Irene giró en redondo e irguió la cabeza.

—Averígualo —ordenó—, tú, parakoimomenos, que lo sabes todo, no me decepciones esta vez.

Se abrieron las puertas, dejando entrar en aquella pequeña sala o el resplandor de las luces del altar.

—Augusta...

Lo despidió con un breve tajo de la mano; ahora no tenía tiempo para departir con eunucos ni para preocuparse del hombre santo. Le esperaba una ardua prueba, una más de las muchas pruebas que Dios ponía en su camino, y se aprestó a superarla.

—¡Ave, oh, predilecta de Dios!

Irene franqueó el umbral, entró en la iglesia y el bramido de mil voces la recibió, mil gargantas entonando elogios. Rodeada por una docena de servidoras, cada una de las cuales llevaba encima una fortuna en oro y joyas, avanzó hasta la zona iluminada por la claridad de las velas. Ante su persona, la iglesia resplandecía también con el oro que adornaba los muros, las columnas que dividían el espacio, los atavíos de los oficiantes, el magnífico altar. Clavó la mirada en el Crucifijo que presidía el altar y, con andares solemnes, avanzó pasillo adelante hacia él.

A ambos lados de ella, los apretados asistentes se removían y se arrodillaban a su paso. En cada invocación, siguiendo un orden perfecto, destacaba el solo de una voz sobrehumana.

¡Escúchanos, Señor! ¡Ten piedad de nosotros, Señor! ¡Protégenos, Señor! Delante de ella, en el altar, aguardaba el patriarca, con tres hileras de sacerdotes menores. Al acercarse Irene, se arrodillaron y su canto se elevó en el aire. Dios, defiéndenos de la barbarie! ¡Dios, haz que tu verdad sea siempre con nosotros! ¡Dios, concédenos tu gracia!

El patriarca levantó la imagen de la Ciudad, la miniatura de un edificio en oro macizo; lo alzó por encima de su cabeza, las llamas de miles de candelas refulgieron en él y los fieles agacharon la cabeza ante aquel símbolo.

Acógenos en tus manos, Señor!

La basileus había llegado al altar. Con el pueblo postrado a su alrededor, levantó los brazos hasta que los laterales de su túnica chapada en oro se extendieron como dos alas, tomó de manos del patriarca la imagen de la Ciudad, y elevó los brazos en toda su longitud, por encima de la cabeza. La imagen pesaba tanto que los brazos le temblaron. Si la dejaba caer, Constantinopla también caería. Recurrió a todas sus fuerzas para alzarla hasta donde todos pudieran verla, y abrió su garganta para entonar el canto ritual.

—¡Tomo mi Ciudad en las manos!

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

—¡Recibo y pongo a mi pueblo bajo mi protección!

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

Dio media vuelta, con la imagen de oro sostenida con la yema de los dedos y todos los músculos convertidos en puro fuego a causa del esfuerzo; cada segundo que pasaba parecía duplicar la fuerza de la gravedad que tiraba irresistiblemente de sus brazos.

—¡Renuevo mi espíritu en mi Ciudad!

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

—¡He aquí a Cristo, basileus!

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

El coro repetía las palabras, cuyo eco volvía a repercutir en la gran cúpula que tenía sobre su cabeza. Irene alzó la mirada hacia ella; allí, desde la cóncava superficie, la cara del mismo Dios les contemplaba, pantocrátor, el omnipotente Juez Absoluto.

La debilidad había anquilosado los brazos de Irene. A pesar de todo, seguía sosteniendo la Ciudad con la punta de los dedos. Dios había vuelto a elegirla basileus, y el triunfo le otorgaba una fortaleza que rebasaba su propio caudal de energías.

Se puso nuevamente de cara al altar. El patriarca y sus sacerdotes se apartaron.

Con paso majestuoso, anduvo hasta el altar y allí, y sólo allí, bajó los brazos, lentamente, hasta depositar despacio aquel peso en la superficie del altar, donde permanecería otro año.

—¡Ave, basileus! ¡Loor a Cristo, nuestro soberano!

Irene levantó los brazos otra vez, firmes y boyantes sin la Ciudad de oro. Su moral se remontó como una paloma de alas ágiles. Dios la había vuelto a designar predilecta suya. El califa podía amenazar y Juan Cerulis maquinar conspiraciones, pero ella seguiría siendo invulnerable en tanto Dios la sostuviera.

—Hagen tiene la lista —informó Teófano.

Se desembarazó de la pesada túnica áurea, levantándola como una concha y liberando el cálido cuerpo femenino que había debajo.

—¿Si? ¿Estás segura?

—Es como si me lo hubiera confesado.

Irene sacudió la melena, estiró los brazos y las ropas de ceremonia se desprendieron de ella. Las demás mujeres estaban en la habitación contigua, dedicadas a buscar otras prendas para la emperatriz, y, en aquel momento, Teófano estaba momentáneamente a solas con Irene. Puso sobre los hombros de su señora una bata de gasa. Cuando alargó las manos para abrochársela a la altura de la garganta, los brazos de Teófano rodearon el cuello de la basileus que volvió la cabeza con gesto rápido y besó a la muchacha.

Se echaron a reír. Teófano retiró los brazos, baja la mirada, acalorada y feliz en aquel momento íntimo. Irene se levantó, atravesó el cuarto y cerró la puerta, para que las demás mujeres quedasen al margen.

Sentada en el escabel, Teófano alzó la mirada hacia su señora, mientras comprendía que se esperaba de ella el cumplimiento de alguna misión más. Irene regresó junto a ella y su mano se deslizó ligera por la cabeza de Teófano. en leve roce acariciador.

—Esa lista no vale nada, siempre y cuando no llegue a manos de Juan Cerulis —dijo—.

Lo que si tiene importancia es la conjura contra mi, a la que desde luego no va a renunciar sólo porque no tenga esa lista. Debo conocer más detalles acerca de esa conspiración.

—¡Ay! —se lamentó Teófano—. No me he enterado de nada referente a eso.

—Sin embargo, fuiste miembro de su círculo particular —recordó la emperatriz— ¿No podrías catequizarle de nuevo, engatusarle y volver a gozar de su favor?

A Teófano se le paralizó el corazón; se le heló todo el cuerpo.

—¡Oh, no, señora! ¡Jamás volverá a creerme!

—Puedes contarle que no te quedó más remedio que hacer lo que hiciste, porque era la única manera de conservar las prebendas de que disfrutas ocupando este puesto junto a mí, pero que estás sinceramente a su servicio y dispuesta a traicionarme.

—Oh, señora, no se lo creerá.

“tap, tap”, sonó una discreta llamada a la puerta; Helena deseaba entrar: "Tap, tap, tap”.

—Un momento —pidió Irene. Se inclinó sobre Teófano, tomó entre las suyas las manos de la joven y la miró intensamente a la cara—. Debes hacerlo. Tesoro. Hazlo por mi, ¿verdad que lo harás?

—Oh, señora... —Teófano apoyó la mejilla en la mano de la emperatriz—. Haría cualquier cosa por vos, lo sabéis, pero...

—Te rescataré, lo prometo. Si cumples su voluntad, Dios no te abandona. Yo tampoco te abandonaré. Pero tenemos que conocer los planes de Juan Cerulis, o nos destruirá y, con nosotros, al Imperio.

Teófano respiró hondo. Juan Cerulis la aterraba y la idea de entregarse, de quedar en su poder, le congeló el corazón. Las manos que envolvían las suyas eran cálidas, suaves y afectuosas, eran las manos de una madre. El rostro femenino que bajó la mirada sobre el de ella rezumaba cariñosa ternura. No podía fallarle a la basileus. Teófano levantó los ojos y accedió:

—Lo haré, señora.

Irene agachó la cabeza y le dio un firme beso en los labios.

—Quédate conmigo un rato más, determinaremos los ardides que vamos a emplear contra él.

Llamó a Helena, que entró en la estancia, con el mayordomo pisándole los talones.

Teófano se retiró a un rincón, agitada por encontrados sentimientos.

Servir al Imperio, no pedía ninguna otra cosa. Su mente se aferraba a eso, el único objetivo que merecía la pena.

La emperatriz, ante ella, había alzado los brazos, inquieta, y las manos no cesaban de moverse. El parakoimomenos se había postrado nada más entrar y ahora se incorporaba sobre las rodillas.

—¡Augusta, predilecta de Dios, gloria del Imperio!

—Sí, si, si —se impacientó Irene—. Habla.

Anduvo por el cuarto, hacia la ventana.

—El hombre santo del desierto, augusta, es un eremita llamado Daniel. Ha venido hasta aquí por la carretera de Paflagonia, causando a su paso continuos daños...

—¿Cómo? —La basileus giró en redondo. La claridad que irrumpía por la ventana, a su espalda, convirtió su semblante en una sombra carente de rasgos.

—Predica una nueva destrucción de las imágenes, basileus. Por doquiera que va, no faltan gentes que prestan atención a sus palabras y le obedecen y, entonces, otros se ven obligados a pelear para proteger sus iglesias.

¿Tiene seguidores?

—Algunos. No muchos. Hay quien dice que está loco, que es propenso a las visiones, dado a las profecías.

La ensombrecida figura que estaba ante la ventana dio media vuelta de nuevo y los adornos de oro de la cabellera despidieron destellos luminosos.

—Muy bien. Le vigilarémos.

—Si, augusta, predilecta de Dios.

—No representa ningún peligro, a menos que atraiga seguidores.

—Sí, augusta. predilecta de Dios.

—Encárgate de ello.

El mayordomo se postró de nuevo. Desde el rincón, Teófano contempló la escena con renovados temblores en el corazón. El gran chambelán tenía a su cargo las cuestiones domésticas de la casa del basileus y nada más.

Fuera de palacio no tenía atribuciones, derechos ni deberes. ¿Por qué se le concedía aquel poder? El hombre se levantaba ya, sumisamente doblado el cuerpo, juntas las manos. Ni hombre ni mujer, ¿qué extraños apetitos se manifestaban en él? ¿E Irene los estaba satisfaciendo, le proporcionaba lo que él quería? Teófano apartó la mirada.

—Ahora, como contraste... —Nicéforo rebuscó entre los papeles apilados. Hasta su nombramiento para el empleo de tesorero o administrador, las cuentas del Imperio se habían llevado en tablillas de cera y láminas de asta, pero Nicéforo había

reorganizado los sistemas, impuso el papel a los escribas y revisaba personalmente todos los libros. Sacó un fajo de papeles del montón que tenía a su izquierda—. En contraste con la delicada situación de vuestras propias finanzas, augusta, permitidme presentaros el estado financiero del monasterio de Estudio.

—Estudio —repitió la emperatriz, sorprendida, y se le acercó con paso vivo—. ¿Qué tienen que ver los monjes en todo esto?

—Si la augusta condescendiese a examinar estos...

El administrador presentaba hoja tras hoja de cifras escritas de su damasquino y preciso puño y letra; Irene lanzó una mirada a los documentos y con un barrido del brazo los lanzó contra el suelo.

—¡Maldito seas, Nicéforo! ¿Por qué me enseñas esas cifras? ¡Ellos son ricos! Son monjes, Dios los ha enriquecido y yo no puedo tocar una sola moneda... ¿Acaso me lo enseñas porque soy pobre, para tentarme? ¿O acaso para mofarte de mi, maldito seas?

Al tiempo que gritaba, recorría el cuarto de una punta a otra, cada vez más desalada, lo que era otra forma de tentación. El día anterior presidió la santa procesión de la Piedra de San Antonio y, a causa del esfuerzo, el agudo dolor del pecho había vuelto.

Pasó la noche en blanco, sin poder pegar ojo. Ahora, el dolor había desaparecido y ella andaba, forzaba el cuerpo, una y otra vez, porque se sentía aterrada, y cuando algo le aterraba sabía que la única solución era desafiarlo.

En el escritorio, Nicéforo se inclinaba ante ella, con la nariz casi rozando las pilas de documentos. Irene se fue derecha al administrador.

—¿Y bien?

—Basileus, no veo razón alguna por la que el monasterio de Estudio y los demás cobijos de monjes sagrados no deban contribuir de alguna forma a la administración del Imperio...

—Al César lo que es del César —dijo Irene—. Los monjes han sufrido bastante en los últimos tiempos.

Los monjes la habían puesto en el trono. Les prometió —especialmente a los de Estudio, el gran monasterio ubicado en la misma Ciudad— que no les impondría gravámenes ni contribuciones.

—Como deseáis, augusta.

Alrededor del escritorio, la gruesa alfombra de copete aparecía sembrada de papeles. Irene los miró, perpleja; los monjes mantenían sus cuentas en secreto.

—¿Cómo averiguaste esas cifras?

Nicéforo se bajó del taburete y se puso de rodillas para recoger los papeles del suelo.

—Las deduje, basileus, basándome en los informes de que dispongo y que proceden de otras fuentes.

—Entonces no sabes realmente cuánto dinero tienen.

Era de locura, que el Imperio se tambalease, al borde de la quiebra, mientras que en aquel refugio de célibes se comía en vajilla de oro.

—Mis fuentes son dignas de crédito —afirmó el administrador.

A Irene, su intuición le había informado de que aquello era cierto; Nicéforo, metódico, inteligente, leal no ponía en peligro su reputación fiándose de algo que no pudiese verificar cien veces. La emperatriz regresó hacia la ventana.

—No veo cómo podemos separar a los monjes de parte de su tesoro, Nicéforo.

El hombre murmuró unas frases rutinarias. Ella se frotó las manos. Aquel día, como de costumbre después de un ataque de dolor pectoral, se notaba pletórica de vigor, animada, rebosante de vitalidad; sin embargo, no era un triunfo sobre el dolor, sino el hermanamiento con él, lo que le procuraba aquella calurosa energía que no iba a dejarla descansar. Tuvo la sensación de que se balanceaba en un pináculo; de que estaba encima de una peonza y que, si ésta dejara de dar vueltas, ella se caería. Contempló el jardín, a través de la ventana.

Allí abajo, en la rosaleda, el parakoimomenos hablaba con Helena, mientras la azafata jefe manejaba su telar. La emperatriz se frotó las palmas de las manos, una contra otra, hasta que la piel se puso como el fuego. Cuando se presentaba el dolor, lo único que podía hacer era acostarse. Era vulnerable, entonces, como un conejo en un trigal recién segado. De todos sus ministros, aquellos dos, Nicéforo y el parakoimomenos, serían los más peligrosos caso de que se percataran de su debilidad: Nicéforo porque controlaba la hacienda del Imperio, el mayordomo porque tenía a su cargo todo lo relativo a palacio.

Debía mantenerlos a raya, fuera como fuese. Abajo, su parakoimomenos chismorreaba con Helena, a la que si le tiraban de la lengua muy bien podía escapársele el secreto de la debilidad de su señora; detrás de Irene, Nicéforo anotaba algo en una de sus hojas de papel.

Podía lanzarlo uno contra otro, cosa fácil de lograr, puesto que ya rivalizaban por el poder y se odiaban por naturaleza. Irene los conocía muy bien a ambos. No le resultaría nada complicado prepararles unas trampas bien tramadas, en las que su propio carácter los induciría a caer.

El cuerpo volvía a torturarla, a impulsarla a andar, a moverse, a utilizar el desbordamiento de energías que la inundaba. A sacar partido de si misma, comprobar lo que podía hacer, hasta dónde podía llegar, cuánto podía resistir esforzándose al máximo, antes de que el dolor la atacase de nuevo. Determinar sus límites.

Cruzó la habitación.

—¿Y bien, Nicéforo? Seguramente tendrás en la cabeza alguna idea para extraer una parte de esas reservas de Estudio, ¿no?

—Sí, augusta.

—Estupendo —dijo Irene—. Estoy impaciente por oírlas. Adelante.

—Deberías asistir a las ceremonias —dijo Constantino, al tiempo que se quitaba la capa.

El príncipe Miguel rezongó:

—Locura necesitaba un remojón.

—Por la mismísima esencia de la Trinidad, Miguel, no irás a decirme que te has pasado la tarde remojando la pata de un caballo. Debes saber que en la vida hay algo más que las carreras. —Constantino avanzó por el pasillo de los establos y asomó la cabeza por el que ocupaba Locura. El animal le tiró un bocado, aplastadas las orejas sobre el cuello—. ¿Está mejor?

—No lo sé. Supongo que se hace viejo..., o quizás algo le funciona mal en la pata, o en el brazuelo.

Miguel echó a andar en pos de Constantino. Los mozos de cuadra se habían reunido en el extremo del pasillo, probablemente para jugar a los dados, y los caballos masticaban su ración de heno. Hasta la hora de la cena no había nada que hacer y Miguel estaba aburrido. Se inclinó por encima de la media puerta del establo e indicó la pata delantera del alero de pelaje bayo oscuro.

—¿Ves? Ahí lo tienes, alargando otra vez el pie. Me fastidia mucho verle hacer eso, creo que se siente inseguro. —Parecía encontrarse bastante bien durante la carrera.

Miguel suspiró y se mordió el labio, sin apartar la vista de la negra pata, que el caballo mantenía ligeramente extendida hacia adelante, a fin de que el peso del cuerpo descansara sobre la punta del casco. Constantino tenía razón. El caballo había corrido bien, pero durante la mañana empezó a cojear.

—¿Cómo fue la ceremonia?

—Irene estuvo perfecta. —La voz de Constantino se tomó suave, velada por la emoción—. Adoro ese rito, y ella tiene el don de glorificar esa ceremonia, uno siente que las manos de Dios le rodean.

Junto a Constantino, Miguel se inclinó hacia el interior del establo y empezó a soltar el ronzal a Locura. Eso era lo que le ocurría a un hombre cuando dejaba de estar en condiciones de competir en las carreras; se ablandaba y se ponía a pensar en las ceremonias. Miguel pensó que también podía ingresar en un monasterio. Retiró el ronzal del bayo.

—Siempre les estoy diciendo que no les dejen los ronzales por la noche. —Su mirada recorrió los cuatro compartimientos en los que los caballos se habían pasado la tarde moviendo las mandíbulas—. Le dieron un buen repaso a los jorasan de Ismael.

—En la pista, se dejarían la vida por ti. Tienes las manos de Cástor, para quien no tenía secretos el arte de domar caballos. Sin embargo, en mis buenos tiempos, mi tronco y yo te habríamos dado alguna tollina que otra.

Miguel cerró los oídos. Aquello salía a relucir cada dos por tres en boca de su tío y se sabía de memoria todas las hazañas que iban a seguir. Continuó mirando la adelantada pata delantera de Locura, preocupado por el animal, por la posibilidad de tener que sustituirlo o acabar con él. Amaba a aquel caballo. Constantino seguía recitando los avatares de unas eliminatorias celebradas tiempo atrás. En un punto del pasillo de al lado, un hombre vociferó.

Miguel apenas hizo caso, pero al cabo de unos segundos, el grito se repitió, más cerca, y Miguel alzó la cabeza. Uno de los mozos de cuadra dobló el recodo, con la boca muy abierta y los ojos desorbitados.

Príncipe, mi príncipe!... ¡Esad! ¡Se está peleando ahí detrás con un salvaje de las estepas!

Miguel soltó un taco por lo bajo.

—Maldito sea, déjale que le zurren la badana. Siempre está metiéndose con tipos que le vienen grandes.

El mozo de cuadra bailoteaba de un lado para otro, delante de Miguel.

—Señor, ese hombre va a matarlo.

Constantino siseó entre dientes:

—No lo creo.

Pero Miguel y él echaron a correr pasillo abajo.

En la parte posterior de los establos había una puerta que daba a los terrenos de palacio; alguien había llevado allí dos caballos desconocidos, evidentemente criados en el campo, y abierto la mitad superior de la puerta para proporcionarles algo de aire.

En aquella línea de establos, media docena de mozos de cuadra de los otros tiros habían arrinconado al propietario de los caballos e intercambiaban con él frases acaloradas.

El encargado de todos los mozos de cuadra era Esad, que siempre andaba a la greña, pero cuando Miguel y Constantino llegaron allí, nadie peleaba. El forastero permanecía tranquilamente sentado encima del borde de la mitad inferior de la puerta del primero de los establos. Sonreía y contestaba sin alterarse a los indecorosos insultos que los mozos de cuadra lanzaban contra él y contra sus caballos.

Miguel se detuvo en seco y un arrebato de cólera abrasadora se disparó por sus venas. Era el individuo que la noche anterior había estado coqueteando con Teófano en el Bucoleón.

—Mira, palafrenero —le decía a Esad en aquel momento, en un griego acentuadamente coloquial—, en mi tierra, sólo los esclavos pelean a puñada limpia.

Si quieres vértelas conmigo, vete a buscar una espada.

—¿Ah, si?

Esad sacó pecho y se pavoneó un poco. Era hombre corpulento, fornido, un canaanita, de encrespado pelo negro, cuadrada mandíbula y puños como adoquines. No se dio cuenta de la llegada de Miguel y Constantino, que ahora estaban a su espalda.

—Si la espada se te da igual que la elección de caballos a la hora de comprarlos, no creo que tenga que preocuparme mucho. Baja y pelea, extranjero, si es que tienes agallas.

Los demás mozos de cuadra le animaron a gritos, a la vez que silbaban y abucheaban al forastero. Siempre estaban dispuestos a fanfarronear en nombre de cualquier otro. Esad ejecutó unas cuantas cabriolas por el corredor, mientras el gigantesco bárbaro, tan rubio como moreno era Esad, tamborileaba con los talones sobre el paño de la puerta del establo y sonreía mirando al caballero. Luego, Esad se acercó a la pared y cogió un largo látigo.

—Bueno, si no quieres bajar, tendré que echarte de ahí, ¿no?

El grupo de mozos de cuadra emitió un coro de murmullos y retrocedió en precipitado bloque. Uno o dos pusieron cara de alarma. Miguel se cruzó de brazos. El corpulento bárbaro de alba cabellera le pareció bastante duro la noche anterior, en el Bucoleón; sería interesante comprobar si sus hechos estaban a la altura de sus palabras.

Esad desenroscó el látigo y golpeó el suelo con él.

—Ven aquí y recibe tu castigo —dijo, arrastrando las sílabas, brillantes los ojos, y lanzó un latigazo al bárbaro.

El hombre de cabello blanco bajó de lo alto de la puerta del establo, con ágil y ligero salto. Esquivó el primer viaje del serpenteante látigo, y cuando Esad lo echó hacia atrás, pasándoselo a la espalda por encima del hombro, el bárbaro se precipitó sobre el caballo rizo y agarró la punta de la tralla.

Esad chilló. Dio un tirón al mango del látigo, y el bárbaro albino soltó un poco de cuero, para luego echar con fuerza el brazo hacia atrás y arrastrar a Esad hacia él, sobre la punta de los pies, para, con celérico movimiento circular de la mano, pasar el seno del látigo alrededor del cuello del jefe de los mozos de cuadra.

Miguel profirió un grito ronco. Irrumpió en medio del grupo de espectadores, se interpuso entre el bárbaro y el mozo de cuerdas. que emitía espantosos sonidos, medio estrangulado ya. La mano de Miguel se cerró en torno al látigo, a dos centímetros y medio de la del bárbaro. Cara a cara, pecho contra pecho, ambos hombres se miraron, con el látigo, agarrado con fuerza, entre ellos.

Los ojos del hombre de blanca cabellera se desorbitaron a causa de la sorpresa.

—¿De dónde infiernos sales? —articuló, pero soltó el látigo y retrocedió unos palmos.

Miguel dejó caer el látigo. Lanzó una rápida mirada por encima del hombro,

para comprobar que Esad se encontraba bien. Los otros mozos de cuadra se habían arrodillado junto al caballero y le desprendían el látigo de la garganta. Miguel volvió a mirar al bárbaro.

Este se acomodó de nuevo en el borde superior de la media puerta del establo. El caballo alojado allí le hoció la espalda.

—¿Por qué has mediado en esto? —preguntó a Miguel—. No hay presente ninguna mujer a la que impresionar, ¿eh?

—Mira —dijo Miguel, y su dedo índice punteó en el pecho del bárbaro—, no te metas con mis palafreneros.

El bárbaro le asestó un golpe a la mano, obligándole a bajarla.

—Ni se te ocurra ponerme las manos encima.

Se fulminaron con los ojos. Los mozos de cuadra se llevaban a Esad, que se acariciaba la garganta con las manos: habían aparecido allí rojos verdugones como collares de sangre. Miguel se agachó, recogió el látigo del suelo y lo enrolló en sus manos.

Odiaba a aquel bárbaro con una intensidad al rojo vivo. El era el campeón; se había ganado la admiración y el respeto de todo el mundo en Roma, y ahora llegaba aquel vulgar patán, al que apenas podía considerársele hombre, y se burlaba de él.

—Lárgate de aquí —ordenó Miguel—. Llévate esos rocines a otro sitio. Aquí, lo único que vas a encontrar son complicaciones.

—Gracias por el aviso.

—Si tienes un mínimo de cerebro, lo atenderás.

El hombre corpulento no respondió, pero su desagradable sonrisa declaró que no albergaba la más remota intención de abandonar el hipódromo. Miguel se alejó por el pasillo.

—¿Qué le ha pasado? —Ismael se ladeó para ver al caballero Esad, que entraba en la taberna dando traspiés y sostenido por varios hombres, entre los que se encontraban los mozos de cuadra de Ismael.

—Se ha enzarzado en otra pendencia —informó uno de éstos.

Ismael soltó una carcajada y se acomodó en el taburete. El jefe de los palafreneros de Miguel siempre estaba buscándole tres pies al gato y recibiendo palizas. Volvió a ponerse de cara al hombre que le estaba pagando el vino.

—¿Cuándo habrá otra carrera?

—Cuando la basileus la convoque.

Ismael observaba la escena que ofrecía Esad, aposentándose con movimientos vacilantes a una mesa del fondo de la taberna. Le habían desollado el cuello, como si su piel fuera la cáscara de una naranja, y a duras penas podía mantenerse derecho.

Aquella cantina estaba a una calle del hipódromo y los miembros de los equipos se pasaban allí buena parte de su tiempo libre. Desde donde estaba sentado, Junto a las cubas de vino, Ismael veía a veinte conocidos, la mayor parte de los cuales se

apiñaban en torno a Esad y le pedían que contase la historia de las heridas que sufrió en la batalla. Piezas de aparejos, arreos y arneses colgaban de las paredes; encima de los toneles, suspendido del gancho clavado en una viga, había un polvoriento cinturón de cuero, tachonado de adornos de oro, que algún campeón de otra época, largo tiempo olvidada, ganó en las competiciones. La leyenda decía que cuando aquel cinturón cayese, los muros del hipódromo se desmoronarían y las hierbas crecerían en la pista. La

leyenda también afirmaba que los adornos de aquella correa eran de latón.

—Es uno de los hombres del príncipe, ¿verdad? —dijo Karros, sentado frente a Ismael, al otro lado de la mesa. Cogió la jarra de vino y llenó otra vez el vaso del auriga.

Éste tomó un largo trago. El guardaespaldas de Juan Cerulis le había abordado por alguna razón, y ahora quizás descubriese cuál era dicha razón.

—Sí, es el encargado de los mozos de cuadra.

—Es un héroe de multitudes, Miguel, quiero decir.

—Cierto. Todo el que gana es un héroe. En tanto siga ganando.

Karros se acarició la barba. Era armenio, al menos una buena parte de él, y su rizada barba negra denunciaba su sangre oriental. Para ser un individuo que vivía en plan de matón, parecía un poco blandengue, el estómago proyectaba una hinchada curva sobre la cintura, el cuello y los brazos eran más bien regordetes, tirando a fofos, y estaban pálidos. Alzó los pulgares y su mueca de soslayo dejó ver unos dientes amarillentos y separados entre sí.

—Te gustaría disfrutar de eso, ¿verdad? Aunque sólo fuera una vez.

—Ujú —Ismael dejó el vaso de vino, que volvía a estar vacío—. ¿Tienes algo que decirme que tenga sustancia? Una vez sólo no sería suficiente. Ni mucho menos. (Sabes lo de la carrera de ayer?

—Sí, creo recordar que ayer sucedió algo en el hipódromo.

La sonrisa de Karros no tenía el menor asomo de humor.

—Durante la carrera, Miguel lucía algo de color en el brazo.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

—Sí. Llevaba un pañuelo amarillo.

—Para que le diera suerte, tal vez.

Ahora que se le refrescaba la memoria, Ismael recordó que, mientras azuzaba desesperanzadamente a su tronco, entre el polvo que dejaba la cuádriga del príncipe, un pañuelo amarillo onduló como un insulto ante su cara.

—¿Por qué le da ahora por eso? Nunca recurrió a amuletos de la buena suerte. ¿No te parece que podría ser una señal?

—No sé qué era, Karros. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

Los labios de Karros se fruncieron en una torcida sonrisa. Puntitos castaños moteaban el blanco de sus ojos.

—Piensa en esto, Ismael. Es el favorito del pueblo. Si quisiera ser emperador,

nada le detendría.

—"Emperador" —repitió Ismael, atónito—. Estás loco, Karros. ¿Qué tontería es ésa?

—El pañuelo amarillo..., creemos que es una señal dirigida a sus seguidores.

¡ —Estiércol de caballo —Ismael observó recelosamente el semblante de Karros, mientras se preguntaba de dónde diablos sacaría aquellas historias.

—¿Por qué iba a desear ser emperador —estalló—, cuando es el campeón del hipódromo?

—Vosotros, los aurigas de carreras, tenéis una visión del mundo bastante estrecha, ¿no crees? —dijo Karros. Meneó la cabeza en dirección a la puerta—. Ahí viene el hombre en cuestión. La última manga fue una media carrera de todos los demonios.

Ismael perdió los estribos.

—Gracias por la invitación.

Se puso en pie con brusquedad, lanzó a Karros una mirada centelleante y atravesó la taberna, en dirección a la gran mesa del fondo donde el príncipe Miguel acostumbraba a sentarse.

Miguel se había detenido para decirle algo a Esad, que se palpaba la garganta y hablaba con voz áspera. Ismael aguardó hasta que el príncipe se apartó del lastimado caballerizo.

—¿Qué le ha ocurrido?

Miguel se encaminó a su mesa.

—Se fue de la lengua con quien no debía. Siéntate y comparte una jarra conmigo.

Ismael acercó un taburete a la redonda mesa de madera sembrada de cortes y cicatrices. La lámpara suspendida encima de la mesa despedía oleadas de nubecillas de humo y el hollín había ennegrecido el techo; la sombra de la lámpara caía sobre la mesa. Ismael pasó los dedos por las profundas marcas de la desgastada superficie de madera, donde varias generaciones de clientes habían entretenido sus ratos de ocio utilizando el cuchillo.

—¿Dónde tuvo lugar esa pelea en que se metió Esad?

—En las cuadras. Hay en la parte de atrás un extranjero. un hombre de pelo blanco, ¿le has visto?

—¿Tiene dos sementales sirios..., uno bayo y otro negro? Sí. Parece bastante chapucero con los arreos. ¿Para quién trabaja?

Miguel ya había hecho la correspondiente seña a una de las mozas que servían a los parroquianos, la cual llevó una jarra de doble asa llena de estupendo vino occidental y colocó un vaso delante de cada uno de los aurigas.

—Al parecer está al servicio de la basileus. Tal vez sea uno de sus espías.

Ismael acarició su vaso. Karros le había atiborrado el cuerpo de bebida y no le

gustaba achisparse demasiado. La idea de los espías le sedujo. Karros estaba en lo cierto: miraba demasiado poco el mundo existente fuera del hipódromo. Eso le recordó lo del pañuelo amarillo y miró al príncipe Miguel.

Lo ojos del otro hombre le observaban especulativamente.

—¿Sabes algo acerca de ese nuevo tronco de Cesarea?

—He oído que es muy osado, pero que tiene unas manos demasiado pesadas.

—¿Qué clase de caballos lleva?

—Cruces de Ferghana, probablemente.

Los demás troncos no le interesaban gran cosa. Tenía la absoluta certeza de que derrotaría a cualquiera de ellos en las mangas. Ismael se había ganado el derecho a correr por los verdes de Constantinopla en el curso de una competición que duró todo el verano y en la que no perdió una sola eliminatoria; sabía que era el mejor, y las pruebas de clasificación para participar en el campeonato no le preocupaban lo más mínimo. Todos los troncos, salvo el de Miguel, tenían que luchar por un lugar en la pista conteniendo con el campeón; las pruebas clasificatorias se desarrollarían a lo

largo de casi todo el verano, de acuerdo con el deseo de la emperatriz.

—¿Cuándo volveremos a correr tú y yo?

—Antes de que acabe la canícula, desde luego. —Miguel se echó hacia atrás, con los largos brazos extendidos a través de la mesa. La túnica blanca que llevaba, de la seda más suave y elegante, no podía ocultar la perfecta estructura de su pecho y de sus hombros; los brazos eran tan gruesos como los muslos de un hombre corriente.

Cuando movía los dedos, los enormes músculos de los antebrazos parecían saltar bajo la piel—. Cuando más riguroso es el verano, más a menudo se celebran carreras. —Dirigió a Ismael una sacudida de cabeza—. Nunca me vencerás, ya lo sabes

Ismael se enderezó, rígida la espalda.

—Algún día.

—No me ganarás nunca.

Agraviado, Ismael se puso en pie; el taburete chirrió al arañar sus patas el piso.

Peor que perder era estar oyendo cómo se lo recordaban continuamente. Se retiró y, al cabo de unos pasos, giró en redondo.

—¡Miguel!

Se hizo el silencio en la taberna. Todo el mundo volvió la cabeza para mirarles.

—Príncipe Miguel —corrigió calmadamente el hombre sentado a la mesa.

—Ese trapo amarillo, príncipe, que llevabas durante la carrera, príncipe..., ¿qué significaba?

El otro auriga se echó a reír.

—Era un regalo. Un regalo que me hizo una amiga.

La blancura de sus dientes resaltaba en medio de la recortada barba negra.

Apuró el vino y depositó el vaso encima de la mesa.

Ismael se encaminó a la puerta. Pasó junto a Karros, que seguía sólo en la mesa contigua a los toneles de vino. Se detuvo para comentarle:

—Ya ves. Oíste, ¿no?

—No iba a decirlo delante de todo el mundo, ¿verdad? —respondió Karros.

—Me rindo —dijo Ismael—. No hay respuesta.

Salió a la calle.

Karros se pasaba en la taberna todo el tiempo que le era posible, o sea, la mayor parte del día, dedicado a beber y escuchar chismes. Le gustaba aquel trabajo; lo que no le apetecía en absoluto era regresar ante su señor sin noticia definitiva alguna acerca de las intenciones del príncipe Miguel. Aguantaba bien la bebida, de modo que sólo estaba ligeramente alumbrado cuando, a media tarde, un golfillo callejero le entregó una nota escrita en papel perfumado.

Aquella fragancia le resultaba familiar. Supo quién había redactado la nota incluso antes de desdoblar el papel y ver los firmes rasgos de la caligrafía. Al terminar de leerla, empezó a sonreír.

Era una lianta, aquella zorrita; ahora pensaba que podía entrometerse de nuevo.

Se levantó rápidamente de la mesa, recogió la capa y las botas, que había empujado debajo de la silla, y franqueó la puerta de la calle.

Casi anoecía. Fuera de la taberna, las prostitutas se congregaban ya, dispuestas a la tarea nocturna. Karros se abrió paso entre ellas, sin mirarlas. Se había prometido a sí mismo, una vez, que cuando Teófano perdiese la protección de la noble, él la tomaría para sí. Ahora, la chica volvía a él.

Pasó por delante de los baños públicos, camino de una pequeña iglesia que había en la cuesta, rodeada de viviendas habitadas por los pobres. Un enjambre de trabajadores y de amas de casa esperaban en el patio del templo a que empezara la misa. Karros pasó junto a ellos y entró por la puerta principal.

La iglesia olía a incienso rancio. Los acólitos corrían irreverentemente de un lado a otro, bajo la cúpula, llevando velas al altar y, de regreso, jugando, patinando sobre el liso suelo y riendo tontamente. Al ver acercarse a Karros, adoptaron un paso exageradamente sobrio. Karros se desvió hacia una de las alas del templo, por la parte exterior del círculo de columnas con pie que soportaban la cúpula, hacia un banco en el que permanecía sentada una mujer con el rostro cubierto por un espeso velo.

Era Teófano, que fingía rezar. Karros se acomodó a su lado. El perfume de la muchacha le excitó.

—Buenas tardes, Teófano. —Karros se pasó la lengua por los labios y saboreó el gustillo salado del sudor, mientras rememoraba la última vez que había visto a la muchacha—. Llevas ahora bastante más ropa encima que aquel día en la posada de Crisópolis, querida.

Teófano se santiguó, sin decir palabra, como si no le hubiese oído. Karros no podía ver la expresión del rostro, cubierto por el velo.

—¿Sigues acostándote estos días con sudorosos bárbaros enemigos del baño? —probó de nuevo Karros.

Ella tampoco dio muestras de haberle oído y, durante un momento, Karros se sintió mareado y se preguntó si no se habría equivocado de mujer..., si no estaría cometiendo un terrible error. Pero Teófano se recostó entonces en el respaldo del banco, alzó el velo y volvió hacia él una carita en forma de corazón, maravillosamente enmarcada por la gasa negra, candorosas las pupilas azules.

—Dime, Karros, ¿está el patricio muy desencantado de mí?

El gordo sicario parpadeó, cogido a contrapié por la inesperada pregunta.

—¿Quieres volver con él?

Aletearon las pestañas de Teófano; en sus mejillas apareció un nuevo color. Karros carraspeó. Se daba cuenta de que debía inducirle a pensar que iba a ser bien recibida. Juan Cerulis daría algo bueno por volver a tenerla en sus manos.

—Creo que te ama, querida —dijo Karros—. Se lo perdonará todo a cualquier persona a la que ame.

Parecía imposible conseguir que aquellas palabras salieran a través de sus labios sin que se le trabara la lengua. Se acarició la boca con los dedos y deseó no haber bebido tanto.

—¿Tú crees, entonces, que me aceptará si vuelvo? —preguntó la muchacha.

—Te facilitaré las cosas —prometió Karros. Se preguntó por qué hacia aquello Teófano. Desde luego, estaba cumpliendo órdenes de la emperatriz. Pero, ¿qué más daba?

Una vez Juan Cerulis la tuviese cogida, nunca volvería a escapársele.

—No tuve más remedio que acompañarlos, ¿sabes? —explicó Teófano—. La verdad es que deseaba servir al patricio~ pero Simón me arrastró al encuentro con Targa. Y entonces, a aquellos francos...

¡Ah, sí, sí, querida! Ya vi cómo les plantabas cara a aquellos francos.

Teófano abrió mucho los ojos; con voz temblorosa, como si la agitaran unos sentimientos que distaba mucho de experimentar, dijo:

—No sé cómo agradecértelo, Karros... De no haber entrado tú en aquel momento preciso, mucho me temo que el franco me habría violado...

Karros estalló en una sonora carcajada; los fieles entraban ya en la iglesia y aquel jactancioso regocijo hizo que dirigiesen la vista hacia la pareja. Se contuvo. En el altar, los monaguillos encendían las velas. Karros se llevó la mano a la boca.

—Aquellos bárbaros. —Recordó al hombre que le había parecido ver en la zona superior del hipódromo, un hombre al que no deseaba tener de nuevo frente a sí—. No sabrás, por casualidad, dónde se encuentran ahora, ¿verdad?

—Bueno, sucede que...

¿Sí? —Bueno, no. —Le obsequió con una sonrisa, dulce e inocente como una

niña—. ¿Los has vuelto a ver tú desde aquel día en Crisópolis?

—Creí... —Enarcó las cejas y miró a Teófano con atención; ¿de verdad no sabía que uno de ellos había muerto?—. Me pareció ver el más grande de los dos el otro día en las carreras. Es probable que me equivocara.

—Desde la posada, no he visto a ninguno de los dos —mintió Teófano—. Tampoco deseo verlos, y tú tampoco deberías desearlo... Esos dos son poco menos que delincuentes comunes. —Con ambas manos, se recogió el velo sobre la frente—. Dile al patricio Juua Cerulis que pronto me presentaré ante él, y que confío en recuperar un sitio de favor a su lado.

—Transmitírselo será un privilegio para mi. —Karros le dirigió una mirada maliciosa, de reojo, encantado; esa nueva compensaría el fracaso de no haber descubierto nada acerca del asunto del príncipe Miguel—. Si te presentases ante él con la lista, ciertamente te recibirla con todos los honores.

—La lista ha desaparecido —dijo la joven—. Olvídate de ella.

Volvió a cubrirse el rostro con el velo. Karros se puso en pie, con la esperanza de que Teófano, al abandonar el banco, pasaría junto a él, se rozarían y él podría sentir el cuerpo de la muchacha contra el suyo, pero ella salió por la otra parte. Decepcionado, Karros se abrió paso entre la gente, y se encaminó hacia la puerta.

La emperatriz tenía un mapa del mundo, tejido con hilo de seda y en el que una esmeralda representaba a Constantinopla y una gran perla blanca simbolizaba a Jerusalén; el mar era de color azul lapislázuli, el Imperio tenía el tono del oro, y las orillas de la tierra estaban señaladas en pardo o en verde. Aquella mañana temprano, al entrar en el salón de consejos, Nicéforo vio aquella preciosa obra expuesta y se acercó a la pared donde colgaba, para admirarla.

Era de sangre siria, el administrador del Imperio, nacido cerca de Damasco; le habían llevado a Constantinopla de niño, cuando sus padres huyeron para sustraerse a la opresión del califa, pero la impronta de su sangre aún seguía marcada en el matiz de su piel, en el imponente gancho de su nariz y en su pasión por los números. Durante la infancia y adolescencia, sentado con las piernas cruzadas delante de su tutor y de la vara de su tutor, había sufrido lo suyo con Homero y Píndaro, había luchado ferozmente con la geografía y la astronomía y había exultado trabajando con las cifras. En sus

abstracciones encontraba una paz que estaba más allá de la controversia y sus claves de las relaciones entre las cosas aparentemente disparatadas le parecían revelaciones del cosmos.

Nunca había logrado captar el concepto de lo que era el orden; le bastaba, normalmente, con saber que el orden existía. Especialmente en la administración del Imperio, era imprescindible creer que bajo el caos había una pauta, aunque la comprensión de esa norma estuviese fuera del alcance de la comprensión de los hombres.

Permaneció frente al mapa y vio en la disposición de los colores un problema de geometría; se abrió una puerta, a su espalda, y giró sobre sus talones, listo para postrarse. Pero sólo era el parakoimomenos.

El alto eunuco avanzó por la sala con paso majestuoso. Tenía la piel suave y blanca como queso de cabra.

—Nicéforo —dijo—. Examinando el libro del mundo, ¿eh?

Nicéforo saludó a su colega con una reverencia.

—Se me ha asegurado que estamos aquí para tratar cuestiones de guerra y del gobierno bárbaro. Deseaba refrescar mi conocimiento de los detalles de la estructura terrestre.

Olfateó el aire. El parakoimomenos se aplicaba una fragancia sutil que no lograba identificar, turbadoramente femenina. Acorde con el salón de consejos, con su áureo almohadillado y su lujo blanco.

—Es posible que la basileus no aparezca hoy —manifestó el mayordomo. La voz le vibró musicalmente en los fuelles del pecho.

—¿Ah, no? —Nicéforo alzó las cejas.

—Tengo entendido que ha pasado muy mala noche. —Un dedo largo y amarillento se extendió y tocó con la punta la perla que representaba a Jerusalén. La uña era un óvalo perfecto, color de piedra lunar. Con voz apagada, el mayordomo añadió—: Ya sabes que no está muy bien.

—No sé tal cosa —repuso Nicéforo, y le miró por encima del hombro.

La respuesta provocó en el eunuco una generosa carcajada.

—Pues, si, está enferma. Quizá se trate de algo pasajero, una simple indigestión, un trastorno propio del periodo... Debemos tener presente que, pese a todo, sigue siendo una mujer...

Venteó el aire; sus negros ojos fulguraron apasionadamente durante unos segundos.

No era sensato intercambiar confidencias con un eunuco, ni con un hombre completo, para el caso.

—No ha nombrado heredero —señaló el parakoimomenos. Acaso ha llegado el momento, para nosotros, en que deba hacerse.

—Jamás nombrará heredero —dijo Nicéforo, y apretó los labios automáticamente, irritado consigo mismo por haber dejado escapar tan revelador comentario.

—¿Cómo? ¿Por qué has dicho eso?

El tesorero general se encogió de hombros y dio media vuelta, dispuesto a retirarse.

—Simplemente una ocurrencia fugaz, mi querido compañero. No pienses más en ello.

—No, no. —El mayordomo le persiguió sosegadamente a través de la estancia. Las gruesas alfombras silenciaron el ruido de sus pasos, como si anduvieran sobre

nubes—. Tu opinión sobre tales asuntos es aguda y edificante, Nicéforo... Por favor, amplia tus observaciones.

Nicéforo le hizo una reverencia, unidas las manos, palma contra palma.

—No quisiera hacerte perder tu precioso tiempo con mis ensoñaciones ignorantes, querido parakoimomenOs...

—Oh, pero...

La puerta volvió a abrirse hacia adentro e invadieron el salón varios miembros más del consejo imperial; frustrado, el mayordomo se apartó de Nicéforo y acudió a saludarlos. Nicéforo se sentó, enormemente aliviado. Con el pulgar y el índice se pellizcó el puente de su enorme y huesuda nariz.

La emperatriz no nombraría heredero, porque asociar otra persona a la dignidad imperial significaría proporcionar a sus enemigos un nuevo ángulo de ataque. Levantó la cabeza y miró el mapa otra vez, con las manos descansando sobre el regazo. Y por idéntico motivo, también, si estaba enferma, haría todo lo necesario para disimularlo.

Razón por la cual, suponer la existencia de la enfermedad, aun estando en lo cierto, o presionarla para que nombrase heredero, provocaría sus sospechas; Nicéforo no albergaba el menor deseo de darse cuenta de que era blanco de los recelos de su emperatriz.

El parakoimomenOs sabía eso tan bien como cualquier otro. ¿Por qué, entonces, lo murmuraba en los oídos de otros hombres? La mirada de Nicéforo cruzó la habitación para posarse en el eunuco, que se encontraba en medio del grupo de funcionarios, yendo de uno a otro, estrechando manos y dirigiéndoles la palabra con su voz melodiosa. Se daba por supuesto que los eunucos no tenían ambiciones propias. Pero también se suponía que las mujeres tampoco.

Ahora, Irene apareció allí, entre todos ellos, como si repentinamente hubiera caído del cielo. Nicéforo se incorporó como impulsado por un resorte y cayó al instante de rodillas. La luz de la lámpara arrancó mil centelleos al oro y a las perlas de su túnica, cuando la emperatriz avanzó hasta el centro del salón, donde dio media vuelta. Contra el suelo, la cara a los pies de Irene, Nicéforo saludó:

—¡Ave, basileus, augusta, predilecta de Dios!

Algunos ni siquiera la habían visto; boquiabiertos, se vieron sorprendidos, de pie, por el rumor que produjeron las prendas de los que se apresuraron a ir al encuentro del suelo y por las voces con que acogieron a la emperatriz. Al levantar la cabeza, Nicéforo observó que Irene le sonreía.

¿Habría enviado al parakoimomenOs para probarle? Tal vez.

—Podéis levantaros —permitió la emperatriz en tono frío.

Dio unos pasos impacientes por el centro del salón y el vuelo del vestido crujió y onduló en torno a su cuerpo. Si estaba enferma, debía de ser algo sin importancia; rebosaba energía, la vida relucía en su semblante, los ojos lo captaban

todo. Nicéforo y los demás se incorporaron y fueron ocupando los puestos que el protocolo les asignaba, según su rango, con el parakoimomenos en primer término. Irene fue pasando por delante de ellos y dirigiendo la palabra o la sonrisa a cada uno de los funcionarios, al tiempo que alargaba la mano para que la rozasen al tiempo que ejecutaban la reverencia de rigor... Era una pequeña ceremonia íntima establecida por Irene; la practicaba siempre. Cuestión femenina: confiaba en su sentido del tacto hasta el punto de creer que le permitía detectar la falsedad. Nicéforo apretó con los suyos los dedos de la emperatriz y la sonrisa de Irene cayó sobre él como la mirada de un amante. Nicéforo alzó la cabeza, súbitamente alta la moral.

—Estupendo —comentó la basileus, una vez hubo pasado por delante de todos y cada uno de los funcionarios—. Veamos. ¿Qué nuevas hay de Europa? ¿Drungario?

El gran drungario dio un paso al frente y flexionó el brazo en saludo militar.

—Basileus, tenemos noticias de Estauracio, según las cuales está reconquistando las aldeas de la costa adriática que perdimos hace tres inviernos. Los búlgaros se retiran a sus fortalezas de las montañas. Pero es una labor lenta, basileus.

—Ah. Poco a poco, recuperaremos lo que nos pertenece —dijo Irene—. Muy bien. Puedes escribir a nuestro general Estauracio y decirle que nos sentimos muy complacidos.

—Necesita dinero, basileus.

—Lo tendré en consideración.

—Basileus, Estauracio es un general brillante...; si le enviásemos más hombres y más fondos expulsaría totalmente del Imperio a los búlgaros en cuestión de meses! Creo...

—No —le cortó Irene, y dio media vuelta; se acercó al mapa de la pared y señaló la masa terrestre en forma de mano que constituía Grecia—. Lo está haciendo bien.

Palmo a palmo, así es como se ganan las guerras. De ese modo, siempre sabemos lo que hemos ganado y, si perdemos, sólo perdemos un poco. Dejemos que Estauracio haga lo que pueda con las fuerzas de que dispone.

Nicéforo pensó que, además, concentrar tanto poder en manos de un hombre podía convertir a ese hombre en un rival por el trono. La basileus desconfiaba de los ejércitos y siempre había desconfiado. Los soldados no obedecerían a una mujer, siempre tratarían de colocar a un hombre el mando; a ella no le quedaba más remedio que seguir sola.

—Bien —dijo Irene—. Nicéforo, ¿tienes algún informe sobre las finanzas del Imperio?

El administrador general se aclaró la garganta; sintió que todos los ojos se proyectaron sobre él. Se adelantó hasta ponerse frente a la emperatriz.

—Basileus —declaró—, el más diligente de los recaudadores de impuestos no ha sido capaz de cobrar sus cuotas este año. Por si fuera poco, en Paflagonia y Chaldia las cosechas han sido muy malas y las plagas han vuelto a causar estragos,

la gente huye de las aldeas de esas regiones.

A su espalda, las gargantas de los demás formaron un coro de murmullos cuando mencionó la plaga, y la emperatriz lanzó una mirada que cubrió todo el ámbito del salón y dio un paso hacia Nicéforo.

—Nicéforo, el portador de malas noticias. Lo más lamentable es que debemos reunir el tributo del califa, cuyo emisario llegará dentro de poco para recogerlo.

Nicéforo no vio razón alguna para seguir hablando del asunto. Sabía que contaban con poco dinero para el califa, pero también sabía que la basileus estaba decidida a hacer otra cosa, antes que entregar dinero a los árabes. Retrocedió, para regresar a la protectora compañía de los demás.

—El califa nos envía al emir Abdul-Ha55an ibn-Ziad —anunció la emperatriz—, al que muchos de vosotros recordaréis de su última misión como embajador de Bagdad.

Es un hombre cordial, hijo de los Barmasidas, la clarividente e industriosa familia, que realiza magníficos trabajos para el califa. Durante su estancia aquí... —Irene se volvió suavemente de nuevo hacia el mapa y la punta roja de su dedo extendido llamó la atención de todos sobre Bagdad—, pretendo seducirle.

Detrás de Nicéforo, un estúpido jadeó. Nicéforo se echó a reír; otros acallaron al mentecato con un alud de siseos, mientras la emperatriz giraba en redondo, brusco movimiento que hizo que su vestido produjera una furiosa danza de destellos.

—¡Qué! Bardas Tenas, ¿no me consideras capacitada para ello? No, mi buen camarada, lo dije simplemente como figura retórica. —Avanzó unos pasos, con las manos ante sí y los labios curvados por una sonrisa—. Abdul-Hassan ibn-Zaid ya ha estado aquí, habla nuestro idioma, más o menos, y posee cierto conocimiento de nuestras costumbres. Esta vez, le enseñaremos cómo puede ser la vida de un hombre. Le permitiremos comprender lo que significa ser romano, y entonces ya no querrá ser otra cosa.

En torno a Nicéforo, todos susurraron en honor de Irene los elogios de rutina. Nicéforo volvió la cabeza y buscó entre las filas de funcionarios al prefecto de la urbe, cuya misión consistía en gobernar los asuntos de la propia Ciudad de Constantinopla; el prefecto no había hecho aún acto de presencia, aunque sería el siguiente al que le tocara presentar el informe. La emperatriz estaba de nuevo ante el mapa, con la mente todavía proyectada sobre los planes relativos al embajador barmasida.

—Son muy ricos, en Bagdad —comentó, y su mano señaló las líneas azules de los dos ríos gemelos—. La mera riqueza no inclinará su voluntad hacia nosotros. En su país puede disponer de cuanto desee, disfrutar de cualquier cosa que se le ocurra. El superior empleo de nuestra riqueza será lo que le infecte la enfermedad más útil para nuestros fines: civilización. ¡ Nicéforo!

El administrador se inclinó, extendidas las manos en gesto de sumisión.

—Basileus...

—Has estado en Bagdad..., sabes que nuestra Ciudad sale ventajosamente favorecida cuando se compara con la suya. Escoltarás a ibn-Ziad hasta Constantinopla.

—Basileus. —La alarma cundió en el ánimo de Nicéforo; sus obligaciones le consumían todas las horas diurnas.

El parakoimomenos se doblaba también sobre sí, apremiante, atento.

—Tienes la palabra —le concedió la basileus.

—Basileus, augusta, predilecta de Dios... —La alta y flexible figura del eunuco se plegó en varias reverencias, tan elegante como una palmera que el viento combara grácilmente; en el curso de su manifestación de acatamiento se acercó unos palmos a la emperatriz.

—Basileus, el muy noble y glorioso Nicéforo está profundamente inmerso en los problemas de la recaudación de impuestos y en las dificultades económicas del Imperio... ¿Me consideraríais demasiado atrevido si sugiriese que la carga de esta abrumadoramente ceremoniosa obligación de acompañar al visitante árabe debería aliviarse de sus hombros para trasladarla a los de alguien que dispusiera de más tiempo libre a disposición de su augusta emperatriz?

Irene le sonrió; una sonrisa que se hizo extensiva a Nicéforo, sorprendido ahora en un penoso conflicto: atender a ibn-Ziad era una misión que no deseaba ni para sí ni para el parakoimemonos. Las pupilas de la emperatriz fulguraron. Seguramente disfrutaba convirtiendo en rivales a aquellos dos hombres.

—Compartiréis la tarea —decidió—. Nicéforo aportará su experiencia, el parakoimomenos, sus propios recursos; de ese modo, nuestros esfuerzos no impugnarán de ninguna manera nuestro objetivo. Así sea.

—Así sea —entonó el coro de funcionarios, y muchos subrayaron la expresión con un aplauso cortés.

Nicéforo ejecutó otra reverencia, aceptando la tarea, oculta la expresión. El mayordomo nunca debió dar aquel paso adelante; sin embargo, ésa era una falta de decoro insignificante, en comparación con el hecho de que Irene permitiese que el hombre dictara su voluntad. La emperatriz había ofendido a Nicéforo al encomendarle una misión importante y luego retirársela, incluso a pesar de que él no la deseara. Se le removían las tripas. Odiaba al parakoimomenos y era una perversidad, por parte de la basileus, obligarle a cumplir una tarea a medias con el eunuco. ¿Y dónde infiernos estaría el prefecto de la ciudad?

Allí, no. E Irene tampoco lo esperaba, porque ya pasaba a otro problema de gobierno, saltándose tranquilamente el espacio que debería dedicarse al informe sobre los asuntos de la ciudad.

Nicéforo se enderezó. Era un servidor del Imperio; llevaba la banda de servicio a la basileus y los deseos de la basileus eran la voluntad de Dios. No tenía derecho alguno a experimentar aquellos ponzoñosos sentimientos en contra del

parakoimomenos. El eunuco era otro de los servidores, también con banda, su colega, su compañero.

Además, carecía de testículos. Nicéforo tenía las manos cogidas ante sí y, con disimulo, las apretó suavemente contra la parte delantera de la túnica. Le tranquilizó comprobar aquel testimonio de su virilidad. La emperatriz le necesitaba. La serviría, como siempre había hecho, sin pensar en si mismo.

Concluida la reunión de la cámara del consejo, Nicéforo salió al patio denominado el Fiale de los Verdes, una amplia terraza en los jardines del palacio, donde una fuente de caprichosa forma refrescaba el aire con el rocío de sus aguas. Era el primer día realmente estival del año, y el pesado calor, sin la más leve brisa, oprimía el espíritu y dejaba el cuerpo sin recursos de fortaleza y energía; el paseo por la terraza dejó empapadas las axilas y la espalda de Nicéforo. La frescura de la fuente resultaba toda una bendición. Tomó asiento en un banco de piedra, a un lado de la terraza, y se dispuso a tomar su comida del mediodía.

La terraza tenía un pavimento de redondos adoquines de piedra gris, con los espacios intermedios atochados con guijarros de colores rojo, verde y azul. Ajetreados racimos de palomas y pichones revoloteaban acuciosos por el jardín; sobrevolando la tapia baja que circundaba aquella zona en la que crecían profusión de rosas silvestres. Contemplar aquello era un tónico para la moral de Nicéforo, y permaneció allí sentado, con las manos en el regazo, sonriente ante aquella hermosura perfecta y natural.

Los pichones, intrépidos como bandidos, se lanzaron hacia él en cloqueante bandada. Separó un trozo del pan de su almuerzo, lo desmigó y lo esparció alrededor de sus pies. Se echó a reír al ver las peleas que organizaban los pichones para apoderarse de las migas mayores. Además del pan, llevaba un trozo de queso envuelto en una servilleta empapada de vino, una jarra pequeña del mismo vino y unas cuantas aceitunas y setas adobadas. Mientras disponía aquella colación sobre el banco de piedra, apareció su amigo el prefecto de la ciudad.

—Buenos días, querido Nicéforo. ¿Te importa si te acompaño?

Nicéforo levantó la cabeza, sorprendido; había dado por supuesto que su amigo estaba enfermo.

—No, claro que no... Siéntate conmigo. Te eché de menos en el consejo.

El prefecto se levantó los faldones de la túnica, los recogió en su torno y se sentó.

Era más joven que Nicéforo, natural de la misma Constantinopla, alto y bien parecido, con rizada cabellera y espléndida barba, ambas morenas, y atrayente sonrisa presta siempre a flor de labios; en su rápido ascenso por el escalafón gubernamental hasta el destacado cargo que desempeñaba entonces, aquella rara y deliciosa combinación de encanto zalamero e impecable refinamiento le resultaron más valiosos que cualquier talento y habilidad para la administración.

—¿Puedo pedirte un favor, Nicéforo? —preguntó, sin más preámbulos.

—Lo que quieras, Pedro.

El prefecto picoteaba ya en el almuerzo de Nicéforo; mordisqueó una aceituna y asintió, complacido.

—Hummm. No está mal. ¿El queso es tan bueno?

—Pruébalo —invitó Nicéforo, paciente.

—Gracias. —Los dedos aristocráticos del joven funcionario le dieron un pellizco al trozo de queso desmenuzable, que desprendió efluvios de fragancia salobre como protesta por el rudo trato al que le sometían. El prefecto se inclinó sobre un brazo, postura no por estudiada menos agradable en su efecto, con los pliegues de la manga cayendo matemáticamente en la línea precisa para acoplarse al puño—. El presidente de los gremios se me ha presentado con una petición monumental, Nicéforo: solicita la lista completa de la larga serie de cambios de la ley de comercio. Por el Día del Juicio, no lo creerías si no lo leyeras... quieren nada menos que el derrumbamiento de toda la economía. —Inocentes como los de un niño, los ojos del prefecto se levantaron hasta los de Nicéforo—. Es una catástrofe. La basileus no accederá en absoluto.

—Díselo así —recomendó Nicéforo.

—No puedo hacerlo, Nicéforo. No es tan sencillo como todo eso. Ya conoces a los gremios... Lo difícil que resulta hacer algo en concierto con ellos. Preparar esa peticiones ha llevado semanas. Cada una de las páginas lleva el sello y la firma del presidente correspondiente. No puedo arrojarla al cesto de los papeles y decir:

—No es el momento—.

Se estaba comiendo el queso a base de trozos respetables; Nicéforo vio cómo se llevaba a la boca otro apetitoso taco, que desapareció instantáneamente al otro lado de los labios del prefecto. Lo que éste decía no era lógico. Mediante los Gremios de Constantinopla, la basileus regulaba todos los detalles del comercio: quién compraba, a qué precio y con qué objeto; en circunstancias normales, esas reglas permitían que la industria funcionara como la seda, que todo el mundo pudiera vivir decentemente y que la basileus recaudara por contribuciones e impuestos lo suficiente para sufragar los gastos de la corte. Por desgracia, las condiciones casi nunca eran normales en Constantinopla. La iconoclasia había despertado en el pueblo pasiones antinaturales, que ahora salían a la superficie con pujante violencia en cuanto algo excitaba un poco los ánimos, y la uniforme reducción del propio Imperio sufrida durante el siglo anterior había hecho perder a los gremios de la ciudad importantes mercados y fuentes de materias primas, a la vez que atrajo miles de nuevos ciudadanos a Constantinopla. La corte del califa de Bagdad competía ya con los romanos en cuanto a primeras materias propias de la civilización, oro y cera, joyas e incienso, maderas, pieles y esclavos, competencia que había provocado la subida de los precios.

—Tiene que comprenderlo y dar una respuesta —dijo el prefecto—. Es lo

menos que puede hacer.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Nicéforo. Ya no quedaba queso. Puso la jarra de vino delante de su amigo—. Lo que aún no alcanzo a entender, Pedro, es qué favor exactamente se requiere de mi en este contexto.

—No puedo decírselo cara a cara, Nicéforo.

—Pedro.

—Hablo en serio. —El prefecto se inclinó hacia él, como si acortar la distancia intensificara la fuerza de sus palabras—. No soy capaz de plantearle esta petición, Nicéforo.

El administrador se echó a reír, incrédulo y asombrado; pero la expresión del rostro de su amigo le condujo a la todavía más sorprendente conclusión de que, en efecto, su amigo hablaba en serio.

—La basileus me aterra —reconoció el prefecto, y se le quebró la voz—. Y sabes..., te consta, Nicéforo, que no puede conceder los cambios. Me tomará por tonto, o por algo peor, sólo por irle con semejante embajada.

Nicéforo bebió un trago de vino; desvió la mirada hacia el agradable rocío que lanzaba la fuente. El administrador estaba tan seguro de que la alarma del prefecto era real como de que la razón de ese temor a la basileus no era la que confesaba.

—¿Se lo plantearás tú? Podrías defenderlo, al fin y al cabo, esto cae dentro de tu provincia y es posible que ella se lo explicara mejor, y argumentarlo desde tu punto de vista. ¿Me harás ese favor, Nicéforo?

—Haré lo que pueda. Encárgate de que envíen la solicitud a mi secretario.

Un cálido resplandor de alivio iluminó automáticamente el agraciado rostro del prefecto.

—¡Qué maravilloso eres, Nicéforo! ¡Nunca podrá pagártelo...!

—Ya se me ocurrirá algo, Pedro, no te preocupes.

—Lo que sea, Nicéforo... Cualquier cosa, por extravagante que sea, puedes estar seguro de que la tendrás. No tendrás más que citarla.

Nicéforo gruñó. Nada de todo aquello tenía para él un sabor dulce. Alargó de nuevo la mano hacia la jarra de vino.

—¡Mira..., ahí está el príncipe Miguel!

El prefecto volvió la cabeza. La tapia situada detrás del banco donde estaban sentados los dos hombres concluía a cosa de tres metros sobre un paseo que atravesaba los densos setos que limitaban los morales de la emperatriz. A lo largo de aquella senda caminaban dos personas, cogidas de la mano: el auriga y una muchacha.

—Ciertamente, es el mejor conductor de cuádrigas que jamás haya tenido el privilegio de ver jamás —dijo Nicéforo.

El prefecto miraba con aire sombrío al pariente de la emperatriz.

—A mi me gustaría que perdiese.

—¿Ah, sí? Pues me temo que va a tardar bastante en caer. La multitud le adora. La propia emperatriz se echará a temblar cuando Miguel pierda.

El prefecto se dio media vuelta, para ponerse de espaldas a Miguel, que caminaba directamente por detrás de ellos, en un nivel más bajo. Sus pisadas hacían crujir la gravilla.

—Sí, pero las apuestas a su favor están a la baja.

—Ismael tiene un ardor y un estilo extraordinarios. Ganará a todos, menos a Miguel. Apuesta por él.

—También están bajas las apuestas a su favor.

Nicéforo daba cuenta de las setas en adobo, que, fiel a sus gustos de paladar refinado, el prefecto despreciaba.

—Los jugadores sólo ganan en sus sueños, Pedro. Cuida tu bolsa mientras estés despierto.

El prefecto se rascó la nariz y preguntó con un murmullo:

—¿Hablarás a la basileus?

—Sí, sí.

—Eres un hombre estupendo, Nicéforo.

—Sí.

—Augusta —dijo el parakoimomenos, con su voz armoniosa y trémula, al tiempo que golpeaba con la punta del dedo una línea de la carta que estaba redactando—, ¿no es acaso indebidamente, pongamos, provocativo, incluir África entre las provincias imperiales?

—Lo he meditado mucho, antes de decidirlo —declaró Irene.

Helena le estaba arreglando las uñas. La emperatriz permanecía echada sobre un diván bajo, cubierta de cojines de seda rojos, azules y verdes, con el parakoimomenos junto a ella, de rodillas en el alfombrado suelo, y la carta entre ambos. Aquel rincón de la sala diurna era el único tranquilo. La onomástica de la emperatriz se acercaba con rapidez y brigadas de trabajadores se afanaban en la nueva decoración de la estancia y de las habitaciones adyacentes, donde se celebraría la fiesta. En aquel mismo instante, incluso, tres hombres semidesnudos bregaban para colgar del techo, en el otro lado de la sala, una araña que hiciese juego con la instalada ya encima del punto donde se encontraba ahora la emperatriz. El resto del mobiliario estaba cubierto con fundas que lo protegían del polvo. Irene podía haber ido a trabajar a otro lugar del palacio, pero deseaba supervisar personalmente la decoración para evitarse después posibles sorpresas desagradables. La basileus observó a los hombres que se balanceaban, en equilibrio inestable, uno encima de una escalera de mano y otro sobre los hombros de un compañero, mientras el impresionante candelabro oscilaba en el centro del grupo.

—Sin embargo —volvió Irene al tema de África y a la carta para Alejandría—, en la época de Augusto, África constituyó realmente una tercera parte del imperio y, con la ayuda de Dios, volverá de nuevo a ser parte del Imperio, cuando la

reconquistemos a los árabes. Dejarla fuera de la lista equivaldría a renunciar incluso a la esperanza, ¿no es cierto?

El parakoimomenos se pellizcó los labios.

—Quizás. A pesar de todo, puede que éste no sea el momento más oportuno para insistir en tales reivindicaciones.

—Bah. —Irene descartó el asunto con un movimiento de la mano—. Si insistimos en ello con la suficiente frecuencia, acabarán por creerlo.

En el umbral de la puerta, un poco más allá de donde se hallaban los trabajadores, que por fin habían logrado colgar la lámpara, apareció un paje y, detrás de él, Nicéforo.

La emperatriz se sentó.

—Vamos a ver qué es lo que quiere.

El parakoimomenos dirigió la vista hacia donde miraba la basileus y se puso en pie automáticamente.

—¿El excelentísimo Nicéforo? ¿No le habéis convocado?

—Solicitó que le recibiera. —Sospechaba el motivo que llevaba allí a Nicéforo. No obstante, le convenía mantener viva la rivalidad entre el eunuco y el tesorero general, que su antagonismo alcanzara toda la virulencia posible, sin llegar, claro, al envenenamiento o al derramamiento de sangre—. No imagino qué le trae por aquí. Me gustaría que fuese conmigo tan abierto como tú, ángel mío.

El mayordomo se esponjó ante la caricia de la voz de Irene. La emperatriz sonrió para sí; con un gesto de la mano, indicó a Nicéforo que avanzara por la desordenada estancia y se le acercase.

Nicéforo se arrodilló y su rostro tocó el suelo, a los pies de la mujer. El parakoimomenos le observaba con el ávido interés del halcón que contempla al ratón incauto y, cuando el administrador se incorporó, ni siquiera se molestó en desperdiciar una mirada dedicándosela al eunuco, actuó como si éste no existiera.

—Augusta, predilecta de Dios, ruego me permitáis presentaros una petición de los Gremios de Constantinopla.

Extrajo de debajo de la túnica un legajo de papeles, que depositó a los pies de la emperatriz. Irene puso el pie encima de ellos. Ya sabía lo que se solicitaba de ella.

—Bien, Nicéforo. Esto no es cosa de tu oficina, ¿verdad? ¿Dónde está el prefecto de la ciudad, a quien compete la responsabilidad de este asunto?

—Augusta, predilecta de Dios, el prefecto y yo debatimos el tema y llegamos a la conclusión de que los puntos que obligan a los gremios a abogar ante su muy amada basileus, en solicitud de recurso, podían elucidarse mejor desde mi perspectiva.

La emperatriz se pasó la lengua por el labio inferior; su mirada se deslizó hasta el parakoimomenos, sonrió y alargó la mano hacia él.

—¿Serías tan amable de... ir en busca de nuestro refrigerio? Helena, puedes

acompañarle, le indicas dónde está y le ayudas.

La boca del eunuco manifestó su decepción. Con una reverencia y una serie de elocuentes ademanes retrocedió desde el canapé, demorándose todo lo que le era posible; Helena le siguió al instante, el vuelo de las faldas se apartó del diván y una de las almohadas fue a parar al suelo. La emperatriz la recogió y la puso de nuevo en su sitio.

—Ahora, Nicéforo... —dijo—, te consta que eso no puede ser.

—Augusta. —Apoyado en una rodilla, recogió la solicitud y la depositó con gesto firme junto a la basileus, entre las sedas—. Os aseguro que los sufrimientos que estas palabras representan son tan reales como...

—No, no, no —repitió Irene—. Leeré la petición, no es eso lo que quiero decir. Es que creo que el prefecto no está a la altura de las circunstancias. ¿Qué le ocurre?

—Augusta.

—Ha estado eludiéndome. Algo va mal, Nicéforo. ¿Acepta sobornos, anda metido en actividades subversivas, conspira para derrocarme... qué es?

El rostro del administrador general, melancólico de por sí, estaba rígido como una máscara.

—Augusta... —articuló, con voz ronca, y carraspeo.

El prefecto era su amigo. Todo el mundo era amigo del prefecto, incluso la emperatriz, a quien le encantaba su buena planta y su espléndido gusto en cuanto a joyas y prendas de vestir. Nicéforo ejecutó una leve sacudida de cabeza, apartando las preocupaciones de la amistad, y su mirada sostuvo la de la emperatriz.

—Sí, augusta. También lo he notado. Algo no funciona como es debido.

—Muy bien. —Se recostó en el diván. El parakoimomenos se apresuraba ya a volver; sus largas piernas cruzaban la terraza en dirección a la puerta, con la falda de la túnica ondulando sinuosa en torno a sus rodillas. Irene encargó a Nicéforo—: Averigua de qué se trata.

—Augusta, desearía que la carga de espiar a ese hombre recayera sobre otros hombros...

—Obedece, Nicéforo.

El mayordomo llegaba en ese momento, oyó las últimas palabras y, deshaciéndose en reverencias hacia la basileus y el tesorero, se apresuró a brindar su colaboración.

—Augusta, Nicéforo está abrumado de trabajo... Concededme el honor de confiarme todas las tareas de su competencia que un servidor pueda llevar a cabo.

Nicéforo se incorporó, rojo el semblante, cortante la mirada.

—Haré lo que la basileus ordene.

Irene asintió.

—Desde luego. Y en seguida, Nicéforo. —Los ojos de la emperatriz no sonreían cuando su aguda mirada se enfocó sobre el eunuco—. ¿No te envié a un recado, ángel mio?

—Basileus, la cocinera se niega a servir el refrigerio en esta sala, a causa del polvo.

Helena entraba ya en la estancia y oyó las frases del parakaimomenos; asintió con la cabeza, cogidas las manos, cerrada la boca como si tuviese los labios abrochados uno con otro.

—Por la verdadera naturaleza de Dios. —Cogió con gesto brusco el montón de papeles que constituía la solicitud. Tardaría varias horas en leerse todo aquello, y estaba enterada del contenido; sus espías en los Gremios llevaban meses transmitiéndole informes sobre el particular. Se había volcado uno de los frascos de laca de uñas y el líquido púrpura cayó sobre un cojín de color rojo que, con irritado movimiento, Irene arrojó hacia un montón de escombros que había junto a la puerta —. ¿Quién manda aquí, la cocinera o yo? —La araña estaba ya suspendida del techo; los obreros procedían a instalar las nuevas colgaduras que cubrirían las paredes y el polvo lo iba a inundar todo. No ignoraba que la cocinera tenía razón. Cedió, de mala gana, se puso en pie y apartó a los hombres que se precipitaban a ayudarla como si fuese una anciana. Helena se atareó en torno suyo, estirando la gasa que cubría las sobremangas y la bordada falda del vestido—. Vámonos, pues, tengo apetito —dijo Irene, y salió a la terraza.

—He de ver a Nicéforo cuando concluya la recepción —manifestó la emperatriz; atravesaba el patio del Dafne, hacia el Octógono, el vestuario, donde iba a ataviarse para la entrevista con los presidentes de los gremios. La mitad de la corte le acompañaba, recibía órdenes y las cumplía—. No, no, Helena, ése no, el verde. ¿Dónde está el maldito franco?

A toda marcha, llegó a la puerta del muro de ladrillo por la que se entraba en el Octógono y un paje dio un salto y se la abrió. Irrumpió en el vestuario sin perder una zancada; lanzó una salva de nuevas órdenes y la gente irradió por todas partes del edificio para atender las ceremonias. La emperatriz se erguía en el centro de todo el pandemónium, con los brazos extendidos mientras Helena le quitaba la túnica y el vestido.

—Ahí está. —A cierta distancia de la pared, en medio de un grupo de hombres, localizó una cabeza blanca—. Traedme al franco.

Se inclinó ligeramente para que las doncellas le deslizaran por los brazos la vestidura púrpura; Helena se arrodilló frente a ella para cerrar los broches.

Un paje condujo al alto bárbaro ante Irene; el hombre se arrodilló en gesto deferente. Irene se dijo que más adelante se encargaría de conseguir que llevase la cara hasta el suelo, a sus pies, pero ahora no.

—Mi querido Hagen —preguntó—, ¿disfrutas de la hospitalidad de Roma?

—Augusta —respondió el franco—, sois muy generosa conmigo. Confío en que pronto estaréis dispuesta a entregarme los hombres que mataron a mi hermano.

—Bueno, avanzamos en esa dirección, en cualquier caso. Ya sabes que detrás

de todo está Juan Cerulis.

—Eso me han dicho.

—Quiero que vayas a su palacio, vive cerca del Foro de Teodosio, en el Mesa, la calle central que va hacia el norte, le vigiles y compruebes si abandona la Ciudad, en cuyo caso vienes de inmediato a comunicármelo.

Ida, a su izquierda, y Helena, a su derecha, levantaron la toga de malla dorada e Irene retrocedió para que se la pusieran; cuando surgió del centro de la prenda, Hagen la estaba mirando con las cejas enarcadas.

—Augusta, no comprendo por qué...

—No se te pide que lo comprendas —replicó la basileus, enojada; su pueblo siempre hacía exactamente lo que le ordenaba, sin formular preguntas, y resultaba fastidioso tener que adiestrar ahora a aquel hombre en tal costumbre— Si deseas que te ayude a cumplir tu venganza, tendrás que dejar en mis manos el control de todo. Yo lo veo todo, tú sólo puedes ver una pequeña parte de ese todo. Ahora, haz lo que te he dicho. Es posible que Cerulis esté disponiendo las cosas para abandonar la Ciudad, al fin y al cabo, y es a él a quien tienes que destruir, cosa que no podrás hacer si está en algún sitio de la campiña. Vete ya.

Se adelantaron hasta ella seis nobles de la corte, cuya tarea ritual consistía en calzarle las zapatillas púrpura. Se arrodillaron en fila ante la emperatriz, y Hagen se levantó y se retiró. Alterado el corazón, Irene le vio marcharse. Aquel hombre no tenía respeto alguno por el lugar. Se preguntó cómo se las arreglarían los bárbaros para sobrevivir si su orden social era tan caótico. Con todo, el franco estaba en marcha. Ella no le había explicado la verdadera razón por la que había que mantener vigilado a Cerulis, y si Hagen perdía la paciencia y atacaba al rival de la emperatriz, eso también podía tener sus ventajas.

Le habían colocado las zapatillas en los pies y entonces, acompañados por el canto de los monjes, los dignatarios de la corte avanzaron llevando la diadema imperial. Irene clavó la vista en ella. Era el máximo emblema de su poder, lo único, aparte de Dios, ante lo que se arrodillaba, y unió las manos como si se dispusiera a rezar, al tiempo que inclinaba la cabeza y caía de rodillas sobre el cojín que Helena había colocado ante ella previamente.

La diadema estaba formada por un conjunto de joyas y perlas en forma de corona plana, cuyos adornos laterales de perlas y granates, esmeraldas y diamantes azules caían sobre la cabellera y las mejillas. Cuando levantó la cabeza, al sentir el peso, era emperatriz, y cuantos se hallaban presentes en la estancia llevaron su rostro al suelo, postrados ante ella.

Se puso en pie, sonriente. Los monjes reanudaron su cántico, esta vez en tono más alto y, rápidamente, la corte formó sus filas ante la puerta, cada uno de sus integrantes apresurándose a ocupar el lugar que le correspondía. Acompasadamente, como un solo cuerpo, salieron por la puerta, seguidos de Irene. que marchaba rodeada por sus damas y la guardia imperial.

Caminaron monte arriba, hasta el palacio de Magnaura, donde se celebraban todas las recepciones. Irene sabía que los presidentes de los Gremios de Constantinopla estarían esperándola en el lado del edificio opuesto al de la puerta por la que entraba.

Cada uno de ellos ataviado con su traje oficial y en el puesto de la fila que el protocolo le tuviera asignado. No entrarían en el palacio hasta que ella estuviese dispuesta. Detrás de su corte, Irene penetró en la vasta sala desierta.

El diseño del Magnaura era el de un granero. Tenía muros altos como los de una iglesia; el techo de bóveda parecía una réplica del Cielo; el piso, de mármol vetado de verde y blanco, despedía fría humedad. Tapices procedentes de todo el mundo revestían las paredes, a lo largo de las cuales se alineaban bustos y estatuas de grandes emperadores del pasado. El trono cubría todo el fondo occidental de la sala, dos sillones colocados uno junto al otro, con incrustaciones de oro y almohadillado de terciopelo. Irene concedería audiencia desde uno de esos sillones. En el otro permanecería abierto un Evangelionario.

Junto al símbolo de Cristo, el auténtico gobernador de Constantinopla, Irene, ocupó su lugar, con las manos en el regazo. El resto de la corte se fue colocando a su alrededor. A la izquierda de la basileus tres hileras de hombres con largas túnicas, cada uno de ellos sosteniendo en el hueco del codo la vara de su despacho; a la derecha de Irene, los miembros de su guardia, en tres filas, con los pies separados exactamente en la longitud de un brazo extendido, cerrado el puño izquierdo sobre el peto de la armadura, asida el hacha por el mango, de forma que la gran hoja curvada se apoyase en el hombro derecho. Delante de éstos, los funcionarios de menor rango, establecidos sus correspondientes puestos a lo largo de quinientos años de tradición. Todos aguardaban, desviada la vista con deferencia, vuelto el rostro hacia el suelo, en el ángulo adecuado.

Entraban en aquel momento los presidentes de los gremios, que acudían a pedir a la basileus una ayuda que, escasa, les serviría sólo para sobrevivir a corto plazo y les arruinaría a la larga.

Los presidentes de gremio franquearon la puerta de manera mucho menos ordenada que los cortesanos, puesto que tenían menos práctica en tales menesteres. La mayoría de ellos caminaba con la cabeza inclinada, hundida en el pecho. Vestían ricas túnicas, que les llegaban a las rodillas, a imitación de las vestiduras cortas, llamadas túnica huna, cuyo origen se retrotraía a la época en que los bárbaros dominaban el servicio imperial. Llevaban los pies calzados con botas de terciopelo. Aquellas prendas pasaban de un presidente al que le sucedía en el cargo y algunas eran tan antiguas como los ceremoniales de la propia Irene. Avanzaron hasta el centro de la sala y allí formaron sus filas y, con una coordinación irregular a todo serlo, se apoyaron en las manos y

en las rodillas, ante ella, y bajaron el rostro hasta el helado suelo de mármol.

Irene los contempló durante unos segundos, mientras dejaba que tuvieran consciencia del poder de la basileus. Sabía que casi todos los oficios y comercios de la Ciudad llevaban sufriendo varios años malos, y el último había sido el peor de todos. Nicéforo, para el que aquellos temas no tenían secretos, explicó el motivo de la crisis y le hizo ver que se trataba de un problema que en realidad no necesitaba la intervención de la emperatriz. Pero los gremios, que controlaban la industria del imperio, precisaban que ella les permitiese elevar los precios de sus géneros, reducir los salarios de los trabajadores y bajar los niveles de calidad de sus manufacturas. De no ser así, sus pérdidas económicas serían tan altas que les iba a ser imposible continuar desarrollando sus actividades. Irene alzó la mano y trazó la señal de la cruz sobre los presidentes de gremio, que correspondieron con las palabras que los siglos habían santificado, las palabras que saludaron a Constantino, a Justiniano y a Heraclio.

—¡Salve, oh, basileus, predilecta de Dios, augusta, par de los Apóstoles, de quien procede todo y en cuyo nombre se hace todo, salve, salve, salve!

Ella respondió, como lo hiciera Constantino, con una voz que la oquedad de la enorme sala aumentaba de volumen en torno suyo.

—Bienvenidos, romanos, y que vuestras lenguas expresen vuestro pensamiento, asesoradme y formulad vuestras peticiones, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, amén.

El portavoz de los presidentes de gremio se adelantó un poco sobre las manos y las rodillas.

—¡Oh, bas ileus, augusta, predilecta de Dios, te suplicamos nos concedas la gracia de escucharnos!

A continuación, iniciaron el largo sumario de sus tribulaciones. Demasiadas personas, insuficiente dinero, ningún lugar para ellos; los árabes, los judíos, los italianos practicaban una competencia desleal...

La letanía de sus quejas continuó, interminable. El orador tenía el don de la retórica y su parlamento fue un poético alarde de fantasía y elegancia, pese a lo cual, sin embargo, el asunto golpeaba a la basileus como una lluvia de piedras. ¿Por qué no podían contentarse con lo que tenían? Nunca mencionaban la salvación, el inapreciable tesoro recibido en virtud de su nacimiento, al que los árabes, con todo su oro, su mirra y su fanática entrega al trabajo, no podían aspirar.

Le recordaban al hombre santo, cuyo nombre ahora conocía: Daniel. Se dirigía a Constantinopla y predicaba ideas desagradables, como la unión perfecta del alma con Dios, lo superfluo de la Iglesia, la ciudad y la ley, cuando el espíritu pertenecía a Dios de modo absoluto.

Estaba informada de que Juan Cerulis había enviado hombres a observar a aquel extático. Si Juan Cerulis se las ingeniaba para descubrir un intérprete de la voluntad de Dios que le proclamase emperador, sus patrañas podrían nublar entonces el entendimiento de la gente y conducirla a una terrible crisis.

Ella era la auténtica emperatriz. Lo sabía. Más que por sí misma, temblaba al pensar en las consecuencias que tendría para el pueblo y para el Imperio abandonar a Dios y a Irene, y seguir a Juan Cerulis. Por eso había encargado a Hagen, el franco, que espíase a Juan Cerulis, y por eso pretendía infiltrar también a Teófano en el entorno del patricio.

Mientras tanto, los presidentes de los Gremios se agrupaban frente a ella, a la espera de su respuesta. El portavoz había concluido. El silencio llenaba el palacio Magnaura. La basileus permaneció durante un rato en perfecta inmovilidad, obligándolos a esperar.

Sabían lo que Irene iba a declarar. ¿No les había dicho antes, una y otra vez que no tenían por qué acudir allí para que les explicasen de nuevo cuál era la verdad? Y la verdad no cambiaba con el precio del oro o de la seda, de la cera o de las maderas.

El pecador no tiene que asistir a la misa para escuchar que la virtud es lo que salva del pecado.

—Mi pueblo ha venido a mi —manifestó Irene—, y le he escuchado. Mi corazón se siente movido a la misericordia al oír sus lamentos. Sin embargo, debo negarle la mejora rápida y simple que solicita.

Agachados ante ella, sus rostros se mantuvieron pegados al suelo, pero del pecho de algunos, elevándose por encima de sus dobladas espaldas, surgió un trémulo suspiro.

—Pertenece al Imperio —prosiguió, y de nuevo contempló, como una visión que se formase en el aire, la maravillosa imagen de salvación que era Constantinopla—. Pertenece a nuestro Imperio, cuyo orden lo estableció el propio Dios y se hizo manifiesto mediante las leyes de Constantino, Teodosio y Justiniano. Ellos nos legaron la Ciudad perfecta. Si Dios opta ahora por poner a prueba nuestros corazones, hemos de demostrarle que nuestros corazones son dignos y no cambiar el orden de Dios. El cambio es el fracaso. Conservar la fe es sobrevivir. Así sea. He dicho. Basileus, Irene, augusta, par de los Apóstoles.

Durante unos segundos, tras la resonancia de la fría cámara, reinó el silencio. Irene temblaba a causa de la intensidad de su visión. Era cierto y firme que ella serviría a la verdad, aunque fuese la única y la última que obrara así. Ahora, el pueblo que estaba postrado a sus pies sancionó también la verdad.

—Hemos escuchado y obedeceremos, oh, basileus.

El chambelán dio un paso hacia adelante y el extremo de su bastón golpeó el suelo con fuerza.

—¡Bendito sea el nombre del Señor nuestro Dios!

—¡Bendito sea el nombre de Dios y larga vida y salvación a nuestra basileus!

Uno tras otro fueron hincando la rodilla a los pies de Irene para besarle el calzado y el borde del vestido.

Los presidentes de los Gremios, ataviados con sus túnicas antiguas,

abandonaron con paso formalista el salón del trono, agachada la cabeza y juntas las manos; en cuanto cruzaron el umbral de la puerta, rompieron sus tranquilas y ordenadas líneas para precipitarse, en parloteante y gemebundo grupo, sobre el prefecto de la Ciudad, que aguardaba de pie en la antecámara.

—¡Ha rechazado nuestras peticiones!

—No podemos seguir así... debéis hacer algo...

Le rodearon como un enjambre —se encontraba en el fondo de la antesala, al otro lado de los guardias—, lo acorralaron contra la pared, y allí, vocingleros y furiosos, le estamparon en los oídos la retahíla de sus problemas, sin dejarle el menor resquicio por el que pudiera escapar.

—Por favor... Por favor...

Los gritos de los otros apagaron su voz.

—¡Necesitamos ayuda! Sin trabajo, no hay dinero...

—Hace más de seis meses que no pago a mis obreros...

—¡Año tras año sin obtener un nomisma de beneficio!

—Por favor —protestó el prefecto, mientras se esforzaba en mirar a los ojos a cada uno de aquellos basiliscos de roja cara. Su sonrisa y su plácida expresión bondadosa solían ganarle el aprecio de las personas, pero los presidentes de gremio, viejos todos ellos, estaban acosados por la plena ferocidad de su pequeña crisis. Se inclinaban sobre él, le rodeaban, le empujaban contra la pared de mármol, y empezó a sentir punzadas.

Entonces, con infinito alivio, vio a Nicéforo que atravesaba la antecámara.

—Un momento —gritó el prefecto, y estiró el brazo en gesto tan noble como el de cualquier estatua—. Ahí viene el administrador del Imperio, dispuesto a atender vuestras cuestiones.

Los presidentes de los gremios se quedaron silenciosos durante un momento y observaron la figura angulosa del tesorero general, que pasó entre ellos para situarse en el centro del grupo. Le acompañaban tres de sus secretarios. El prefecto aprovechó aquellos instantes de calma para abandonar la pared y buscarse refugio al costado de Nicéforo, cuya mano estrechó con toda la fuerza del agradecimiento que sentía.

—Dios mío —murmuró—. Has sido mi propio redentor, Nicéforo. Espero que tengas algo que decir a esta gente.

El administrador se encogió de hombros, gesto heredado de sus ancestros sirios. Su rostro sombrío no manifestaba humor alguno, ni suave ni ligero. Bajo el apretón de la mano del prefecto, la del tesorero estaba tan fría e inerte como un pez que llevase un día fuera del agua. Sus ojos barrieron el grupo de presidentes, que le miraban con la misma hostilidad expectante con la que habían acorralado al prefecto contra la pared.

—Escuchadme ahora —dijo Nicéforo—. La basileus ha hablado y ha dejado claro cuáles son nuestros deberes para con el Imperio y con Dios.

La masa de hombres emitió un gruñido común.

—Sin embargo... —continuó Nicéforo, con voz campanuda, e hizo una pausa. A su lado, el prefecto lanzó un rápido vistazo por la antecámara. La Guardia Imperial desfilaba del salón del trono, brillantes las hachas en sus manos; un par de guardias miraron con curiosidad en dirección al grupo. Un sirviente, cargado con una lámpara de pie de hierro, anduvo silenciosamente a lo largo de la estancia, dejó la lámpara en el suelo y la encendió con rápidos ademanes. Nicéforo dijo—: La emperatriz no puede escuchar sin oídos piadosos las súplicas de su pueblo. En consecuencia, ordena que se alivien vuestras cargas mediante las normas siguientes...

El prefecto se tranquilizó, sonriente. Dedicó unos segundos a admirar la habilidad de Nicéforo. La basileus había insistido en las obligaciones para con el Estado; el corazón de la emperatriz, enternecido y afectuoso, se compadecía de ellos. Un bonito detalle; el prefecto se dijo que utilizaría aquel toque de simpatía en su propio ministerio.

Nicéforo se dio media vuelta para hacerse cargo del papel que le entregaba uno de sus subordinados. La cinta de encaje del cuello de su túnica había trazado una línea roja en la parte posterior de su cuello.

—Se concede la completa remisión de vuestras contribuciones —dijo— a quienes no las hayan satisfecho en años anteriores y a cuantos deban las del año en curso. Además, el prefecto os concederá licencias específicas para que adquiráis pan a precios especiales. Y, por último, la emperatriz os garantizará la recepción de las primeras materias que necesiten vuestros oficios, artesanías e industrias, tanto si podéis vender como si no el producto acabado.

Los presidentes murmuraron, alzado el rostro hacia el de Nicéforo; ¿era el alivio lo que ponía palidez en sus semblantes o simplemente era cosa de la luz que irradiaba la lámpara de pie?

—A cambio —continuó Nicéforo—, confiaremos en que distribuiréis equitativamente los recursos de que dispongáis, compartiéndolos con los que más sufran los efectos de la crisis, y mantendréis a vuestros obreros en los telares y bancos de trabajo, atareados.

Un corolario imprescindible: las personas ocupadas no se congregan en la calle y provocan disturbios contra el Estado.

—Si nos damos unos a otros lo que podamos dar —prosiguió Nicéforo—, y nos quedamos sólo con lo que necesitamos para vivir, superaremos esta prueba. Cuando Dios vea cómo respetamos y cumplimos Su Palabra, se nos mostrará favorable y con toda seguridad volverá a concedernos los favores con los que nos ha distinguido por encima de los otros hombres. Idos, ahora, cumplid la Palabra de Dios y los mandatos de vuestra basileus.

—Amén —pronunciaron todos, al unísono, templada la expresión por el alivio. El alivio no era mucho, la verdad; era menos del que hubiesen deseado; pero la

forma en que les habían presentado el asunto les satisfizo. El prefecto admiró aquella exposición, y así lo dijo cuando el grupo se hubo dispersado y Nicéforo y él estuvieron solos junto a la lámpara de pie.

Verdaderamente —comentó Nicéforo, con una gélida mirada—, respetas demasiado las apariencias, Pedro, y quizás te preocupas un poco más de la cuenta por la estructura representativa que mantiene la superficie. Tendré que entrevistarme y hablar contigo seriamente y en profundidad, más adelante, en algún momento.

¿Ah? —exclamó el prefecto, alarmado.

—Ahora, no. Tengo compromisos urgentes. Te enviaré un paje para comunicarte el momento de nuestra entrevista. Buenos días.

—Nicéforo... —llamó el prefecto, pero el administrador ya se había ido.

Solo junto a la lámpara de pie, se cogió las manos y trató de no pensar en lo que Nicéforo quería decirle.

No era justo. Nunca quiso de veras entrar en el servicio imperial; pero su padre se había empeñado.

Lo cual no le salvaría del enojoso mal genio de Nicéforo, caso de que el tesorero descubriese el destino que el prefecto dio a ciertas cantidades de los fondos imperiales que tenía a su disposición.

La claridad le envolvía como una concha protectora. Todo el inundo se había retirado ya y el Magnaura parecía vacío. También él tenía importantes reuniones a las que asistir y mucho trabajo pendiente..., al fin y a la postre, era uno de los más preeminentes funcionarios de la basileus y, en la propia Ciudad, nadie estaba más alto que él.

Se esforzó en hallar consuelo en esos hechos, pero la acuciante sensación de alarma persistía: un gusano que le roía los intestinos. Si Nicéforo se enterase —o lo supusiera—, entonces la basileus también lo sabría. O lo sospecharía.

No era justo. Acudían a rescatar de la miseria a unos cuantos artesanos que se morían de hambre, deshollinadores y panaderos, herreros y talladores de marfil, pero no tendrían piedad de él, que pertenecía a su misma clase.

Siempre le resultó fácil compadecerse de sí mismo, cosa que puede que hiciera porque nadie más iba a tomarse esa molestia. En un raptó de valor, dejó la protectora concha de luz y apresuró el paso hacia la puerta.

En cumplimiento de las órdenes de la emperatriz, Hagen se aventuró por la Ciudad en busca del palacio de Juan Cerulis. Cogió uno de sus caballos y cabalgó por el Mesé, la amplia calle que, desde la puerta Chalke del palacio, descendía por el espinazo del promontorio que sustentaba Constantinopla, hacia el norte y la península.

Al Mesé, relativamente llano y nivelado, sucedía la suave pendiente de la loma; el resto de la ciudad descendía a ambos lados de la alargada cresta; por la derecha, rumbo al bullicio, dorado por el sol, del Cuerno de Oro; por la izquierda, hasta la

orilla del mar de Mármara, entre huertos y jardines, racimos de casas y una sucesión de tapias y muros. En la parte que quedaba de cara al puerto, los declives parecían suavizarse, pero aquella impresión sólo era debida a que por allí había más casas. Sus tejados planos y las paredes de piedra encalada cubrían la tierra como una costra, incluso las plantas de los jardines crecían en macetas y cestos colgantes; las calles serpenteaban por aquel laberinto, trazando curvas, vueltas y revueltas, subiendo y bajando, y los edificios se apretaban, tan cerca de la calzada, que la cubrían y, en algunos puntos, estaban tan cerca unos de otros que no permitían el paso por la calle de más de una persona al mismo tiempo.

Por otra parte, allí donde el número de casas era inferior, las calles eran más rectas y amplias. Hagen siguió adelante, entre palmeras que parecían puñados de plumas en lo alto de palos, sin dejar de observar a su alrededor, en busca de algún rastro de Juan Cerulis.

Esperaba encontrar en algún sitio un distrito en el que se concentrasen los poderosos, un conjunto de palacios, incluso una casa rodeada por una cerca que la aislase del rebaño común, pero en Constantinopla no existía esa clase de orden. En su descenso, calle tras calle veía un inmueble impresionante, que podía ser un palacio, junto a grupos de casuchas insignificantes pertenecientes a personas más humildes, y a veces hasta decrepitos edificios de varios pisos, en los que se albergaban enjambres de pobres de solemnidad y que parecían la ladera de un monte abarrotado de cuevas.

Dobló una esquina y se dio de manos a boca con una calle que se hundía prácticamente a plomo, descendiendo por una cuesta tan empinada que las casas parecían construidas sobre pilotes de piedra; al fondo, donde concluía la tierra, el mar tendía su orilla de espuma. Hagen tiró de las riendas. Por allí no encontraría jamás lo que estaba buscando.

Enganchó la pierna en el pomo de la silla y miró en torno, abandonado ya todo intento de descubrir un mínimo de orden en la disposición de aquella urbe y convencido de que lo mejor era aceptarla tal como se presentara. Era inútil tratar de verla como una versión ampliada de Aquisgrán. Podía dar un paseo de media hora por Aquisgrán y verlo todo. Hasta Roma era más pequeña y sencilla comparada con aquello.

Los edificios circundantes le brindaban pocos indicios. Las casas de vecindad medio derruidas que tenía a la derecha carecían de ventanas a la calle; lo único que los edificios de la zona ofrecían a los ojos del viandante que pasara por allí era la pared de una fachada completamente lisa. Lo mismo que una mujer que se cubriera el rostro con un velo, aquel misterio irritaba y despertaba en Hagen una curiosidad insoportable.

Aquellas gentes salían, daba la sensación de que vivían en la calle, en todas las esquinas y alrededor de todas las fuentes se encontraban grupos de personas, cuyas voces sofocaban los chillidos de las palomas. Se acercó al grupo que tenía más

próximo y preguntó qué dirección debía seguir para llegar al palacio de Juan Cerulis.

Ante su sorpresa, el anciano al que abordó conocía las señas y le dio detalladas instrucciones, señalándole el camino y moviendo las manos elocuentemente. Hagen siguió tales indicaciones, descendió por la calle siguiente, torció a la derecha, luego a la izquierda... y se detuvo de nuevo, desconcertado. Había vuelto a perderse. El anciano le había dicho que continuara recto por allí, pero no existía ninguna calle por la que seguir recto. En la esquina, preguntó a otro hombre.

También aquel ciudadano conocía el punto exacto donde se hallaba el palacio de Juan Cerulis, y también le proporcionó las indicaciones pertinentes: por aquí, después por allí, sube esa cuesta, pasa por delante de la iglesia —se santiguó al pronunciar la palabra iglesia—, baja por la ladera, deja atrás el jardín, tuerce a la izquierda al llegar a la fuente. Las explicaciones parecían bastante claras. Hagen reanudó la marcha, recorrió unos ochocientos metros y, una vez más, se extravió.

Se sintió un tanto estúpido. A su alrededor, la Ciudad parecía reírse de él. ¿Le daban las indicaciones equivocadas? Los blancos muros de las casas le enfurecían.

¡Pasa por delante de la iglesia! En cada calle había una iglesia. Permaneció a lomos de la cabalgadura, mientras contemplaba la riada de personas que caminaban monte abajo; al pasar por delante del viejo templo coronado por su cúpula que estaba al otro lado de la calle, frente a él, todos hacían la señal de la cruz y algunos ejecutaban una genuflexión sin perder el paso. Un asno trotó por la calzada, minúsculo bajo una montaña de heno, con un papel colgado en torno al cuello como un amuleto. Hagen se encaminó a la fuente situada más allá de la iglesia y volvió a preguntar.

De esa forma, subiendo y bajando, atravesó pacientemente Constantinopla. La ciudad era toda una contradicción. La gente se mostraba amable y amistosa con él, alegre, sonriente, dispuesta a ayudarlo; pero las calles tortuosas, las vacías paredes, le rechazaban como si aquello fuera un reino mágico para el que desconociera su encanto. Sin embargo, poco a poco, fue acercándose cada vez más al punto que deseaba alcanzar, hasta que finalmente, cuando preguntó a un chiquillo que pasaba por la calle, éste echó

a correr por delante de él, dobló una esquina y señaló con el dedo.

Y allí, al otro lado de un patio triangular, se elevaba un muro alargado, en el que se abría una puerta, junto a la cual crecía un arrayán. Por encima del muro vio tejados de otras casas. El chiquillo se le había quedado mirando, expectante. Hagen sacó una moneda de la bolsa, la lanzó en dirección al mozalbete, que la atrapó en el aire, ágil como un malabarista, y se alejó a la carrera.

Nada distinguía el exterior de aquel lugar de los cientos de otros edificios que había visto en el transcurso de la mañana. Hagen lo rodeó, cabalgando despacio y mirando por encima del muro cuando le era posible hacerlo. El recinto incluía cierto número de edificios, cubiertos con tejas rojas; oyó los ruidos de las personas que

trabajaban y conversaban en el interior de las casas y, al acercarse al portalón delantero, que estaba abierto, vio un grupo de griegos, ataviados con elegancia, que llegaban en literas encortinadas que trasladaban a hombros portadores medio desnudos. Echó un vistazo por el hueco de la puerta y pudo ver un patio en el que trabajaban numerosas personas.

Le hubiera gustado entrar allí, pero a ambos lados de la puerta frontal montaban guardia soldados, de modo que regresó dando la vuelta al muro del palacio hasta la entrada del arrayán.

Franqueaba aquella abertura de la pared, rodando despacio, una carreta cargada de leña. Hagen desmontó, ató su caballo a una rama del mirto y echó a andar detrás de la carreta, como si fuera uno de los trabajadores.

El vehículo traqueteó hasta el pequeño patio de la cocina, donde los hombres empezaron a descargarlo. Hagen pasó de largo junto a ellos y entró en la explanada del gran patio situado en el centro del complejo del palacio.

Se alzaban edificios por los cuatro costados, uno o dos de los cuales contaba con varias plantas, enlazados entre si por pasajes cubiertos. El propio patio estaba lleno de servidores, mujeres sentadas ante sus telares, mozas que fregaban cacharros o tendían la colada para que se secase al sol. Hagen franqueó el umbral de la puerta del mayor de los edificios y entró en una estancia adornada lujosamente, como un gran salón.

Era un lugar tan magnífico como el propio palacio de Dafne, aunque bastante más pequeño. Cubrían las paredes paneles de oro labrados en relieve con escenas religiosas, y los muebles tenían incrustaciones de perlas y joyas. Hombres vestidos fastuosamente estaban formados en línea delante de una puerta que había a la derecha y, entreteniéndose por el cuarto, Hagen vio numerosos miembros de la guardia de Juan Cerulis, que vestían la misma armadura de cuero que llevaban los individuos que mataron a Rogelio.

Era evidente que no temían la posibilidad de peligro alguno. Se regalaban con gene rosos tragos de sus recipientes de cuero, charlaban y jugaban sin prestar la menor atención a lo que ocurría a su alrededor. Hagen pasó entre ellos y nadie le dio el alto.

Entró en la cocina, se sirvió una rebanada de pan del montón apilado encima de una mesa, cogió un pedazo de queso de un estante adosado a la pared y salió de nuevo al patio, para degustarlo. Una o dos mujeres volvieron la cabeza para mirarle con cierta curiosidad, pero nadie le preguntó qué hacía allí.

Le resultó claro que Juan Cerulis no iba a salir apresuradamente hacia ninguna parte. Con toda aquella gente esperando para verle y con todo aquel ajetreo doméstico, serían precisas varias jornadas de esfuerzos para arrancarle de allí. Hagen concluyó su pisco-labis, admirado del orden laborioso que reinaba en el patio, con las mujeres afanadas en sus tareas y en sus chismorreos y los hombres a la espera de tener algo que hacer. Se le acercó cojeando un arrapiezo desnudo, de pies

separados, se inclinó sobre sus rodillas y le suplicó un poco de comida. Hagen puso un trozo de queso en su regazo y, con aire grave, la criatura lo cogió y se retiró. Hagen se puso en pie y abandonó el patio.

No consideró oportuno regresar al palacio, donde la emperatriz le encomendaría algún otro encargo. Condujo su montura por las angostas calles hacia la cima del monte, se desvió luego por el Mesé y cabalgó a través de la Ciudad.

Casi todo el comercio de Constantinopla se desarrollaba en aquella vía principal, bien en las tiendas con columnatas abiertas a ambos lados de la calle, bien en las grandes plazas que se sucedían en el Mesé como alhajas de un collar. Las plazas eran tres, cada una de ellas orillada por pequeñas tiendas y puestos de venta, y rebosante de mercaderes, vendedores y ciudadanos que compraban artículos. Hagen se apartó de aquella muchedumbre. No estaba acostumbrado a las aglomeraciones y prefirió observarlo todo a distancia.

De todas formas, no podía comprar nada; no tenía dinero para eso. Los precios de aquellos artículos le sorprendieron. Vio que los compradores regateaban antes de cerrar cualquier trato, inclinados sobre los mostradores o tenderetes en los que se exponían montones de prendas de ropa, piezas de barro cocido y artículos de cristalería.

A pesar de todo, pagaban más por un objeto de cera o una cerámica, bonita, eso sí, de lo que él solía abonar, en carretera, por una buena cena y el alojamiento de una noche. Observó a una mujer, en una silla de manos transportada por pacientes portadores de estúpido aspecto, iba de una tienda a otra, comprando sedas, y en cada una de las piezas de tela que adquiría gastaba más de lo que Hagen había pagado en su vida por cualquier cosa. La mujer se detuvo en otro puesto y compró una naranja para cada uno de los hombres que cargaban con ella.

Hagen continuó vagando por allí, curioso a pesar de sí mismo. Tiró de las riendas para ceder el paso a una recua de camellos que se cruzó con él bajo el arco de una estrecha calleja. La Ciudad le hechizaba. En contra incluso de su voluntad, era muy distinta a las de su patria. Sin embargo, captaba su interés, como lo hacían las mujeres, a base de miradas, celos, sugerencias... Cada una de las calles que se alejaban por la falda del monte o se perdían al otro lado de una esquina encerraba una promesa.

Las lisas fachadas de las casas le producían dolor de cabeza al inducirle a adivinar qué estaría ocurriendo en el interior.

Hizo un alto en la plaza del mercado de animales y se dedicó a contemplar la escena de un tratante que trapicheaba la venta de unos bueyes con un presunto comprador; detrás de los dos hombres, las grandes bestias de papada castaño oscura descansaban sobre un lecho de paja, entregadas a la rumia de su alimento; unas bolas de bronce cubrían las puntas de sus anchos cuernos. Los dos hombres utilizaban un lenguaje que Hagen oía por primera vez, pero sus ademanes le resultaban

significativamente expresivos y, cuando uno de ellos volvió la cabeza y detectó la presencia del franco, le dirigió un donoso guiño.

En una estrecha callejuela, a dos pasos del Mesé, encontró una hilera de zapaterías y fue de una a otra, mitundo los precios y con la esperanza de que le arreglasen las botas sin que le costase mucho. Todos los zapateros tenían exactamente la misma tarifa, y cada uno de ellos, en cuanto le veía acercarse, intentaba venderle una botas nuevas, aunque las que llevaba puestas estaban lo bastante aprovechables como para que mereciese la pena remendarías. Eligió uno al azar. El zapatero examinó atentamente las botas, enarcadas las cejas mientras tocaba las largas puntadas francas y olía el cuero.

—Según mi olfato, no es piel de ciervo, ni tampoco de vacuno.

—Piel de oso —informó Hagen—. De la parte del vientre.

Las cejas del zapatero subieron y bajaron.

—Interesante. —Puso la bota derecha en el trípode y rascó la suela con una cuchilla de hoja corta—. Supongo que un hombre que camina con el pie envuelto en piel de oso se preocupa tanto de sí mismo como de la verdadera naturaleza de Cristo.

—¡Hummm! —profirió Hagen, sobresaltado.

El zapatero se inclinó para mirar dentro de un cajón que contenía piezas de cuero. Su voz se elevó por encima de él como si fuera humo.

—Porque puedo prometerte, bárbaro, que a menos que comprendas que el Hijo participa de los mismos atributos y la misma naturaleza del Padre, jamás verás el Reino de los Cielos.

—Amén —dijo Hagen, que parecía ya de lo más seguro.

—Si, ciertamente. —El zapatero aplicó una pieza de cuero a la suela de la bota y tomó un puñado de clavos, que se puso en la boca como si fueran uvas—. Porque el Hijo existió siempre en el Padre, puesto que Dios es perfecto... —Escupía clavos sobre la palma de la mano al mismo ritmo que hablaba, una palabra, una punta, la palabra volaba hacia los oídos de Hagen, la punta hacia la suela de la bota de Hagen, y el repiqueteo del martillo no perdía un solo golpe en su cadencia uniforme—. Sin embargo, Dios no podía menguarse a si mismo y, por consiguiente, al producir al Hijo de Su propia esencia no cedió nada de Sí...

»Tap, tap, tap». Hagen observó cómo desaparecían los clavos hundidos derlitro del cuero.

—Amén —dijo, mientras se preguntaba si las botas quedarían muy firmes.

—Y como quiera que el Hijo también es perfecto, merced a la sustancia divina, de ninguna manera podía haber sido parcial, sino que tiene que participar de todos los atributos que innegablemente constituyen los atributos de Dios, eso es...

—Amén.

»Tap, tap, tap». Sin la menor interrupción en su discurso, el zapatero sacó la bota del trípode, la torció y flexionó con las manos, consideró que estaba bien, eliminó con la chaira el material que rebasaba los bordes y alisó éstos con la pata de

cabra, todo ello mediante los ademanes rápidos y diestros del profesional virtuoso.

—Eternidad, verdad, justicia, bondad..., éstos son los atributos de Dios.

—Amén —repitió Hagen.

La bota izquierda fue a ocupar su sitio en el trípode de zapatero y el hombre reanudó su disertación; Hagen había perdido el hilo argumental, si es que lo tenía, por lo que se limitó a intercalar de vez en cuando un «Amén», siempre que le parecía que se esperaba de él un comentario. Cuando el arreglo de las botas estuvo concluido, se las calzó.

—¡Ah!

—¿Están bien? —sonrió el zapatero.

—Estupendamente.

—Si los pies de un hombre se sienten cómodos, el resto del hombre también se siente cómodo —sentenció el zapatero. Tomó el dinero, devolvió el cambio, hizo la señal de la Cruz y bendijo a Hagen en el nombre de Dios. Hagen regresó junto a su montura, que había dejado al otro lado de la calle.

Dios dominaba toda la vida de Constantinopla, no sólo la del zapatero. No había calle sin iglesia, algunas con magnífica cúpula dorada y puertas metálicas, otras simples cabañas con cruz en el tejado. Los predicadores invadían las calles, se apostaban en las esquinas, en los muros o en lo alto de las columnas y declamaban apasionadamente sobre cuestiones de fe. En las fuentes, donde las mujeres se reunían para coger agua e intercambiar cotilleos, los ancianos se sentaban en bancos de piedra, echaban migas de pan a las palomas y se enviaban unos a otros al fuego del infierno por confundir el tiempo con el espacio. Hasta los niños, que corrían tras sus aros o sus pelotas

por las calles laterales, se lanzaban pullas entre si en nombre de Dios.

Hizo un alto para que su caballo abrevara en una fuente y se mantuvo sentado en la silla mientras contemplaba entre risas el espectáculo de una partida de galopines que fanfarroneaban y se peleaban en la plaza. Un grupo de mujeres, cubiertas con el chal negro que vestían todas las casadas, pasaron entre los críos, hacia la fuente, y Hagen se retiró para dejarlas que llenasen sus cántaros. Entre ellas iba una muchacha con el pelo suelto. La joven percibió la mirada apreciativa del franco, se sonrojó y agachó la cabeza, pero no sin lanzarle una mirada de soslayo, tan dulce y alegre como la de cualquier ramera. Hagen tosió, divertido.

Cuando las mujeres se marcharon, Hagen desmontó, bebió un trago de agua y se sentó junto a la fuente, al tiempo que pensaba en la chica que acababa de ver. Mientras estaba allí sentado algo le salpicó en la mano. Bajó la vista. Tenía la mano apoyada en la musgosa base de piedra del plato, en forma de pez, de la fuente y cerca del pulgar vio la señal de un agujero en la piedra, lleno de agua negra. Por encima del plato, la fuente tenía una grieta. Hagen se la quedó mirando y observó que en la punta de esa hendidura se formaba una gota, que fue convirtiéndose poco a poco en

un hilo de agua en cuyo extremo una trémula bola líquida oscura se separaba colgando de la piedra de un modo inverosímil.

Bruscamente, el hilo se rompió, la gota, la bola, fue a parar al oscuro agujero que estaba en su perpendicular y las salpicaduras dibujaron una telaraña fugaz. Hagen introdujo el índice en el agujero, pero la punta del dedo no tocó fondo.

¿Cuántos años habría estado cayendo aquella gota, horadando la piedra hasta hacer un agujero tan profundo? Por primera vez, el peso de los años de aquel lugar le impresionó. No era de extrañar que aquel pueblo tuviese la mente fija siempre en la eternidad. Mientras Constantinopla declinaba a su alrededor, los habitantes de la urbe se consolaban con la lucha por conseguir una pureza incomparable.

Sin embargo, al mirar a su alrededor, dispuesto a despreciarlos, volvió a percatarse de lo hermosa que era la Ciudad, pese a la labor del tiempo y sus cambios; lo acomodadas que eran sus vidas, a pesar de la obra de la ilusión.

No tenía verdad más óptima que la de la ilusión de aquellos ciudadanos.

Una vez más, volvió a sentirse abrumadoramente solo sin su hermano. Subió al caballo y regresó lentamente al palacio.

Entró en las cuadras de la parte inferior del hipódromo. Estaba alojando al caballo cuando vio que sus cosas habían desaparecido.

Comprendió instantáneamente quién se había encargado de ello. Empezó a soliviantarse, a perder los estribos, aunque, al haber previsto una jugada así, no había dejado nada de valor en el establo. Llevaba encima todo su dinero, así como el papel escrito en griego. No obstante, desenvainó la espada y recorrió las cuadras con ánimo acalorado, en busca de los mozos, pero todos se habían ido ya a sus casas para pasar la noche. Sólo quedaban allí unos cuantos guardas y serenos adormilados, diseminados aquí y allá por los vastos establos subterráneos.

Entró en los jardines del palacio por la puerta trasera y subió hacia el edificio en el que le habían alojado. El cielo tenía una tonalidad de espliego oscuro y del mar ascendía una neblina de color violeta; las enormes construcciones de la cima del promontorio parecían flotar sobre las nubes. Se detuvo para admirar aquella vista, complacido a su pesar.

Gradualmente, mientras permanecía allí, sus sentidos se abrieron a lo que le rodeaba. Oyó risas y voces que hablaban en tono bajo a su derecha, más allá de los setos que señalaban el límite de la rosaleda; a su espalda, alguien tocaba la flauta: no interpretaba una pieza musical, sino que producía una serie de notas, como si estuviese ensayando o explorando. Percibió el aroma de las especias con que sazonaban allí todas las comidas, y cuando olfateó el aire más a fondo, captó el efluvio del pan y entonces se le hizo la boca agua y el estómago se puso a gruñir.

En aquel momento, una puerta se abrió a su izquierda y se trasladó con paso rápido para interponer una cerca entre él y quienquiera que se aproximase.

Aparecieron dos mujeres, cargadas con fardos de tela. Por el hueco de la puerta salió una bocanada de aire caliente y húmedo. La puerta se cerró de golpe. Las dos

mujeres, jadeando sobre los bultos que llevaban en los brazos, emprendieron la subida de la escalera que llevaba al nivel superior de los jardines.

Hagen sabía lo que era el edificio del que acababan de salir; lo descubrió la primera noche que estuvo allí, cuando recorrió todo el lugar. Se trataba de una pequeña casa de baños. Aquella primera noche había nadado en la pileta. Ahora volvió a dirigir sus pasos hacia allí.

La puerta no estaba cerrada con llave, como tampoco lo estuvo la otra vez. La sala estaba sumida en tinieblas. Aún flotaba en el aire el olor del humo de las velas. Avanzó a tientes, asentando un pie antes de adelantar el otro, mientras se esforzaba en llevar a su memoria la visita anterior para determinar el punto donde se encontraba el borde de la piscina. La puntera del pie lo encontró. Se desvistió, dejó la ropa amontonada encima de las baldosas y se zambulló en el agua cálida y perfumada.

Era una delicia para la piel, mucho mejor que los baños de Aquisgrán, que apestaban a azufre. Sobrenadó de espaldas en la oscuridad, moviendo los brazos a guisa de remos en el agua tibia; se hundió por debajo de la superficie, flotante la cabellera, y dejó escapar el aire de los pulmones para que formase una corriente de burbujas.

Cuando emergió de nuevo, la puerta estaba abierta y un rectángulo gris recortaba las negruras.

Se apartó nadando del cada vez más amplio haz de luz que se derramaba a través del umbral. Con una vela en la mano, Teófano entró en la casa de baños.

La claridad que difundía la vela bailoteó sobre las aguas oscuras, iluminando las ondulaciones que Hagen había dejado en su estela. La muchacha empezó a rodear la pileta, hacia los armarios que había a la izquierda, vio las prendas apiladas al borde de la piscina y retrocedió, encogida.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

—Hagen —se identificó el franco, al ver que Teófano estaba asustada. Se acercó a la luz, para que ella pudiera verle—. Sólo soy yo, Teófano.

—¿Qué haces aquí? ¡Vaya hombre presuntuoso! ¡Esta es la casa de baños de la basileus!

—Me gusta nadar. —Fue hacia el lado de la piscina donde estaban amontonadas sus ropas—. De todas formas, me alegro mucho de verte... Tengo algo para ti.

—¿Para mí?

Se le acercó, impaciente; Hagen le dirigió una mirada irónica y, mediante un impulso de los brazos salió del agua; al darse cuenta de que estaba desnudo, Teófano se puso de espaldas.

—Vamos, acompáñame —dijo Hagen, una vez vestido. La cogió del brazo y tiró de ella hacia la salida.

—¿Qué es lo que tienes para mí?

—La ropa que te dejaste en la posada de Calcedonia.

—¡Ah!

Cayeron los hombros de Teófano y Hagen percibió su decepción a través del tacto, ya que la llevaba cogida del brazo.

Ella no trató de desasirse. Salieron a la oscuridad de la noche, fresca después de la cálida atmósfera de la casa de baños. Teófano levantó la mano libre para apartarse de la cara un mechón de pelo. La parte superior de la cabeza de la muchacha apenas llegaba al mentón de Hagen. Deseó pasar la mano en torno a Teófano y albergar su talle en la curva del brazo. Mientras ascendían por los irregulares peldaños de la escalinata hacia la terraza siguiente, volvió a pensarlo y, una vez arriba, deslizó la mano por el brazo de Teófano y cogió la de la joven.

Ella alzó la cabeza para mirarle, pero no se apartó.

—Creí que la basileus te había encargado que fueses a vigilar a Juan Cerulis.

—Juan Cerulis no piensa ir a ninguna parte, por ahora.

Rodeó con ella el extremo del edificio donde estaba su alojamiento y la condujo al patio del lado opuesto, donde una hilera de tupidos árboles les proporcionaba cierta intimidad. Allí, en la quietud, junto a un árbol en plena floración, la besó.

La muchacha le pasó los brazos alrededor del cuello, ávidos los labios. Su cuerpo irradiaba calor, pegado al de Hagen. Una parte de la mente del franco permanecía distanciada, recelosa de la muchacha, pero ello no le impidió tantear en el vestido, tratando de hallar una vía de acceso a través de los pliegues de la seda, y la mano resbaló por la espalda femenina, cruzó por la cadera, se aferró al muslo y lo apretó con fuerza contra la entrepierna.

A partir de ese instante, no pensó más que en llevarla adentro, a la cama. Ella murmuró algo, entre risitas, una broma retadora, al tiempo que sus dedos incitantes acariciaban el mórbido bulto que hinchaba los pantalones. Hagen la levantó en peso y la llevó a través de la puerta situada detrás de la cortina, con la melena de la muchacha cayéndole sobre el brazo y los hombros, y depositó a Teófano boca arriba en el lecho.

Hagen encendió una vela. La joven alargó los brazos hacia él. Las manos tropezaron una contra otra, mientras se quitaban la ropa. De rodillas sobre la cama, junto a Teófano, Hagen la ayudó a quitarse el blanco vestido de seda, pasándoselo por encima de la cabeza. Temblando, erecto y dolorido, aguardó a que la muchacha se pusiera a tono, y contribuyó a ello tocando los puntos que era preciso tocar, besándole los pequeños pechos blancos, acariciándole sabiamente los muslos, hasta que Teófano estuvo preparada para recibirle. La mano de la joven le guió hacia el interior.

Fue maravilloso. A miles de kilómetros de la patria, Hagen estuvo de nuevo en casa, aprisionado en los brazos de Teófano, con las piernas de la chica aferradas como ganchos a sus caderas y los gemidos entrecortados resonando en sus oídos. Cuando le llegó el orgasmo, su intensidad le arrancó un rugido.

El resplandor de la llama de la vela parpadeaba sobre las mejillas y el pelo de Teófano, la línea húmeda dejada por las lágrimas relucía sobre sus sienes. No tuvo que preguntarle si había disfrutado. Sus bonitos hombros, sus preciosos senos tenían un tono rosado, ya no eran blancos como la seda del vestido. Acercó el rostro a Hagen, cerrados los párpados, levantada la cara, pidiendo en silencio que la besase y, sumisamente, medio dormido ya, de nuevo distanciado, él le dio beso por beso, hasta que sus cuerpos alcanzaron la máxima comodidad en la estrecha cama y se adormilaron.

Teófano se despertó con el resplandor de la luna brillándole en el rostro. La vela se había apagado. La chica yacía junto a Hagen, que la abrazaba dormido. A aquella claridad incierta, el sentido del tacto de la muchacha tenía una gran importancia y, sobre el bloque musculoso del torso del franco, las yemas de los dedos de Teófano recorrieron las costuras de viejas cicatrices, largas y rectas como si las hubieran trazado con un cuchillo. Apretó el rostro contra la mata de fino vello incoloro que cubría el pecho de Hagen.

El franco empezó a despertarse; sus manos se movieron adormiladamente y acariciaron los costados de Teófano. Las palmas tenían el toque calloso de las astas. Las dos; la muchacha recordó la espada de empuñadura doble que Hagen empuñó en el pórtico de la iglesia de la carretera de Calcedonia.

Tendida inmóvil allí, ociosas las manos, el cerebro de la joven fue derecho al reciente encuentro con Karros y a la perspectiva de aparecer de nuevo ante Juan Cerulis.

La sola idea le producía escalofríos. Lo que ella deseaba podía proporcionárselo aquel hombre silencioso que estaba echado junto a ella, y los dedos apremiantes de Teófano se apresuraron a pedirlo. Los brazos de Hagen se ciñeron alrededor de la muchacha.

El franco no dijo nada. No había pronunciado palabra desde que aquello empezó. La chica le besó en la boca, en el cuello, en las cicatrices del pecho. Él se la puso encima y lo hicieron así.

—¡Oh! —comentó Teófano, cuando ambos terminaron—. Eso estuvo muy bien.

En torno a la cintura de la joven, los brazos de Hagen apretaron un poco más; tenía el rostro entre los pechos de Teófano. Ella notó que sonreía.

Deseó que le dijera algo. Resultaba fastidioso que no pronunciara palabra, como fuesen animales.

—¿Echas de menos tu país?

—Echo de menos a mi hermano.

Se removió debajo de Teófano, con los labios contra sus senos. Sin saber cómo ni por qué, la muchacha tenía la idea de que un bárbaro no conocería del amor más ; que la técnica de entrar y salir; la tierna pericia de que Hagen había hecho gala fue una auténtica sorpresa.

—¿Hiciste esto con Rogelio? —preguntó el bárbaro.

—No. —La hábil lengua aplicada a los pezones tenía un efecto interesante entre los muslos de Teófano—. Karros y sus hombres irrumpieron antes de que tuviésemos tiempo de hacer nada.

Acariciadoramente, Hagen succionó y lamió el pecho de la chica.

—¿Por qué lo haces conmigo?

—¿Tiene que haber una razón? Tú eres un hombre, yo soy una mujer, podemos disfrutar el uno del otro, sencillamente.

Lo hubiera hecho antes, de haber sabido lo formidable que era; jadeó, temblorosos los muslos.

—Me perdonarás, Teófano... —Hagen le dio un beso en los labios—, si no te creo.

Ofendida, se apartó de él, con las manos sobre el pecho del franco.

—Entonces, me voy.

La retuvo automáticamente, sin esfuerzo.

—No te dejaré marchar.

—¿Por qué? ¿Porque me deseas? ¿Por simple placer carnal? ¿Un alto agradable en la dura jornada...?

—Aún no he encontrado la mujer que no quisiera algo a cambio de hacer esto conmigo.

—Pues ya tropezaste con ella —replicó Teófano, indignada—. En nombre del Cielo, Hagen, ¿qué clase de mujeres tenéis en Franconia?

—Ninguna como tú.

La atrajo hacia si, la besó y se acariciaron mutuamente; complacida, la muchacha comprendió que Hagen volvería a estar en forma en cuestión de minutos. Tenía la fortaleza de una eternidad de duro trabajo, de trabajo en el campo, como una bestia de carga. Palmeó cariñosamente las cicatrices del pecho de Hagen.

—¿Qué te pasó aquí?

—Alguien intentó matarme poco a poco.

—¡Ah! Bueno, falló, por lo que le estoy agradecidísima.

—Era demasiado lento. Rogelio acabó con él.

—¿Cómo...?

—Calla —pidió Hagen—. ¿Sabes? Los griegos habláis demasiado.

Hicieron el amor con la boca. Hagen encendió la vela e hicieron el amor a la claridad de la llama, sentados. A horcajadas sobre él, con los brazos en torno al cuello del franco, Teófano pensó: «Ahora me ayudará, si le necesito», y comprendió que estaba actuando tal como él había dicho, esperando algo a cambio de permitirle usar su cuerpo y penetrarla. Se prometió no necesitarle nunca. Oprimió su rostro contra la blanca cabellera del franco, y el mundo se esfumó.

Estaba allí tendido boca arriba, desmadejado como un odre de vino vacío, con

el calor de los rayos del sol cayéndole sobre el pecho y sin acabar de despertarse; excesivamente relajado para despabilarse. Sin embargo, aunque entre sueños, sabía que Teófano no estaba en la cama; la oyó moverse por la habitación, la oyó vestirse.

Se produjo un tintineo. Eso le despertó del todo.

Al volver la cabeza, vio a Teófano de pie ante el montón formado por las ropas, registraba su escarcela, la de él.

—Oh, jo —silabeó Hagen, se incorporó, pasó las piernas por el borde del lecho y saltó al suelo—. Así que lo hiciste por eso.

Teófano dio un salto hacia atrás y dejó caer la bolsa; la hebilla del cinto volvió a tintinear.

—No. No, de verdad, no estaba...

—Esta vez has perdido, muchacha. —Hagen recogió del suelo la camisa—. Me brindaste una estupenda noche de placer y no has encontrado lo que buscabas. Ahora vete.

—Hagen... —dijo Teófano—. No pretendía..., es algo que se me ocurrió después. De verdad, no quería...

—Venga, márchate.

—Hagen, por favor...

—«Hagen, por favor» —remedó el franco. Se sentó en el borde de la cama para ponerse las polainas. La chica se había vestido por completo, pero Hagen sabía ya cómo era su cuerpo, bajo la ropa, y Teófano nunca más estaría cubierta cuando él la mirase—. Vete. Ve a decirle a la basileus que has vuelto a fracasar.

Las mejillas de Teófano tenían el color de la grana, los ojos le llameaban. Giró sobre sus talones y salió del cuarto por la puerta que daba a la terraza. Hagen se llegó al centro de la estancia, para recoger el cinturón, y, desde allí, la vio alejarse a través del patio. Era alta y esbelta como un ciprés, el vestido de seda flotaba ondulante en torno a su figura. Sólo contemplarla constituía un deleite tan magnífico que Hagen se echó a reír. Se puso el cinturón, dispuesto a lo que fuera.

Ismael hizo girar con la mano la rueda del carruaje; el vehículo estaba inclinado lateralmente, de forma que la rueda giraba en el eje sin impedimento alguno, aunque bamboleándose en su órbita. Ismael se inclinó para observar su movimiento sobre las anchas tiras de cuero que teóricamente eran sus amortiguadores.

—Hay que cambiar todo el juego, el forro se ha desgastado de parte a parte.

—Sí, señor.

El caballero se puso en cuclillas para echar un vistazo al cojinete de cuero. Asintió.

En el pasillo al que daba la sala de herramientas y material, en el espacio abierto que precedía a la hilera de establos del equipo Azul, unos cuantos mozos de cuadra jugaban a los dados. Ismael miró hacia allí; uno de los caballeros era Esad, el encargado de la cuadra del príncipe Miguel, y aunque Ismael tenía intención de reparar totalmente su cuádriga, no deseaba que su rival se enterase de las

deficiencias que pudiera tener. Esad manejaba los dados. A gatas, en el centro del círculo de jugadores, su voz se elevaba en el aire, fuerte y sonora a causa de la excitación. Ismael centró de nuevo su atención en el carruaje.

—La rueda está firme.

La hizo girar otra vez, clavados los ojos en la llanta, donde los granos de arena que tenía empotrados chispeaban a la luz de la antorcha de la pared.

—¡Jo!

El grito le impulsó a girar en redondo, mientras se le erizaban los pelos de la nuca.

Los jugadores se dispersaban, entre chillidos de puro susto. El gigantesco bárbaro de blanca cabellera había irrumpido en mitad de la partida y sus puntapiés esparcieron dados y dinero por el piso sembrado de pajas de heno. La bota fue a parar al rostro de Esad.

—¡No te acerques a mis arreos!

Esad se incorporó como pudo.

—¡Mi señor te echó de aquí, peregrino!

Agitó la mano y tres de los otros mozos de cuadra se echaron sobre la espalda del bárbaro.

El peso hizo al gigante dar con sus huesos en el suelo, medio sepultado bajo los tres cuerpos. Ismael saltó hacia adelante, gritó indignado por aquel atropello y se precipitó hacia los contendientes, que se agitaban y vociferaban con frenesí. Esad se sacó del cinto un cuchillo de hoja corta y arremetió contra el bárbaro.

Ismael dio un brinco para cortar el paso, pero antes de que pudiera llegar a Esad, el bárbaro ya se estaba levantando, doblado sobre sí mismo bajo el peso de los hombres que tenía encima. Dando tumbos, se apartó de Esad unos pasos, logró situarse detrás del caballero y, agarrando a uno de los individuos que llevaba colgados, volteó el cuerpo del individuo y golpeó con él a Esad, que fue a medir el suelo con las costillas.

El cuchillo de Esad cayó entre la paja. El mozo de cuerdas se puso a gatas y anduvo así hacia el arma. El bárbaro también había ido a parar al suelo, donde dos hombres seguían sobre él y le asestaban puñetazos y patadas. Ismael se acercó, le quitó de encima uno de los sujetos y el hombre del cabello blanco se puso en pie con violento impulso, derribó al otro mozo de cuadra y desenvainó una espada larga y bastante maltratada.

—¡Alto!

Ismael se arrojó sobre el brazo del bárbaro.

El hombre de la pelambrea albina giró en redondo para encararse con él, interpuesto entre ellos el espadón; Ismael vio en las pupilas de aquel gigante una gélida intención asesina que le sobresaltó. Ni siquiera Esad había tratado nunca de matar a alguien.

—No pretendo hacerte ningún daño —dijo Ismael y, para demostrarlo, soltó el brazo del bárbaro armado con la espada—. No puedes pelear aquí, con una espada, no, te verías en un apuro terrible.

A espaldas de Ismael, sonó el ruido de pasos de varios pies que se retiraban pasillo abajo. El bárbaro se enderezó. Con un rápido movimiento de muñeca volvió a guardar la espada en la vaina. Una ojeada permitió a Ismael comprobar que Esad y el resto de mozos de cuadra habían abandonado discretamente el lugar, de modo que retrocedió un paso, dejando más espacio al bárbaro.

—Gracias —dijo éste, y le ofreció la diestra—. Supongo que me dejé llevar por los nervios.

Ismael aceptó la mano.

—Mi nombre es Ismael... Mauros-Ismael, me llaman. Soy uno de los aurigas.

—Yo me llamo Hagen.

Se estrecharon la mano; a Ismael le cayó simpático instantáneamente aquel hombre, su apretón de manos era firme, su mirada recta. Miguel había dicho que era uno de los espías de la emperatriz, empleo para el que asimismo pretendía seducirle a él.

—No te preocupes de Esad y los otros —dijo Ismael—. En cuanto se hayan acostumbrado a verte, te dejarán en paz.

El bárbaro soltó una carcajada, al tiempo que echaba la cabeza atrás y sus ojos parpadeaban.

—No tendrán más remedio que hacerlo, de una manera o de otra.

—Es fácil comprenderlo. Vamos a la taberna. Te invito a un trago.

—Hecho.

Salieron del hipódromo, por la puerta de la calle donde estaba la casa de fieras imperial. Los cuidadores de los osos y los domadores de los leones daban de comer a los animales a su cargo y, cuando Hagen e Ismael pasaban por allí, bajo los arcos resonaban los gruñidos y rugidos de las grandes bestias encerradas en sus jaulas, bajo los muros. La mayoría de las prostitutas se habían congregado allí para presenciar el espectáculo de la alimentación de las fieras y daban la espalda a la calle y a los clientes.

Al pasar los dos hombres por allí, una de las rameras los vio, se dio media vuelta, les dirigió un silbido y se levantó las faldas. Una adivina cacareó para llamar su atención, desde una calleja próxima a la taberna.

—Vi tu carrera —dijo Hagen.

—Quieres decir que me viste perder —corrigió Ismael.

—Sin embargo, sigues en tu empeño. A mi me pareciste bastante bueno. Sólo un equipo puede ganar cada competición, ¿no?

Entraron en la taberna, medio desierta a mediodía, Ismael condujo a su mesa favo rita al corpulento bárbaro y pidió a la camarera unos vasos. Ismael se dejó caer en el asiento, se inclinó hacia adelante, apoyados los codos en la superficie de la

mesa, y contempló al hombre que tenía frente a él.

—¿Entiendes algo de caballos?

—Nosotros no los conducimos como lo hacéis aquí. Hasta los arreos que usamos son distintos; utilizamos collera, en vez de petral.

—¿Crees que puedo vencer al príncipe Miguel?

El bárbaro le sonrió.

—Me encantaría que lo hicieras... Y verlo.

—¿Conoces a Miguel?

—¡Ah, si!

—¿Qué opinas de él?

—Creo que es un fullero arrogante y engreído.

El bárbaro meneó la cabeza.

—Se tiró unas cuantas bravuconadas conmigo, para impresionar... a cierta persona. Cuando no existía la menor probabilidad de que nos enzarzáramos en una pelea. Eso a mi me parece un timo, un engaño.

Las cejas de Ismael subieron y bajaron; aquella evaluación era demasiado baja para que encajase con el Miguel que él conocía.

—Bueno, eso es interesante.

Llegaba la camarera, con una jarra y dos vasos, que depositó encima de la mesa, entre ambos.

—Ponlo en mi cuenta —dijo Ismael.

—Señor —repuso la moza—. El viejo dice que debe usted demasiado.

—Maldito sea. —Se encrespó Ismael, ofendido y acalorado—. Es lo mismo, cada vez que entro aquí. Dile que le pagaré en cuanto me paguen a mi.

El bárbaro puso la escarcela encima de la mesa, una bolsa de cuero tintineante de monedas.

—Pago yo.

¡ —No. —Ismael adelantó una mano para detenerle—. Aquí me conocen..., acepta rán mi palabra, malditos sean, así como el Hijo es igual que el Padre, ésa es mi costum bre y por ella me rijo en todas partes.

—Se lo diré —accedió la moza, y se retiró.

—Que el diablo los lleve —murmuró Ismael.

Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos. Se daba por supuesto que tenía que pagarle el prefecto de la ciudad, director de los juegos, pero aún le debían las dos últimas carreras en que participó. El bárbaro le estaba observando, con una leve sonrisa en los labios.

—Para mi, no es precisamente divertido —comentó Ismael

—No... No me reía a tu costa... Pensaba en otra cosa.

—¿En qué?

—Nada. En una chica.

El bárbaro cogió su vaso y se dispuso a beber.

—Lo siento, olvidé tu nombre.

—Hagen. Hagen el Blanco.

—Vaya, comprendo el motivo de tu apodo. ¿A ti te pagan cuando se supone que tienes que cobrar?

—¿De quién tengo que cobrar?

—De la basileus.

La mirada de los ojos azules se había tornado más aguda, la sonrisa seguía curvándole los labios.

—La basileus no me paga nada. Al menos, en dinero.

—Ah. Me habían dicho que eres uno de sus espías.

Hagen soltó una sonora carcajada.

—No, no, no. No soy más que un hombre que regresa a su patria. Tengo que solventar aquí un pequeño asunto y, en cuanto lo haya cumplido, me iré.

—¡Oh!

Decepcionado, Ismael bebió su vino, alargó la mano hacia la jarra y sirvió otro vaso, para él y para Hagen. Al meditar en las palabras del bárbaro, comprendió que Hagen no le estaba diciendo la verdad, ya que si realmente sólo estuviera de paso no podría dejar sus caballos en las cuadras del hipódromo.

—¿De dónde vienes?

—De Jerusalén. De los Santos Lugares. Estoy en peregrinación.

—¿De veras? Yo nunca he salido de Constantinopla.

—El tuyo no es un nombre griego, ¿cierto? Ismael...

—Mi padre vino de Nicea. Mi abuelo, de Alepo, mi bisabuelo, de Medina. Todos los hombres son ciudadanos de Roma, según reza el dicho.

—Esto no es Roma.

—Bueno, pues aquí estoy, sea como fuere.

—Jamás entenderé a los griegos. ¿Cómo...?

Repentinamente, el coloso se puso rígido, con la vista fija en un punto a espaldas de Ismael, cristalizado en sus ojos el mismo gélido furor que había reflejado su rostro poco antes, en los establos. Ismael giró en la silla para ver qué había llamado la atención del bárbaro.

Karros, el hombre de Juan Cerulis, estaba en el umbral. Vio a Hagen al instante, se giró y emprendió la huida a todo correr.

—Gracias por el vino —dijo Hagen, que abandonó bruscamente la silla y salió disparado por la puerta.

Ismael se puso en pie de un salto, con tal precipitación que tropezó con la mesa y tiró la jarra de vino. Se dirigió presuroso hacia la puerta. La camarera trató de interponerse en su camino, pero hizo una finta y la esquivó.

Habían desaparecido. Miró a un lado y a otro de la concurrida calle, pero no vio a Hagen ni a Karros. Soltó un juramento entre dientes. Después de todo, el bárbaro

tenía secretos que ocultar, y sin duda trabajaba para la emperatriz, puesto que por lo menos uno de esos secretos concernía a Karros. Se alzó de puntillas y repaso con la vista la compacta riada de viandantes, pero no divisó el menor rastro de Hagen ni de Karros. Hubiera debido esperar a ver qué ocurría. Disgustado, volvió a la taberna, para acabarse el vino.

Jadeando, Karros descendió por el lado de la calle cuyo tránsito era más fluido, atajó por una calleja que apestaba a orines de gato, y cruzó el Mesé, abriéndose paso a la fuerza entre el gentío. En la acera contraria, se detuvo entre las estriadas columnas y, mientras recuperaba el aliento, examinó la calle, pero el corpulento bárbaro no aparecía por parte alguna.

Karros soltó un resoplido. Le había dado esquinazo. Se tranquilizó, suspiró, se alisó la capa, y se subió y ajustó el cinturón, mientras los pulmones se le refrescaban. Puede que hubiese engordado, pero aún tenía las piernas ligeras. Sosegado por tal comprensión, rodeó la columna detrás de la que se ocultaba... y cayó en los brazos del bárbaro. Chilló; cuando se volvió para huir, una mano enorme se aplastó contra su boca y un cuchillo relució ante sus ojos. Le repercutió en los oídos una voz de tosco acento:

—Esto es por mi hermano, griego.

—¡No! —aulló Karros sobre la palma de la mano del bárbaro; agarró la otra muñeca y consiguió que el cuchillo permaneciese a cierta distancia de él—. Déjame hablar...

Déjame que te explique...

El cuchillo le punteó en la nariz.

—¡Mataste a mi hermano!

—No... No, no fui yo...

Violentemente, el bárbaro le obligó a dar media vuelta para quedar cara a cara.

—¡Quién fue, entonces?

—¡Teófano!

El hombre corpulento agitó la cabeza. Las manos se apartaron de Karros; retrocedió, alejándose unos palmos del griego.

—¿Cómo?

—Fue Teófano, tan cierto como que Dios perdona a los pecadores, te lo juro, fue Teófano. —La lengua de Karros empezó a trabajar a toda velocidad—. No era lo que tú crees..., aquella cuestión en la carretera. Esa chica tiene dos caras. Sirve a la basileus, pero sirve también a Juan Cerulis, mi señor... En realidad es fiel a Cerulis, la basileus cree lo contrario, pero peor para ella.

El bárbaro volvía a moverse, se le acercaba de nuevo, y el cuchillo surgió de entre las sombras y las luces, centelleante la hoja.

Sigue hablando.

Teófano sólo fingía huir de nosotros... Lo hacía en honor de la basileus, puro

teatro, para engañarla. Te lo aseguro, la muchacha mató a tu hermano..., le acuchilló por la espalda, le asestó la puñalada en la nuca.

Comprendió, por la expresión que atravesó el rostro del bárbaro, que aquella versión resultaba lógica. Karros se humedeció los labios, deseoso de alejarse cuanto antes de aquel cuchillo; sus ojos seguían todos los movimientos de la hoja, fascinados por el filo, por los fulgores que despedía.

—Escúchame. Te lo demostraré. Esta noche, Teófano estará en casa de mi señor.

Si vas allí, la verás... Te franquearé la entrada y con tus propios ojos podrás verla sentada a la mesa con él.

El bárbaro cerró la boca con fuerza. La cólera endureció todos los rasgos de su semblante, los ojos como pedernal, los labios exangües, pero al menos retiró el cuchillo.

—Está bien, pues. Llévame allí.

—Esta noche. —Karros levantó la mano—. Verás, tal vez puedas trabajar también para mi señor... Un buen luchador siempre le viene bien. ¿Eh? Piénsalo.

—¡Bah! —La mano del gigantesco bárbaro chocó violentamente con la de Karros—. Esta noche. Iré por la puerta de atrás, la que se abre junto al arrayán.

—¿Cómo sabes que hay allí un arrayán?

El bárbaro le golpeó otra vez, un puñetazo corto y malintencionado que se estrelló contra el pecho de Karros.

—Sé muchas cosas, más de las que supones. No intentes embaucarme. En el arrayán, a la puesta del sol.

Tras lanzar una mirada furibunda, cuadrados los hombros, el corpulento bárbaro se alejó a grandes zancadas, rumbo al Mesé. Karros le vio mezclarse con la multitud; pudo observarlo durante un buen trecho, puesto que sacaba la cabeza a todos los transeúntes.

El corazón de Karros había acelerado otra vez sus latidos. Volvía a faltarle el aliento, aunque no había corrido nada. Pensó: «Empiezo a ser demasiado viejo para aguantar estos trotes». Temblorosas las piernas, emprendió el regreso al palacio de Juan Cerulis.

Juan Cerulis asistió a misa en la capilla de su palacio; lucía su mejor manto, con elaborados adornos de oro y perlas, todo lo próximo a lo imperial que era posible serlo sin la púrpura. Se arrodilló en el suelo y pidió a Dios que le ayudase a lograr sus objetivos, aunque sabía que era el propio Dios quien los obstaculizaba, porque: ¿qué otra fuerza podía negar el trono a alguien que evidentemente lo merecía más que ninguna otra persona?

A la salida, rodeado por los miembros de su séquito y diversos parroquianos, repartió pan y monedas entre los pobres, que acudían diariamente al patio del

palacio para recibir las generosas dádivas del señor. Se le acercaban, uno tras otro, le besaban la mano, se inclinaban reverentemente y rogaban a Dios por su riqueza y esplendor, luego elevaban sus preces por la salud de Juan Cerulis.

Concluidas todas esas formalidades, pasó a la sala de recepción del palacio y allí, sentado en una silla cubierta con pieles de leopardo, sonriente, siempre sonriente, escuchó las peticiones de sus subalternos. Llegaban rebosante de lisonjas y promesas, suplicaban su ayuda para obtener un empleo, adquirir tierras o permisos, formalizar matrimonios o disolverlos, y si su oratoria era inteligente, citaban a Homero como era debido y construían su alocución empleando con propiedad una frase subordinada bien enlazada con la siguiente frase subordinada hasta alcanzar el efecto convincente de un clima redondo, el señor concedía el deseo encarecido.

Estaba allí sentado, cubierto por su magnífico manto, con los escribas garabateando a su lado, los ministros murmurando alabanzas a su espalda y los solicitantes, frente a él, rezando por que consiguiera sus propósitos. ¿Y quién que le viera así no pensaría que era el verdadero emperador..., en todo, menos en la diadema?

Mientras, aproximadamente en el centro de la Ciudad, la mujer que lucía la diadema continuaba, hora tras hora, instante tras instante, ocupando el palacio que le correspondía a él, gastando su tesoro, derrochando su poder.

En mitad de una oración, en medio de una compleja perorata tan artificiosa que Juan había perdido la pista del tema, un sirviente se llegó hasta él, se arrodilló junto a la silla y pronunció un nombre.

Juan Cerulis irguió el torso. Era una estúpida, la muy puta, al ir a ponerse de nuevo en sus manos.

El retórico que tenía delante aportaba su exposición con ademanes tan estilizados como las figuras de su túnica. A juzgar por el vigor y la variedad de aquellos aderezos, Juan Cerulis supuso que estaba a punto de alcanzar la cima de su discurso y se obligó a aguardar (sonriente, sonriente), a aguantar hasta que aquello terminara, pese a que nada le impedía interrumpir en seco la audiencia, sin que ello provocara excitación o conjeturas indebidas. Con todo, le hormigueaban las manos y se le estremecían las piernas al pensar en su inminente venganza.

Un alud de frases remató la alocución. El señor no concedió lo que se solicitaba porque, al final, el disertante perdió el control de su parlamento y mezcló las metáforas de un modo tan atroz que todos los escribas suspiraron sobre sus borradores y todos los ministros rieron disimuladamente.

A un gesto del señor, los heraldos se adelantaron y disolvieron la asamblea, en nombre de Dios y de Juan Cerulis. Un paje levantó de la silla la capa del señor, para que éste pudiera ponerse en pie sin el peso de aquella prenda sobre los hombros; otro paje se plantó ante Juan Cerulis, con el bastón y demás atributos símbolos de su rango.

Cruzaron el palacio, de regreso a los aposentos privados del señor.

Teófano se encontraba en una habitación con el suelo cubierto por alfombras de Persia y de cuyas paredes colgaban iconos con marco de plata.

Juan Cerulis se detuvo al verla, paralizado por la hermosura de la joven; amaba la belleza, aunque no tanto como despreciaba a las personas que le traicionaban.

—¡Vaya! —exclamó, al tiempo que avanzaba hasta el centro del cuarto.

Un chasquido de sus dedos provocó la rápida aparición de los sirvientes, que se apresuraron a quitarle el bordado manto y el cinto de eslabones de oro. Debajo del manto llevaba una larga túnica blanca, que embellecía un jubón y varios collares de granates y lapislázuli. Un paje le acercó la silla y aguantó la ropa para que el señor tomara asiento sin peligro de que la prenda se arrugara. Teófano observó tranquilamente todo aquel tejemaneje. Estaba pálida como un cirio. Su pelo era tan negro que, a la luz del día, irradiaba tonalidades azules.

Una vez la había tenido en sus brazos y satisfizo aquella pasión que en él era un deleite tan sensible que lo creía condenado a la sempiterna decepción. Porque Juan Cerulis sólo lo permitía vivir efímeramente.

—Como la cazadora Artemisa asciende ágil a las cumbres del Taiyetos — saludó Juan Cerulis—, así, Teófano, te deslizas entre nosotros, eclipsando a todas mis doncellas.

La joven desvió ligeramente la cabeza, clavó los ojos en él y permaneció silenciosa unos segundos; empezaba por manifestarse desengañado de ella, pero la muchacha habló entonces, y sus palabras fueron acertadas y homéricas.

—¡Ay! —expuso—. ¿Al seno de qué calidad de personas he venido? ¿Son crueles, salvajes e incivilizadas o son hospitalarias y humanas?

Juan Cerulis alargó el brazo, tomó entre sus manos los dedos de la muchacha y sonrió, encantado ante el conocimiento de Homero que demostraba Teófano, su voz adorable, la perfección estética de sus formas y la esbeltez de su figura.

—A cualquier nivel, Teófano —respondió—, te encuentras entre una raza de hombres y mujeres.

—Entonces no necesito quebrar rama alguna con la que cubrir mi desnudez — sonrió la joven. Trató de liberar su mano de la de Juan Cerulis, pero éste se la tenía bien cogida.

—Si —dijo el hombre—. Ni la misma Nausica te aventaja en preciosidad, risueña Teófano. Explicame ahora, porque eres tan insensata como para ponerte de nuevo bajo mi poder, después de traicionarme como lo hiciste.

—Jamás te traicioné —contradijo Teófano—. Fueron Simón y Targa quienes te fueron desleales, mientras que yo sólo anhelaba seguir junto a ti y guardarte fidelidad, mi único emperador.

Juan Cerulis alzó la cabeza, y su ánimo se elevó al oír tales palabras, aunque no creía una sola sílaba de lo que Teófano decía. La examinó de pies a cabeza, seducido por la perfección de su buen gusto. El vestido de seda blanca, adornado con cruces

gamadas trenzadas con hebras de oro que surcaban los senos y descendían por las mangas, era de una elegancia tan depurada y precisa que un hombre menos refinado que él lo habría tenido por simple sencillez.

—Y ahora vuelves por propia voluntad —conjeturó—, para purgar los pecados que cometiste contra mi, ¿no es eso?

En su mano, la de Teófano estaba tan fría como el corazón de una joya.

—He vuelto para traerte lo que más deseas, Juan Cerulis —respondió la joven.

—¿Eh?

—Te facilitaré el presente de las botas púrpura, si me atiendes y me permites vivir.

Aumentó la presión de la mano del hombre, fue casi como un espasmo de los dedos. Atrajo a Teófano hasta muy cerca de sus rodillas.

—¿Si? ¿Qué truco es éste, amante de la risa?

—Ningún truco, señor. La basileus me odia, sospecha la verdad, que, al sopesar los corazones, he comprendido que tu causa es más valiosa que la de ella. El hilo de mi vida está ahora entre los cortes de las tijeras, y cada aliento de mi respiración puede ser el último. Y deseo exhalar ese último aliento entre quienes sirven al verdadero emperador.

Juan Cerulis se echó a reír ante aquella fingida inocencia, movido a un extraño afecto, aunque sin creer en absoluto nada de todo aquello. Teófano estaba allí, en su poder. La mantendría viva mientras le divirtiera, y si realmente conocía algún secreto oculto de Irene, la ramera usurpadora, se lo sonsacaría cuando lo creyese oportuno.

Siempre había suspirado por infiltrar unos oídos en el círculo interior de la emperatriz, sus damas, y Teófano, lo quisiera o no, iba a contarle lo que sabía.

—Háblame, pues —animó Cerulis—, de lo que consideras me resulta valioso.

—Ya conoces lo del hombre santo del desierto —dijo Teófano.

—¡Ah! —dijo, decepcionado; el hombre santo eran nuevas viejas.

—Tienes que convencerle de la justicia de tu causa. —Las mejillas de la joven se tiñeron súbitamente de un delicioso color sutil, más perfecto que el de cualquiera de las joyas que completaban sus vestidos—. Predicará tu causa al pueblo, y el pueblo de Roma se levantará y te convertirá en emperador.

Poca esperanza vislumbro en eso, divina belleza.

—Puedo asegurarte, Juan Cerulis, que la basileus teme, más que cualquier otra cosa, que se te ocurra emprender esa acción que acabo de describirte.

Cerulis permaneció un momento silencioso, mientras la sugerencia maduraba en su cerebro. El hombre santo estaba en el desierto, en algún punto hacia el este. Era un fastidio abandonar Constantinopla; no creía que se pudiera obtener ninguna ventaja fuera de las murallas de la Ciudad; el hombre santo estaría sucio y probablemente sus modales serían repugnantes. Roma estaba llena de hombres santos, todos los meses surgía uno nuevo.

Sonrió a Teófano. Aflojó la presión de los dedos y dejó caer la mano sobre el regazo. Ante él, la muchacha quedó libre de esa mano, pero sometida al menor capricho que se le ocurriera a Cerulis. Este pretendía verla morir. Por desgracia, una vez muerta, se habría terminado el placer, de forma que prolongaría la ejecución, disfrutando de ella anticipadamente durante cierto tiempo, estimulando su deleite.

—Ya veremos, hechicera mía. Ya veremos.

Teófano se inclinó.

—No veo la hora en que la diadema corone tu cabeza, amado de Dios.

—Hubiera creído —manifestó nerviosamente el prefecto de la ciudad— que el honor de competir sería suficiente.

—Si, lo creías —repuso Ismael—. Por Dios, ¿quién te metió esa idea en la cabeza? ¿Si no me pagas hoy, ¿cuándo voy a tener el dinero?

El prefecto lanzó una mirada en derredor, torcida la boca.

—¿No podemos tratar este asunto en otro sitio?

Movió las manos ante Ismael como si el auriga le estuviese levantando la voz y volvió la cabeza como si buscase una vía de escape, pero Ismael no iba a renunciar así como así. Conocía las triquiñuelas de los funcionarios imperiales y necesitaba el dinero desesperadamente. El casero le había amenazado con desahuciarle, con su esposa y sus hijos, y los panaderos se negaban a fiarle más pan. Miró airadamente al prefecto de la ciudad.

—Necesito algo a cuenta, por lo menos. Hoy, esta tarde, ahora mismo.

El prefecto denegó con la cabeza.

—Todo el mundo quiere dinero, todo el mundo cree que yo tengo las llaves de las arcas. ¿Por qué no hablas con Nicéforo?

Su voz tenía un matiz amargo. Movié la cabeza en dirección al otro lado de la terraza.

Ismael miró hacia el punto indicado. La corte en pleno estaba congregada allí, en la calzada, ante la puerta de Chalke que daba acceso al palacio, por la que no tardaría en pasar, para ser recibido, el emisario del califa. Un centenar de curiosos se agolpaban ya en la zona semicircular situada entre la puerta y la tribuna, cuyo tablado posterior se apoyaba en el muro de San Esteban. La basileus aparecería solemnemente en la tribuna, todavía cerrada a la vista por gruesas cortinas de color púrpura. Ismael suspiró.

—Llévame ante Nicéforo.

—¿Esto no tiene espera? —El prefecto se retorció las finas y largas manos—. Cielos, si supieras las cantidad de gente que está en la misma situación que tú... Ismael le agarró por un brazo y ejerció cierta cantidad de fuerza.

—Me tienen sin cuidado esas gentes. Estoy harto de que me acosen los mercachifles.

Inerte y con aire de abandonada resignación, el prefecto se dejó llevar a través

del gentío. El administrador general, Nicéforo, se encontraba en medio de un pequeño corrillo de cortesanos, atento el oído a un chiste que alguien contaba; Ismael y el prefecto llegaron hasta el tesorero en el instante en que éste prorrumpía en una risa maquinal y escasamente interesada. El prefecto le tocó un brazo y el alto sirio se volvió.

—Ismael. —Nicéforo le tendió la mano, sonriente, y estrechó con firme apretón la del auriga, en cálido saludo—. Es estupendo volver a verte. Habrás oído ya, estoy seguro, la maravillosa noticia, ¿no?

El prefecto abrió la boca, sus ojos se deslizaron de Ismael al administrador y regresaron al auriga, pero antes de que tuviera ocasión de advertir a Nicéforo, Ismael le ganó por la mano.

—¿Ha establecido la basileus la fecha de celebración de la próxima carrera, pues?

—El día de Santa Elena. Un auténtico buen augurio, ¿verdad? Seguro que ganarás.

Ismael sonrió, triunfante, se lo habían puesto de dulce, ahora estaba en ventaja.

—Muy bien, entonces tendrás que darme algo de dinero.

La sonrisa del administrador perdió unos centímetros de anchura. El prefecto intervino:

—Quiere cobrar, Nicéforo.

—¿De veras? —articuló Nicéforo, con un temblor en los labios—. Qué idea más original.

—Y si no se me paga —machacó Ismael—, no correré. ¿Qué hace el dinero en vuestra bolsa?

—Aaaah. —Nicéforo disparó una mirada homicida al prefecto de la ciudad—. ¿Para qué llevas ese cinto monedero? ¿No puedes cumplir con los deberes de tu cargo?

—Me obligó a traerle hasta ti.

Nerviosamente, las manos del prefecto tamborilearon sobre el cinto símbolo de su despacho.

Nicéforo volvió a encararse con Ismael. La sonrisa había desaparecido del rostro del tesorero general, tenía los párpados entrecerrados y la gran cuña de su nariz se proyectaba en su cara hacia adelante como la proa de un barco.

—¿Cuánto te debemos?

—Ochocientos irenes.

Apenas sería suficiente para liquidar sus deudas. El prefecto emitió un murmullo de sorpresa al oír la cifra, pero Nicéforo se limitó a mirarle fijamente durante un momento más, apretados con firmeza los labios. Ismael sostuvo aquella mirada, esforzándose en tener paciencia. Sin su cuádriga, no complacerían al público; era posible que la multitud creara problemas si Ismael no corría. Confió en que la posibilidad de esos problemas valiera ochocientos irenes.

Resonó a su espalda el trompetazo de un cuerno de carnero e Ismael dio un respingo, sobresaltado, con los nervios a flor de piel.

—Bueno, de todas formas, en este momento, no —rezongó Nicéforo, y regresó rápidamente a su lugar en las filas de funcionarios que aguardaban al embajador del califa.

Empujaron a Ismael, obligándole a retroceder y mezclarse con la muchedumbre.

No debía encontrarse allí, no le habían asignado puesto alguno en aquel comité de recepción y vestía prendas ordinarias; se agachó ligeramente para pasar inadvertido entre la gente que le rodeaba.

Raudos, los demás fueron a situarse en los puntos de la explanada que les habían señalado. Se mantuvieron erguidos como estatuas, formando una espesa media luna de mantos relucientes, delante de la puerta Chalke. Las trompas volvieron a oírse, sus notas suaves se remontaron en el aire como filigranas sonoras, cuyos ecos devolvieron los altos muros de la puerta y rebotaron en los de la capilla situada detrás de la multitud. Redoblaron los tambores rítmicamente. Sin darse perfecta cuenta de ello, Ismael

se puso firmes, con los brazos a los costados, la cabeza alta, sin desmerecer en nada de la postura que habían adoptado cuantos le rodeaban.

Se abrió la puerta y, con un ascendente floreo de las trompas, entre el tronar de los tambores, fila tras fila de extranjeros franquearon la entrada con paso marcial.

Parecían contarse a centenares. En filas de a ocho, cruzaron la puerta, levantando aparatosamente la rodilla al desfilar, para dividirse luego en hileras de a cuatro y desplazarse a ambos lados, al objeto de abrir espacio para la siguiente fila. Sus túnicas eran de color luminosamente verde; en las empuñadoras de los alfanjes rutilaban el oro y las piedras preciosas. Se cubrían la cabeza con turbantes de suave tela, coronados por plumas de avestruz. Colmaron toda la explanada y, cuando entró el último, estaban tan apretados que sólo quedaba un estrecho pasillo en el pavimento. Detenidos en formación, volvieron la cabeza hacia la puerta y una voz estentórea gritó algo en su ruda lengua.

A hombros de seis gigantescos esclavos desnudos entró el embajador del califa, que iba sentado, con las piernas cruzadas, sobre un rimero de alfombras. Con su carga a cuestas, los esclavos avanzaron hasta el pie de la tribuna y se detuvieron delante de las cortinas que la ocultaban. El hombre del califa se puso en pie. Las sedas y joyas que le adornaban valían un pequeño reino; su turbante lucía una esmeralda tan grande como el puño de Ismael.

Los tambores hicieron una pausa. Los cuernos guardaron silencio. Todo el mundo esperó, contenida la respiración, mientras la música acababa de disolverse en el aire.

Hubo un instante de silencio absoluto y, a continuación, los tambores volvieron

a redoblar y los cuernos lanzaron al aire sus notas. Agitándose como alas, las cortinas de seda se descorrieron a ambos lados de la tribuna, frente a la rebotante terraza y, boquiabiertos de admiración, los presentes se hincaron de rodillas.

En el tablado, la basileus se erguía, resplandeciente de oro bajo el sol de la tarde.

Sus damas, a ambos lados de la emperatriz, sostenían el vuelo de unas alas áureas, extendidas a tres metros de Irene. A su espalda y por encima del nivel de su cabeza, abanicos de tono rosa dorado captaban y reflejaban los rayos de sol, de modo tan deslumbrante que hacía daño a los ojos de quienes la miraban. Lo mismo que todos los demás, Ismael bajó la cara hasta tocar las piedras del pavimento.

Augusta, predilecta de Dios, par de los Apóstoles!

Les dio su bendición. Ismael la recibió agradecido, sabedor de que transformaría su vida. Se le engrandeció el corazón de gozo y gratitud mientras comprendía que ella era su basileus y estaba por encima de todos aquellos simples bárbaros. Volvió la cabeza y vio que el emisario del califa la miraba con la boca abierta e incluso se arrodillaba, aturcido de maravilla, y, como una alta torre que cae ante un conquistador, el hombre inclinó la cerviz y hundió el rostro a los pies de Irene.

Luego, de la tarima que estaba debajo, brotó un tronar de voces, que entonaron os de alabanza a Dios y a la basileus y glorificaron los Cielos en cien lenguas distintas. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ismael. Pensó que el mismo Dios estaría sentado en sus nubes y presenciara el espectáculo.

A través de la puerta Chalke pasaban ahora los presentes que el califa enviaba a la basileus. A la vez que retrocedían para hacer sitio, la multitud de curiosos vio alfombras extendidas sobre el suelo, adornadas con borlas de seda, de colorido tan fabuloso como el de las alhajas y las flores. Y, sobre aquellas alfombras, cofres recién volcados, de los que surgían torrentes de monedas de oro que rodaban hasta el pavimento, montones de esmeraldas y rubíes que refulgían como las pupilas de los ángeles. En aquel instante, dos enormes y rugientes felinos, sujetos y conducidos con correas doradas, cruzaron la puerta, uno con la piel decorada con racimos de puntos oscuros estampados sobre fondo dorado, y el otro cubierto de rayas negras sobre un campo de color blanco hueso. Los animales fueron a situarse uno a cada lado de la creciente y rutilante montaña que formaba el tributo. Y entonces, a través del hueco de la puerta, inmenso, haciendo temblar el piso, entró un elefante con sus colmillos de marfil envueltos en bandas de oro y, sobre el enorme lomo, grandes barquillas también entrelazadas de áureo metal, cada una de ellas repleta de flores elaboradas a base de oro, marfil y piedras preciosas, todo lo cual también lo ofrendaba el emisario del califa a la basileus, como homenaje a la predilecta de Dios.

Ismael hundió el rostro entre las manos. Temblaba de orgullo. Su Constantinopla era el centro del orbe, su basileus era la soberana del mundo: ¡Mirad,

hasta los bárbaros lo sabían! Cuando los que se encontraban a su alrededor alzaron sus voces para loar a Dios, que gobernaba a través de la emperatriz, Ismael unió su canto al de todos, espesa de agradecimiento y orgullo la garganta.

Posteriormente, una vez terminada la recepción oficial y disperso el gentío por los jardines y pabellones del palacio, mientras los servidores recogían los regalos y los cargaban en cajas para trasladarlos a las arcas del tesoro, Nicéforo se acercó a Ismael y le entregó una escarcela.

—¿Correrás?

La mano de Ismael descendió bajo el peso de las monedas de la bolsa de cuero.

—Claro que correré —respondió, irritado ante la insinuación—. Habría corrido gratis.

Hubiera corrido por una pellada de barro. Pero he de dar de comer a mis hijos. —Introdujo la bolsa debajo de la túnica, a salvo de los rateros. Lanzó un vistazo a la tribuna, ahora vacía y desnuda, despojada de la púrpura, y miró de nuevo al administrador—. No le cuentes a la basileus que dije que no correría.

Nicéforo masculló, en tono de reproche:

—Si corres sólo por dinero, Ismael, nunca ganarás.

—No lo hago por dinero, eso ya te lo dije.

Ismael cruzó la puerta Chalke; en la zona interior, entre la entrada al palacio y la puerta que daba al Mesé, un grupo de extranjeros contemplaban con expresión de papanatas los mosaicos de los muros, que describían una victoria sobre los bárbaros obtenida por algún general muerto mucho tiempo atrás. Ismael no se entretuvo. Salió al Mese, con la mano colocada protectoramente sobre el bulto de la túnica. Se apresuró, a fin de pagar cuanto antes al casero.

Sentado en cuclillas bajo el arrayán, Hagen estaba comiendo el puñado de dátiles que había comprado en el Mesé a un vendedor. Acudió temprano a aquel encuentro con Karros porque medio había tenido la intención de entrar en alguna iglesia que hallara a su paso, rezar un poco y poner cierto orden en sus ideas. Le inquietaban muchas cosas. No conseguía encontrar un terreno lo bastante firme conlO para asentar en él su confianza. La historia de Karros resultaba lógica en algunos aspectos —la herida que Rogelio tenía en el cuello se la produjeron por detrás, ciertamente—, pero otros detalles no encajaban muy bien; pero si la muchacha había matado a Rogelio, Hagen tendría que matarla a ella, y se le formaba un nudo en los intestinos con sólo pensarlo.

Jamás había matado a una mujer. Pensaba que la carne femenina cedería con facilidad al filo de un cuchillo, que las venas se abrirían en heridas tan anchas y profundas como rojas. No se trataba de eso. Era el recuerdo, que irrumpía irresistiblemente en su cerebro, de Teófano tendida entre sus brazos y provocando en su entrepierna aquella dureza de roca. Aquel sitio era el infierno. Había muerto, lo enviaron al infierno y el infierno se llamaba Constantinopla, donde nadie era lo que

parecía, donde verdades y mentiras se entremezclaban, y donde personas a las que no comprendía le usaban con fines que él ni por asomo lograba penetrar.

¿Qué había dicho la mujer?... "Yo lo sé todo y tú sólo sabes tu pequeña parte.» Sin embargo, a Irene la traicionaba su propia doncella personal; Irene le parecía una vieja bastante estúpida, a pesar de sus grandes ideas y la impetuosa energía de sus miradas.

Había allí un proyecto de vastas proporciones, del que sólo alcanzaba a ver unas pequeñas piezas, piezas que habían colocado ante sus ojos como... ¿senuelo? ¿Trampas?

Teófano. La única prueba que tenía de que traicionaba a Irene en favor de Juan Cerulis era la palabra de Karros. Cuando la tuvo en sus brazos, Hagen hubiera jurado por su vida que la joven era sincera y honesta..., y que él la veía tal como era.

Si Teófano hubiese matado a Rogelio, Hagen lo habría sabido, de una forma o de otra, lo habría visto en sus ojos, lo habría percibido en sus besos.

Y si Karros era quien realmente mató a Rogelio, entonces aquello sería una celada, le habría atraído allí con un engaño, y Teófano se encontraría de nuevo en el palacio, haciendo lo que debería hacer, si fuese honesta.

Hagen no podía rezar. Dios no aprobaba la venganza en ningún caso y no le ayudaría. Y en aquel momento llegaba Karros. Hagen se incorporó.

El otro era un optimista dechado de sonrisas; le tendió la mano, a guisa de saludo, pero Hagen hizo como que no se daba cuenta.

—Me alegro de verte. Me alegro mucho de verte. Ya he informado a mi señor de que ibas a venir.

Hagen le observó con disimulo, fingiendo que miraba a su alrededor. Karros le condujo a través de la puerta y cruzaron el pequeño patio de la cocina, que olía a menta y albahaca. Un montón de trozos de rotos cacharros de terracota cubría la superficie de una mesa situada bajo las ramas del mirto.

—Espero que, por lo menos, habrán sacado la cena antes de que se rompieran —comentó Hagen.

Si Karros le había atraído allí para matarle, el griego tendría que actuar con rapidez, mientras se encontraban solos. Podía oír ya el rumor de las voces de muchas personas, en el edificio al que se acercaban.

—¿La cena? Si, sí, claro. Mantengo la esperanza de poder ofrecerte una plaza permanente aquí, con nosotros. Mi señor es de lo más generoso, y tiene mucho poder..., es posible que un día sea emperador, ¿quién sabe?

Karros palmeó en la espalda a su acompañante. Hagen se echó a un lado, separándose de él, sin que le hiciera ninguna gracia aquella falsa amistad y temiendo ver en cualquier momento que un cuchillo aparecía en la mano de Karros.

Entraron en una sala amplia y bien iluminada. La cruzaban en uno y otro sentido numerosos canapés; Hagen había observado que, a veces, los griegos comían echados, aunque también había reparado en que lo normal era que los personajes

importantes se sentaran apropiadamente a la mesa, ocupando las oportunas sillas. Allí no era distinto. Al fondo de la estancia había una mesa alargada, dispuesta y adornada con artesas llenas de flores, fuentes y jarras de plata y candelabros de oro, encendidas ya las velas, pese a que nadie ocupaba las sillas dispuestas en el extremo opuesto de la mesa.

La mano de Karros se cerró en torno a su brazo y Hagen se puso tenso, listo para entrar en acción.

—Toma una copa —dijo el griego gordinflón, y apareció un mozo de rojo atavío, con una bandeja de plata, en la que llevaba varias copas de cristal y una gran jarra de latón en forma de gallo, con las plumas de las alas y de la cola modeladas en el metal. Karros acompañaba la invitación con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vamos, pruébalo. Es un vino maravilloso. Mi señor tiene lo mejor de todo, aquí comemos como reyes.

Hagen escanció un chorro en una copa y la tomó de encima de la bandeja. El mozo se inclinó, retrocedió y fue a ofrecer vino a otros ocupantes de la sala. ¿Cabía la posibilidad de que estuviese envenenado? Hagen miró al fondo de la copa, inseguro.

—Vamos —insistió Karros—. Bebe. —Alargó la mano hacia la copa, y al tendérsela Hagen, se bebió la mitad del contenido. Al tiempo que se la devolvía, movió la mano para señalar los labios de Hagen—. Venga. Siéntete seguro.

Aquel vino tinto era tan oscuro que parecía negro. Tomó un trago y luego otro, sediento.

—Es muy bueno.

—Me alegro de que te guste —dijo Karros—. Mi señor es riquísimo, ya sabes. Su cuna es mucho más alta que la de esa advenediza Irene... ¿Estás enterado de que ella procede de la nobleza de provincias? ¿No es un escándalo? Mi señor prodiga sus riquezas con quienes le sirven. Tengo cofres llenos de oro que él me ha dado como recompensa por los esfuerzos que le he dedicado. Te los enseñaré, si quieres, los cofres.

Hagen apuró su vino; era un caldo estupendo y volvió la cabeza, en busca de otra copa.

—¿Cómo te paga, Karros..., en proporción a tu peso?

Detuvo al mozo que pasaba y cogió la jarra de la bandeja.

Karros se echó a reír y en su tono se apreció una nota cascada; sin embargo, no se sintió ofendido.

—Si te unes a nosotros... —empezó.

—No voy a unirme a nadie —le cortó Hagen, enfático—. Presté juramento de lealtad al rey Carlos, y como esa lealtad ya no es mía, no puedo ofrecérsela a nadie más.

—Ja, ja, ja —se agitó la barriga de Karros—. Ah, bueno, si estás casado con ese

rey bárbaro tuyo... Vamos, te enseñaré el palacio.

—Dijiste que Teófano estaría aquí.

—Está aquí. Probablemente, mi señor gozará de ella en este preciso momento.

La frase hizo que a Hagen se le revolvieran las tripas; un ígneo arrebató de rabia subió por sus vasos sanguíneos hasta el cerebro y en un tris estuvo de derribar a Karros de un puñetazo. Despacio, la razón, alicaída, fue sustituyendo a la cólera. Pensó: «¿Qué representa esa mujer para mi, si su sola mención me pone tan nervioso? Si me engaña con cualquier otro, ¿qué puede importarme?».

Le importaba. Se dio cuenta instantáneamente de dos cosas: de que iba a matar a Teófano y a Juan Cerulis y de que le estaba viniendo una erección. Estiró hacia abajo la parte delantera de la camisa y siguió a Karros a través del palacio.

—Irene es astuta como un gato viejo —dijo Teófano; había aprendido a no citar por sus títulos a la basileus, delante de aquel hombre que con tanto afán anhelaba ser emperador. Le observó por el rabillo del ojo. Sólo estar cerca de él le convertía la piel en hielo; el sexo con Juan Cerulis era como el abrazo de la muerte—. Nunca podrás confinar su persona, salvo que se produzcan circunstancias extremas, como un ataque armado, tal vez. O una rebelión del general.

—No tengo el menor deseo de confinar su persona —dijo Juan Cerulis.

Levantó la copa, examinó el color del vino y, tras girar la mano para que el mosto liberase su fragancia, olfateó el aroma. Frunció una ceja.

—¿No es de tu agrado? —preguntó Teófano.

—Esperaba algo mejor.

En el suspiro que dejó escapar vibraba un lamento; su sonrisa permanente puso arrugas y pliegues en su rostro, una falsa máscara de buen carácter. Teófano miró para otro lado, hundida su moral. La mesa estaba de cara al salón, abarrotado por los parásitos que acudían a cenar de balde. Ninguno de ellos comería hasta que el señor hubiese terminado. Ocupaban las diversas hileras de canapés, hablaban, reían, intercambiaban besos, caricias y ceremoniosos tocamientos manuales. Teófano bajó la vista sobre la mesa.

En la fuente que tenía ante sí un pescado humeaba sobre la capa de aceitunas, caviar, huevos duros y crema coagulada; no se sentía capaz de comerlo. Se inclinó sobre el codo apoyado en el brazo del sillón y su mirada fue al otro lado de la estancia.

Comprendo que haya colgado el cartel con el programa de las carreras en las puertas del hipódromo —comentó Juan Cerulis—. Puede que este año vea por fin la derrota del soberbio Miguel.

—A Miguel le quedan aún unos cuantos años de máxima supremacía —repuso Teófano—. E Ismael ha de comprarse los caballos.

Repetía frases oídas a otros más expertos y enterados. Las pruebas hípicas no eran una de sus pasiones.

—Seguramente Ismael cuenta a su lado con personas que le apoyan. Tengo

entendido que los verdes traen un equipo de Cesarea, lo cual es una muy buena idea.

—Creo...

A Teófano se le quebró la voz. Allá, al fondo de la habitación, dos hombres entraban por una puerta lateral y a la muchacha le dio un vuelco el corazón. Aquella blanca cabeza sólo podía pertenecer al franco.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

Juan Cerulis dirigió la vista hacia el punto por el que se interesaba la joven.

—Ah, si... Karros me ha hablado de ese bárbaro. Me parece que figura entre la numerosa legión de galanes que han vivaqueado en tu tálamo.

Teófano le dirigió de soslayo una mirada semicompasiva. Se dijo que el patricio hubiese preferido que ella no tuviera base alguna para comparar las habilidades amatorias de Juan Cerulis.

—Han de catarse una gran cantidad de vinos, patricio, para educar un paladar hasta el punto de que sepa discernir las cualidades de cada uno de los caldos que pruebe.

Los ojos de Teófano volvieron a proyectarse sobre el franco. No debería estar allí; al acudir a presencia de Juan Cerulis, seguramente se extralimitaba respecto a las instrucciones recibidas de la emperatriz. La muchacha confió en que no provocase conflictos y, por segunda vez, pusiera en peligro la misión que ella tenía encomendada.

Sin embargo, mientras le veía cruzar la sala, no pudo por menos que recordar su dormida con él, la ternura de sus besos, la ardorosa energía de sus manos y de su cuerpo. Contemplarle era como despertar, como cobrar vida de nuevo. Se sorprendió a sí misma esbozando una sonrisa y contuvo la expresión, por decoro, pero siguió sin apartar los ojos del franco.

Juan Cerulis murmuró al oído de Teófano:

—Le hemos dicho que tú asesinaste a su hermano.

Se le cayó el alma a los pies. Hagen avanzaba en línea recta hacia el estrado, Karros iba un paso delante de él. Ahora, inopinadamente, el hecho de que se les acercara la llenó de verdadera alarma. En manos de Juan Cerulis, Hagen era un niño inocente..., y tenía la lista. Si Juan lograba manipularle..., hacerle cambiar de opinión...

Ya estaban ante la tarima, y Karros, con gran alarde de serviles y obsequiosas reverencias, hacía que Hagen conociese al señor del palacio. Hagen no despegó los labios.

Miró a Teófano una vez, sólo una vez, con ojos fríos como el hierro. La muchacha vio odio en aquellos ojos y desvió la mirada, con el semblante al rojo. ¿Cómo era posible que Hagen la considerase capaz de matar a alguien, y menos a Rogelio, que le había salvado la vida?

—Franconia —decía Juan, con su eterna sonrisa estampada en los labios—, ¿y

dónde, si se me permite preguntarlo, queda eso? —Llevó una mano hasta la de Teófano y tomó posesión de los dedos de la de la muchacha—. Para este romano, el mundo termina en las murallas de la tierra.

—Está en alguna parte, por el norte, patricio —informó Karros—. Creo que al norte de Italia, en algún sitio.

—Estoy seguro de que este muchacho sabe hablar —dijo Juan—. A ver, bárbaro, concédenos el favor de unas palabras. ¿A qué has venido a Constantinopla?

Levantó la mano de Teófano hasta llevársela a los labios y depositó un beso en la yema de los dedos.

Las facciones de Hagen eran tan inexpresivas como una peña. No estaba dispuesto a mirar a Teófano.

—De peregrinación a Tierra Santa, ahora vuelvo a casa, patricio.

Teófano trató de retirar la mano; lo acongojaba que aquel corpulento franco viera cómo Juan Cerulis le hacia caricias. El patricio le retuvo la mano, al tiempo que preguntaba a Hagen:

—¿Buscas empleo aquí?

—Regreso a mi patria —replicó el franco—. Nada más, patricio.

Los ojos de Hagen revoltearon entonces hacia Teófano y se encontraron durante un segundo con los de la joven. La mirada del franco fue como un golpe. Juan Cerulis le mordisqueaba los dedos. Ella no podía hacer nada, no podía decir nada, explicarle a Hagen que aquello era una escena puramente teatral. Y él se retiraba. Se marchaba, llevando consigo la imagen de Teófano en brazos de otro hombre.

Mientras le veía alejarse, la muchacha se calmó un tanto, lo suficiente como para preguntarse qué profundidad tenían sus sentimientos hacia aquel franco. Pensó, asombrada: —¿Me he enamorado de él?—. Había disfrutado de muchos hombres, pero, hasta entonces, nunca tuvo problemas para alejarse de ellos.

Juan Cerulis le soltó la mano. Teófano se echó hacia atrás en la silla, adelantó la cabeza y trató de que se le ocurriera algo. Hagen la odiaba, por culpa de Juan Cerulis.

Por culpa de la serpiente que estaba sentada a su lado. Su aborrecimiento por Juan Cerulis estalló como una llamarada de fuego griego; era la maldad, en su sentido más pérfido, y todo lo que Juan había dicho no tenía ninguna relación plausible con la verdad. Para él, no existía la verdad, sólo la conveniencia.

Alzó la cabeza, miró al otro lado de la sala, con la mente tranquila, desaparecidas una tras otra las confusiones y las dudas, para dejar sólo la fría determinación. Nunca había matado a nadie, pero mataría a Juan Cerulis. Desembarazaría de aquel ser al Imperio, de una vez por todas.

—¿Qué es eso? —exclamó la futura víctima de Teófano, con la voz saturada de agravio.

La joven se sobresaltó. Pero no era ella lo que en aquella ocasión provocaba la rabia de Juan Cerulis.

A través de los compactos grupos de invitados a la cena se acercaba un hombre increíblemente sucio. Era repulsivo de pies a cabeza. Vestía harapos repugnantes, iba descalzo y la cara, las manos y hasta el último centímetro visible de su piel estaban manchados de barro y excrementos. A su paso, mientras cruzaba la estancia, todos los que se encontraban a menos de metro y medio de él retrocedían para mantenerse a distancia. Se acallaban las voces y la quietud fue extendiéndose como los rizos que forman las ondas en la superficie de un estanque hasta que, al llegar a la parte delantera de la sala y detenerse frente a Juan Cerulis, el silencio fue absoluto.

Juan oprimió una servilleta perfumada contra la nariz y la boca.

—¿Quién eres?

A Teófano se le revolvió el estómago. La peste que despedía aquel hombre era algo atroz; jamás había olido nada tan asqueroso. Junto a ella, Juan Cerulis alzó la mano y de un lado de la estancia salieron presurosos varios guardias, con la nariz tapada.

—¿De dónde vienes? —preguntó Juan Cerulis—. ¿Quién te ha dejado entrar? ¡Habla!

—¡Quedaos donde estáis! —gritó la repelente criatura—. Si me ponéis las manos encima, ¡sabed que obstruís la misión de un mensajero de la basileus!

Teófano tuvo que morderse la lengua para cortar de raíz el estallido de una carcajada. Era una de las bromas de Irene. Apartó la cabeza todo lo que pudo de aquella fuente de fetidez. Juan Cerulis estaba tan blanco como la leche; la mano que sostenía la servilleta cayó encima de la mesa.

—¿Vienes del palacio de la emperatriz?

—Ciertamente —confirmó el repugnante individuo—. Me envía aquella que gobierna el mundo, Juan Cerulis, para ordenarte que asistas a la primera prueba clasificatoria del hipódromo, y compartas el palco imperial con tu basileus y con el emisario del califa.

El nauseabundo sujeto escupió un salivazo contra el suelo, sonrió, dio media vuelta e inició la retirada. Todos parecían mudos. Hasta los criados se encogieron sobre sí mismos cuando pasó entre ellos. Llegó a la puerta y salió.

Juan Cerulis se había quedado de una pieza. El insulto borró por completo su sonrisa; daba la impresión de haberse tragado una aguja y que ésta no cesaba ahora de pincharle las entrañas. Lentamente, se llevó la perfumada servilleta a la nariz e inhaló a fondo.

—Es la mismísima hija del diablo.

Teófano mantuvo la boca cerrada. Un gesto de Juan impulsó al guardaespaldas Karros a llegar a su lado en dos saltos.

—¡Venga! —ordenó Juan por lo bajo—. Acaba con... esa cosa, antes de que pueda ir por ahí jactándose de la ofensa que me ha hecho. ¡Ve ya!

Karros le saludó y se marchó rápidamente, con la mano en la adornada empuñadura de la espada. Juan Cerulis volvió despacio la cabeza y su mirada barrió la estancia.

Teófano sabía que estaba tratando de localizar a quienquiera que estuviese riéndose de él.

Nadie habló. Todos se esforzaban en mostrarse furiosos por el agravio perpetrado contra su señor. Teófano desvió la vista. Al fondo, entre la fila de guardias, Hagen se cubría la boca con una mano. La joven supuso que disimulaba una sonrisa. Miró a Juan y vio que observaba al franco con unos ojos que despedían destellos como la hoja de una daga.

—Crees verme humillado.

—Oh, no, patricio, yo...

—Bien, pues te equivocas. Tú y tu advenediza señora..., sabed una cosa, estúpido.

—Jamás condescenderé a sentarme en su compañía! ¡Jamás me uniré a otros lacayos dispuestos a dar alas a su orgullo y acrecentarlo! ¡Yo no!

—No puedes desobedecer la orden —dijo Teófano.

—Puedo... si estoy ausente de la ciudad. —Aspiró de nuevo el perfume de la servilleta, todavía abrasando a la joven con la mirada—. Así que saldré de la ciudad. Aceptaremos tu sugerencia, reidora Teófano. Iremos en busca de ese hombre santo que me convertirá en emperador.

—Como desees, nobilísimo.

—Y en el campo —Juan Cerulis mostró sus colmillos en una sonrisa desagradable pueden ocurrir muchas cosas, ¿hummm? Que pueden ocultarse a los ojos de Dios, ¿hummm?

—¿Me estás amenazando? —preguntó Teófano sin alterarse.

—No tengo ninguna necesidad de amenazarte, encantadora e insensata Teófano. Como tú misma has dicho, tienes la vida entre las hojas de unas tijeras. Y las cuchillas se están cerrando. Quizás se le pueda convencer a ese salvaje patán bárbaro para que nos entretenga cumpliendo su venganza contra la asesina de su hermano. ¿Qué te parece una ejecución pública? ¿Eh?

Su sonrisa se hizo más amplia y más enojosa; alargó una mano y acarició ligeramente con las uñas las mejillas de la muchacha. Contra su voluntad, Teófano volvió la cabeza y miró a través de la sala, hacia la pared donde antes viera a Hagen de pie.

Ya no estaba. La risa de Juan Cerulis resonó estrepitosamente en sus oídos como el chasquido del cristal al romperse. Pensó de nuevo en matarlo, pero su imaginación no podía recluirse en aquellas reconfortantes ensoñaciones; su mente rebelde volvió a Hagen. Se preguntó si lo vería de nuevo alguna vez. Ansiaba volver a verlo, aunque ello significase la muerte. Se echó hacia atrás en la silla, desgarrada por la intensidad de su anhelo.

Había sido Esad quien, disfrazado especialmente para la tarea, transmitió a Juan Cerulis la invitación de Irene. En cuanto abandonó el recinto del palacio del noble supo que alguien le seguía.

Miró por encima del hombro, pero no vio a nadie en la oscuridad de la calle. Apretó el paso. La orden que le dieron le pareció extraña; pero la pesada bolsa que acompañaba a esa orden le convenció y no tuvo inconveniente en embadurnarse con estiércol de caballo, una pega relativamente inocua. Ahora comprendía que debió pensarlo mejor.

Avanzó por las estrechas y sinuosas calles que llevaban al Foro de Teodosio, la mayor de las amplias plazas que como cuentas de abalorios enlazaba el Mesé; hileras de antorchas iluminaban el Mesé, por lo que allí, pensaba Esad, con el corazón bailándole en el pecho, se encontraría más o menos a salvo. A su espalda, los pasos perseguidores repicaban sobre la piedra del pavimento. Echó a correr. Los pasos también emprendieron la carrera, cada vez estaban más cerca. jadeante de miedo, se precipitó al centro de la plaza, que la noche había dejado desierta, y se movió en círculo, para mirar a su alrededor.

En el tejado de todas y cada una de las tiendas llameaba la correspondiente tea amarilla. A su resplandor, Esad sólo pudo ver las losas de la calzada, unos cuantos carros, un esparcido montón de boñigas de burro. Luego, de la calleja sin iluminación por la que acababa de desembocar salió una alta figura.

Era el bárbaro de blanca cabellera e iba en pos de Esad, con expresión decidida en el rostro. En una atropellada ráfaga de recuerdos, Esad sintió de nuevo el látigo en torno a su garganta, la fuerza de las pesadas manos en su cuerpo. Giró sobre sus talones y salió disparado Mesé adelante.

El bárbaro le acosaba. El bárbaro ganaba terreno. Con los pulmones hechos una llama y el cerebro blanco de miedo, Esad corrió desalado entre las columnas y las antorchas amarillentas, rumbo al palacio. Sus ojos iban de un lado a otro, a la búsqueda de un cursor, de alguien que pudiera ayudarlo, pero la ancha avenida estaba vacía; entre las columnas estriadas sólo se movían sombras. Tropezó y cayó de bruces, se despellejó las rodillas y las manos contra el pavimento, y el bárbaro le alcanzó.

Esad soltó un chillido. El bárbaro lo levantó en peso y lo retuvo.

—No seas imbécil —le susurró el bárbaro al oído, al tiempo que lo zarandeaba con cierta violencia—. Trato de ayudarte. ¡Sangre de Dios, cómo apestas!

Esad se desasíó de la pesada mano que le sujetaba el brazo.

—¡Ayudarme! ¿Por qué me persigues?

El bárbaro le sonrió.

—Permíteme que te acompañe de regreso a las cuadras. O, mejor, a los baños. ¡Puafff! Se tapó la nariz.

—¡No te necesito!

—Ah no? Está bien, pues, seguiré mi camino que, casualmente, es el mismo que el tuyo, ¿no?

Esad lanzó una mirada por encima del hombro. A su espalda, la calle se derramaba en la amplia plaza del Foro; no descubrió allí nada amenazador.

Salvo, ahora que se fijaba, un hombre que no había visto antes y que caminaba con aire inocente por la parte lateral del Mesé. Mientras le observaba, el viandante desapareció detrás de las columnas. Esad miró de nuevo al frente.

—No te creo —manifestó en voz alta—. Ni siquiera Juan Cerulis se atrevería a ponerle las manos encima a un mensajero de la basileus.

El bárbaro no hizo ningún comentario, se limitó a seguir andando a su lado, a unos palmos de distancia, a salvo del hedor. Esad estaba acostumbrado; de todas formas, se pasaba buena parte del día entre el estiércol de los establos. Le parecía algo divertido, cuando le ordenaron que se embadurnara de mierda, y la bolsa estaba bastante llena, la paga de un mes, en monedas de plata. Y seguramente nadie haría daño a un emisario imperial.

Le hormigueaba la espalda. No pudo resistir la tentación de volver la cabeza y echar otro vistazo.

La calle parecía ahora desierta por completo. Pero las columnas la flanqueaban y no llegaba suficiente luz a las aceras de ambos lados, donde los joyeros tenían sus establecimientos. Allí podían ocultarse unos cuantos hombres, incluso aunque las antorchas de la calle estuviesen encendidas.

—No te necesito —le repitió Esad al bárbaro.

El hombre albino no se molestó en mirarle, todo lo que hizo fue esbozar una sonrisa mientras caminaba.

Si alguien iba tras él —Esad volvió a mirar a su espalda—, seguramente Juan Cerulis enviaría una partida. Pensó en las dos veces en que se las había tenido tiesas con el bárbaro; se llevó los dedos al cuello, el trallazo aún estaba tierno. De la enorme cadera del gigantón colgaba la larga espada, cuya empuñadura aparecía recubierta de cuero como si fuese una herramienta común.

—¿Por que haces esto por mi?

El bárbaro guardó silencio, sin perder el ritmo de su zancada, al lado de Esad, con los brazos sueltos a los costados. Por último, ladeó la cabeza para mirar al caballero.

—No lo sé. No me gustas, no me gusta tu amo, pero no me gusta mucho más que vosotros el hombre que nos está siguiendo.

—No te entiendo... ¿no puedes hablar más claro?

—Tampoco yo lo entiendo. Me gustaría que saltase sobre mí y acabáramos de una vez.

—Creí haberte oído decir que me perseguía a mi.

El bárbaro no añadió nada más. Llegaban a la gran plaza que precedía al muro del palacio, el cual ascendía, blanco y vertical, en medio de la noche. El Mesé se

desviaba en el Chalke y se detuvieron ante las enormes puertas de bronce. El bárbaro miró a su espalda. El Mesé se alejaba para adentrarse en la Ciudad: una cinta de mármol, flanqueada por las antorchas, a la que el resplandor de la luna confería un tono blanco azulado.

—Buenas noches —se despidió el bárbaro, y se alejó.

Esad se le quedó mirando, boquiabierto; el muy ignorante paleta, con toda su arrogancia, cruzaba el Chalke y llamaba a la puerta de bronce para despertar al medio borracho portero. Esad meneó la cabeza, sintiéndose considerablemente encumbrado ante aquella evidencia de la inferioridad del bárbaro.

Le sobresaltó un ruido que se produjo tras él; brincó sobre una pierna y luego, como si su razón hubiera perdido el equilibrio, el miedo le dominó. Echó a correr calle abajo, a lo largo del muro, hacia la puerta del hipódromo y se precipitó al interior, a la cálida seguridad del establo.

Karros observó a los dos hombres desde detrás de una estatua del Mesé. Cuando el bárbaro del pelo blanco atravesó el Chalke y dejó al mozo de cuerdas solo y vulnerable, Karros casi se lanzó hacia él, pero el caballero salió disparado antes de que pudiera acercarse hasta tenerlo al alcance de la mano. Karros se relajó, apoyado en el pedestal de la estatua, y miró con ojos meditativos el muro del palacio.

Había hecho bien al ir solo. Se felicitó a sí mismo por su sagacidad y previsión.

De haber llevado consigo a algunos de sus hombres, éstos habrían visto que el bárbaro le asustaba y hubiera perdido altura a sus ojos.

Así, al haber ido solo, dispuso de una cómoda libertad de opción. Naturalmente, había sido sensato no atacar al mozo de cuerda, a pesar de las órdenes recibidas; le superaban en número, dos contra uno, y le habrían vapuleado. Ni siquiera Juan Cerulis esperaría que él solo atacase a dos hombres.

De cualquier modo, podía manejar a Juan Cerulis.

Era el bárbaro quien le causaba problemas. Karros tenía que matarle... Esa treta de acompañar al caballero de vuelta al palacio demostraba que no era amigo de Juan Cerulis. Demostraba también que estaba en contra de Karros en todo. Pero era duro, aquel coloso. Para acabar con él, Karros tendría que pillarle ebrio, de espaldas, con las calzas bajadas hasta los tobillos, con la camisa cubriéndole la cabeza, con la espada a más de quince metros de la mano. Karros no había llegado a donde estaba por correr riesgos innecesarios.

¡ Hacerse amigo suyo. Y, entonces, matarle.

Se alejó por el Foro de Teodosio y cruzó la Ciudad, dormida y en silencio. Para estar a mediados de junio, la temperatura era fresca. Karros empezó a pensar en un vaso de vino caliente y en sus zapatillas de piel. En uno de los callejones situados detrás de las pescaderías pasó por la espada a un gato y tiñó la hoja con la sangre del felino, para demostrar a su señor que había matado al mozo de cuerda. Luego, satisfecho y feliz, volvió a casa.

Los baños públicos estaban en el barrio de Zeuxippus, debajo del hipódromo, en la ladera occidental de la urbe. En la entrada principal pululaban siempre prostitutas y adivinos, y el prefecto de la ciudad. bajo el anonimato que le procuraban una capucha y una capa, rodeó el edificio y se coló a través de la pequeña puerta trasera, por donde no se molestaba a los privilegiados. Una llamada y el portero se apresuró a franquearle el paso; dejó caer una moneda en la palma de una mano discretamente ahuecada y avanzó por el pasillo que conducía al cuarto donde los clientes se desnudaban.

La enorme construcción que albergaba los baños era una de las estructuras más antiguas de Constantinopla. Los murales que decoraban la pared del vestuario representaban a personas ataviadas con estilos de indumentaria que nadie había lucido desde los días de Justiniano, Belisario y la Reconquista. Otras personas se estaban desvistiendo allí, pero ninguna de ellas era Nicéforo. Ayudado por un asistente, el prefecto se quedó en cueros, se ciñó a la cintura un paño blanco y echó a andar por el resbaladizo pasillo sembrado de charquitos hacia la primera sala de baños, la de agua caliente.

Un terremoto, durante el reinado del emperador Focas, había destruido aquella parte de la antigua estructura y el entibiario era bastante más nuevo que el resto del baño.

Las paredes estaban alicatadas a base de azulejos blancos, con el adorno de una estrecha tira azul en las partes superior e inferior. Bancos de madera colocados a lo largo de las cuatro paredes permitían a los usuarios sentarse a charlar, a soñar despiertos e incluso a leer, mientras sus organismos se iban acostumbrando al calor. En aquel momento había tantos hombres en el entibiario que el prefecto no encontró sitio en ningún banco y, como su salud requería que la carne se fuera acomodando gradualmente a la temperatura cálida, se vio obligado a matar el rato paseando despacio de un lado a otro de la sala: su único consuelo fue que el ejercicio y la dieta rigurosa mantenían firme y esbelto su cuerpo, lo que le permitía enorgullecerse de su figura. Dejó que la toalla adoptase una disposición atractiva sobre las caderas y buscó con la mirada a los posibles homosexuales cariñosos que hubiera por allí, aunque a aquella hora del mediodía, quienquiera que experimentase interés lascivo debería disimularlo. Al menos, eso se esperaba de él, según la costumbre tácitamente establecida.

Por el rabillo del ojo captó cierto número de miradas apreciativas, que rendían honor a sus estupendas pantorrillas y a los bien formados brazos y caja torácica. Cosa que hizo que su moral se elevara. Pasó al caldario, el cuarto de los baños de vapor.

Dominaba esta sala, de mayores proporciones que el entibiario, una enorme piscina situada en el centro, cuya agua se mantenía a tan alta temperatura que la verdosa superficie lanzaba a la recalentada atmósfera un constante vaho de vapor, de forma que las gotas de agua se condensaban instantáneamente sobre la carne. Las

claraboyas del techo permitían el paso de la suficiente claridad como para que en la sala reinase una lechosa luminiscencia. A través de los remolinos de vapor y de la velada luz solar, los otros ocupantes de la sala se movían como sombras; sus cabezas se agitaban en el baño y, a lo largo de las partes laterales y sobre los bancos, parecían formar parte de la pared.

El prefecto entregó la toalla a un asistente y se metió en el agua. Estaba tan caliente que le hizo jadear. Valerosamente, fue adentrándose hasta que el agua le llegó a la nuca. Se volvió tres veces, rezando las oportunas oraciones a san Juan, patrón de los baños, antes de abandonar la piscina y, con un suspiro de alivio, sentarse en el banco.

Casi inmediatamente, un cuerpo surcó la neblina que formaba la humedad y se dejó caer a su lado, al tiempo que emitía un gruñido. Era Nicéforo, con la toalla alrededor de la cintura. Vestido, siempre parecía más bien enjuto, acaso en función de su estatura y porte; sin el enmascaramiento de la ropa, su cuerpo resultaba informe y rechoncho, el abdomen era un redondo bulto femenino recubierto de vello y los brazos le caían fláccidamente. El prefecto sacudió la cabeza.

—Deberías cuidarte, Nicéforo.

El administrador general estiró las piernas.

—No tengo un momento libre.

Se agitó y retorció en el banco, para acomodarse a gusto, sin dejar de gemir y gruñir mientras lo hacía. El prefecto trató de detener las estocadas que la zozobra había estado asestándole desde el instante en que Nicéforo le pidió aquella entrevista; se recordó todos los favores que el tesorero le había hecho.

—Ah —suspiró Nicéforo, y apoyó la espalda contra la pared. Un torrente de sudor le descendía por el pecho y la parte lateral de la barriga, para extenderse por el vello negro de la llanura inferior—. Tendría que venir aquí más a menudo.

—Tendrías. Y también dejar todos esos dulces que la emperatriz...

—Pedro —dijo Nicéforo, si yo estuviese en tu lugar, no me tomaría libertades innecesarias aprovechando mi tolerancia al insulto. Quiero saber qué has hecho del dinero con el que, teóricamente, deberías haber pagado a los aurigas.

El prefecto se puso rígido; tuvo la sensación de que su espalda acababa de recibir un golpe demoledor. Lanzó una rauda mirada en torno. No había nadie lo bastante cerca como para haber oído aquellas palabras. Miró de nuevo a Nicéforo e hizo un esfuerzo para sonreír.

—Sabes que han recortado mi presupuesto, Nicéforo. No hay fondos para nada.

—No me mientas, Pedro. El dinero destinado a los aurigas estaba ahí. Lo comprobé. Tú lo tenías, pero no has pagado a esos hombres y ahora tampoco tienes el dinero. ¿Por qué?

—Lo siento, Nicéforo. No sé de qué me hablas.

—¿De veras?

—Me ofende el que saques ventaja de nuestra amistad para traer a colación tal asunto. ¿Es que no confías en mí?

—Hummm —repuso Nicéforo, y se secó el rostro con la toalla.

Semejante respuesta animó al prefecto; continuó al ataque:

—Si me estás acusando de algo, Nicéforo, me alegraría mucho que lo expusieras de una vez o, mejor aun...

—No te estoy acusando, querido muchacho —dijo Nicéforo; se removió de nuevo en el banco y lanzó al prefecto una mirada furiosa—. La basileus me ha pedido que averigüe qué te traes entre manos, supone que es algo que te impide tratar con ella cara a cara.

El prefecto cerró la boca. Giró el rostro hacia adelante, hacia el baño, hacia el agua verdosa, hacia los ascendentes espectros que formaba el vapor.

—He de confesar, Pedro, que te debo cierta gratitud, puesto que dentro de la forma fraudulenta en que llevas tu oficina has dejado tantas pruebas que no he tenido que perder mucho tiempo para descubrir la verdad.

—Nicéforo, te juro...

—Sé que vives en una casa soberbia, Pedro, ¿no es así? Cuando el resto de la Ciudad sufre la austeridad de los malos tiempos, tú no puedes sacrificarte y reducir lo más mínimo tu nivel de vida...

El prefecto no dijo nada. Continuó con la vista amargamente clavada en el baño, mientras se decía que aquella confrontación sin duda era inevitable, pero ¿por qué tenía que ser Nicéforo, en quien confiaba? Habría preferido que le convocasen ante el parakoimomenos, o ante la basileus.

—Bueno, no, la basileus, no. Elevó los ojos al techo, taladrado por las claraboyas, desde las que descendían láminas de luz cuya claridad atravesaba los zarcillos del vapor.

La voz de Nicéforo dejó oír otra pregunta ferozmente sarcástica, más retórica que interrogativa, pero que dio paso a otra y a otra. El prefecto empezó a sentirse agredido físicamente; le temblaban las carnes y deseó poder marcharse. Comprendió, de pronto, que todo lo que decía Nicéforo era verdad: había cometido un terrible delito contra su Ciudad, su basileus, su Dios y su familia... Hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar.

Nicéforo interrumpió su exposición. Sentados uno al lado del otro, el prefecto luchó por recobrar el dominio de sí y el tesorero le concedió la tregua del silencio para que lo consiguiera.

—Las carreras —confesó el prefecto por último, y alzó la cabeza. Le ardían los ojos.

—Te ruego me perdones, Pedro, pero...

—Lo perdí en las carreras, Nicéforo. No pretendí jugar tanto. Perdí un poco al principio, después creí ver un ganador seguro, aposté lo suficiente para recuperarme, y también lo perdí. Y así una y otra y otra vez... No podía dejarlo, Nicéforo... Tengo

intención de devolverlo...

—Devuélvelo, entonces. —El administrador se inclinó sobre él, apremiante, con los oscuros ojos rezumando fuego oriental—. Restituye todo lo que has cogido del servicio y yo iré a decirle a la basileus que estás libre de culpa.

—No puedo, Nicéforo..., son miles y miles de irenes.

Las negras pupilas de Nicéforo llamearon sobre el prefecto durante unos segundos más, luego, el tesorero se balanceó, se agarró al banco por ambos lados del cuerpo e impulsó hacia arriba su voluminosa humanidad para cambiar de postura.

—¡Dios, qué duros son estos asientos!

—¡Nicéforo, si pudiera...!

—Puedes —replicó el administrador—. Puedes vender algo. ¿Qué me dices de tu quinta de Blachernae?

—Esa casa de campo no es mía, pertenece a mi esposa.

—Dile que la venda.

No podía decirle eso a su esposa. No podía explicarle una cosa así a su mujer.

—¿Por qué no me prestas tú el dinero, Nicéforo? Puedes hacerlo ¿verdad? Todo el mundo sabe que tienes millones.

Nicéforo estalló en una carcajada, con la vista en otro sitio.

—No me pidas eso, Pedro. Yo no malversé fondos ni me los gasté en las apuestas.

—Te lo devolveré. Lo prometo.

El administrador dio media vuelta para encararse con él.

—Lo devolverás al tesoro de la Ciudad. En el plazo de un mes. Cuando lo hayas hecho, vienes a decírmelo y yo iré a la basileus y quedarás exonerado.

—Oh, Nicéforo, por favor...

El tesorero se levantaba ya. Con un gesto de la mano cortó la riada de palabras que el otro pretendía pronunciar.

—Hazlo, Pedro.

—Oh, vamos, Nicéforo, verdaderamente... ¿Adónde vas? ¡Por favor! ¿No podemos seguir hablando de esto un poco más?

—No volveré a hablar contigo, Pedro, hasta que vengas a comunicarme que has cumplido lo que se requiere de ti. Buenos días.

El prefecto se humedeció los labios. Nicéforo pasó junto a él, pesadamente, brillante de sudor la piel; sus manos enredaron torpemente con la toalla, que se le cayó al suelo, y, con un gruñido, se inclinó para recogerla. El cuerpo del administrador general era una ruina. ¿Cómo podía tener una mente cabal? ¿Cómo podía hacerle una cosa así a un amigo? Con la toalla de nuevo alrededor de los riñones, Nicéforo se alejó por el borde más distante de la piscina, chapoteando al pisar los charcos. La neblina del vapor veló su figura. La morena cabeza desapareció a través de la puerta del fondo, la que daba al frigidario, la sala refrigeradora. El

perfecto bajó la vista y contempló el danzante verdor del agua de la pileta durante largo, largo rato.

Abdul-Hassan Ibn-Ziad, el emisario enviado por el califa a los rumis conocía bien a sus anfitriones. Esta vez no estaba dispuesto, de ninguna de las maneras, a dejarse engatusar por su hipocresía y sus artimañas, así que una hora después de haber entrado en Constantinopla, se encaminó, solo, y con una bolsa bien repleta, a los aposentos del Dafne donde residía el gran doméstico, el parakoimomenos, Juan Melissenos.

A Ibn-Ziad le divertía el tópico de que el individuo al que iba a ver era desde luego doblemente corrupto, primero por estar rapado y, segundo, por ser griego.

El mayordomo, naturalmente, le obligó a esperar... No mucho, sólo unos instantes, sólo el tiempo suficiente para imbuirle la comprensión de quién aguardaba a quién.

Ibn-Ziad mantuvo la calma, cosa que era la clave para tratar con aquella gente. Paseó con cierto desasosiego por la antesala en la que le confinaron y se complació a sí mismo con el despliegue de su propia paciencia.

Nunca había estado en aquella parte del Dafne. Le recordaba un harén, uno de los harenes de su abuelo, para ser más concreto, aunque su abuelo, que en nombre del califa había gobernado el Islam desde el Indo hasta Gibraltar, nunca vivió tan espléndidamente como vivían en el Dafne; era la prodigalidad con que se usaba allí la seda y el satén, el rutilar del oro y el desorden de los pequeños objetos que cubrían toda superficie plana lo que le hacía pensar en el serrallo. Anduvo despacio junto a la estantería repleta de libros que ocupaba toda una pared sin ventanas. Una colección de figuritas absorbió su atención. Juguetitos, no eran más que eso. Había visto piezas de ajedrez talladas con idéntica delicadeza. Sin embargo, no pudo mantener las

manos lejos de ellas; cogió la miniatura de un gallo de oro, que sólo tendría dos centímetros y medio de altura, captado en el acto de saludar a la aurora con su canto.

Al tocarla, la figurita se movió. Sorprendido, dejó escapar el gallo que, de entre sus dedos, fue a caer sobre la alfombra. Con la sensación de ser un poco estúpido, se agachó para recoger la figurita. Comprobó que se le había soltado la cabeza, y entonces sonó un toque: dentro había alguna clase de perfume.

Rió para sí. Se había dejado engañar de nuevo.

—Excelentísimo mensajero —articuló una voz, a su espalda, y el emisario del califa giró en redondo.

En el umbral se erguía la alta y flexible persona del eunuco, que le dedicaba una reverencia.

—Salve, parakoimomenos —saludó Ibn-Ziad, y avanzó al encuentro del funcionario de la emperatriz.

En el centro de la estancia, frente a frente, se inclinaron varias veces, al tiempo

que intercambiaban cumplidos en lengua griega.

—Me siento encantado de que se me ofrezca la divina oportunidad de servir al excelentísimo nieto del gran visir Yahya. Permitidme manifestar mis más abyectas disculpas por haberos hecho esperar a este indigno personaje.

—Sin embargo, los escasos instantes que he permanecido aquí han revitalizado mi delicia ante los tesoros de Constantinopla.

—Las palabras son impotentes para expresar la alegría con que recibo vuestros amables elogios. Existimos simplemente para familiarizaros con los usos y modos de la civilización.

A Ibn-Ziad se le petrificó la sonrisa al oír aquello; saltaron a la punta de su lengua las palabras adecuadas para informar a aquel capón hermafrodita que en Bagdad los hombres también vivían todo lo estupendamente que Dios les toleraba, pero, antes de que pudiese pronunciarlas, el eunuco le precedía a través de la antecámara, acompañándole a una pequeña estancia soleada, con una mesa de mármol repleta de libros y papeles. Su mobiliario era tan lujoso como el de la que acababan de abandonar; las paredes tenían pintado un friso de mujeres entregadas a la danza, con adornos de oro y coralina. Por la ventana abierta tras la mesa, velada con sedas diáfanas, irrumpía la brisa del jardín, que difundía su perfume de rosas e impregnaba de musicalidad alguna que otra ráfaga de risas: unos chiquillos jugaban fuera.

El parakoimomenos le ofreció una silla.

—Mi querido señor, me consume la impaciencia por saber en qué puedo satisfaceros. Cualesquiera que sean los servicios que pueda prestaros, por favor, indicadlos ya.

En aquella estancia de fábula, la confianza de Ibn-Ziad empezó a decaer. ¿Llevaba suficiente dinero para sobornar a aquel individuo cuyas mismas paredes estaban hechas de oro? Hizo acopio de ánimo, sacó la bolsa y la puso encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó el parakoimomenos, y apretó las manos contra su túnica, como si tratara de dominarlas para que no se lanzasen a aprehender el dinero.

—Esto —dijo Ibn-Ziad— es para asegurarme de que contaré con vuestra ayuda en el cumplimiento de mi misión aquí.

—Mi ayuda. —El mayordomo ocupó la silla del otro extremo de la mesa, se inclinó hacia adelante, juntó las manos y clavó la vista en el emisario del califa—. Por favor. Explicaos mejor.

—Estoy aquí para adelantar los propósitos de mi señor: recoger y llevar a mi patria el tributo que, según el tratado, nos corresponde e inclinar a su favor la política de la basileus.

—¡Ah! ¿Y confiáis en que os ayude en ello?

—Estoy dispuesto a que tal colaboración os resulte muy lucrativa.

—¡Ah!

Se separaron las largas y blancas manos del eunuco y los dedos tamborilearon sobre el desbarajuste de documentos que tenía ante sí. Ibn-Ziad trasladó al fondo de su cerebro, con satisfacción, el detalle de que, según podía observar, en aquel palacio utilizaban papel bagdadi.

—Mi querido colega —dijo el parakoimomenos sosegadamente—. Me temo que estáis en un error respecto a nosotros. En primer lugar, vuestros objetivos, si se me permite tener la audacia de definirlos así, entran de lleno en el reino de la política que la basileus tiene establecida respecto a los bárbaros. Yo no soy más que un doméstico encargado del gobierno de la casa de la emperatriz, nada más, y, por consiguiente, no os puedo ser de ninguna utilidad en lo que se refiere a vuestros esfuerzos para hacer que la basileus se incline a vuestro favor. —Los largos y dúctiles dedos golpearon repentina, desdeñosamente, la bolsa—. Ni siquiera aunque me dejase encandilar hasta el punto de aceptaros el soborno.

—Hummm. —Cogido por sorpresa, Ibn-Ziad se hundió más en la silla.

—Permitidme, sin embargo, que ponga vuestra mente en reposo, mi querido amigo.

No necesitáis recurrir aquí a tales métodos. Somos personas de buena voluntad. Deseamos lo que sin duda también vos mismo deseáis: unas relaciones justas y honorables entre nuestras dos potencias.

—Hummm —articuló Ibn-Ziad.

Notó que el bochorno ponía su semblante como la grana; se preguntó de dónde habría sacado la idea de que un hombre tan rico como aquél iba a sucumbir a una oferta de dinero.

—Sin embargo, mi buen amigo, ya que estáis aquí, leeré con vos el programa confeccionado con motivo de vuestra visita.

—Muy bien —repuso Ibn-Ziad, altanero.

—Tengo aquí la relación.

Pese al revoltijo documental, el parakoimomenos tuvo en su mano inmediatamente la hoja de papel que deseaba. Se aclaró la garganta.

—Esta tarde esperamos hacer vuestras delicias con un recital de poesía en la rosaleda. A continuación, una visita a las reliquias sagradas de la Capilla de la Virgen...

Ibn-Ziad recogió la bolsa y la devolvió a su lugar, bajo la ropa.

—Excelente —comentó. Le zumbaba la cabeza.

—Y disfrutaremos del honor de vuestra presencia en la cena de gala que se celebrará en el Triclinio. Mañana...

Siguió un calendario de diversiones y acontecimientos en los que se confiaba apareciese el embajador del califa: cómplice y participe de la gloria de la basileus; testigo del poder de aquellos a quienes había ido a someter. Ibn-Ziad tuvo la sensación de que Constantinopla se cerraba en torno suyo, lisa y llana como una jaula.

Pensó: "Os hemos conquistado. Hemos vencido a vuestros ejércitos y ocupado vuestras provincias..., algunas, por lo menos. Deberíais postraros de bruces e implorar nuestra clemencia. En cambio..."

El parakoimomenos continuaba recitando la agenda.

—Y después asistiremos al servicio religiosa en la iglesia de la Sagrada Sabiduría, donde la basileus...

—Un momento —interrumpió Ibn-Ziad, tratando de aferrarse a la escurridiza superficie del protocolo—. ¿Cuándo tendré el honor de hablar sincera y cordialmente con la emperatriz?

El eunuco se recostó en la silla y abrió mucho los ojos.

—Os ruego me perdonéis, mi querido príncipe.

—Necesito tratar a fondo un asunto con la emperatriz. De inmediato. Respecto al pago del tributo que nos debe.

—Respecto al tributo, hablaréis hoy mismo con el administrador general del Imperio, el gran Nicéforo. —El parakoimomenos levantó de nuevo su papel—. Después de la ceremonia en la Sagrada Sabiduría...

—No —insistió Ibn-Ziad obstinadamente—. Debo tratarlo cara a cara con la emperatriz. Mi señor, el califa...

—Bueno, claro —dijo el eunuco, y depositó cuidadosamente el papel a un lado —.

Se espera que acompañéis a la emperatriz al hipódromo, con motivo de las carreras.

Un gran honor, puedo asegurároslo, y una ocasión en la que, con toda certeza, surgirá la oportunidad adecuada para que intercambiéis unas cuantas palabras de sosegada conversación con la basileus.

—Las carreras —evocó Ibn-Ziad. Recordaba el hipódromo de una visita anterior, la emoción electrificante de la competencia—. Muy bien. ¿Es una prueba de campeonato? —Se acordó, tardíamente, del nombre que la daban—. ¿Una carrera por el Cinturón de Oro?

—¡Ay, no! —El eunuco desplegó las manos. Su rostro, pálido y tranquilo, con el noble arco de las cejas como un risco sobre los ojos amables, tenía una expresión de grave lamento—. Por desgracia, en el transcurso de vuestra visita sólo se

celebrarán series clasificatorias. Pero confiamos en que asistáis a una carrera excelente. Además, el divino Ismael...

—¿Ismael? ¿Hay un auriga árabe?

—Oh, no, es un cristiano devoto. Aunque de antepasados sirios y árabes, según creo. Ya sabéis que Constantinopla atrae a su seno a hombres de todo el mundo, deseosos de afrontar los desafíos y disfrutar de las recompensas de la civilización.

—Las manos del parakoimomenos empezaron a moverse, a trajinar entre los papeles y pequeños objetos que cubrían su mesa—. No obstante, en las mangas de clasificación si que participa un tronco árabe.

—¿En serio?

Si iba a tener que pasarse una día tras otro recorriendo iglesias, viendo reliquias y escuchando poesía extranjera, las competiciones hípcas serían algo digno de presenciarse. Y si uno de los equipos era árabe...

—Sí, hay un tronco nuevo procedente de Cesarea —el eunuco suavizó más su ya de por sí bajo tono de voz—. Todo el mundo sabe, aunque no se acepte oficialmente, que el conductor del carruaje es devoto de la fe del islam. Si yo fuese vos, querido, cogería el dinero de esa bolsa y lo apostaría por el tronco de Cesarea. Tengo entendido que es un ganador seguro.

—Hummm. —Ibn-Ziad se arrellanó en la silla.

Le utilizarían para gloriarse; tendría que permanecer allí y ver a la basileus proclamarse señora del cosmos y valerse de la presencia del emisario del califa, dando a entender que era un testimonio más del poderío de la emperatriz. Claro que una carrera de caballos era otra cosa, algo que él podía entender, algo que él podía aprovechar.

Dirigió una sonrisa al parakoimomenos y el eunuco correspondió con otra, más bien demasiado cálida, como si leyese en la mente de Ibn-Ziad.

—Gracias —dijo éste—. Habéis servido con honor a vuestra basileus y a mi, os estoy muy agradecido por vuestra ayuda.

—Me abruma la generosidad de vuestras alabanzas.

El parakoimomenos hizo una reverencia por encima de la mesa. Ibn-Ziad se retiró.

Desde la ventana, el mayordomo le vio salir. Le divertía el hecho de que, en su intento de soborno, Ibn-Ziad hubiese sido tan directo; un romano habría presentado el dinero como un regalo o como un reto. Los árabes eran niños, después de todo.

Y, al ser un niño, unas manos sabias podrían guiar fácilmente a Ibn-Ziad por donde ellas quisieran. No dejaba de resultar una desgracia el que la basileus, la adorada, hubiese preferido poner al árabe en manos de Nicéforo, que no explotaría la oportunidad, salvo en los fines más obvios y pedestres.

Necesitaba otro guía, Ibn-Ziad, alguien que le presentase Constantinopla de un modo más profundo que mediante las simples palabras. Alguien a través del cual el

parakoimomenos pudiera alcanzar objetivos propios. El eunuco deslizó la lengua entre los dientes, mientras meditaba en su posibilidad, y llamó a un paje.

—Nobilísimo parakoimomenos...

El paje hizo una reverencia.

—Envíame al príncipe Constantino —dijo el eunuco.

Irene se despertó en mitad de la noche, con la cama estremeciéndose violentamente en torno suyo. Se sentó en el lecho y extendió los brazos en busca de apoyo. Las sacudidas de la cama se prolongaron un momento más, lo mismo que los temblores de las cortinas y, a través de la oscuridad del cuarto, llegaron los gemidos de un paje aterrorizado; bajo los lloriqueos del chico y los siseos de otra mujer, la voz retumbante del seísmo se fue apagando.

—¡Ah! —Irene pasó las piernas por el borde del lecho—. ¡Helena! Mi salto de cama.

Le encantaban los terremotos; aquél dejó en sus venas un residuo de trepidante excitación; se daba cuenta de que acababa de ser testigo de un secreto detalle de los propósitos divinos. Helena se acercó, con una bata extendida en las manos, y envolvió con la gasa los hombros de su señora.

—Vamos —dijo Irene—. Subiremos al katismo..., para comprobar los daños sufridos.

Helena bostezó.

—Señora..., sólo fue un ligero temblor. Salvo unas cuantas viviendas, no se habrá caído nada... —El paje, aún estremecido, se colgaba del camisón de la mujer con ambas manos y Helena se agachó repentinamente, cogió al chiquillo por las muñecas y le dio unas cuantas sacudidas, bastante más violentas que las del terremoto—. ¡Estáte quieto! Deja ya de pensar por tu cuenta, animalito... Formas parte del séquito de la emperatriz, compórtate de acuerdo con ello.

El mozalbete chilló. Irene, al tiempo que se recogía la bata en torno al cuerpo, echó a andar hacia la puerta.

El guardia de la puerta había pasado el interior del katismo, la escalera de la torre que conducía al palco imperial del hipódromo. Detrás de sus doncellas, Irene subió rápidamente la escalera y salió al aire libre. Habían retirado los cortinajes de seda, que no volverían a colocar hasta la siguiente competición; la luna derramaba su claridad sobre el palco, confiriendo al mármol una tonalidad blancoazulada. El centinela ya estaba allí, en la parte delantera de la tribuna, con la escudriñadora vista al frente, y cuando la emperatriz irrumpió, procedente de la escalera, el guardia se agachó sobre

las manos y las rodillas.

—¡Ah! —Irene pasó por delante del guardia, como si no estuviera—. Veamos lo que la Mano de Dios ha lanzado sobre nosotros, para advertirnos de la fragilidad de la vida y de Su poder sobre nosotros!

Las mujeres se agruparon a su alrededor. Se asomaron por encima de la balaustrada en la cálida noche estival. Allá, al otro lado de la gran curva del muro del hipódromo, la Ciudad se extendía a lo lejos: el Mesé era una blanca corriente que se desplazaba a lo largo del espinazo de la loma y grandes rosetones dorados estallaban en la noche, lanzando llamaradas. Como de costumbre, el terremoto había provocado numerosos incendios en las medio derruidas casas de vecinos de Constantinopla.

Junto a Irene, la cansina Ida empezó a rezar. Helena rezongaba de nuevo su protesta por haberse visto arrancada de la cálida cama; las demás permanecían silenciosas, o lloriqueaban. Irene extendió los brazos. Aquella escena la enardecía. Las llamas saltarinas tiñendo el cielo de rojo sofocante y disparando al viento andanadas de chispas; de las oscuras profundidades donde todo era conmoción se elevaban los gemidos y gritos de las personas atrapadas en la catástrofe. Se apretó contra el frío mármol de la balaustrada, con el corazón martilleante. Allá afuera, la única verdad volvía a manifestarse una vez más, las vidas vulgares de las personas corrientes se disolvían en las arrítmicas e irresistibles mareas del cosmos.

Algo se oprimió contra ella; bajó la mano, nada dispuesta a separar los ojos del espectáculo de vida y muerte que flameaba en la oscuridad ante ella. Era Filomela la que estaba a su lado. La chica apoyaba la mejilla en la mano de la emperatriz e Irene la acarició prestamente, para tranquilizarla.

Los incendios arderían durante toda la noche; en aquella época del año, con los caldeados vientos del este y el nivel del agua descendiendo en todas las fuentes de Constantinopla, muy poco podría hacer nadie para apagarlos. Irene hizo una seña al guardia, que continuaba postrado a sus pies.

—Tú. Ve a avisar al prefecto de la ciudad, dile que convoque a todos los cursores, que dé la orden de impedir que se extiendan todos esos fuegos.

—Mi basileus me manda.

El guardia se lanzó escaleras abajo a toda velocidad.

Cuando bajaba, se cruzó con alguien que subía. Irene se volvió, para quedar frente a una partida de hombres que entraban en la tribuna atropellándose unos a otros. Sorprendido, el guardia vio que el embajador del califa se las había arreglado para abrirse camino hasta allí, rodeado por sus hombres.

Ibn-Ziad llegó hasta la baranda y su mirada contempló la Ciudad; silbó el aire al pasar entre los dientes, cuando el hombre dejó escapar un suspiro de alivio. La emperatriz le observó con calma.

El hombre se volvió; dedicó una reverencia a Irene y aletearon las amplias mangas árabes.

—Augusta. Permitidme el placer de presentaros mis disculpas... Sabía que éste era el único punto desde el que era posible efectuar una evaluación de los daños causados por el movimiento sísmico y, ciertamente, no esperaba encontraros aquí.

—Vuestras disculpas son innecesarias, nieto del gran Yahya —repuso la

emperatriz—. Más bien, soy yo la que se siente complacida al comprobar que disfrutáis tanto como yo del espectáculo cósmico.

—«Disfrutar» —articuló Ibn-Ziad, tajante; volvió el rostro hacia la urbe. El tenue resplandor rojo de los incendios danzó sobre el ganchudo perfil que presentó a la basileus—. Dios, Dios, creí que el mundo se derrumbaba hecho pedazos.

La emperatriz se echó a reír, encantada ante su temor infantil.

—Si, Dios es maravilloso en su prodigalidad.

Una ráfaga de viento estival llevó hasta ellos el olor del humo y los gritos y lamentos de la gente que sufría los efectos de la calamidad sísmica. Una cortina de cenizas chispeantes flotaba en el aire, una capa de color rojo dorado que descendía y ondulaba rutilante. Ibn-Ziad alargó la mano de repente y sacudió un ascua que acababa de caer en el brazo de la emperatriz.

—No os preocupéis por mí —dijo la basileus—. Jesucristo es mi protector. —Le sonrió; el hombre estaba ahora frente a ella, con la frente surcada por una arruga de meditación—. En mi ciudad, Ibn-Ziad, no debéis temer a nada, ni a nadie.

Al tiempo que hablaba alargó la mano y apretó la del árabe, como si fuera un chiquillo y hubiera que consolarle. Ibn-Ziad se le acercó un poco, miró de nuevo la urbe y cuando volvió el rostro hacia la mujer, algo en su expresión había cambiado, la desnudez de sus temores estaba ahora celada por el velo de alguna intención oculta.

—Señora —dijo—, la Mano de Dios ha hecho que nos encontremos; tal vez sea el momento de debatir esas amplias cuestiones políticas que constituyen el motivo de la embajada que se me ha encargado cumpla aquí.

—Estamos en mitad de la noche, hijo mío —repuso Irene—. Pero, si tenéis preguntas que no pueden esperar la respuesta de mis ministros, las escucharé.

—Requerimos el pago del tributo...

—Ah, no. —La basileus levantó la mano, con la palma hacia Ibn-Ziad—. Eso ha de tratarse con Nicéforo.

—Luego está el asunto de las incursiones fronterizas...

—No sé nada de eso.

—Y el comercio de las sedas.

—Eso es cuestión del prefecto de la ciudad y su equipo. —Irene se apartó, sonriente, y su atención se proyectó otra vez sobre los incendios.

Ibn-Ziad guardó silencio unos instantes. Tal vez llevaba aprendido lo que tenía que decir y estaba recordándolo. Abajo, en la ciudad, en el barrio de Zeugma, el fuego se extendía; el reflejo de las llamas rielaba sobre las aguas del Cuerno de Oro.

—Me he entrevistado con el parakoimomenOs —informó.

—Estupendo.

—Intenté sobornarle.

—¡Vaya! —Estupefacta, giró hacia el árabe, aunque éste seguía de cara a la

sombría ciudad; Irene se preguntó qué clase de mentecato sería para confesarle a ella algo así, algo que ni siquiera el propio parakoimemenos le habría contado—. ¿Y aceptó?

—Me dijo, señora, que apostara el dinero en las carreras de caballos. —El joven árabe, sonriente, se volvió entonces hacia la emperatriz—. De modo que tengo un desafío para vos, señora..., el reto de que nos enfrentemos en singular combate. Un combate, mi querido muchacho!

—No se trata de vuestros brazos contra los míos, sino de vuestro tronco contra el mio. Me han dicho que en la carrera a la que estoy invitado se oponen entre si dos espléndidos tiros, uno cristiano y otro árabe. Yo pondré mi apuesta a favor del tiro de Cesarea si vos tomáis la otra punta de la cinta y apostáis por Mauros-Ismael.

—Hecho —aceptó Irene, y le tendió la diestra.

Ibn-Ziad estrechó la mano de Irene y se inclinó en una especie de reverencia galante.

—Encantadora oponente. —Ibn-Ziad depositó un beso en los dedos de la emperatriz.

—Excelente.

La idea le parecía deliciosa; se dijo a si misma que debía obsequiar al parakoimomenos con algún presente, por haber plantado en el cerebro de Ibn-Ziad una semilla que había germinado y producido una flor tan agradable. Un combate: un desafío.

El árabe se dispuso a marchar; lanzó una mirada por encima de la balaustrada a los incendios de la urbe y, tras otra inclinación, retrocedió hacia la puerta que daba a la escalera del katismo. Irene se puso de cara a la ciudad, para seguir contemplando las llamas. Sus manos golpearon la baranda de mármol con exaltado entusiasmo. Lo malo de ser mujer era que se originaban pocas situaciones como aquélla, un singular combate. Se trataba de un singular combate, incluso aunque fuera por delegación. Se inclinó sobre la balaustrada, anhelante ya de que amaneciese el día de la carrera.

Por la mañana, Constantinopla aún parecía seguir temblando. Las calles estaban abarrotadas de personas que, en grupos compactos, departían exaltadamente, lloriqueantes los ojos de miedo y excitación; todas las iglesias rebosaban de measalves. Hagen pasó por delante de uno de los edificios incendiados: el espacio entre aquella calle y la contigua era un montón de escombros ennegrecidos por el fuego, la mampostería de una esquina seguía en pie, una pila de ladrillos, unas cuantas tejas, todo oliendo a humo. Una docena de personas revolvían las ruinas, unos a la búsqueda de algo de valor que saquear, otros temiendo encontrar algún amigo o pariente muerto. A un lado de aquellos confusos restos de desastre se extendía una sábana con varios cadáveres.

Hagen imaginaba que el suelo de Constantinopla se había abierto para que las llamas del infierno ascendieran disparadas hacia la superficie. Se estremeció ante

aquella visión.

Cabalgó hasta el palacio de Juan Cerulis y observó que el patio estaba repleto de carros, unos se encontraban ya cargados, otros recibían su asignación de cajones y vasijas. Se alejó rápidamente por el Mesé, rumbo al palacio Sagrado.

Allí nada se había venido abajo. Ni la menor señal de fuego. La residencia de la emperatriz, encaramada en lo alto del cerro, por encima del mar, permanecía tan inviolada como un trozo del Cielo. Entró en el recinto, donde se sintió niás seguro, y se aprestó a dar cuanto antes con la basileus.

La sala matutina estaba concluida, con todos los cirios encendidos. Irene anduvo por debajo de ellos y miró, enarcadas las cejas, la lámpara suspendida del techo. Le pareció más interesante en el plano que ahora, colocada ya.

—Bueno, creo que es fascinante —dijo Helena—. Y, por fin, la habitación está limpia.

Irene paseó de un lado a otro de la alfombra, nerviosa e insatisfecha.

—Tengo apetito. Encarga a alguien que traiga vino y unos pasteles, Ida. Y quiero también un poco de música. Ah...

Había olvidado que no estaba Teófano, que era quien tocaba el laúd. Desilusionada, se hundió en el sofá, atrajo a la pequeña Filomela a su regazo y empezó a acariciarla; la chiquilla le dirigió una radiante sonrisa.

—¿Te asustaste mucho cuando se produjo el terremoto, querida mía?

—Oh, no, mamá —contestó la niña, muy orgullosa—. Ni siquiera me desperté.

Las mujeres prorrumpieron en una carcajada general.

—¿Hiciste todos los deberes del día?

La emperatriz palmeó la cara de la chiquilla por encima de la reluciente cabellera.

—Ya terminé Homero.

—¿Y tu música?

La mano de Irene se retiró al notar que la cálida carne de la mejilla infantil se ponía tensa. Una nube ensombreció la expresión de la pequeña, que hundió la cabeza en el hombro de Irene.

—¡No sé tocar el laúd, mamá, no puedo!

Helena se abalanzó sobre ella, con las manos como tenazas.

—¡Eso no se hace! ¡Niña mala, vas a arrugar su vestido, y entonces vas a ver...!

Tiró de la chiquilla y se inclinó para alisar los pequeños pliegues formados en la seda de la estola de Irene.

—El hombre del pelo blanco está aquí —avisó, por lo bajo.

—¿Sí? —Irene irguió el busto—. Muy bien. Hazle pasar. Ven aquí, Ida.

La servidora llegaba con un plato de porcelana de Catay, en el que había un pedazo de pastel de manzana. A Irene se le hizo la boca agua.

Entró en la estancia el corpulento franco. Se había agenciado en alguna parte una túnica romana, debajo de la cual aún llevaba las polainas y las botas bárbaras.

Lanzó una mirada llena de curiosidad alrededor del cuarto un segundo antes de hincar la rodilla frente a Irene.

—Juan Cerulis se dispone a salir de la ciudad —informó, sin más preámbulo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Muy pronto. Estaba presente cuando lo anunció, anoche. Seguramente se irá el día anterior a la carrera de cuádrigas.

Irene se aclaró la garganta. Era preferible que sus pensamientos los conociesen las menos personas posibles, especialmente en lo que concernía a Juan Cerulis. Arrodillada junto a ella, Ida le iba dando con una cucharilla bocado tras bocado de pastel. Irene se volvió hacia la mujer y le quitó el plato de las manos.

—Gracias, seguiré yo sola. Puedes retirarte un rato. Llévate a Filomela y escucha sus ejercicios de práctica de laúd.

Barrió la estancia con la mirada y todas las demás mujeres se pusieron tensas, preparadas para cumplir sus órdenes.

—Helena, a los telares, ten la bondad, ya sabes lo importante que es eso. Zoe, tienes la tarde libre, puedes pasarla con tus niños.

—Gracias, señora.

Entre murmullos, fueron acercándose por turno, una tras otra, para besarle la mano y la mejilla, luego se retiraron silenciosos los pies sobre las mullidas alfombras. A solas con el franco, Irene le tendió el plato.

—Toma. Cómetelo, es demasiado dulce para mi gusto.

Hagen cogió el plato y separó con la punta de los dedos un trozo de pastel.

—Enviasteis a Esad con la orden de que Juan Cerulis asistiese a las carreras, ¿verdad? Fue muy divertido.

—Es un hombre fastidioso. Se me ocurrió gastarle una broma.

—Fuisteis demasiado lejos... A causa de esa broma, se marcha de Constantinopla.

—Se va. Sí, tal vez tengas razón, me excedí. ¿Y adónde se marcha?

—En busca de ese hombre santo del que todo el mundo habla. Daniel creo que se llama.

—Si, ya sé eso de Daniel —dijo Irene.

Hagen daba cuenta del pastel; su barba clara retenía unas cuantas migas.

—¿Sabéis una cosa? Esa damisela vuestra está con Juan Cerulis.

—¿Mi damisela? ¿Te refieres a Teófano?

—Si.

Irene se recostó en la pila de cojines que tenía a la espalda, se cogió un mechón de pelo y lo retorció alrededor del índice.

¿Y a ti qué te parece eso?

—No sé qué opinar. Estaba sentada junto a él en la cena... —Hagen apartó la vista de la emperatriz; consumió rápidamente el resto del pastel y conservó el plato

en la mano; lo miraba, sin verlo, fruncido el ceño. Murmuró—: El retenía su mano.

—¿Crees que Teófano me traiciona?

—Ya digo que no lo sé —repuso Hagen, que se irritaba por momentos.

—Vamos, vamos, hombre, tendré que recordarte que soy la basileus.

Nada impresionado por ello, Hagen le dedicó un gruñido. Depositó el plato en el suelo, junto a él.

—Bien, pues, Hagen —dijo Irene, divertida por el talante del franco—, si no quieres dispensarme el honor de los buenos modales, considera que basta que dé la orden para que te abran en canal, públicamente, en el hipódromo, con lo que toda tu espléndida fuerza física y todo tu valor no te habrán servido de nada.

Hagen se sacudió las migas enredadas en la barba.

—Si, ya lo sé, augusta. ¿Qué deseáis que haga?

—De momento, nada. Me enteraré del punto al que se dirige Juan y de sus designios cuando esté allí. En cuanto a Teófano...

Continuó rizando el mechón de pelo en torno al dedo, mientras observaba al franco y se preguntaba cuánto necesitaría saber aquel hombre.

—Teófano está a mi servicio, incluso cuando parece que me traiciona, como ahora.

—¿Ah, si? —Todavía sobre una rodilla, Hagen apoyó los antebrazos en el muslo y miró a la emperatriz—. ¿O está al servicio de Juan Cerulis incluso cuando parece traicionarle?

—Si, hay cierta simetría clásica en ese problema. En cualquier caso, resulta fundamental que se me devuelva la muchacha, una vez realizada su tarea, tanto si quiere volver como si no.

—¿Cómo sabré yo que ha cumplido su tarea?

—Si Teófano es sincera, te lo dirá ella misma. Si no lo es... —Irene apretó los labios, mientras reflexionaba acerca de la posibilidad de que realmente Teófano la hubiera traicionado. El franco así lo creía. O lo temía: compartieron la cama una vez; quizás el sentimiento desarrollado entre ellos era más fuerte que el que nace de un simple revolcón.

—Si he de incluir a Teófano en el número de mis enemigos, lo sabré. En el caso de que se negara a que la salves, te la traes a la fuerza.

—Si, augusta.

El tratamiento llegaba más fácilmente a sus labios a medida que lo empleaba. Irene sabía que, con el tiempo, el franco acabaría besando el suelo a los pies de la basileus.

—Cuando tropezó contigo por primera vez, Hagen mio —dijo—, Teófano estaba en posesión de cierta lista de nombres, que para mi tiene una gran importancia. La perdió en el curso de su huida de los esbirros de Juan Cerulis. Es posible que ahora esté intentando recuperar esa lista.

Mientras hablaba, Irene observó en el semblante del franco un relámpago de

comprensión, de conocimiento oculto, y pensó, estimulada: «¡Oh, si, la tiene él!«. Experimentó automáticamente una dulce sensación de rotundidad, de plenitud de la verdad; Dios lo medía todo, no perdía nada, lo proyectaba todo, y las cosas iban a salir de acuerdo con los deseos de Irene, ahora no escatimaría el menor esfuerzo, prueba de que iba por el buen camino.

—Toma —dijo. Se quitó el anillo adornado con un granate que llevaba en el pulgar y se lo ofreció a Hagen—. Me has servido muy bien, sin pensar en la recompensa; he encontrado en ti un hombre honrado y me siento muy agradecida por ello. Acepta esta prueba demostrativa de la estima en que te tiene la basileus.

Hagen se fue probando el anillo en cada uno de los dedos, hasta que encontró uno en el que encajaba bien.

—Augusta —articuló.

No parecía agradecido, sólo satisfecho. Así era como había que manejarle, con adornos y elogios de la más simple laya. Y Hagen no había negado ser hombre suyo, a su servicio. Irene inclinó la cabeza.

—Puedes retirarte.

Ismael conducía dos animales negros y dos grises, no porque los hubiese elegido así, sino por pura casualidad, puesto que seleccionaba sus caballerías no por el pelaje, sino por sus habilidades físicas, su fortaleza y velocidad. En el lado de la cuerda, el caballo de tronco era negro, el alero, gris moteado; Los de la parte exterior: gris oscuro el alero y negro el de tronco. Tenían prácticamente la misma alzada y cuando estaban juntos y con sus arreos, enganchados a la cuádriga, las crines se elevaban desde sus cuellos, ondulantes como las olas del mar, y eran tan hermosos como los corceles de

Aquiles, el que lloró sobre el cadáver de Patroclo.

Los dos mozos de cuadra sostenían la cinta delante de ellos. Eran salidas de entrenamiento, en la pista, dado que Ismael daba por hecho que ganaría la primera manga.

—¡Riáaaaa!

Los grandes cascos batieron la arena, arrojando un rocío de pequeñas partículas sobre el vehículo y su conductor, y salieron disparados por la pista. El lateral de fuera, que era el más rápido, se adelantó ligeramente a los demás, pero un toque de las riendas le hizo rezagarse hasta quedar a la altura de los otros. Ismael les dio rienda suelta durante todo un largo de pista, antes de intentar refrenarlos, pero entonces no quisieron moderar la marcha; tascaron los bocados de las bridas, agitaron la cabeza de un lado a otro y sus relucientes crines parecieron entremezclarse en un revoltijo de plata y azabache. Ismael tuvo que esforzarse para ponerlos al paso y entonces dieron una tranquila vuelta a la pista, con los cuellos inclinados y las patas braceando.

Acomodado en [a primera fila de asientos del hipódromo, inmediatamente

debajo de la tribuna imperial, el príncipe Miguel observaba el entrenamiento, con las manos juntas, apoyadas en la barandilla que tenía delante. Ismael trató de pasar por alto su presencia. No pudo evitar sin embargo, cuando pasó por delante de él, erguir el cuerpo y cuadrar los hombros.

Detuvo el tiro ante la puerta de la cuadra y los palafreneros se acercaron a coger los cabezales. Ismael se apeó de la cuádriga.

—Leo...

Le tendió las riendas y el aprendiz las tomó y subió al carruaje. Daría vueltas a la pista, llevando los caballos al trote hasta que empezaran a cansarse. Ismael retrocedió, sin apartar la vista de los animales, al tiempo que soltaba los puños de cuero que envolvían sus muñecas.

Se quedó de pie delante de la baranda que separaba la pista de la primera fila de localidades y, al cabo de unos instantes, Miguel apareció a lo largo de los bancos que Ismael tenía detrás. Este siguió de espaldas al príncipe, aunque conocía la presencia de su rival como si la aproximación de Miguel hubiera estado precedida por una tropa que marchase al ritmo de tambores y trompas.

El príncipe se apoyó en la barandilla, junto a él.

—¿Cuándo llega ese nuevo tronco de Cesarea?

—No lo sé —respondió Ismael.

Se secó el sudor de las manos y de la cara con una toalla limpia, que luego arrojó a uno de los mozos de cuadra. Los caballos pasaron al galope; ambos aurigas se quedaron observándolos, vueltas las cabezas simultáneamente.

—Parecen buenos —opinó Miguel—. Ese alero exterior se ha comportado estupendamente.

—Es un marchador formidable —dijo Ismael.

—No daba la impresión de ser gran cosa cuando lo compraste —dijo Miguel—. Un montón de huesos y nada más. Tienes buen ojo para las caballerías.

Desde el fondo de la pista, avanzando por la parte contraria, se acercaba aquel franco corpulento. Ismael le observó, mientras valoraba las últimas palabras del príncipe Miguel; si el elogio lo hubiese pronunciado otra persona, Ismael lo habría puesto en tela de juicio, recelando alguna intención oculta, pero Miguel decía siempre exactamente lo que pensaba.

El franco saltó la barandilla, se apartó del camino de los caballos y los miró cuando pasaron galopando por su lado. Ismael movió la cabeza en dirección al hombre.

—Ahí está..., ¿cómo se llama? Hagen. ¿Ha tenido algún problema más con Esad?

—La impresión que yo tengo es que es Esad quien ha tenido problemas con él.

—¿Has hablado con ese hombre?

—Es un bárbaro. —Miguel apoyó los antebrazos en la baranda y sus cejas descendieron hasta rozar el puente de la nariz—. ¿Qué tendría yo que decirle a un

bárbaro?

Ismael no replicó; de cualquier forma, toda persona que no se relacionara con las carreras le tenía a Miguel absolutamente sin cuidado. Hagen caminaba hacia ellos, evidentemente con la idea de entablar conversación.

Pasó por delante de Miguel, se llegó a Ismael y, sin andarse por las ramas de los formulismos, le dijo:

—Necesito que me echés una mano, si no tienes inconveniente.

Ismael se enderezó.

—En lo que de mi dependa, a tu disposición. ¿Qué ocurre?

Hagen lanzó a Miguel una mirada cargada de hostilidad. El príncipe echó la cabeza hacia atrás y deslizó la vista por su larga nariz de patricio, en dirección al franco, cosa que a Miguel no le resultó tan fácil como de costumbre, al ser Hagen más alto que él.

—Vuestros insignificantes manejos no me interesan. Buenos días, Ismael. — Miguel dio media vuelta, para marcharse, y, al hacerlo, chasqueó los dedos ante la cara de Hagen—. También te deseo un día excelente, bárbaro.

Se alejó despacio, accionando los brazos a los costados y acompañando cada paso con el correspondiente contoneo.

—Héroe de juguete —comentó Hagen en voz baja.

—Te equivocas —dijo Ismael—. Respecto a él, te equivocas de medio a medio, en todos los aspectos.

Hagen murmuró algo que Ismael no llegó a entender; acaso lo dijo en su propia lengua. Ismael trató de ver a Miguel desde el punto de vista de aquel forastero de tosco hablar... Lo que molestaba tanto a Hagen, ¿eran los modales del príncipe?, ¿sus ropas finas y elegantes, su título? Se preguntó, de pronto, cómo sería la patria del gigantesco bárbaro, qué aspecto tendrían los otros francos.

El albino sacaba un papel de debajo de su camisa.

—¿Puedes leer esto?

Hagen puso el papel encima de la piedra de la baranda.

Ismael lo alisó con los dedos. El papel estaba bastante estropeado, roto en los bordes y dobleces y con borrones de tinta. Leyó rápidamente los nombres relacionados allí.

—No es nada más que una serie de nombres de personajes del Imperio. — Golpeó con la punta del dedo uno que figuraba hacia la mitad de la hoja de papel—. Éste es el del prefecto de la ciudad, que es el encargado de pagarme.

—¿Quieres decir que se trata de funcionarios de la corte?

—Algunos de ellos.

La frente de Hagen se surcó de arrugas meditativas y las lanosas cejas blancas se unieron en una línea recta, mientras los ojos azules se quedaban mirando el vacío.

—Humm.

Manténíala lista en la mano y la contemplaba como si pudiera obligar a las letras a hablarle.

«Vaya artificio, este de leer», pensó Ismael. «A su modo, es un hombre inteligente y, sin embargo, ese trozo de papel le convierte en un bruto.»

Hagen se apoyó en la balaustrada, con toda su atención todavía dirigida hacia el papel. Ismael se pellizó la nariz. En las tribunas superiores se produjo un movimiento que captó su atención y, al llevar la vista hacia allí, observó que un reducido grupo de hombres caminaba por aquella zona. Uno de aquellos hombres era Constantino, el tío de Miguel, a quien se le había asignado la tarea de escoltar al embajador del califa en aquella gira por la Ciudad.

Hagen doblaba de nuevo el papel de la lista; se lo introdujo debajo de la ropa.

—Voy a estar ausente unos días —dijo—. ¿Puedes encargarte de mi otro caballo? Hay que sacarlo para que se desfogue corriendo un poco, si no, destrozará la casilla del establo.

—Lo haré.

—¿No será demasiada molestia? Me han dicho que tienes una carrera en perspectiva. Pronto.

—Sí, dentro de una semana o así.

—Buena suerte, pues. Espero estar aquí para presenciarla.

Hagen le tendió la mano e Ismael la estrechó; el vigoroso apretón del bárbaro le recordó, lo que no dejaba de ser extraño, al príncipe Miguel. Pensó: «Tienen mucho en común, Miguel y este hombre, y por eso chocan». Al momento, perversamente se sorprendió deseando que el bárbaro contendiese con él.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Lejos —sonrió Hagen, y echó a andar hacia la cuadra.

Ismael se apresuró a alcanzarle y ponerse a su lado.

—Maldita sea, Hagen, ¿no crees que me debes una explicación más concreta?

La garganta del bárbaro produjo un sonido que era mitad risa y mitad gemido de desesperación. Sacudió la cabeza.

—Si comprendiese una mínima parte de lo que está ocurriendo, Ismael, necesitaría toda la noche para contártelo. —De pronto, se detuvo y miró fijamente al auriga, con expresión preocupada—. Vuestras mujeres griegas, ¿dicen alguna vez la verdad?

—Mi esposa es árabe, como yo —respondió Ismael—. Nunca la dejo salir de casa, no tiene por qué mentirme en nada. ¿A qué mujeres te refieres?

—Esa emperatriz... Y hay otra...

Se interrumpió, miró a lo lejos y, tan bruscamente como se había detenido, reanudó la marcha hacia la cuadra. Ismael le siguió, con la curiosidad cosquilleándole de modo demencial.

—Esa emperatriz es una Jezabel —dijo—. Todo el mundo lo sabe. En cuanto a la otra mujer...

—Esa otra me tiene sin cuidado —afirmó Hagen. Dio la espalda a Ismael y entró en la penumbra de los establos.

Teófano esperaba una oportunidad para matar a Juan Cerulis, pero la ocasión no llegaba. Ya no se veía nunca a solas con él. Cada vez que se encontraba en su compañía, uno u otro de sus guardaespaldas andaba por las proximidades, casi siempre el despreciable Karros. Y cuando no estaba cerca de Juan, una de las tías de éste, una vieja parlanchina, se erigía en escolta de Teófano y vigilaba todos los movimientos de la muchacha.

La mañana que siguió a la noche en que viera a Hagen, mientras Teófano le daba vueltas en la cabeza a la estupidez de enamorarse de un bárbaro que la odiaba, Juan Cerulis, con una modesta comitiva de trescientas personas, partió de Constantinopla.

Cruzaron los estrechos en barcaza, desembarcaron en la costa asiática y avanzaron por carretera hacia Sinop. Teófano iba en una silla de manos con la tía, Eusebia, la cual bordaba una pieza de seda en un bastidor ovalado y mantenía un constante nivel de cháchara insustancial. Era evidente que su misión no consistía en sonsacar a Tófano revelaciones más o menos ociosas, sino en no quitarle la vista de encima.

Pasaron la noche a orillas del Euxino, el mar Negro. La numerosa nómina de servidores montó tiendas, encendió fogatas, dispuso mesas y distribuyó sillas; en un hogar de adobes, los cocineros de Juan Cerulis prepararon una comida que resultó algo así como una parodia de los festines a que estaba acostumbrado.

En la alta mesa instalada en la tienda mayor, sobre un estrado de madera cubierto de brocados y alfombras persas, Teófano se sentó a la izquierda de Juan. La cena se sirvió con elegancia y a la muchacha le gustaron las carnes que, asadas simplemente en espetones, tenían un sabor recio y delicioso; pero el pan era un crimen de lesa humanidad y el pescado brilló totalmente por su ausencia.

Juan Cerulis permanecía allí con ojos vidriosos y la sonrisa estampada en sus labios blancuzcos. Una sabrosa torta de harina de trigo, acompañada de una cazuela de caza de monte, guarnecida con una salsa de cerezas, hizo que recobrase un poco de color.

Luego, cuando la quinta ronda de vino se volcó sobre aquel sedimento, el hombre volvió la cara hacia Teófano y saltó:

—Pareces un erizo..., desvaneciéndote en la sombra de ti misma. Al menos podrías preocuparte un poco de tu aspecto, aunque sólo fuera para contentarme.

La muchacha enarcó las cejas. Tenía plena consciencia de su aspecto. Resignada a morir, no sentía miedo alguno y el odio aumentaba su malevolente rencor.

—La verdad, patricio —silabeó con voz cansina—, es que quisiera que encargaras a alguno de tus sicarios que me arrancase los brazos y las piernas uno tras

otro, que me hirviera en aceite o que llevase a cabo alguna otra ejecución por el estilo; eso, al menos, me proporcionaría cierto entretenimiento. Te prometo que rara vez he estado tan aburrida.

—¡Que conste que esta excursión fue idea tuya, reidora Teófano'

—¡Idea mía! —Le miró, pausadamente, deslizando la vista a lo largo de la nariz, tal como había visto a menudo al príncipe Miguel fulminar a alguien—. No hice más que sugerir que ganases para tu causa al hombre santo. Fue idea tuya, si semejante decisión puede glorificarse como obra de la inteligencia, abandonar Constantinopla.

—¿Ah, sí? ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

Terófano reflexionó sobre ello. De todas formas, iba a matar a aquel hombre, así que carecía de importancia el que le proporcionase una información útil. Daba igual.

—Habría aceptado la invitación —dijo—. El palco imperial es el único sitio al que acude Irene sin el acompañamiento protector de sus guardias. Podrías haber planeado tu asalto al gobierno para desencadenarlo en el instante en que empezara la carrera, cuando la mayor parte de Roma se interesara sólo por lo que sucedía en la pista y entonces, en el momento oportuno, te apoderarías de la persona de Irene, la obligarías a renunciar al trono en favor tuyo y toda la Ciudad, congregada en el hipódromo, escucharía su abdicación.

La boca de Juan Cerulis formó un puchero reflexivo. Meditó un poco antes de hablar y, cuando lo hizo, dedicó previamente a Teófano una leve inclinación de cabeza.

—Un plan excelente. Deberías haber nacido hombre, Teófano.

—¡Dios mio! —exclamó la joven, a dos centímetros de las lágrimas—. ¿Eso es un piropo? ¡Qué majadero eres, patricio! Ser hombre... crees que significa tenerlo todo, ¿verdad? Pero ser hombre en este mundo no es más que ser un instrumento: Dios lo utiliza para su gloria; la Ciudad, para su mantenimiento. Por lo menos, una mujer puede tener amor, puede alumbrar y criar hijos, ¡pero un hombre! ¡Puafffi —Escupió en el plato que Juan Cerulis tenía delante. Brotó un jadeo sobresaltado de las gargantas de todos los presentes—. No me apliques insultos tales, Juan Cerulis. Seré sólo, y para siempre, lo que soy.

Se puso en pie, pese a que Juan Cerulis agitó el brazo ordenando a sus guardias que se adelantaran.

—Apartaos. —Teófano alzó la mano para detenerlos—. Me encantará salir de aquí. Jamás me han servido de una manera más abominable.

Se fue derecha a la puerta, con rápidos movimientos, de modo que los guardias tuvieron casi que correr para mantenerse a su altura. Durmió aquella noche en el suelo de la tienda destinada a almacén de intendencia.

Durante toda la jornada siguiente viajó en la litera, junto a la tía de Juan Cerulis.

El polvo del camino, el calor y el tedio le destrozaban los nervios; se sentía destrozada. El insulso parloteo de su acompañante era enloquecedor.

La torturaba todo cuanto hacia Juan Cerulis. La única salida era acabar con él.

Soñaba con matarle de algún modo lento y doloroso, pero sabía que eso era imposible: tendría que hacerlo de manera rápida y, desde luego, ella también moriría. Conformada con ese destino, se mantenía echada sobre los cojines, mientras discurría sistemas para acabar con la existencia de Juan Cerulis.

A su lado, la tía exclamó:

—Ah! —se contrajo.

—¿Qué ocurre?

—¡Ay!... Qué torpe soy.

Se había pinchado con la aguja de bordar; la mujer se llevó el dedo a la boca. Intrigada, Teófano se quedó mirando mientras la aguja, que había caído sobre la falda de seda negra de la anciana, se deslizaba hasta los cojines como una rayita de plata. Eusebia se quejó para sus adentros; había manchado de sangre su labor y con un raudal de lamentos y recriminaciones soltó la tela del bastidor y la guardó.

Teófano introdujo la mano entre los cojines, se revolvió como si tratara de ponerse cómoda, y localizó la aguja. Con sumo cuidado, la ocultó en el puño de la manga.

Hagen montó en su bayo y cabalgó en pos de Juan Cerulis. No siguió las huellas de la caravana, sino que marchó por una colina, evitando así el polvo. En una o dos ocasiones, su trayectoria le hizo perder de vista la larga hilera de vehículos, pero volvió a dar con ella sin dificultad.

La carretera corría a lo largo de la costa, entre la playa sembrada de guijarros y las redondeadas formas pardas de los cerros. No había árboles, sólo arbustos y matorrales retorcidos, agitados por el viento, y algún que otro trecho en el que ondulaba la hierba a impulsos del aire. Torres de piedra se erguían en lo alto de los montes y una vez, a lo lejos, avistó una aldea o un pueblo pequeño, pero los únicos habitantes de aquel territorio parecían ser unas pocas ovejas y cabras, que pastaban en las laderas rocosas y a las que mozalbetes armados de estacas ahuyentaban y ponían a buen recaudo al divisar la caravana que se acercaba.

Hagen vio a Teófano en la litera, con la arpía que iba a su lado; se aproximó todo lo que le fue posible y estuvo observándola, mientras la seguía, durante largo tiempo.

Aquella noche durmió al raso, en el cerro que dominaba el campamento. Por la mañana, bajó a la carretera, que ahora trazaba una curva para alejarse del mar y avanzar tierra adentro. El camino estaba atiborrado de caballos y carretas, de criados que iban a pie y de servidores que conducían jumentos; Hagen se abrió paso entre aquella muchedumbre, hasta que encontró a Karros, que montaba un gigantesco caballo castrado de pelaje castaño, con una estrella blanca en la cara.

Karros no vio a Hagen casi hasta el momento en que ambos estuvieron estribo contra estribo y, durante unos segundos, el rostro del griego empalideció hasta parecer el de un fantasma. Pero luego reaccionó y una sonrisa saltó al lugar que le correspondía.

—¡Ah, mi amigo Hagen! Me alegro de verte, hombre..., me alegro de verte.

Se inclinó para palmear a Hagen en el brazo, como si fueran amigos de toda la vida.

Hagen se removió ligeramente en la silla, y exploró el panorama de personas que les rodeaban. Teófano iba inmediatamente delante de ellos, en la silla de manos, que ahora llevaba corridas las cortinas para evitar el polvo. A medida que se alejaban del mar, el calor se hacía más abrasador, y Hagen supuso que, dentro de muy poco, el polvo sería una incomodidad menos molesta que el calor que reinaría entre los cortinajes.

Miró a Karros de nuevo.

—He venido a aceptar tu oferta, Karros.

—Mi oferta —articuló Karros, con el cerebro en blanco.

—Dijiste que tu señor me contrataría como uno de sus guardias.

—¿Ah, sí? Oh. Si. naturalmente, no me acordaba. Bueno, desde luego, siempre tiene plaza para un buen luchador. —Los ojos de Karros cayeron sobre la espada de Hagen, en la vaina de cuero colgada de la cintura—. Te llevaré ante él cuando hagamos un alto.

Sacó a relucir otra de sus sonrisas gozosas y otra de sus cordiales palmadas en la espalda. Llamó a los hombres que le rodeaban y pronunció sus nombres, así como el de Hagen. A ninguno de ellos pareció complacerle tanto como a Karros la repentina aparición de Hagen en su círculo. Constituían una partida desagradable, unos de la misma edad de Hagen, otros, más jóvenes, torpes y desmañados a lomos de sus caballos y embutidos en sus armaduras de cuero. Karros lucía en los hombros las escarapelas rojas, la insignia de su rango, quizás. Aquellas rosetas coloradas de las hombreras atraían la vista de Hagen una y otra vez. Le recordaban a Rogelio.

Entre la cuadrilla de soldados estaban los hombres que habían matado a Rogelio.

Aunque Teófano hubiese acabado con la vida de Rogelio, algunos de aquellos hombres también le habían herido.

Mantuvo la mirada lejos de ellos. Temía que, si los observaba con demasiada atención, reconocería a los individuos que acompañaban a Karros aquel día, en el pórtico de la iglesia situada al borde de la carretera de Calcedonia, y caso de reconocer a alguno, golpearía.

No se atrevió a atacarlos en aquel momento. Eran demasiados y tenían demasiada gente a su alrededor. De todas formas, si hubiese estado seguro de que se llevaba por delante a los asesinos de Rogelio, habría corrido el riesgo. Pero quedaban muchas preguntas por contestar.

Percibía claramente el recelo de los hombres entre los que se encontraba. Podía percatarse igualmente de que Karros no le deseaba ningún bien. Ahora cabalgaba con ellos, solo, vulnerable. Pero tenía que ver de nuevo a Teófano.

Reanudaron en torno suyo la amigable charla de camaradas, aquellos griegos integrantes de la guardia de Juan Cerulis: hablaban de mujeres, de carreras de caballos, de pendencias, de borracheras, de las personas a las que odiaban y de las personas a las que temían. Hagen no intervino en la conversación. Cabalgó en medio de ellos, sumido en un pozo de silencio, con la vista al frente, evitando sus miradas. Había permanecido mucho tiempo en la ciudad, desconcertado por sus costumbres y laberintos.

Ahora iba hacia la lucha, y sabía luchar. Deseó, impaciente, que sonase la hora de volver a empuñar la espada.

Cuando se detuvieron para pernoctar, se alejó solo y escondió el papel griego debajo de una peña en el desierto.

La aguja de bordar tenía siete centímetros y medio de longitud. Teófano se la guardó en un bolso, previamente clavada en un trozo de cuero para poder retenerla bien.

Durante toda la tarde, mientras avanzaban hacia la línea oriental del horizonte, bajo el calor y el polvo, no hizo más que pensar en el modo en que atacaría, en la forma en que mataría a Juan Cerulis.

Si le clavara aquella aguja en el pecho, lo más probable era que no pudiese hundirla lo bastante como para quitarle la vida. Pero el punto preciso de la garganta era demasiado pequeño, podía fallar y eso equivaldría a morir por nada.

Se tocó el cuello, en busca de sus propias pulsaciones. Allí estaba, justo debajo del maxilar, casi junto a la oreja. Deseó disponer de un cuchillo.

Al ponerse el sol, cuando la caravana se detuvo para pasar la noche, los portadores llevaron la litera hasta donde se encontraba Juan Cerulis, y Teófano encontró a Hagen allí.

Le había llevado Karros, el muy cerdo. Juan ocupaba su silla de viaje pródigamente colmada de cojines, mientras Karros se inclinaba ante él y señalaba al alto franco, que permanecía silencioso a su espalda.

—Patricio, vuelvo a presentaros a mi buen amigo Hagen, el bárbaro, que aspira a entrar a vuestro servicio.

—Bueno —dijo Juan Cerulis. Apoyó la cabeza en uno de sus puños y su mirada fue hacia la mujer que estaba a su lado. Tengo entendido que ya te relacionaste con este muchacho, ¿no es así, reidora Teófano?

Hagen hizo como si la muchacha no existiese. Teófano no apartaba los ojos de él.

Desde el mismo instante en que le vio allí, todas las demás personas desaparecieron para ella. Todos los detalles de su aspecto, hasta el más mínimo —

los rizos de su pelo, el arco de la clavícula, perceptible a través del cuello de la camisa—, absorbieron su atención; el esfuerzo que necesitó para captar las palabras de Juan Cerulis hizo que aflorara en sus manos un fino sudor.

Emitió una breve y discordante risita.

—Vaya, patricio. Yo no me relaciono, como lo expresas, con las órdenes menores. Las utilizo, como le utilicé a él. —Dirigió a Hagen una sonrisa afectada; nerviosamente, sobre el regazo, removi6 los dedos de una mano y los entrelazó una y otra vez con los de la otra—. ¿Has comprado últimamente algunas astillas, peregrino?

Si Juan Cerulis llegase a sospechar lo que ella sentía por aquel hombre, Hagen sería hombre muerto.

Había cierto número de personas en torno a ellos, y todas, incluido Juan Cerulis, se echaron a reír ante la tonta burla de Teófano. Hagen le clavó una mirada asesina.

Contra su voluntad, la muchacha levantó una mano hacia él, con la palma hacia arriba: una súplica instintiva, que se apresuró a interrumpir.

—Tú, bárbaro —intervino Juan; en aquel instante, un criado le llevaba agua en una palangana de plata, para que se refrescase la cara y las manos. Juan Cerulis se inclinó sobre el recipiente, juntas las manos como en una especie de parodia de oración—. ¿Qué me traes?

—Karros, tu hombre, afirma que mereces la pena como señor, patricio.

—Recompenso con mano generosa a quien me sirve lealmente. También castigo con celeridad el fracaso. —Mientras Juan hablaba, un criado le lavó las manos y se las secó con una toalla perfumada—. Tendrías un aspecto estupendo con uniforme —continuó el patricio, al tiempo que lo inspeccionaba de pies a cabeza—, pero ¿posees conocimientos de Homero? Hay bueno y hay malo en todo.

Dejó que le lavasen la cara.

—Respondo por él —terció Karros—, señor... Es un individuo valeroso. Cruzamos nuestras espadas una vez, en la carretera de Calcedonia.

Teófano soltó una carcajada al oír aquello. Juan Cerulis apartó el rostro de la toalla y miró con expresión inquisitiva a la muchacha.

—Yo no lo recuerdo así —dijo Teófano. Con los ojos clavados en Hagen, añadió—: Patricio, debes deshacerte inmediatamente de este franco, casi con toda certeza es agente de la emperatriz.

Hagen puso unos ojos como platos, las pupilas se convirtieron en fuego verde, y la mirada que lanzó a Teófano fue asesina. No importaba que la odiase, siempre que se viera libre de la maldición de estar relacionado con ella. El interés por aquel juego animaba el semblante de Juan Cerulis. Inclinado sobre el brazo de la silla, su mirada iba de uno a otro.

—Evidentemente, conoces a esta dama, bárbaro.

—En cualquier lenguaje —repuso Hagen—, conozco a una puta en cuanto la

veo.

Un jadeo excitado brotó de las gargantas de todos los presentes; tía Eusebia cayó hacia atrás sobre los cojines, desmayada, y Juan Cerulis se retorció como si acabara de recibir un golpe.

—Vamos, vamos —se apresuró a terciar Karros—, el patricio aborrece las palabras groseras.

Entre dientes, Teófano propuso:

—Mátalo, mi señor.

Pudo comprobar que, tal como daba por supuesto, todo cuanto dijese impulsaría a Juan hacer lo contrario.

—Calma, calma —tranquilizó Juan los ánimos—, al fin y al cabo, estamos en el campo, donde las cosas se hacen de un modo algo distinto. No nos precipitemos. —Sonrió a Teófano. Llevaba un delgado puntero de madera con el que dirigía a los portadores de la silla.

Lo cogió y pinchó levemente con él las nalgas de Teófano—. Ese hombre te asusta, ¿verdad?

—En absoluto —rechazó tal idea la muchacha, pero había alzado la voz en exceso y, para disimular, volcó luego todo su interés en su vestimenta.

—Karros, permite a este nuevo amigo tuyo que disfrute de la hospitalidad de tu fogata. La vara de Juan siguió pinchando y pinchando.

Teófano se negó a apartarla y, bruscamente, Juan Cerulis la clavó con fuerza en la entrepierna de la joven. Ante el ramalazo de dolor, Teófano gimió y Hagen, que se alejaba con Karros, volvió la vista al oírlo; por encima de las cabezas del gordo guardia de corps y de los criados y portadores de Juan Cerulis, la mirada del franco tropezó con la de la muchacha. No había condescendencia en las pupilas de Teófano, ni afecto, ni amistad; fue como si él chocase con sus propios ojos. Se alejó. Teófano se dejó caer sobre las almohadas y cojines, con la mano en la vulva lastimada, repentinamente a punto de estallar en lágrimas.

Karros se mantuvo muy cerca del franco durante el resto de la velada, aunque el coloso no daba pie para entablar ninguna clase de conversación. Karros se preguntó si es que carecía de suficientes conocimientos de griego o si simplemente era un estúpido.

Fueron los demás quienes inclinaron a Karros a favorecer a Hagen. Los otros guardias empezaron de pronto a tratar al obeso oficial con mayor deferencia, al ver que Hagen le acompañaba.

Karros aludió unas cuantas veces más al encuentro que tuvieron en la carretera de Calcedonia, al modo en que cruzaron sus espadas, sin que hubiese vencedor ni vencido y, tal como se manifestaba en su memoria, no parecía que aquella versión difiriese mucho de la verdad. A los otros guardias les impresionó. Karros sabía por qué: eran soldados de juguete, él y sus hombres, que apenas habían ejercitado sus

dudosas habilidades castrenses en pro de la causa de Juan Cerulis, aparte de meter un poco de miedo a unos ciudadanos asustados ya de por sí y de escoltar a su señor en las ceremonias.

Hagen era otra cosa, procedía de un mundo más oscuro, violento y cruel, donde las personas tenían que luchar para sobrevivir.

El hermano también había sido otra cosa. Un estremecimiento de temor sacudió a Karros al recordar la pelea en la posada de Crisópolis; él y sus tres secuaces sorprendieron al hermano desnudo y en plena cópula con Teófano, lo que no fue óbice para que el franco saltase del lecho con una espada en la mano y se enfrentase a los cuatro. Y si Karros no se hubiera caído al suelo y no hubiera simulado estar muerto, y si el franco no le hubiera dado la espalda, es muy posible que el hermano de Hagen hubiera vencido.

El otro franco creía que aquella muerte era obra de Teófano. Otra razón para mantenerlo cerca, para evitar que se separase de Karros, puesto que dos de los hombres que irrumpieron en aquella habitación de Crisópolis estaban ahora sentados frente a ellos, al otro lado de la fogata. Karros no se fiaba de ellos; a decir verdad, no se fiaba de nadie. Empezó a buscar la ocasión propicia para matar a Hagen.

Nada ocurrió aquella noche, ni en el curso de la marcha del día siguiente, durante la cual Hagen cabalgó en silencio, hacia el centro de la caravana; pero al atardecer, concluida la jornada, cuando hicieron un alto para acampar, Karros decidió pasar a la acción.

Hagen se había alejado solo. Karros y sus hombres estaban montando su campamento en el suelo arenoso de una torrentera, cuya garganta obstruían unos arbustos achaparrados y retorcidos. Karros empuñó de pronto su corta espada, lanzó un alarido dramático, se lanzó sobre aquel manojito de arbolitos y empezó a cortarlos.

—¡Ajá! Probaré mi espada con cualquiera de vosotros... ¡Atención!

Mediante un seco mandoble, truncó uno de los arbustos y lanzó la nudosa copa del mismo unos tres metros a través del aire. Hagen se aproximaba por la parte superior de la orilla de la torrentera y algunas ramas cayeron cerca de él.

—¡Vamos! —le animó Karros, curvados los labios en una amplia sonrisa amistosa—. Muestra la fuerza y pericia de tu brazo a estos tipos de ciudad.

Hagen no se movió, pero los demás guardias se lanzaron precipitadamente hacia la maleza, desenvainadas las espadas, mientras proferían gritos y silbidos excitados, cantando victoria cada vez que lograban romper una parte de aquellos matorrales y arbustos que, aunque pequeños, no dejaban de ser bastante duros. Trozos de ramitas verdes volaron por los aires y salpicaron la arena. Karros aulló, al tiempo que descargaba un golpe mortal a un arbusto.

—¡Vamos, Hagen..., participa! ¡Demuéstranos tu poderío!

El franco se encaminó al terreno arenoso de la entrada de la torrentera, donde ardía la fogata, y se sentó de espaldas a la batalla que se desarrollaba en la maleza. Un par de guardias le abuchearon.

—¿Qué pasa..., te asustan unos cuantos palos?

Hagen continuó dándoles la espalda. Karros hizo una pausa, jadeante, con las manos moteadas de verde y de savia. Si lograra inducir a Hagen a integrarse en aquel simulacro de batalla, durante la méléé podría situarse detrás del franco y atacarle. Un golpe en un tendón, en la nuca, incluso en el brazo, si se asestaba con fuerza suficiente, y Hagen quedaría a su merced; le costaría poco conseguir que los demás se abalanzaran sobre él y le mataran en cuestión de segundos.

—¡Vamos, Hagen!

El franco no se movió. Los otros guardias saltaban ya entre la maleza, sin dejar de emitir chillidos; habían cortado la mitad de aquel denso bosquecillo, cuyas ruinas vegetales yacían sobre la seca arena. Karros se adentró más entre los arbustos, enarbolada la espada. Algo vivo protestó y se alejó al acercarse él y Karros dio un paso atrás, sobresaltado, mientras se le ponían los pelos de punta.

Con voz estridente, los compañeros de armas de Karros provocaban y lanzaban pullas a Hagen. La batalla contra los matorrales y arbustos había elevado su espíritu combativo. Unos cuantos incluso se llegaron hasta la fogata y bailotearon alrededor del franco, al tiempo que blandían la espada ante su rostro, le gritaban y lanzaban con el pie arena en su dirección. Hagen mantuvo una inmovilidad perfecta; sentado allí, encorvada la espalda, con las rodillas tocándole el pecho, fija la vista en la oscuridad y, después, en las llamas de la lumbre. Karros se le acercó una vez, se puso tan próximo que llegó a rozarle, pero el franco no le hizo el menor caso, como si no existiera.

¿Había sido un farol, pues? Karros recordó, ahora que rebuscaba en su memoria, que en su trato con Hagen, el franco nunca demostró ser capaz de llevar a cabo proeza alguna. Karros había reaccionado como un conejo, simplemente al olor del peligro que el gigantesco bárbaro parecía despedir. Tal vez sólo era fachada. Acaso detrás no hubiese nada, salvo los miedos e ineptitudes comunes de los hombres corrientes. Los hombres como Karros. Quizás no era mejor que Karros. El gordo se animó, radiante; tuvo la sensación de que se le caía de los hombros el pesado manto de los malos augurios. Hagen no era nada. Karros se las había visto muchas veces con personas como

él. El hermano, vaya: había eliminado al hermano. Se dio una vuelta por el campamento, sacando pecho, optimista y feliz de puro alivio.

Hagen estaba sentado frente a la fogata, con la mente puesta en Teófano. Cada palabra que la muchacha le dirigía era como un dardo de fuego; sin embargo, todo lo demás —sus miradas, sus actos, e incluso el propio Juan Cerulis— tenía un cariz radicalmente opuesto.

Le había traicionado ante Juan, denunciando el hecho de que Hagen era agente de la emperatriz. Sólo eso bastaba para convertirla en enemiga de Hagen. Y, no obstante, él recordaba, una y otra vez, el leve gesto de la mano de Teófano, con la

palma levantada y los dedos curvados para formar un hueco: una especie de súplica, disimulada rápidamente.

Allí sentado frente a la candela, trató de poner en claro aquellas posibles contradicciones. Juan estaba empeñado en una especie de contienda con Teófano: no, contienda no, era el juego del gato con el ratón. La pinchaba con el puntero. Si fuesen amantes, incluso si conspirasen conjuntamente, Juan Cerulis no le clavaría de aquella forma la vara.

La chica había gemido de dolor una vez. Hagen no había visto por qué. El pequeño grito que brotó de los labios de Teófano le atravesó como unas agujas.

Le había traicionado. Si Juan llegaba a creerle agente de la emperatriz, no viviría mucho tiempo en aquel vivaque.

Y luego estaba Karros.

Cuando la caravana se detuvo, él se alejó del campamento, hizo aguas al margen de los demás, escondió el papel griego donde nadie pudiera hallarlo y volvió al punto donde habían acampado, para encontrarse con que Karros y sus hombres se dedicaban a destrozar alegremente un bosquecillo de arbustos.

Eso le había producido una extrañeza peculiarmente intensa. Su abuelo, cuya alma no perteneció a Cristo, había adorado a los árboles, no a aquellos lastimosos arbolitos, sino a los grandes robles y fresnos del norte, hijos del árbol sobrenatural que era el eje del mundo. Hagen comprendía el objetivo de Karros; del mismo modo que sabía también la clase de guerrero que era el que empuñaba la espada para abatir un arbolito canilo.

No habla árboles en aquella región, sólo estatuas de árboles, se dijo, mientras recordaba las blancas columnas de mármol del Mesé. Tampoco había allí guerreros. Hagen supuso que existía una relación entre aquellas dos circunstancias, y llegar a esa consecuencia le dejó muy satisfecho; no volvió a pensar más en el asunto.

—¡Habéis estado en Bagdad! —exclamaba Ibn-Ziad en aquel momento, en tono de sorpresa.

—De joven —confirmó Nicéforo. Agachó la cabeza para eludir la fronda de una palmera. Paseaban por el palmar próximo al Fiale de los Verdes—. Estudié unos meses en la escuela de aritmética de Al-Ghazi, antes de recibir el cinturón del servicio imperial.

—Estaba bajo la impresión de que el resto del cosmos carecía de valor para Constantinopla.

Tras ellos dos, caminaba el parakoimomenos, con los brazos cruzados y el oído atento a lo que decían; sonrió al captar el sarcasmo de la voz del árabe. Naturalmente, a Nicéforo no le divirtió la envidia que se ocultaba bajo el comentario.

—Aprendí mucho en la escuela de Al-Gazhi.

—Entonces, debéis haber aprendido también que los árabes cumplimos la palabra empeñada, tanto con los amigos como con los enemigos. El tributo que nos

debe la basileus ha de pagarse.

—Ah —articuló Nicéforo.

Paseaban ahora por la orilla del jardín de palmeras. Era pleno día, el siguiente a la noche del terremoto, y el intenso calor húmedo característico de tal fenómeno se cerraba sobre ellos como un párpado. A su alrededor, en macetas, tinajas, tiestos y cajas de madera, se alzaba un centenar de clases distintas de palmeras —altas unas, pequeñas otras, tupidas y breñosas las demás—, algunas cargadas de dátiles, con las sombras proyectadas sobre el suelo como afiladas dagas negras.

—Si tenéis dificultades financieras, podemos acordar el pago aplazado en varias cuotas, pero nosotros hemos de cobrar lo que nos corresponde, u ofenderemos a Dios.

—Me hago perfecto cargo de vuestra postura —dijo Nicéforo.

Ibn-Ziad era un hombre corpulento y socarrón, cuyos hábitos de talante traicionaban las redes de arrugas trazadas por la risa en las esquinas de los ojos y las profundas marcas que se producían en las comisuras de su boca cuando sonreía; el parakoimomenos imaginaba que era un optimista, por encima de todo, un hombre al que resultaría facilísimo inducir a creer lo que deseaba creer, debido al sitio especial que ocupaba en el amor de Dios.

Descendían despacio por los jardines de palacio, hacia el Faro, junto al cual se encontraba la pequeña capilla de la Virgen, donde se suponía iban a ver las sagradas reliquias. Desde el palmar, un breve tramo de escalones llevaba al siguiente nivel; junto a la escalinata se erguía una estatua de Venus e Ibn-Ziad hizo una pausa para admirar la figura. Junto al árabe, Nicéforo se permitió esbozar una de sus contadas sonrisas.

—Encantadora —comentó Ibn-Ziad, al tiempo que, con un movimiento de la mano, señalaba la estatua, que tenía un tamaño de tres cuartos de persona normal; la diosa tenía la cabeza vuelta sobre el hombro y un antebrazo se curvaba sobre los insolentes y pequeños pechos, tratando tímidamente de cubrirlos.

—Vuestro pueblo se niega a sí mismo una enorme cantidad de gracias y de placeres al no permitir a los artistas y artesanos que modelen figuras —dijo Nicéforo—. Es un regalo de Dios, poner la mirada en algo encantador; proyecta el alma hacia fuera y proporciona reposo tras el constante examen de conciencia.

—Creemos en la blasfemia —dijo el árabe—. Lo que no impide que varias de las obras de los paganos que he visto hayan conmocionado mi corazón.

—Quizás —dijo el parakoimomenos, que se adelantó para ponerse a la altura de los otros— nuestro amigo prefiera mujeres menos impermeables.

—Eso también —convino Ibn-Ziad, y soltó una sonora carcajada que sacudió sus elegantes ropas.

Nicéforo se rascó la nariz.

—Seguramente nuestro invitado no tendrá dificultad alguna en cultivar las

mujeres que prefiera. Deberíamos continuar.

Reanudaron la andadura, bajaron la escalinata. En el nivel siguiente, en la curva del paseo pavimentado, les aguardaban sus servidores; el denso aire saturado de sol se movía perezosamente en torno suyo, convirtiendo la marcha en una labor contra natura. Al otro lado de los cipreses que bordeaban la terraza se elevaba el faro, transparente al sol la llama de su fuego. Avanzaron rumbo a la capilla, con su conjunto circundante de columnas estriadas y su cúpula de plata.

El parakoimomenos se rezagó para caminar junto a Nicéforo.

—¿No damos esta noche una cena de gala en honor de nuestro invitado? Podíamos procurarle una acompañante. Esa mujercita de la emperatriz, Teófano...

—Creo —dijo Nicéforo entre dientes— que lo mejor que podemos hacer es permitirle que esa compañía se la busque él por su cuenta.

—Perdonadme —se excusó Ibn-Ziad, y se distanció lo suficiente como para no oír a los dos hombres y su discusión.

—Un hombre necesita una mujer —sentenció el mayordomo, con una reverencia.

—¿Cómo lo sabes? —repuso Nicéforo—. El no necesita un alcahuete. Ni tampoco necesita ninguna ayuda en lo que se refiere a seducción, ni por tu parte, ni por la de Teófano, ni por la de nadie.

Nicéforo giró sobre sus talones y marchó en pos del invitado, que se encontraba ya en medio de un grupo de personas tranquilas que se disponían a cruzar la doble puerta de la capilla. El parakoimomenos se quedó donde estaba. A pesar de la cólera de su corazón, sonrió, y se prometió que, cuando sonara la hora de la caída de Nicéforo, procuraría por todos los medios enterarse de quién la propició. El parakoimomenos se irguió en toda su estatura, liberó de toda expresión las facciones de su rostro y echó a andar detrás de los otros. El paso preciso para mantener la distancia entre él y ellos.

Ibn-Ziad adoraba Constantinopla. Había ido allí regularmente desde la infancia, cuando acompañaba a su padre en su embajada sin protocolo ante el emperador León. Cada vez que volvía a la Ciudad se sentía más a gusto, como en casa.

Desde luego, en la capilla de la Virgen estaba en casa. Varios extranjeros más se habían sumado al grupito y un guía, ataviado con prendas de sacerdote cristiano, estaba teóricamente encargado de escoltarlos por allí, pero antes de que tuviesen tiempo de poner los ojos en alguno de los maravillosos objetos de la Sala del Tesoro, Ibn-Ziad ya había iniciado su propio discurso.

No pudo evitarlo. Conocía las reliquias tan bien como cualquier griego y le encantaba enseñárselas a los huéspedes y dárselas de gran entendido ante sus compañeros bárbaros. Las caras de asombro y maravilla de los romanos le espoleaban. Estaba dispuesto a demostrarles que no tenían el monopolio de la cultura.

—Ah —explicó—. La costilla de san Pablo. El relicario —hizo una pausa para que los integrantes del grupo que fuesen tan desdichados como para desconocer esa palabra pudieran aprehender lo que significaba— se creó en la época de Justiniano, ¿no fue así?

El guía se inclinó, con un floreo.

—El excelentísimo señor embajador nos halaga con sus conocimientos.

Ibn-Ziad también hizo una reverencia; a su alrededor siseó y crujió la seda, cuando todos los presentes se inclinaron a su vez. Se adentraron en aquella magnífica sala.

Después del justiciero calor del día, la fresca piedra de la capilla transformaba aquel espacio en un santuario bienaventurado. Los mármoles del piso y de las paredes eran una maravilla en sí mismos, de un tono pardo oscuro, con las exuberantes formas de la naturaleza veteadas en blanco y oro; pinturas realizadas por Dios, pensó Ibn-Ziad, sentimentalmente. En urnas de cristal y cajas de madera pulimentada, dispuestas por toda la sala, se exhibían las reliquias de la colección imperial, fragmentos de hueso y madera con su montura de oro o esmalte, pomos de cristal con tapones de filigrana, todas las piezas presentadas en cojines de terciopelo e iluminadas delicadamente por

lámparas cuyo brillo deslumbrante reducían perforadas pantallas de oro, que lo tamizaban y convertían en reverente resplandor.

Para Ibn-Ziad, aquello era auténticamente romano: aquellas pequeñas obras maestras, aquella atención detallista, aquella elegancia. Pasaban de una arqueta a la siguiente; a veces, el árabe dejaba hablar al cicerone, pero casi siempre era él quien se adelantaba, encantado de su erudición, y explicaba las circunstancias en que la madre de Constantino el Grande descubrió la Verdadera Cruz o se extendía en la relación de los milagros que había dispensado el pequeño vaso lacrimatorio, coronado por un enorme diamante, que contenía las lágrimas de la Virgen. Los demás le escuchaban con tal atención que Ibn-Ziad se sintió libre de todas las inhibiciones; se consideraba el más elocuente de los oradores y, cuando terminó su parlamento, el auditorio estalló en un cerrado aplauso, lo que hizo que el calor le ascendiese al rostro y que no pudiera reprimir la sonrisa.

Pero cuando lo hubieron visto todo y los demás se congregaban ante la puerta, preparados para dirigirse a otra exposición, Ibn-Ziad volvió sobre sus pasos, se plantó delante de la urna y contempló a través del cristal el maravilloso relicario de la Verdadera Cruz: una réplica minúscula de la propia capilla, con puertas que se abrían de verdad y un trabajo en oro tan ornamentado y tan exquisitamente realizado que el árabe tuvo que entornar los párpados para distinguir los detalles de la filigrana.

Mientras permanecía allí, se le acercó el príncipe Constantino, que se detuvo, a un paso o dos, a la espera de que reparase en él. Ibn-Ziad se volvió, sonriente.

—Buenas tardes, señor. Confío en que me traigáis alguna noticia feliz.

Los labios de Constantino se curvaron en una sonrisa y parpadeó.

—Tengo las chicas, la habitación y el vino. ¿Cuándo habrán concluido vuestros deberes oficiales?

—Preguntadle al parakoimomenos.

Constantino soltó una carcajada espontánea; ambos hombres compartieron otra sonrisa: de complicidad. Ibn-Ziad se enderezó, echó los hombros hacia atrás y levantó la cabeza; mofarse del parakoimomenos alivió las heridas causadas a su orgullo y se volvió para mirar al alto eunuco, que se encontraba entre el grupo que aun colmaba el otro extremo de la capilla. De súbito, otro recuerdo, algo mucho más divertido y estimulante, acudió a su mente.

Se volvió de nuevo hacia Constantino.

—La carrera... ¿recordáis? Me dijisteis que... un tronco árabe venía a correr en el hipódromo, ¿no?

—¿Un tronco árabe? Yo no os he dicho tal cosa.

—Pues alguien lo hizo. —Ibn-Ziad hinchó el pecho y dio unos saltitos sobre los talones—. Un tiro de Cesarea, eso es.

—¡Ah, si!

—Bien, he cerrado una apuesta con la augusta. Eso sin duda hará más acuciantes estos momentos, ¿no creéis?

Constantino gruñó:

—¿Habéis apostado por los caballos de Cesarea? ¿Cuánto?

—Nada importante. De todas formas, tengo entendido que no perdere.

La sonrisa de Constantino, sin embargo, no le tranquilizó; Constantino tenía el ceño fruncido.

—Lo siento —dijo Ibn-Ziad, rígido—. ¿He cometido algún error?

Constantino meneó la cabeza.

—No, claro que no. Una apuesta es una apuesta, ¿verdad? El juego consiste en arriesgarse.

—Tenía la impresión de que ese tronco árabe iba a barrer a cuanto se le pusiera por delante.

El entrecejo de Constantino subió y bajó por encima de su nariz.

—El tiro de Cesarea corre en la prueba en que participa Ismael... Mauros-Ismael, le visteis ayer, ¿os acordáis? En el hipódromo, el de los caballos negros y grises.

—¿Ah, si? —dijo Ibn-Ziad, alarmado. ¿Quién le había hablado de aquella carrera? No lograba recordarlo; alguien le dijo que el tiro de Cesarea ganaría casi con toda certeza.

—Naturalmente, todos tienen su oportunidad —dijo Constantino—. Y, según dicen, los animales de Cesarea son muy buenos.

Ibn-Ziad miró al príncipe con expresión hostil. Ahora veía las trampas ocultas

debajo de los cojines de terciopelo, las palabras melosas y los instantes llenos de placeres. De una forma u otra, le hicieron picar en el anzuelo de aquella apuesta y comprendió entonces que estaba destinado a perderla.

Volvió a sacar pecho y alzó el mentón. No tenía la menor intención de perder.

—Mi querido príncipe —aventuró—. Seguramente existirá algún modo de asegurar se de que mi tronco llega a la meta por delante de los demás.

—¡Aaah!

La sonrisa de Constantino volvió a florecer en sus labios, apareció despacio como se desliza el aceite, y los ojos del príncipe encontraron los del árabe. Con un floreo del brazo, se inclinó en dirección a Ibn-Ziad.

—Lo que deseéis, mi señor.

—Encargaos de que se haga así —dijo Ibn-Ziad altaneramente.

Nicéforo había recorrido la capilla con todos los demás y lo mismo que ellos, contempló las reliquias; le encantaban aquellas exhibiciones y siempre esperaba que la proximidad de tan sagrados objetos concebiría algún pequeño milagro en su corazón y le proporcionaría paz.

Una paz que le faltaba. El enfrentamiento en los baños de Zeusxippus con el prefecto de la ciudad le había dejado dolido y bajo de moral. Pedro le agradaba y conocía bastantes personas más a las que él también les resultaba simpático, de modo que le inquietaba que la basileus pusiera en peligro aquella amistad convirtiendo a Nicéforo en la arpía del prefecto. Aparte el simple hecho de tener que tratar la cuestión de los delitos contra el departamento cometidos por su amigo subsistía una verdad innegable en el argumento de Pedro: Nicéforo podía prestarle el dinero para arreglar el asunto.

Nicéforo no podía expresar en palabras su aversión a hacer tal cosa; lo que le atormentaba era una negra punzadura en el cerebro, la idea de que debía rescatar al amigo, la sospecha de que lo que esperaba la basileus era que hiciese precisamente eso, y, sobre tales sentimientos, la dura y desagradable repugnancia a hacerlo.

Todo ello avinagraba cuanto hacía. Ya no encontraba solaz en los números, ni placer en el sencillo cumplimiento de sus deberes, ni regocijo en Cristo. Además, sabía que el parakoimomenos conspiraba contra él.

En aquel momento, el eunuco conversaba con Ibn-Ziad, en el otro extremo de la Sala del Tesoro. Junto a él se hallaba el príncipe Constantino. Los ojos de Nicéforo descansaron sobre el trío y, casi contra su voluntad, la marea de recelos y temores de una existencia vivida en la corte atravesaron las húmedas y malhumoradas profundidades de la mente e inundaron la totalidad de sus pensamientos.

Intrigaban contra él. La basileus estaba detrás. Irene deseaba su desgracia. ¿Por qué seguía adelante? Nada de lo que hiciese saldría bien. Se dispuso a alejarse, descorazonado.

Junto a él, a la espera asimismo de que concluyese la visita, se encontraba uno

de los visitantes extranjeros: evidentemente, se trataba de un monje, a juzgar por su tonsura, la sotana de tosco tejido gris, las manos, entrelazadas frente a sí, la ausencia de todo adorno. Por encima del cuello encapuchado de la prenda, el pelo gris de la cabeza aparecía casi rapado, pelado al cero; el rostro delgado, curtida la piel por la intemperie, separados los ojos, claros e inocentes cual los de un animal, como si no tuviese pensamiento alguno que disimular.

El sencillo y severo aspecto de su persona resultaba tan distinto al de los demás, que Nicéforo no pudo reprimir el impulso de aproximarse a aquel hombre y abordarle, al tiempo que ejecutaba una reverencia:

—Permitidme, padre, el honor y el privilegio de presentarme a vos: soy Nicéforo, el administrador imperial.

El monje le miró con aire grave, sin alterar la expresión. Sus ojos eran claros como el agua. Daba la impresión de que nada podía sorprenderle. Pero, cuando habló, lo hizo en latín.

Nicéforo rechinó los dientes. Desconocía el latín. Mediante unos cuantos gestos más y otra reverencia, manifestó a su fallido interlocutor esa triste circunstancia y el monje, a juzgar por su rostro, no se sintió inclinado a lamentar la pérdida de aquella posible conversación. Nicéforo habría dado entonces por concluido el encuentro.

Por desgracia, el guía no dejó de reparar en aquel intento de diálogo con el monje bárbaro y, como la extraordinaria muestra de cultura de Ibn-Ziad había usurpado sus funciones, el guía ansiaba ser útil. Se acercó rápidamente a los dos hombres y le soltó al monje un rosario de palabras en latín.

El bárbaro respondió en voz baja, y el cicerone tradujo:

—Es un monje de Eire, mi señor..., o sea, de Hibernia, que está en el fin del mundo.

—Hibernia —repitió Nicéforo. Una tierra que nunca había formado parte del Imperio; se hallaba muy lejos en las aguas del océano, totalmente rodeada por ellas, como si Dios, después de crear el mundo, al mirarlo de nuevo para recrearse en su habilidad, hubiera dejado caer un puñado de arcilla en el mar—. En el Sacrosanto Nombre del Altísimo, ¿qué está haciendo aquí?

Otro intercambio de frases entre el guía y el monje, durante el cual Nicéforo oyó que se pronunciaba su nombre. El monje le miró una vez, se inclinó y luego hizo el signo de la cruz sobre él: ejecutado al estilo bárbaro, de izquierda a derecha, con tres dedos.

—Dice —transmitió el guía— que su monasterio quedó destruido como consecuencia de un ataque de los normandos. Está aquí para rogar a la basileus que conceda a su orden un terreno sobre el que construir un nuevo monasterio.

—¿Aquí? ¿Por qué no en Roma? ¿Quiénes son esos normandos?

El guía y el monje dialogaron un momento.

—Dice que su orden tuvo en el pasado algunos contactos con Roma y que a causa de ellos no desean tratar con Roma cuestiones de fe. Dice que, al ser esto el

centro del mundo, nos encontraremos a salvo de los normandos durante largo tiempo.

Nicéforo examinó el semblante del monje bárbaro, curioso a pesar de sí mismo: parecía ser la clase de hombre residente en el borde del mundo, el viento del abismo le había desgarrado, la oscuridad parecía dispuesta a abrumarle; seguramente en aquella faz lúgubre e implacable no quedaba el más ínfimo espacio para el alivio de un gusto o un placer de los que ofrece la vida.

—¿Quiénes son esos normandos? —insistió.

—Dice —informó el guía, tras el correspondiente coloquio con el monje— que son los lobos del mar. Surgen de la niebla, de la noche, de la tormenta, atacan a todo lo que se les pone por delante y arrasan cuanto encuentran a su paso. Son los instrumentos que Dios ha elegido para destruir el mundo y, según dice el monje —el guía sonrió, mostrando los huecos de su dentadura—, un día caerán sobre nosotros y será el fin de todas las cosas.

—Hummm —rezongó Nicéforo.

Miró hacia la sala. Por algún motivo, las simples palabras del monje le habían impresionado. La estancia le pareció extraña, como si se tratara de otro lugar. Las espléndidas paredes de mármol, las arquetas y urnas de cristal con los diversos resplandores que les arrancaba la luminiscencia de las lámparas con pantalla, el bajo tono rumoroso de las conversaciones..., todo parecía tan a salvo, tan seguro, tan normal, tan cultivado y tan frágil; súbitamente, se estremeció de pies a cabeza. Vio en su imaginación las paredes derruidas, todo el lugar sacudido hasta los cimientos, mientras que por cada grieta que se iba abriendo en el suelo aparecía una manada de voraces lobos selváticos.

La imagen puso su estómago al hilo del vómito; se dispuso a salir. Mediante unas cuantas palabras dirigidas al guía, manifestó al monje irlandés, cuyos ojos pálidos seguían fijos en él, sus mejores deseos y esperanzas. Nicéforo pensó: «No llegará nunca ante la basileus. Pero aunque lo consiga, ¿qué utilidad pueden tener el uno para el otro?».

Nicéforo dio media vuelta y regresó despacio a la Sala del Tesoro. Maravilloso, magnífico, integro, intacto, el tesoro rodeaba a aquellas personas entregadas a sus mundanas conversaciones, que las preservaban de aquella omnímoda verdad superior. ¿Era posible lograr la vida sólo con aislar a los hombres de la realidad?

¿Qué realidad? Estaba tan bajo de moral que se veía abocado a tan ulcerosas ensoñaciones. Nicéforo giró en redondo y abandonó la estancia. Salió a la terraza, sobre la que caían a plomo los abrasadores rayos del sol.

—Quiere que le amañe la carrera —dijo Constantino.

Estaban de pie en la linde de la rosaleda, por la parte exterior del Dafne; desde detrás del parakoimomenos llegaban las fatuas risas de los asistentes a una estupenda fiesta. La voz de Ibn-Ziad se oía con toda claridad a través del hueco de la

puerta: hablaba a gritos, sin recato, con otro integrante de la reunión. Ya habían visto titiriteros y malabaristas; en cuestión de media hora actuarían las bailarinas.

—¿Podéis arreglarlo? —preguntó el eunuco al príncipe Constantino.

—Ismael necesita dinero. Probablemente se deje convencer, si. —Constantino le dirigió una sonrisa.

El mayordomo dejó escapar un bufido, nada inclinado a aquel pequeño ejercicio de rectificar lo posible.

—No lo creo yo así, la verdad, mi buen hombre, ¿vos sí?

A su lado, Constantino se movió, un gesto fugaz, rabioso, dominado con rapidez, y dijo entre dientes:

—¿Sabes? Podemos sacar un pequeño beneficio de todo esto. ¿Por qué no? Digo...

Lo que quiero decir es que no perjudica, en realidad, ¿verdad que no? Si la basileus pierde una apuesta..., ¿qué importa eso?

El parakoimomenos levantó una mano. Había pensado en un contexto en el que la propuesta de Constantino adquiriría las insinuaciones de un acto divino. Incluso en aquel momento, desde la alborozada algarabía que se celebraba a su espalda, le llegó la voz del prefecto de la ciudad, impregnada de buen humor, que respondía a un comentario de Ibn-Ziad.

—El juego es pecado, mi príncipe. Un vil pecado de corrupción, como algunas de las personas que están ahora entre nosotros han tenido oportunidad de comprender.

Sin embargo, quizás, dadas las circunstancias, pudiera ser preferible que Ibn-Ziad ganara su apuesta. Si. Haced lo que podáis.

—Excelente —replicó Constantino vivamente, y se alejó, de vuelta hacia las luces y la música.

El parakoimomenos permaneció allí solo un buen rato. El atardecer era luminoso y las rosas despedían su perfume en efluvios embriagadores, mientras los insectos del crepúsculo infestaban el aire purpúreo y lo llenaban de zumbidos y chirridos. Otra persona salía de la fiesta hacia la terraza.

Era Nicéforo. Alto y anguloso, el sirio llegó al borde de la glorieta, introdujo la mano por la abertura de la túnica, se sacó el arbor vitae y alivió la vejiga entre los arbustos. Hizo caso omiso del parakoimomenos pero el eunuco no le quitó ojo.

Una vez las prendas arregladas, Nicéforo se volvió y ambos rivales quedaron frente a frente. Nicéforo parecía malhumorado y medio borracho. Al mayordomo no se le había escapado que el prefecto de la ciudad y él, amigos hasta entonces, ahora se evitaban sistemáticamente. El administrador general gruñó.

—¿Qué pasa..., has olvidado tu pluma?

La cabeza del eunuco dio un respingo ante el insulto. Con pesado andar, Nicéforo regresó a la fiesta. Una mano de hielo se cerró en torno al corazón del parakoimomenos. Había sido un necio antes, cuando, contando con un sistema que le

garantizaba el triunfo, renunció a aprovecharlo. El prefecto de la ciudad caería, y con él, Nicéforo.

El eunuco se lo juró a sí mismo, por los testículos que había perdido en la infancia, cuando su familia determinó que emprendiese una carrera en el servicio civil. Era el juramento más sagrado que conocía. No volvió a la fiesta, sino que se alejó de allí.

Prefería estar solo.

—Sabes lo que dictamina la ley —dijo el prefecto de la ciudad, y, con la punta del bastón de su cargo, golpeó en el pecho al propietario de la ruinosa vivienda—. Permitiste que residieran aquí demasiados inquilinos... ¿Qué te crees que tienes..., un corral de ganado?

La contera de marfil del bastón señaló el ennegrecido esqueleto del edificio, a la izquierda. Se encontraban en la zona de los malecones; a su espalda estaba el puerto, un hormiguero humano. Los rayos del sol brillaban sobre las aguas del Cuerno de Oro y sobre los cuerpos sudorosos de las hileras de esclavos y delincuentes que descargaban los barcos atracados en los muelles.

Montones de mercaderías se apilaban a lo largo de las calles, especias y tejidos, madera, pieles y cereales. Los refunfuños y los cánticos de los trabajadores llegaban a sus oídos, lo mismo que el chillar de las gaviotas y los gritos de los gordos arrendatarios de cada escollera o intermediarios de cada pila de mercancías. Rebosaba la vida.

Frente a él, la casa de vecindad era un pozo de silencio, un lugar de muerte. Dentro de aquella inmensa estructura de ladrillo no quedaba nada. Ya habían limpiado la mayor parte de los escombros, y se habían llevado todos los cadáveres; más de cuatrocientas personas, hombres, mujeres y niños, habían muerto en aquel incendio. El prefecto se lo imaginaba con más detalle de lo que le hubiera gustado: los temblores de la tierra, que arrojan al piso los pucheros; las llamas que prenden en las resacas maderas del suelo y se desplazan velozmente por las diminutas habitaciones en las que se hacían

los vecinos, que atraviesan techos y suelos, queman los lechos de paja y las andrajosas sábanas, consumen las reservas de carbón, vino y aceite, abrasan el pelo, los ojos y la piel de las personas.

Se le revolvió el estómago. Se enfrentó de nuevo al dueño de las viviendas.

—¿A qué otro lugar pueden ir si no es a sitios como éste? —El casero hizo una mueca, como si tal cosa, nada preocupado; el prefecto pensó que probablemente tendría amigos en las altas esferas. Y acababa de pasar el primero de mes: ya había cobrado todos los alquileres—. La Ciudad está llena de pobres..., ¿en qué otro sitio pueden vivir?

—Se supone que has de mantenerte dentro de la ley.

—No puedo venir aquí todos los días. Las familias que ocupaban los pisos eran

las que permitían que otros inquilinos se cobijaran con ellos.

—Y a ti te correspondía encargarte de que no guisaran en las habitaciones. Así pasan estas cosas..., encienden fuego en sus cuartos...

—Mira —dijo el casero, que ya empezaba a fruncir el ceño, mientras surcaban su frente arrugas sudorosas—, cuando se construyó el edificio traje a los sacerdotes, hice que se inscribieran versículos en todos los postes y vigas. ¡Esta casa era tan segura como una iglesia!.Keiin gran pecador vivía ahí, por eso ha ocurrido... Con el terremoto, Dios nos ba librado de algo horrible.

El preiceto se santiguó. Una pequeña muchedumbre se había congregado alrededor de los dos hombres, para presenciar el enfrentamiento y en aquel instante, al oír las palabras del casero, comenzaron a murmurar.

—Es la voluntad de Dios, es la voluntad de Dios.

Parecían sentirse satisfechos, reducidas sus inquietudes a un vulgar tópico.

El prefecto se irguió y, considerando que aquélla era la voz de la sabiduría popular, llevó la mirada por encima de la costra de cascotes hacia la calle siguiente, y la elevó para franquear almacenes y otras casas de vecindad, que probablemente pertenecerían al mismo hombre y que, desde luego, también estarían superpobladas, con todas las habitaciones atestadas de indigentes y apestando a las brasas encendidas de pequeñas lumbres sobre las que se cuece la comida en pucheros de hierro que aguardan el pie que los vuelque de una patada o el movimiento sísmico que esparza las brasas e incendie todo el lugar y lo convierta en una antorcha llameante.

—La voluntad de Dios —susurraban las personas reunidas allí—. Hágase la voluntad de Dios.

Algunas viejas envueltas en chales negros se arrodillaron y empezaron a rezar.

El prefecto había dejado de entender la voluntad de Dios. No veía propósito divino alguno en el achicharramiento de cuatro centenares de personas. Tampoco veía utilidad ninguna en el sufrimiento de alguien, especialmente si en ese alguien que sufría contemplaba el reflejo (le si mismo).

En aquel individuo que tenía ante sí, que sonreía nerviosamente y que manifestaba: "Lo hizo Dios, no yo", el prefecto veía también a un hombre corrupto y malvado.

Alzó una mano y decretó:

—Reconstrúyelo.

Y se dispuso a marchar.

Al volver la cabeza vio, más allá del grupo que se dispersaba, una elegante litera encortinada, que reconoció tanto por la propia silla como para la larga hilera de criados que la seguían. Se detuvo. Los porteadores se agachaban para soltar las varas, pero en aquel momento, sin duda obedientes a una orden que les dieron desde dentro, se enderezaron, levantaron la carga hasta apoyar las varas de nuevo en los hombros y avanzaron hacia el prefecto de la ciudad.

Era el parakoiniomenos. El eunuco describió las cortinas, suspiró y aspiró una larga y profunda bocanada de aire.

—Este calor es lo que se dice insoportable. Voy camino de Blaquerna, te he visto y, como he de hablar un momento contigo... ¿puede ser ahora?

—Faltaría más —accedió el prefecto—. Dime en qué puedo servirte.

—Tengo entendido que anoche prestaste un gran servicio. Ibn-Ziad se hace lenguas de ti.

—Es un sujeto fascinante, para ser árabe.

—Sin duda sabes que hizo una apuesta con la emperatriz, sobre el resultado de la siguiente carrera... Mejor dicho, la apuesta es entre Ismael y el tronco de Cesarea.

—Se lo oí decir anoche.

—Bueno. Entonces mi tarea es sencilla. Para su apuesta, la emperatriz desea un objeto, una obra de arte tan preciosa que maraville a un califa.

—Naturalmente.

—Tienes un gusto exquisito y tus conocimientos de los recursos de la ciudad son ilimitados... ¿Puedes encontrar algo?

El prefecto respondió con una reverencia. Se sentía muy halagado por el hecho de que le eligiesen a él para aquel encargo, aunque no le sorprendía.

El parakoimomenos le sonrió, con un brillo de complicidad en los ojos.

—La pieza debe ser algo perfecto, puesto que, desde luego, encontrará su camino hasta el califa. Si entiendes lo que quiero decir.

—¡Ah! —exclamó el prefecto.

El mayordomo hizo una señal a los porteadores, que levantaron la litera y reanudaron la marcha.

—Lo dejo en tus manos, señor. Buenos días.

—Buenos días, querido parakoimomenos.

Rápidamente, la roja silla de manos se abrió paso bamboleante entre los numerosos peatones; los servidores del eunuco apretaron el paso tras él. El prefecto permaneció donde estaba. Tenía el cerebro hecho un lío. Una parte revisaba a toda velocidad un índice de posibles objetos artísticos; debería ser, lo comprendió ipsofacto, una pieza de ese artificio extremo que tiene como meta la reproducción exacta de la naturaleza.

Otra parte de su mente decía: "Han amañado la carrera".

Dio media vuelta y emprendió el regreso, despacio, por la calle, en dirección a la oficina del puerto situada en el lado contrario, donde debía encontrarse con varios miembros de su equipo de colaboradores. Conocía a todos los orfebres de Constantinopla. Estaba pensando sólo en unos cuantos, especializados en aquella clase de piezas, y de ellos sólo uno producía obras de calidad suprema.

Si habían arreglado la prueba, entonces todo lo que necesitaba saber era por quién apostaba Ibn-Ziad.

Su paso se fue haciendo progresivamente más rápido. Empezó a faltarle resuello.

Levantó la cabeza. Podía salir del apuro en que se encontraba. Una última apuesta y se habría recuperado. Y cuando hubiera saldado las deudas, no volvería jugar en la vida, Dios era testigo; lo juraba. Con zancada todo lo veloz que le era posible se encaminó. a las oficinas, mientras se permitía el sencillo lujo de una sonrisa dichosa.

Ismael sacó el semental negro de Hagen a la pista del hipódromo y lo dejó correr.

Aunque no era ningún pura sangre, aquel caballo se ¡novia bastante bien y, en opinión de Ismael, mejoraba ostensiblemente a medida que se le trabajaba.

Mientras iba tras el animal, arreándole con el látigo para que se mantuviera en acción, vio que el príncipe Constantino bajaba de los palcos y cruzaba la arena, a su encuentro.

Años atrás, Constantino había lucido el Cinturón de Oro, y los ancianos del lugar le habían dicho a Ismael que el príncipe fue un magnífico auriga; Ismael nunca le vio correr y no lo creía. Observó a Constantino por el rabillo del ojo. El caballo negro se deslizaba por la pista, enhiesta la cola y dilatados los ollares, y cuando Constantino pasó junto a él, salió disparado y sus cascos despidieron una rociada de granos de arena;

—¿De qué utilidad puede serte este asno? —preguntó Constantino, al llegar junto a Ismael.

—Ese caballo no es mio —respondió Ismael.

—Es un alivio saberlo.

Ismael marchó en pos del garañón, que había doblado la curva del otro extremo de la pista. Constantino le fue a la zaga, mientras silbaba entre dientes.

—He oído por ahí que tienes problemas económicos.

—¿Por qué os interesáis en ello?

—Ah, pues no lo sé. Quizás pudiera ayudarte.

—Podrías.

Dejaron atrás la curva y, al verlos, el semental dio un salto en el aire y, con las cuatro patas despegadas del suelo, ejecutó una especie de tirabuzón.

—Da la casualidad de que estoy en situación de proponerte algo que te proporcionaría una buena suma de dinero —dijo Constantino.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—No tienes más que dejar que el nuevo tronco de Cesarea gane tu carrera.

Ismael giró en redondo y miró al príncipe a la cara.

—No puedo creerlo. ¿Estáis proponiéndome que pierda una carrera?

—No es más que una eliminatoria. Siempre puedes clasificarte en la siguiente manga. Lo conseguirás en la prueba que realmente importa.

—No lo creo.

—Sé de ciertas personas que te entregarían una respetable cantidad de dinero ahora mismo, y podrías ganar mucho más apostando contra ti mismo.

—No estoy tan desesperado, Constantino.

—Piénsalo —aconsejó Constantino, sonriente, y se alejó a través de la pista, en dirección a los asientos.

Ni siquiera tuvo el detalle de parecer violento. Ismael se retorció las manos, con todos sus pensamientos arremolinados.

Era verdad que necesitaba dinero. Todo el mundo necesitaba dinero, hasta la emperatriz, según decían los rumores. Se preguntó si no sería aquélla alguna de sus maquinaciones..., si realmente le hacía falta tanto dinero como para recurrir al juego.

El negro semental trotaba pista adelante e Ismael movió los pies tras él. Era cierto: podía dejar que le ganase el tiro de Cesarea y luego tendría la oportunidad de clasificarse en la siguiente manga. ¿Y quién saldría perjudicado? Probablemente, el tronco de Cesarea sería bueno, lo decían todos, todos los rumores, todos los augurios. Un montón de dinero. Constantino no había especificado cuánto. Ismael seguía debiendo dinero al dueño de la casa, a los mercaderes. Su esposa necesitaba tela con la que confeccionar prendas de vestir, tanto para ella como para los niños, y la mujer también deseaba otras cosas: algunos muebles, una alfombra. Llevaba meses quejándose, argumentando que un hombre tan importante como Ismael debía vivir mucho mejor de lo que vivía.

Estaba cansado de ser pobre. Estaba harto de esperar a que quisieran pagarle, para que después el dinero se le fuera de las manos en un santiamén, al liquidar las deudas acumuladas mientras esperaba a que le pagasen.

Una respetable cantidad de dinero, había dicho Constantino. Miles de irenes, tal vez. Podría pagar sus deudas y aún le quedaría dinero en la bolsa para los meses futuros.

Si le sorprendían..., si la noticia se difundiera por la Ciudad...

Era en Miguel en quien pensaba, en lo que el príncipe Miguel opinaría de él, Si llegara a enterarse.

Constantino también era príncipe, y se trataba de una idea de Constantino. No. Alguien estaba detrás de aquel asunto. ¿Quién? La emperatriz.

Improbable. Si la emperatriz deseara amañar una carrera no recurriría al tosco procedimiento del soborno, que podía fallar con suma facilidad y exponerla al ridículo tanto como al fracaso.

Ismael deseó que Constantino hubiese especificado la cantidad de dinero.

Taciturno, cogió al garañón negro y lo condujo de vuelta al establo. Sus mozos de cuadra estaban limpiando las casillas e intercambiando comentarios triviales; en circunstancias corrientes, se hubiese integrado en la cháchara, en las pullas y bromas, pero la oferta de Constantino le había atado la lengua. Eso era todo lo que ocupaba su mente y no podía permitir que se le escapase algo y que los mozos de

cuadra, con lo boquiblandos que eran, se enterasen del asunto. Salió del hipódromo, pasó por delante de los baños y caminó hacia su casa.

Su mujer le sirvió la comida, entre lamentos por lo caro que estaba el cordero.

Era una muchacha esbelta, con ojos de gacela, más joven que Ismael y dotada de una voz musical como un laúd, incluso cuando suspiraba o se sentía irritada. Desde el inicio del noviazgo, Ismael la había enseñado a depender totalmente de él, y ahora no era cuestión de exponerla a la cruda realidad de situaciones como las que estaba viviendo.

Mientras engullía las alubias con cebolla, le daba vueltas en la cabeza la idea de llevar a casa un saco lleno de dinero; ella no le preguntaría de dónde había salido, simplemente compraría la alfombra, los muebles y cordero para servirlo en todas las comidas. Ni siquiera aunque recelase algo turbio se atrevería a decir palabra.

Ismael casi había llegado a la determinación de presentarse ante Constantino para comunicarle que aceptaba, pero en aquel momento irrumpió su hijo, dando gritos, con una espada de madera al cinto, se echó en brazos de Ismael y se le colgó del cuello.

Y el auriga comprendió que no podía hacer nada deshonroso; jamás podría volver a mirar a la cara a su hijo, el tesoro de su vida.

Después, sin embargo, cuando se dirigía al hipódromo, el casero le abordó en mitad de la calle, para pedirle dinero, y la incertidumbre volvió a quedar abierta. Se pasó la tarde contemplando la tarea del herrero, que le arreglaba los cascos de los caballos, y reflexionando acerca de toda la proposición.

Miguel se presentó en las cuadras al anochecer. Siempre visitaba a sus animales a esa hora, mientras comían el heno, como una madre que fuera a dar a sus hijos un beso antes de que se acostaran. Sentado encima de un montón de paja, Ismael remendaba con la lezna una brida, al resplandor de una antorcha. Todos los palafreneros se habían ido ya a casa, o a la taberna, que venía a ser lo mismo; a Ismael no le apetecía ir a ningún sitio donde tuviera que hablar con el prójimo.

Por desgracia, Miguel sí tenía ganas de charlar. Se llegó a Ismael en dos saltos, con las manos apoyadas en las caderas.

—Ese tronco nuevo de Cesarea llega mañana.

—¿Ah, sí? —comentó Ismael, sin levantar los ojos de la brida.

—Cuando termines con eso, acompáñame a tomar un vaso. Quizás pueda darte un consejo ganador.

—En lo que se refiere a conducir caballos, no necesito ningún consejo tuyo.

—Si piensas eso, no me vencerás nunca. Anda, deja esa brida, los mozos son los que tienen que encargarse de tales trabajos. Vamos, echa un trago conmigo.

—No me lo puedo permitir —rehusó Ismael.

—Yo invito. No me importa alternar con las clases inferiores, es un deber de la aristocracia.

—Déjalo —gruñó Ismael—. Beberé con los de mi clase, príncipe.

Se estaba acordando de Constantino, un príncipe, que le ofrecía dinero a cambio de una mala acción. Se preguntó si Miguel lo sabría. Siempre pensó que Miguel era honesto pero, al fin y al cabo, el intento de soborno provenía de su tío.

—Vaya genio hosco que te gastas esta noche, Ismael —decía Miguel—. ¿Te preocupan un poco los animales de Cesarea?

Ismael hundió la lezna en el cuero de la brida, con la mente hecha un torbellino.

Le entraron unos deseos locos de preguntar a Miguel qué sabía del soborno, pero, si hacia tal cosa, ¿no se condenaría un tanto a sí mismo? Habían intentado comprarle a él..., quizás pensaban que era débil. Sabían que necesitaba dinero. ¿Y por qué no debía tener dinero? Miguel disponía de cuanto necesitaba, caballos, mozos de cuadra, buen nivel de vida, todo lo que precisaba... Y lo tenía a cambio de nada. Por un accidente, por las inescrutables razones de Dios. ¿Por qué no tenía Ismael que estrechar un poco la brecha social existente entre ellos?

Se dio cuenta de que estaba mirando al auriga de un modo directo, pero sin pronunciar palabra, y ahora Miguel le dirigía un refunfuño, retorcidos los labios.

—Está bien, Ismael. Buenas noches.

Se alejó, muy estirado y rígido, a través de la Explanada.

El tiro de Cesarea entró en Constantinopla por la mañana, y la mitad de la población acudió a ver aquellos caballos. Eran cuatro castaños perfectamente emparejados, de braceo alto y elegante y crines como hilo de oro. Cintas y gallardetes festoneaban la cuádriga. El auriga y sus ayudantes habían contratado a unos cuantos mozalbetes para que corriesen delante del vehículo y lanzaran vivas y gritos jubilosos. Y así fueron hasta el Mesé, entre el clamor salvaje de la multitud que los ovacionaba y jaleaba.

En las cuadras del hipódromo ocuparon un pasillo completo, entre el que albergaba a los animales de Miguel y el que daba a la parte del palacio. El conductor era un individuo alto y corpulento, de cuerpo esférico y espesa barba negra, que no paraba de recorrer la Explanada de un lado a otro, de lanzar tacos e improperios a los mozos de cuadra cada vez que pasaban por su lado con algún caballo y de quejarse del tamaño de los establos, de la calidad del forraje, de lo deficiente de la luz y del mal olor de las antorchas. Con aquellas nuevas caballerías en las casillas, todos los animales, nerviosos, relinchaban, piafaban y cocebaban los portillos y tabiques de separación. El negro garañón de Hagen se soltó y trotó a sus anchas por los pasillos, entre resoplidos y gañidos cuyos ecos devolvían las paredes.

Con ayuda de sus mozos de cuadra, Ismael lo acorraló y le puso una cabezada.

Volvía con él hacia su establo cuando el auriga de Cesarea se interpuso en su camino.

—¿Eso es uno de tus caballos? —preguntó en tono burlón, a través de los rizos del bigote, el conductor de Cesarea—. Creí haber oído que, en teoría, tu tiro era

bueno.

El negro semental bailoteó hacia un lado y erizó las orejas. Ismael le pasó el brazo por el cuello, le acarició la frente con la mano y mantuvo baja la cabeza del animal.

—Quitate de mi camino —dijo Ismael.

—¡No! —replicó el auriga de Cesarea con voz tonante; todos cuantos estaban en la cuadra volvieron la cabeza al oír aquel tono—. Eres tú el que se ha de quitar de mi camino, hombrecillo, en la pista, el día de la carrera. Cuidadito conmigo allí!

Se apartó para entrar en el círculo de sus compañeros, que le rodearon, le aplaudieron, le palmearon la espalda y le contemplaron con expresión arrobada. Ismael se alejó con el caballo negro. El soborno del príncipe Constantino se convirtió en un puñado de cenizas. Le importaba un comino que el casero le pusiera de patitas en la calle, dejaría clavado en la pista al tronco de Cesarea.

El laúd estaba desafinado. De aquel espanto cotidiano que era la lección de música, nada resultaba más tedioso que afinar el laúd. Filomela encorvó los hombros. Estaba sentada en un banco de mármol, debajo de una morera, esperando a Helena, y el instrumento yacía a su lado, símbolo de lo sublime y de lo femenino, elaborado a base de plata y madera de peral, y, para Filomela, fuente inagotable de infortunio.

La niña, sin embargo, disponía de una moneda con la que comprar una jornada de libertad que la eximiera de tal tortura; tomó la decisión de que aquél iba a ser el día. Amaba a la basileus, pero el laúd era algo insoportable de todo punto.

Alzó la cabeza. En medio de la redondez infantil se moldeaban ya unas formas más ahiladas, y a veces, de manera vacilante, la chiquilla, como quien se pone una máscara, probaba expresiones y actitudes de mujer; estaba haciendo el cambio, le había dicho la emperatriz, como si se tratara de un rito íntimo femenino, un antiguo misterio.

El cambio ¿a qué?, se preguntaba la pequeña. Vio que a través de las moreras se acercaba la alta y serena figura de la azafata principal y, en su cerebro, una voz dijo: —Eso-

Recogió el laúd y sus dedos pulsaron las cuerdas para tocar un tresillo, y, como si se percatara en aquel preciso instante de que el instrumento estaba desafinado, se inclinó aplicadamente sobre él, enarcadas las cejas.

—Bueno —dijo Helena, que llegaba ya—. No hace falta que te diga lo que vamos a hacer durante esta media hora.

Tomó asiento en el banco contiguo, bajo la siguiente morera, y dejó caer las manos sobre el regazo como si fuera algo de lo que ahora podía olvidarse.

Filomela tocó con las clavijas de plata.

—Temo romper alguna cuerda, Helena.

—Bobadas. Actúa con cuidado, niña.

—Sí, señora.

Con la peor de las intenciones, torció la clavija más y más, pero la cuerda no quería saltar. El valor se le fue acabando también; empezó a pensar en la moneda con la que podía comprar su escapatoria.

—Señora, ¿qué significa arreglar?

—No seas tonta, niña. Ya lo sabes. Reparar algo que se ha roto.

—Bueno —dijo Filomela, por encima del laúd—, debe querer decir alguna otra cosa, porque una carrera no puede romperse, ¿verdad?

Mantuvo baja la cabeza; no vio la reacción de la mujer ante sus palabras, pero Helena no dijo nada durante un buen rato, lo cual era bastante elocuente. Por último, se produjo un crujido de sedas, acompañado de una vanguardia de perfume, y Helena se sentó junto a Filomela.

—¿Dónde oíste eso?

—A unos hombres que estaban hablando. Eran sólo habladurías.

—¿Qué hombres?

—No estoy segura. No sé quiénes son, Helena. Sólo unos hombres.

—Ah, los muy canallas —dijo Helena.

Cogió a Filomela por una muñeca y la obligó a ponerse en pie.

—Vamos.

—¿Y mi lección de música?

—Me parece que hoy, diablillo, pasaremos por alto la lección de música.

Irene escuchó la historia de Filomela de espaldas a la niña y a la dama de honor; se alegró de esa circunstancia, ya que las manos empezaron a temblarle a causa de la violencia de sus sentimientos. Habían comprado la carrera; le habían planteado un desafío, ella lo aceptó honestamente y luego la habían engañado.

—Es posible —articuló, sorprendida de oír su propia voz expresándolo.

—Tal vez Filomela se lo ha inventado —dijo Helena—. Ya sabéis que su imaginación se desboca cuando la niña está ociosa.

—No —repuso Irene—. No me mentiría. ¿Me mentirías, Filomela? No.

La niña la miró a la cara, alta la barbilla.

—No estoy mintiendo, mama.

Irene las despidió con un movimiento de la mano.

—Podeis retiraros. Gracias por traerme la noticia.

Cuando hubieron salido, Irene desfogó su pasión con un juramento y un golpe furioso contra una colgadura. ¡Cómo se atreven! Los hombres, que siempre están blasonando del honor, la gloria y la nobleza del riesgo; los hombres, siempre pavoneándose de su superioridad respecto a las mujeres. Todo era falso. Ella siempre lo supo. Le tenían miedo, se vanagloriaban, hacían cabriolas, alardeaban y hablaban homéricamente, pero cuando ella les plantó cara, se acobardaron y recurrieron a comprar una victoria.

Bueno, ¿qué se podía esperar de un árabe?

Paseó de un lado a otro de la estancia, mientras se retorció las manos; antes de una hora tenía que asistir a la reunión de su consejo, para oír las noticias de la campaña contra los búlgaros. Para comprar la carrera, Ibn-Ziad tendría que comprar a Ismael, el campeón de los Verdes. Todo el arreglo, pues, giraba en torno a si podían sobornar a Ismael, lo lisiaban o acababan con él de alguna forma.

Irene ignoraba si ello era posible, pero Miguel lo sabía. Salió del Dafne y, sola, recorrió la pendiente de los extensos jardines del palacio, rumbo al Bucoleón.

Eran las primeras horas de la tarde y la mayoría de la gente estaba en sus hogares, descansando después del almuerzo y poniéndose a cubierto del sol. Era otro despiadado día de verano, tórrido y sin un sopío de aire, igual que un horno. Irene nunca permitió que las condiciones meteorológicas le afectasen; anduvo con paso vivo por los descendentes paseos de gravilla, bajó las escalinatas que llevaban a los niveles inferiores. Directamente frente a ella se alzaba el faro, una enorme columna resquebrajada, que elevaba su gran cubeta de bronce llena de carbones encendidos doce metros por encima de la punta del promontorio. Abajo, el mar extendía su superficie de seda arrugada. A la izquierda, el palacio de Bucoleón.

Miguel estaba tendido al sol delante de la fuente, boca abajo. Uno de sus esclavos le frotaba la espalda, aplicándole un masaje de aceite. Irene le contempló durante un momento, inmóvil allí. Miguel era una especie de talismán para ella; ganó el Cinturón de Oro por primera vez el mismo mes en que ella derrocó a su hijo Constantino y ascendió a la cumbre del poder absoluto y, en todo el Imperio, sólo el poder que Miguel tenía sobre las multitudes podía rivalizar con el poder de ella. Sin embargo, se compenetraban a la perfección. Él no quería más que caballos de primera y oponentes que le obligaran a esforzarse al máximo y sacar lo mejor de si mismo, y la multitud necesitaba un héroe en el que depositar sus esperanzas.

Irene se expresó en el dialecto de Atenas, que no había hablado en varios años:

—Bueno, bueno, sobrino carnal, ¿por qué malgastas las horas de sol dedicado a la holganza? Arriba: los días son cortos, la noche llega deprisa.

Miguel levantó la cabeza y torció el cuello para mirarla. El esclavo dio un salto hacia atrás de cosa de un metro y se puso a gatas. El príncipe se apoyó en un codo y se echó una sábana por encima de la desnudez.

Irene cubrió la mitad de la distancia que los separaba y permaneció de pie, con la vista sobre Miguel.

—Necesito tu opinión, querido —dijo—, pero lo que voy a decirte puede que derive en el destrozo de tu cena, me temo.

—¿Ah, si?

—¿Sería posible sobornar a Ismael?

—¡Ismael! —Se sentó, vívida la cólera en su rostro—. ¿Quién ha intentado comprar a Ismael? —De súbito, respiró hondo, y por su semblante cruzó una expresión de repentino entendimiento. Apoyó las manos en las rodillas—. Oh... si.

—¿Se le puede sobornar? —insistió Irene, firme el tono.

Miguel le disparó una mirada tenebrosa.

—Dios, era un día estupendo, hasta que apareciste dispuesta a estropearlo con tus juegos de poder.

La emperatriz le dirigió un bufido. Le colgaban los brazos a los costados; a diferencia de Miguel, ella no necesitaba ningún agente físico para manifestar su poder; permaneció erguida sobre él, fulgurante, resplandeciente en su túnica dorada.

—Creas un mundo falso cuando crees que esto es cosa sacada de juegos de poder.

Contéstame.

—No. ¡Dios! ¡Dios! Aún no han extraído del subsuelo la suficiente cantidad de oro, basileus, que compense a Mauros-Ismael de la pérdida de una sola carrera. Pero si lo han intentado..., lo comprobaré. Ahora comprendo por qué últimamente se comportaba como se comportaba.

Irene le sonrió, radiante.

—¿Le crees, entonces, a prueba de corrupción?

—Como me conozco a mi mismo.

—Gracias.

Irene dio media vuelta y se alejó.

Rutilaba el sol en la parte occidental del cielo. La basileus tenía que asistir a la reunión del consejo, y la hora volaba; se apresuró escalones arriba y ascendió por la cuesta del promontorio. Bajo las gruesas prendas, la piel se fundía en un viscoso limo de sudor. Atravesó el jardín de palmeras y tuvo que hacer un alto en la grada siguiente, junto a una fontana, para recobrar el aliento. Le temblaban las piernas. Había experimentado lo mismo en otras ocasiones anteriores, lo recordó e hizo acopio de fuerzas, dispuesta a continuar a toda costa. Se precipitó hacia el Dafne como una liebre que corriese hacia el abrigo de su madriguera.

En el borde del patio pavimentado, delante de su entrada particular, se había congregado un grupo de mujeres. Se lanzó entre ellas ciegamente, se abrió paso sin contemplaciones, hacia la puerta, y las mujeres se esparcieron. Sus voces repicaron en los oídos de Irene. Se había quedado sin aliento y los latidos de su corazón eran como las pisadas de alguien que pateara el suelo. Llegó a la puerta y se deslizó al interior del palacio.

El dolor la atacó. Se abatió sobre ella como una halcón que hubiese descendido en picado desde el centro del sol, para hundirle las garras en el esternón y apabullaría con su peso. Llegó a la sala matinal y allí se dejó caer encima de un sofá.

Llegó Helena. Querida Helena.

—¡Oh, Dios mío, Dios mio...!

Irene cerró los párpados. Cuando se echaba allí, el dolor desaparecía. Siempre desaparecía. Si permaneciese tendida allí el tiempo suficiente, también desaparecería ahora.

Aún lo tenía aferrado a ella, un peso como el de un yunque le aplastaba el pecho.

Percibió la presencia y los murmullos de las damas que la rodeaban, y oyó a Helena conminarías a retirarse. Helena tenía manos de ángel. El instinto médico de Esculapio.

En torno a Irene se hizo un silencio curativo, una sensación de seguridad absoluta.

Cerró los ojos, perdida en el dolor.

—Llevamos aquí más de una hora —observó el parakoimomenos

Los demás volvieron hacia él sus blancos semblantes, pero nadie formuló el menor comentario. En el rincón, Nicéforo se inclinó sobre el tablero de ajedrez y, adormilada pero meticulosamente, movió un caballo.

—¿Dónde están las mujeres? —El gran drungario iba de un lado a otro por el centro de la sala—. La dama Helena seguro que sabe...

—Helena no dirá nada.

El parakoimomenos dio una zancada hacia adelante. Más alto que todos los demás, estirado y estilizado por su deformación, parecía una figura de cera, reblandecida por el calor. Nicéforo desvió la mirada prestamente, revuelto el estómago.

—Debemos pedir que nos reciba. —En el centro del grupo, el parakoimomenos giró sobre sí mismo y onduló en el aire el vuelo de su manto—. Hemos de verla. Si está... Que Dios se apiade de nosotros... Si va a... pasar a mejor vida...

—¡No! —Nicéforo se puso en pie y avanzó hacia el grupo, nada deseoso de escuchar aquellos augurios—. Es la basileus. Hemos de tener fe en ella, la misma fe que tenemos en el propio Imperio. Nos informará de lo que crea conveniente hacernos saber.

Hasta para él resultaban aquellas palabras una queja débil y poco convincente ante la tormenta. Se llevó las manos a la cara. ¿Era posible que Irene estuviese agonizando?

Se había entrevistado con ella durante el desayuno, cuando trataron de la conveniencia de presionar a los monasterios para que cediesen una parte de su tesoro. Tenía buen aspecto, saludable incluso. Nicéforo había conocido personas a las que el cólera se llevó de este mundo en menos tiempo del transcurrido desde que él viera por última vez a la basileus aparentemente rebosante de lozanía; en pleno verano, cuando la peste ataca con más saña, hombres jóvenes y robustos pasan de la flor de la vida a la condición de cadáveres ennegrecidos en cosa de doce horas.

Pero no Irene. Irene no.

La emperatriz avanzó entre ellos, en medio de un silencio que el rumor de sus pasos, apagado por la espesura de la alfombra, no hizo más que acentuar. No tocó a ninguno de aquellos hombres. Nicéforo pensó: ~¿Nos habrá oído?".

—Parakoimomenos.

Al llegar al fondo de la sala, la basileus dio media vuelta rápida y la falda de la túnica giró en el aire, resplandeciente al recibir los rayos de sol que penetraban por la ventana abierta a su espalda.

—Si, augusta —respondió el eunuco.

—Dime, ángel mio... ¿todavía tienes emperatriz?

Los había oído, pues. Nicéforo agachó más los hombros, casi tocaban ya la alfombra.

El tono de voz del mayordomo resultó media octava más alto de lo normal.

—Augusta, predilecta de Dios, sólo vos sois la gloria del Imperio...

—¡Silencio!

Hubo silencio.

—¡Yo soy la basileus! —gritó Irene y, detrás de Nicéforo, alguien gimoteó.

El parakoimomenos farfulló:

—Augusta, predilecta de Dios, sólo pretendíamos...

—¡Silencio!

La mejilla de Nicéforo se apretaba contra la alfombra. El tesorero pensó: "No se manifestaría tan colérica si no estuviese asustada", y el corazón le dio un vuelco. ¿Perdía Irene su hechizo? Alzó la cabeza cautelosamente para mirarla.

Estaba erguida allí, envuelta en los resplandores del sol, sus galas relucían con tal brillo que los ojos de Nicéforo se deslumbraron. Enhiesta sobre él, la emperatriz parecía recién descendida del Cielo. Irene levantó un brazo y el administrador general tembló ante la amenaza.

—¡Soy la basileus! —voceó Irene de nuevo, y todos respondieron a coro:

—¡Salve, augusta, predilecta de Dios, par de los apóstoles, salve!

La emperatriz bajó el brazo, aplacada. Ahora, entre parpadeo y parpadeo, Nicéforo pudo distinguir sus facciones detrás del velo dorado de la luz solar: vio los ojos magníficos, muy abiertos y rutilantes de vida, y se sintió furioso consigo mismo por haber dudado de ella.

—Podéis incorporaros —concedió Irene.

Igual que los demás, Nicéforo se puso en pie, agradecido por el hecho de que Irene hubiese recuperado su temple; a él le abatía verla a ella abatida.

Ahora, tal como tenía por costumbre, la basileus se mezcló con sus funcionarios, fue de un hombre a otro, los saludó uno por uno, tocó a cada uno de ellos... Miró a Nicéforo a la cara y le sonrió; el tesorero bajó los ojos, alentado por aquella aceptación. Irene le tocó el brazo: una presión que él continuó sintiendo mucho tiempo después de que la basileus se hubiese alejado.

Irene llegó al parakoimomenos. No posó la mano sobre el eunuco, ni tampoco le sonrió.

—Ángel mío —preguntó Irene—, ¿no fue tuya la idea de que hiciese una apuesta con Ibn-Ziad sobre el resultado de la carrera?

—Si, augusta, predilecta de...

—Entonces, dado tu interés, ¿no resultaría divertido, quizás, que intercambiásemos la apuesta, en cuanto a los ganadores de la prueba?

—Augusta...

—Yo apostaré por Ismael y tú por el tronco de Cesarea.

—Augusta.

—Sí. Y la apuesta, ángel mío...

Irene alargó la mano y dio un tirón al ceñidor que rodeaba la cintura del mayordomo, hecho de eslabones de oro y que simbolizaba su cargo en el servicio imperial.

—La apuesta es tu cinturón, ángel mío.

—Augusta, yo...

Irene se irguió, airada.

—¿Aceptas?

—Yo...

El eunuco estaba blanco como el marfil y, de pronto, se puso rojo como una criatura recién nacida. Susurró algo.

—¡Más alto!

—¡Acepto!

—Excelente.

La emperatriz dio media vuelta y echó a andar hacia su sitio. Detrás de ella, los miembros del consejo permanecieron rígidos. Todos los ojos caían sobre el parakoimomenos. Como un solo hombre, los hombres se movieron, apartándose de él, dejándole aislado como si tuviera la peste y fueran anunciando su presencia a golpe de campanilla.

La basileus se situó frente a ellos: un fúlgido icono.

—¡Se abre la sesión del Consejo!

La basileus bendijo al pueblo y se inició el desfile de los participantes en la primera manga. Sonriente, Irene tomó asiento en el extremo de la parte delantera del palco imperial, rodeada de sus damas y con la pequeña Filomela en el halda.

Por la puerta del fondo de la tribuna entraron dos pajes cargados con guirnaldas, saludaron con una reverencia y procedieron a esparcir las flores por el suelo del palco.

Después, tras una inclinación, se volvieron para acompañar a su señor. Resonó la estridencia de las trompetas y el emisario del califa hizo su entrada.

Lucía una larga y magnífica túnica, con una banda de encaje dorado, y, en la cabeza, turbante de varios pliegues. Le escoltaba el príncipe Constantino, que, en comparación, parecía ataviado con ordinaria sencillez: una figura de la nobleza provinciana.

La basileus los observó con aire grave, mientras llenaban el palco con su charla y susjactancias masculinas. La camaradería con que se trataban despertó en Irene algo más que sospechas. Tres o cuatro servidores del embajador se afanaron por la tribuna, colocaron diversos cojines en la silla de su amo y, cuando el señor se sentó, se alinearon detrás de él.

Todos, excepto uno, que llevó un pequeño cofre de plata al emisario del califa, que se hizo cargo del mismo y se lo puso sobre las rodillas.

—Mi parte de nuestra apuesta —declaró Ibn-Ziad, a la vez que levantaba la tapa del cofre.

Todos dejaron escapar una exclamación maravillada, todos menos la emperatriz.

El cofre estaba lleno hasta el borde de joyas, la mayoría pulidas, aunque sin engastar, mezcladas con perlas tan luminosas como la luna. Irene alargó la mano e introdujo los dedos en aquel rutilante conjunto, elevó la palma y dejó que las gemas resbalasen de nuevo al interior del cofre; era una forma elegante de comprobar que la arqueta estaba llena. Al otro lado de aquella fortuna, el hombre del califa le sonrió, brillantes las pupilas como piedras preciosas.

—Helena —llamó la emperatriz, y alzó una mano.

La expectante dama se adelantó. Llevaba algo cubierto con un paño de terciopelo. Irene asintió con la cabeza y retiraron el paño.

Posado en una rama de jade verde apareció a la vista un pájaro de oro, cuyos ojos eran un par de rubíes y cuyo pico y garras estaban hechos de alabastro; esmaltes verde y azul recubrían las alas. Irene tocó la base de la rama y el ave volvió la cabeza, extendió las alas, abrió el pico y empezó a cantar.

Al embajador del califa se le borró la sonrisa. Los ojos amenazaron con salirse de las órbitas y todos los miembros de su cortejo emitieron gritos de admiración, alzadas las manos.

—¡Un portento!

—Una pequeña muestra del trabajo de nuestros artesanos —explicó Irene. El pájaro volvía a plegar las alas y Helena lo recogió y lo puso en el taburete situado a la derecha de Irene.

En la pista, los tiros se acercaban a la cinta. Irene se inclinó hacia adelante, con la mano apoyada en la baranda. Por el rabillo del ojo observó que Constantino y el emisario del califa se recreaban hablando del premio que la basileus les ofrecía. Ella sonrió, en honor de su pueblo, aguda la mirada, sin pestañear los ojos, fijos en las cuádrigas alineadas abajo.

El príncipe Miguel presenciaba la carrera desde el portón de los establos. Aborrecía ver las pruebas en las que participaban otros corredores y generalmente le tenían sin cuidado, pero deseaba comprobar con sus propios ojos si Ismael se había dejado sobornar para ceder la carrera al tronco de Cesarea.

Mientras las cuádrigas se aproximaban a la cinta de salida, la envidia hizo un nudo con los intestinos del príncipe Miguel, que engarfió los dedos y en un tris estuvo de dar media vuelta y marcharse, incapaz de sufrir el ver a alguien haciendo algo por lo que él se perecía. Se obligó a mantenerse impasible. Estuvo mirando a los tiros situados en la cinta de salida hasta que le dolieron los ojos y todas las figuras se disolvieron en una mancha de luz oscilante.

—¡Yiaaaaaah!

Cayó la cinta. Cuando los caballos se lanzaron hacia adelante, la multitud estalló en un rugido que hizo temblar el hipódromo.

Miguel gritó también, sin darse cuenta. Junto con la mitad de los mozos y aprendices, se adelantó hasta la arena para ver a las cuádrigas pasar y alejarse a toda velocidad por la pista.

Los caballos llegaron a la curva y desaparecieron de la vista. Miguel apretó la espalda contra el muro, fija la mirada en la salida de la curva más próxima, por donde volverían a aparecer. De la muchedumbre llegaban oleada tras oleada de gritos de ánimo.

Miguel tuvo la impresión de que transcurrían horas antes de que los animales doblasen la curva y se disparasen por la recta de tribuna.

El tronco de Cesarea iba en primer lugar, corría por la parte interior, pegado a la cuerda, y el auriga empleaba el látigo con furia. Las pálidas crines y colas de los caballos parecían estelas al viento; el sudor oscurecía los costados áureo rojizos de los animales. A medio cuerpo de distancia, con la cabeza a la altura del conductor de Cesarea, corrían las caballerías grises y negras de Ismael.

Isamel no empleaba el látigo. Iba inclinado sobre la barra de la cuádriga, con las riendas sujetas con mano firme y los pies bien asentados en el piso del vehículo. Se dirigía a sus caballos llamándolos por su nombre. Los animales le oían. Levantaban las orejas para captar su voz y, centímetro a centímetro, recuperaban terreno a los castaños dorados.

Los otros dos tiros estaban ya fuera de competición. Pero no se habían retirado.

Uno detrás de otro, corrían por la cuerda, en fila india, mientras se ampliaba cada vez más el terreno entre ellos y la parte trasera de la cuádriga de Ismael. Miguel meneó la cabeza en leve movimiento. Los dos tiros de retaguardia representarían un problema al cabo de un par de vueltas. Se acercaron entonces a la curva, la tomaron y volvieron a perderse de vista.

Los ojos de Miguel se trasladaron a la salida de la curva del extremo próximo de la pista; contuvo la respiración. A su alrededor, los hombres soltaban tacos en voz más bien plañidera e invocaban a sus troncos para que apareciesen cuanto antes por la curva. El público chillaba a ráfagas. Los rugidos disminuían ligeramente y en seguida aumentaban el volumen hasta hacerse ensordecedores.

Los caballos asomaron finalmente por la curva, los castaños pajizos en cabeza, con unos escasos treinta centímetros de ventaja. El tiro de Ismael reaccionaba. Con

trancos que apenas tocaban la arena volaban por el centro de la pista, decididos a tomar la delantera.

El auriga de Cesarea lanzó un vistazo rápido a Ismael y recurrió de nuevo al látigo. Los caballos respondieron. La espuma se desprendía de sus cuellos; las cabezas se estiraban casi en horizontal; resistieron el ataque de los negros y grises de Ismael hasta la curva siguiente, donde la vuelta les permitió un respiro momentáneo. A muchos largos por detrás, distanciados y sin esperanza, los otros dos trancos continuaban con su inútil esfuerzo.

—Parece que el de Cesarea se va a llevar el triunfo —comentó alguien, detrás de Miguel.

El príncipe no dijo nada. Después de todo, aún quedaban dos mangas. La multitud había reanudado su griterío, y allí estaban otra vez los dos trancos de cabeza, tomando la curva a toda velocidad. Si Ismael iba a entregar la carrera, allí era donde le resultaría evidente al ojo de un experto.

El tronco cesareo seguía sin ceder cuando salió de la curva, con Ismael acosándolo.

Ahora iban cabeza con cabeza. Los castaños se cansaban. Al encarar la recta de tribuna se desviaron hacia el centro de la pista, pero, como corría por la parte exterior, a Ismael no le era posible coger la delantera. Empeñados en su batalla, los dos tiros alcanzaron la curva del fondo y desaparecieron de la vista, mientras las otras dos cuádrigas aparecían por la curva cercana, con los aurigas renunciando a la lucha.

Se daban cuenta de que habían perdido; aflojaban el paso, tomándose con tranquilidad. Miguel silbó en tono bajo. Los aullidos de los espectadores cambiaron ligeramente, chispeados por las risas burlonas, saturadas de alegría denigrante para los perdedores.

Los trancos rezagados aún estaban en la recta cuando los dos de cabeza doblaban nuevamente la curva y se les acercaban con rapidez. El de Cesarea había recuperado la cabeza y llevaba casi medio cuerpo de ventaja. Sorprendido, Miguel dejó escapar un grito. Ismael se estaba dejando ganar; iba a ceder la carrera, se inclinaba hacia atrás, flojas las riendas, con los caballos reduciendo el ritmo de su zancada. Disparado, el tiro de Cesarea avanzaba como un alud.

Pero los trancos perdedores le obstruían el paso. El conductor de negra barba los azotó con el látigo y los dos tiros doblados se desviaron hacia la derecha, a fin de dejarle espacio. Chilló la multitud. Miguel lanzó un grito de júbilo, encantado, al ver la maniobra de Ismael. Al apartarse las cuádrigas más lentas, los caballos de Cesarea perdieron el ritmo; vacilaron, e Ismael, que llevaba sus animales a tren, concediéndoles un momento de descanso, los volvió a arrear y, súbitamente, los condujo hacia la parte interior de la pista y los lanzó disparados entre la cuerda y el tronco de Cesarea, entre los que iban a acabar en último lugar y la curva. Y no sólo

tomó la cabeza, sino que sacó seis largos de ventaja.

Miguel rugió; se golpeó el muslo con los puños.

—¡Qué auriga!

Estalló en carcajadas y agitó los brazos, sin pensar en quién era, sin pensar en que podían estar observándole, y cuando Ismael salió de la curva y cubrió la recta final, claro vencedor de la prueba, Miguel se dispuso a ir a su encuentro.

Se acordó a tiempo; pudo dominarse. Echó los hombros hacia atrás, aguantó el impulso y, alta la cabeza, permaneció por allí, cerca del portón, mientras los aprendices pasaban corriendo por su lado y se arremolinaban en torno a Ismael, dando saltos, vitoreándole y acompañándole de vuelta a los establos.

—Buena carrera —apreció Miguel, en tono normal, e Ismael le sonrió, como un niño, con ojos como platos. Entraron en las cuadras.

Llegaron a continuación los caballos de Cesarea, colgantes las cabezas. Como grandes animales de competición, comprendían que eran los perdedores. Su conductor maldijo y gruñó a sus palafreneros.

—¡Ha hecho trampa! ¡Me ha engañado! Exijo que se repita la carrera.

—Gana la siguiente manga, pues —dijo Miguel, y ocultó su sonrisa adentrándose por la penumbra de los establos.

La muchedumbre se apaciguaba. Una conjunto de malabaristas había salido a la arena para entretener al público durante el intervalo entre aquella manga y la siguiente. Irene se echó hacia atrás en el asiento. Una de sus azafatas le sirvió una copa de vino y la emperatriz la alzó en leve saludo al embajador del califa.

—Una manga magnífica —articuló el emisario friamente.

Lanzó una fugaz y áspera mirada al príncipe Constantino, que miraba atentamente a otro sitio. Se amplió un poco la sonrisa de Irene. Se preguntó qué habría corrompido a su primo Constantino.

—Naturalmente, ese Ismael es de sangre árabe —comentó el embajador.

—Es ciudadano de Roma —puntualizó Irene.

—Comprobaremos si ello ha diluido su habilidad.

—O si la ha concentrado, tal vez. —Los ojos de Irene no se apartaban del príncipe Constantino. Dijo en tono uniforme—: Aunque el ciudadano romano, incluso el de sangre noble, tampoco puede estar hecho a prueba de mal juicio, pecado y traición.

El príncipe Constantino se aclaró la garganta.

—No es más que una carrera de cuádrigas. —Su mirada pasó por encima de la baranda del palco, para descender hacia los malabaristas—. Ahí va un romano digno de su nombre —dijo, al tiempo que señalaba con el índice.

El público también había reparado en él y elevó su inmensa voz en retumbante saludo de bienvenida a su ídolo. El príncipe Miguel dirigía su tronco hacia la pista.

—El cinturón de oro —dijo Irene.

El campeón conducía sus caballos con una mano. Con la otra levantaba en el

aire la insignia de su clase, su cinturón de eslabones de oro. Lo mantenía por encima de la cabeza, extendido el brazo en toda su longitud. Los animales piafaron y retozaron moviendo sus patas delanteras, protestando porque se les llevara a un paso tan tranquilo, así que Miguel los soltó un poco y se encaminaron al centro de la pista, curvados los grandes cuellos contra el bocado, enhiestas las colas.

El público le adoraba. Voceaban su nombre y el nombre de sus caballos; movían el cuerpo y agitaban los brazos cuando pasaba, como si el aire de su paso los inclinara como troncos de árboles jóvenes, y una lluvia de flores caía sobre la arena de la pista.

Miguel dio otra vuelta al hipódromo y refrenó los caballos al acercarse al portón, pero el entusiasmo desbordado del público le obligó a cubrir el circuito otra vez, y proporcionó a sus incondicionales lo que deseaban.

—Dicen que en la memoria humana no hay auriga que pueda rivalizar con él —dijo el hombre del califa—. ¿Podría verle correr?

—Quedaos y lo veréis —repuso Irene—. Cuando hayan terminado las pruebas eliminatorias y tengamos los competidores clasificados para correr contra él.

—¿Cuándo? —terció, presto. Constantino.

—Ya lo decidiré —sonrió Irene.

—Ahí salen —observó el hombre del califa, en tono excitado, y estiró el cuello.

Por el portón de las cuadras salieron los troncos, en fila india; primero el último clasificado. Vítores y gritos de ánimo acogieron a cada uno de los tiros, pero la aclamación que recibió el primero no fue nada en comparación con los alaridos, ovaciones y vítores que atronaron el aire al aparecer los caballos grises y negros de Ismael.

Ocuparon sus puestos tras la cinta de salida y la muchedumbre se acalló.

Empezó la carrera. Los tiros corrieron pista adelante, hacia la primera curva, y los caballos más lentos se mantuvieron en la parte interior. Los troncos que corrían por fuera se adelantaron en mitad de la recta, rueda contra rueda, cabeza junto a cabeza.

Los castaños cesareos, por dentro respecto al tiro de Ismael, contaban con la ventaja de correr más cerca de la cuerda y tener que cubrir menos distancia, por lo que salieron de la curva con medio cuerpo de delantera. Los caballos de Ismael plantaron batalla y fueron recuperando terreno, centímetro a centímetro, de forma que, al entrar de nuevo en la curva, los dos tiros iban a la misma altura.

Una vez más, la ventaja de correr por la parte interior dio la cabeza al tronco de

Cesarea; una vez más, los animales de Ismael recuperaron en la recta el terreno perdido. Los otros participantes ya no contaban. Esta vez, sensatamente, se apartaron a un lado y dejaron que las dos cuádrigas de cabeza les adelantasen.

Ambas cubrieron dos vueltas más, volando una junto a otra, codo con codo, zancada por zancada, con la distancia abriéndose en la curva, para reducirse a la

nada en la recta. La multitud rugía y gritaba el nombre de Ismael. Los caballos de éste respondieron y, en la quinta vuelta, cuando doblaron la curva sólo perdieron medio largo.

Los castaños ya no daban más de sí y empezaron a ceder. En la recta siguiente el tronco de Ismael tomaría la delantera.

El auriga de Cesarea también lo comprendió así; volvió la vista hacia las cabezas grises y negras que corrían a su altura, levantó entonces el látigo, fustigó en la grupa a sus castaños y luego, girando bruscamente, dio un trallazo en la cara a los caballos de Ismael.

El público lanzó al aire un vocerío de dolor, como si aquel látigo hubiese caído sobre sus propios ojos. Los animales de Ismael titubearon y agitaron la cabeza. A Irene se le escapó un juramento, se incorporó en la silla y apretó los puños. Solo, el ganador, el tronco de Cesarea, cruzó la línea de llegada mientras los caballos de Ismael lo hacían después, al paso.

Irene volvió a sentarse. Endurecidas las pupilas, fulminó al hombre del califa con una mirada centelleante.

—¿Qué es esto..., ganar a toda costa?

El embajador se encogió de hombros.

—Es una forma de guerra, ¿no?

A su lado, el príncipe Constantino se fue retirando poco a poco, mientras miraba a otro lado.

—Veremos el éxito que tienen tales tácticas —dijo Irene—. Mi corazón sigue estando con Ismael.

—Si —comentó el hombre del califa en tono sosegado—. La obra de arte que apostáis, sin embargo, es posible que tenga pronto otro dueño... ¿Qué caballos son capaces de recobrase de semejante golpe?

—Ya veremos —dijo Irene.

El alero exterior, el de pelaje gris oscuro, estaba entre Ismael y su caballerizo, agachada la cabeza; el latigazo le había rasgado la piel de la cara, entre los ojos. Ismael acarició con ambas manos el tembloroso cuerpo del animal. Sólo disponía de escasos momentos para poner al caballo en condiciones de volver a competir.

—Pásame un cepillo. ¿Se recuperan los otros?

Los mozos de cuadra le contestaron desde el fondo del pasillo; los demás animales no habían sufrido ningún daño. El palafrenero encargado del gris le llevó un cepillo, un cubo y un paño suave. Ismael procedió a eliminar la arena pegada al pelo gris empapado de sudor.

Mientras limpiaba al animal, Ismael le recordó de viva voz el arrojo y el orgullo de sus antepasados, le habló de sus propias victorias, y el caballo erizaba las orejas, atrás y adelante, escuchándole. Poco a poco, sus temblores se calmaron. Caída la cabeza, la sangre goteaba de sus mejillas. El mozo llegó con un paño y le limpió la cara.

—No puede correr. ¿Cómo va a correr tuerto como está?

Ismael se hallaba de rodillas, frente al caballo, dedicado a cepillarle las patas delanteras.

—Tráeme un pañuelo.

Su mano descendió por los alargados tendones de la parte posterior de las finas patas negras, con intención de localizar cualquier arqueamiento, fallo o indicio de debilidad, pero el caballo parecía bastante sólido.

—¡Alto! Oyó al auriga de Cesarea, que hablaba en el pasillo contiguo, ahora en tono más y satisfecho, gracias triunfo. Los labios de Ismael se separaron de los dientes y soltó un taco en voz baja; el caballo alzó la cabeza y resopló, al notar el cambio experimentado por el tono de Ismael. Éste se incorporó. Pasó el brazo alrededor del esbelto cuello del animal y apretó la cara contra la plana mejilla.

—Ganarás. Le superarás. Acuérdate de tu padre, que corrió por la pista hasta que se le reventó el corazón. Acuérdate del gran Jarayún, tu tatarabuelo, que corrió ocho mangas en un solo día.

El caballo emitió un conato de relincho y su cuello se dobló, recuperando el orgulloso arco de su raza. Reapareció el mozo con el pañuelo: un metro de seda amarilla.

—Tenemos que empezar a engancharlos, si vamos a salir para la última manga.

—Engánchalos —ordenó Ismael.

—Este no volverá a correr hoy, Ismael. Le han dejado sin ánimo.

—No. Echale una mirada.

El caballo alzó la cabeza; su frente presentaba una amplia abertura en la piel y la sangre se había coagulado en los bordes de la herida y en las protuberancias. Las nubes de moscas se precipitaban sobre aquel punto. Ismael las ahuyentó. El mozo de cuadra murmuró al caballo palabras tranquilizadoras, alargó la mano y la bestia proyectó las orejas hacia adelante y pateó el suelo.

—Puede que tengas razón.

—Tengo razón.

—Si te equivocas, dejarás destrozado a todo el tronco.

—Correré —insistió Ismael, apretados los dientes—, ¡y ganaré! Ahora, haz lo que te digo, engancha los otros caballos y vuelve a por éste cuando te llame.

El palafrenero se alejó por el pasillo.

—Eh, eh, viejo amigo. —Ismael pasó el pañuelo por la cara del caballo y le tapó ambos ojos—. No necesitas los ojos para nada. Has cubierto esa pista miles de veces y ya sabes quién corre contigo. Confía en tus hermanos, confía en ti mismo y dame cuanto puedas darme. Olvidate de tu cara, viejo amigo.

Anudó fuertemente el pañuelo alrededor de la cabeza del caballo y, con gran alivio, observó que el animal se recobraba un tanto, levantaba la cabeza y sus orejas iban de un lado a otro, tiesas. Volvió a alzar las patas delanteras para golpear el piso,

resopló y frotó el cuerpo de Ismael con los ollares.

Ismael pasó los brazos en torno al lustroso y negro cuello, lo abrazó y le dijo al oído:

—Escúchame, atento a las riendas, viejo amigo. Ganaremos otra vez, tú, tus compañeros y yo, sólo con que tengas fe y, al derrotarlos en toda la línea, vamos a romper el corazón a esos hijos de mala madre.

El caballo volvió a soltar un bajo relincho. Ismael lo condujo al punto donde se encontraban los demás.

Al subir a la cuádriga estaba tan nervioso como la primera vez que había corrido.

Tomó las riendas en las manos y separó y estiró las tiras de cuero entre los dedos.

El corazón le latía con fuerza. Era una locura intentar aquello; los caballos, tan maltratados, se arrugarían ante el látigo del conductor de Cesarea; haría el ridículo y destruiría su tiro. Levantó las riendas y habló a los animales.

Respondieron. Criados para derrochar valor y desarrollar velocidad, los desafíos eran su vida y, animados por el sonido de la voz de Ismael, avanzaron hacia el portón, la cuña de luz y la pista.

En cuanto salieron, el público se puso en pie y un aplauso atronador saludó su aparición en el hipódromo, y también eso espoleó a las caballerías; hasta el animal de pelaje gris oscuro, con la cabeza rodeada por un pañuelo amarillo, empezó a piafar. Marcharon pista abajo. Las multitudes clamorosas les encantaban tanto como ellos a la muchedumbre. Ismael comprobó que el cansancio los abandonaba; irguieron la cabeza mientras tascaban los bocados. Ismael tiró de las riendas, al tiempo que les dirigía la palabra.

Al haber vencido en la última manga, el conductor de Cesarea saldría por la parte exterior; las otras dos cuádrigas se habían retirado. Ismael se enfrentó a la larga recta, de cara a la arena, una superficie de partículas de oro, y a la muchedumbre que se removía, agitaba los brazos y vociferaba.

—Quitate de en medio cuando vaya a ocupar la cabeza —dijo el auriga de Cesarea, y soltó una risotada.

Ismael le dirigió una mirada larga y desenfocada. Levantó las riendas y cayó la cinta.

Los caballos se lanzaron hacia adelante. Durante un segundo, Ismael percibió que el alero exterior vacilaba, pero los del otro lado reaccionaron, le apoyaron y el animal siguió con ritmo y energías renovados. Llegaron a la curva junto con el tronco de Cesarea e Ismael tiró levemente de las riendas para aflojar un poco la marcha y mantenerse a la altura de la otra cuádriga.

El conductor de Cesarea rugió. Hizo chasquear la tralla en el aire y fustigó los lomos de sus castaños, para luego inclinarse lateralmente y azotar también a los caballos de Ismael. Éstos se lanzaron a la carga. Con el fuego del látigo aún

abrasándoles el cuerpo, continuaron adelante, sin hacer caso, impulsados tanto por su enorme corazón como por sus patas. Doblaron la curva y atacaron la recta, mientras Ismael seguía manteniéndolos al mismo nivel que los de Cesarea, cabeza contra cabeza, a pesar de que hubiesen podido muy bien ponerse por delante.

El otro auriga también lo sabía. Disparó una mirada feroz a través del espacio que los separaba. Se inclinó sobre sus caballos, apremiándolos. Zancada tras zancada, cubrieron velozmente la recta inmediata y tomaron la curva.

Cuando entraban en ella, sucedió lo que Ismael había estado esperando: los caballos de Cesarea empezaron a desviarse ligeramente, demasiado rendidos para seguir la línea de la pista. El conductor cerró los puños con fuerza alrededor del cuero de las riendas, tiró de ellas y eso hizo que los animales aún se apartaran más de la línea.

Mientras los chillaba para que mantuvieran el paso, intentó enderezar su rumbo y condujo los castaños más próximos a él a través del hipódromo.

El auriga de Cesarea se percató de lo que iba a ocurrir. Fustigó al tiro de Ismael; levantó el látigo y golpeó al propio Ismael. La larga tira de cuero se enrolló en torno a la cintura y el pecho de Ismael, se tensó y produjo una sacudida que hizo perder el equilibrio al conductor cesareo.

Soltó la tralla, soltó las riendas. Gemebundo, se aferró a la barra de su cuádriga, que traqueteaba demencialmente a través de la pista; los caballos la llevaron hasta el muro de la parte exterior y, después, viraron hacia dentro. Se agarraron las ruedas del vehículo. Ismael fustigó a los castaños para que se apartaran de su tronco y, galopando a la deriva, sin la dirección de las riendas, lanzados y enloquecidos, los animales de Cesarea viraron nuevamente y el alero exterior fue a tropezar contra el muro.

El caballo se vino abajo. Los demás se vieron arrastrados también al suelo y la cuádriga, cuya velocidad era excesiva para un frenazo en seco, se estrelló contra los cascotes de las caballerías y lanzó por el aire al auriga, que acabó cayendo de bruces sobre la arena.

La multitud lanzó al unísono un grito alborozado. Rugiente de júbilo, el público se puso en pie y aclamó a Ismael mientras cubría la última vuelta, solo, con los caballos recorriéndola a un galope tranquilo y pausado, altas las cabezas, enhiestas las colas como estandartes, hasta cruzar la línea de meta erigidos en vencedores.

Al anoecer, Miguel cenaba sentado en el patio del Bucoleón, junto a la fuente; le atendía un solo sirviente. Tomaba un trago de vino cuando apareció su tío Constantino, que pasó por delante de la fuente y se le aproximó.

—¿Qué haces aquí? —interpeló Miguel, gélida la voz.

Constantino se detuvo en seco.

—Hablas como si no desearas verme.

—Pues, no.

—Pero... ¿qué...?

—¿Intentaste sobornar a Ismael para que se dejase ganar en esa carrera?

Los párpados de Constantino se abrieron y cerraron varias veces. Aventuró una risa falsa y desprovista de humor.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Ismael? Es un embustero.

—No quiero volver a verte más por aquí, no alrededor de mis caballos, ni cerca de mis mozos de cuadra, tío. Fuera.

De nuevo la resquebrajada risa.

—No lo dices en serio.

—Lo digo en serio. Vete.

—Pero...

—Corrompiste las carreras —acusó Miguel, con un arrebato de calor haciéndole hervir la sangre—. Aunque fracasaras en tu intento de comprar una prueba, has lanzado la sospecha sobre las carreras. Ahora nadie presenciara una competición sin preguntarse, aunque sólo sea fugazmente, si no estará amañada. Me has desacreditado. Vete.

El rostro de Constantino se puso rojo y los labios empezaron a temblarle.

—¿No te estás volviendo un poco mojigato, Miguel? —preguntó—. Quiero decir que, seguramente, cierta tolerancia...

—Eso no va conmigo —saltó Miguel, y avanzó hacia su tío, apretados los puños—. No sufriré baldón alguno sobre mi nombre, Constantino, ¡mi honor tiene que ser perfecto, inmaculado, o no tendré honor!

—¡Tu honor! No fue más que una carrera, Miguel... —El príncipe le abofeteó la cara, dos, tres, cuatro veces, con toda la violencia que pudo—. ¡Fuera de aquí!

Constantino dio paso atrás, tambaleándose a causa de los golpes; brillantes los ojos.

No dijo nada más. Giró sobre sus talones y se perdió en la oscuridad. Miguel volvió a sentarse. Temblaba de pies a cabeza; hubiera deseado que su tío le devolviera los golpes, lo que le habría permitido desfogar toda la vehemencia que fluía en él como la irresistible perentoriedad de sexo. Hundió la cabeza entre las rodillas, desconsolado.

Desde aquel lamentable espectáculo que dio Teófilo, insultándole delante de todos, Juan Cerulis había cenado todas las noches a solas en su tienda. Una fila de criados permanecía en pie junto a la mesa, con algunos platos en la mano y otros sostenidos en paños; la atmósfera de la tienda estaba impregnada de los aromas de las comidas.

Karros ejecutó una profunda reverencia ante el hombre acomodado en la silla.

—A vuestras órdenes, patricio.

—Mañana —dijo Juan Cerulis, y bajó la cuchara— te adelantarás a nuestra comitiva, darás con ese hombre santo y volverás con un informe sobre él.

—Como mandéis, patricio.

—Puedes llevarte a tu nuevo amigo. Tú, bárbaro, ¿por qué nombre se te conoce?

—Hagen —respondió el franco—. En mi país me llaman Hagen el Blanco.

—¡Qué imaginación! Tengo entendido que has pasado bastante tiempo en compañía de los equipos que participan en las carreras... ¿conoces al príncipe Miguel?

Hagen guardó silencio durante un momento; Karros le dio un codazo, tratando de animarle a hablar, y el bárbaro se apartó de él vivamente. Por último, en tono reflexivo, declaró:

—Un poco.

—Tal vez sepas, entonces, el significado de ciertos actos misteriosos suyos. Lo del color amarillo que lucía en la última carrera, por ejemplo.

—Oh, patricio —intervino Karros—, éste no...

—¡Silencio!

Hagen apoyó las manos en el cinto y ladeó la cabeza.

—¿El pañuelo que llevaba en el brazo?

—Sí, sí. Estoy convencido de que se trataba de alguna especie de señal.

—Una señal —repitió Hagen; en su voz hubo algo subterráneo que Karros no pudo identificar—. Si, naturalmente, ¿no lo sabíais, patricio?

Juan Cerulis se inclinó hacia adelante, interesadísimo.

—¿Tú sí lo sabes?

—Amañan las carreras —explicó Hagen—. Ésa es la señal. Para hacer dinero con las apuestas.

Karros apretó los dientes, al tiempo que se preguntaba cómo era posible que él no hubiese oído nada de eso; el rostro de Juan Cerulis se tomó radiante con aquella noticia. Un momento después, fruncía el entrecejo.

—No pueden hacer dinero si Miguel gana.

—No, no, no —repuso Hagen, desdeñoso—. El pañuelo amarillo significa que no se ha arreglado la carrera.

—¡Ah! —la expresión de Juan Cerulis se aclaró, animada al comprenderlo todo. Se volvió hacia Karros con un movimiento propio de serpiente que ataca—. ¿Por qué no lo averiguaste tú? ¿Qué diablos pasa contigo?

—Patricio, fui diligente, pregunté a cuantos pude...

—Mantén los labios cerrados, cerdo, no me ofendas con tus excusas. ¡Vete! No quiero volver a verte antes de que hayas cumplido mis órdenes adecuadamente por una vez.

Karros se mordió el bigote, humillado. Tras una cortante indicación a Hagen, salió de la tienda y se cruzó con una hilera de servidores cargados con el servicio del siguiente plato.

Había caído la oscuridad sobre el campamento. Caminaron a través de~ mismo,

rodearon el círculo de las fogatas donde se guisaba la cena y cruzaron los pequeños grupos de personas atareadas con su propia comida nocturna. Karros se volvió hacia Hagen.

—¿Cómo lo sabías? Lo de Miguel.

Hagen dio unos cuantos pasos antes de responder.

—Creí que era de dominio público —respondió al final.

—Pues no era de dominio público. —Karros le agarró por un brazo, deteniéndole—. Te lo inventaste, ¿verdad? ¡Le has mentido!

El franco se desasíó, apartando la mano con gesto brusco. A la tenue claridad, su sonrisa produjo un centelleo de blanca dentadura.

—No me toques, gordo.

Se alejó por la oscuridad y, al pasar junto a las ondulantes llamas de los fuegos, su negra figura resaltaba contra el rojizo resplandor. Karros volvió la vista hacia la tienda de su señor; las lámparas del interior formaban círculos cárdenos, blancos y amarillos en la seda de las paredes. Sabía que, de presentarse ante Juan Cerulis para acusar a Hagen de mentiroso, su señor creería que no se trataba más que de una calumnia propiciada por la envidia. Juan Cerulis quería saber algo acerca de Miguel y ahora ese deseo estaba cumplido.

No obstante, aquella mentira aliviaba a Karros. Hagen era taimado, falso, un embustero, un tramposo como todo el mundo. No era valiente, sólo alto y corpulento.

Karros se hinchó, se sentía cada vez mejor. Marchó en pos de Hagen, hacia la fogata de los guardias.

Antes de la aurora, Hagen obligó a Karros a salir de las mantas y, a pesar de las protestas del hombre, lo puso a caballo y echaron carretera adelante, en busca del hombre santo. El campamento, con sus enjambres de personas, ponía nervioso al gigantesco franco; una larga cabalgada le parecía un cambio agradable, y necesitaba acción.

Se mantenía a la suficiente distancia de Karros para eludir todo intento de entablar conversación. El día amaneció espléndido, el sol se elevaba a través de la neblina del horizonte y el calor de los primeros rayos prometía una tarde abrasadora. Hagen dobló su capa y la ató detrás de la silla. Después, cuando el sol ascendió más, el franco hizo un alto y se quitó la camisa.

Karros, que iba a su lado mientras efectuaba aquella maniobra, se hizo sombra con la mano sobre los ojos y oteó la carretera tendida ante ellos, que serpenteaba entre las monótonas y bajas colinas.

—No puede estar muy lejos.

Hagen inclinó la cabeza en dirección al horizonte. Una tenue nube de humo flotaba sobre un pliegue de los montes, donde la carretera se perdía de vista en la distancia.

—Allí debe de estar lo que estarnos buscando. —Miró a Karros—. ¿Qué estamos buscando?

—Un predicador del desierto que se llama Daniel. Ha causado cierta sensación con su llamamiento a una nueva destrucción de imágenes. Mi señor cree que puede ayudarle a volver las masas contra la basileus. —Karros se pavoneó un poco y se atusó el bigote con el pulgar—. Si uno manifiesta ciertos modales, ¿quién sabe? Lo mismo puede servir a un emperador cualquier día, bárbaro.

—Dios lo quiera.

Hagen cogió las riendas~ el sol se encargaba ya de que le brotase el sudor en los hombros y la espalda. Continuaron por el polvoriento camino, que se adentraba entre las colinas.

La nube de polvo era cada vez más densa a medida que avanzaban y, a primera hora de la tarde, encontraron la vanguardia de un abigarrado ejército, un gentío a pie que avanzaba hacia ellos por la carretera, pobre chusma a juzgar por sus harapos y su derrotado aspecto. que sin duda recogía cuanto encontraban a su paso: raíces, frutas y flores, leña, unas cuantas cabras extraviadas que debieron encontrar y que se apresuraron a sacrificar. A un trote sostenido, Hagen y Karros se metieron entre aquella masa humana y la muchedumbre fue haciéndose cada vez más espesa, colmando la carretera

y obligándoles a desviarse a un lado del camino. Por fin, llegaron a la vista del hombre santo.

Iba por el centro del camino, en medio de un conjunto de personas que cantaban, agitaban los brazos y bailaban a su alrededor. Un pesado manto hecho jirones era la única prenda que le cubría, apenas lo suficiente para rendir culto al honesto decoro.

Caminaba con un cayado. La barba era larga, amarillenta, enmarañada y llena de nudos y espinas la cabellera era una mata que le caía por la espalda. Mientras avanzaba, numerosas personas se apresuraban a adelantarse, arrojaban flores a su paso y luego, después de que él las hubiera pisado, otras personas iban por detrás las recogían y las besaban.

En lo alto de una eminencia que dominaba la carretera, Hagen se detuvo y observó el paso del hombre santo.

—Ahí está. ¿Quiénes son los otros?

—Discípulos —informó Karros.

—¿Hemos de llevárselo a Cerulis?

—¡Por el Cuerpo Corruptible del Hijo! —repuso Karros, horrorizado—. ¡Es un mensajero de Dios! ¿Crees que podríamos llevarlo a la fuerza impunemente ante alguien, incluso aunque ese alguien sea tan importante como mi señor? Bárbaro!

—Supongo que no —dijo Hagen.

—Vosotros los bárbaros vivís en la oscuridad. —Karros volvió grupas—. Marcharemos con ellos durante un trecho, probablemente el hombre santo no tardará

en hacer un alto para rezar.

Hagen le siguió. Aquel hombre santo le desconcertaba. Tenía noticia de otros predicadores exaltados, hombres que se adentraban por las soledades del desierto y salían con los ojos rebosantes de fuego y la palabra de Dios saltando de sus labios; en Franconia, durante el gobierno de Pepino, había aparecido un hombre de Bourges, quien afirmó que era Jesucristo, que volvía para redimir al mundo y que traía juicio y eternidad para los fieles y los falsarios. Reunió una banda de secuaces y llevó una vida de robo, saqueo, violación y asesinato hasta que el conde local acabó con él. En aquel tal Daniel, Hagen no veía utilidad ninguna para Juan Cerulis, sólo peligro.

A pesar de todo, no dejaba de tener presente la pasión que ponían los griegos al discutir sobre la fe, la ardorosa reverencia con que iban a la iglesia, y se le ocurrió que la palabra de un hombre andrajoso podía derribar a un emperador.

Al permitir que sucediera aquello, la emperatriz demostraba ser una insensata, pensó Hagen. Claro que sólo era una mujer. Si Hagen ciñiese la corona, habría enviado mucho tiempo atrás a alguien para que se encargase de seccionar la garganta de aquel hombre.

Al pensar en matar, pensó en Teófano.

Ella le odiaba. La última vez que se encontraron le lanzó sus dardos con la salvaje voluntad de hacerle daño. Había buscado su muerte. Le dio vueltas y vueltas en la cabeza a esa idea, porque, sin embargo, la evidente inquina que la joven manifestó hacia él había inclinado a Juan Cerulis a favor del franco. Si lo que Teófano pretendía era...

De cualquier modo, si tanto se despreciaban el uno al otro, ¿qué hacía ella junto a Cerulis?

Rememoró el momento en que la joven se dirigió a Cerulis, clara e implacable la expresión del rostro, como la de un santo, y el leve movimiento de su mano, que pedía algo, retirándose incluso mientras la extendía. Una y otra vez, el cerebro de Hagen veía aquella súplica expresada a medias. Pedía la muerte de Hagen; y, simultáneamente, solicitaba la ayuda del franco.

La mente de Hagen daba bandazos, sin saber qué dirección tomar.

Su cuerpo desconocía tal laberinto. Su cuerpo la quería, y cuanto más pensaba, más se veía impulsado su cuerpo a mostrarse favorable a la muchacha, músculos y tendones, huesos y sangre, como las cuerdas de un laúd tienden a la armonía. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos, levantado el rostro hacia el sol, doliente de deseo.

—Ahora va a empezar —anunció Karros.

Los dos hombres frenaron sus caballos. A sus pies, en el camino, el hombre santo se había detenido y sus prosélitos se arremolinaron en torno suyo. Alzó los brazos y les dirigió la palabra.

En aquel aire cálido e inmóvil, las frases se propagaban fácilmente. El hombre santo habló del amor que Dios sentía por cada uno de sus hijos y de la falta de fe que

mantenía a los hijos de Dios apartados de El. Una falta de fe que inducía a los hijos de Dios a creer que necesitaban otro Dios. Se construían casas, cubrían sus cuerpos con ropas caras, erigían ídolos a los que adorar y llevaban una existencia construida sobre la escoria material de la tierra, mientras a su alrededor, como el ardiente cielo, sin que nadie se percatase de ello, Dios extendía su amor, que lo abarcaba todo y a todos.

Sólo necesitaban a Dios. Sólo Dios los salvaría. Si ellos se entregaban a Dios, en aquel mismo momento entrarían en el Reino de los Cielos.

En la garganta de Hagen se produjo un murmullo. Antes de que se diera cuenta, había cubierto la mitad de descenso hacia el camino, al responder el caballo al peso del cuerpo del jinete, que se había inclinado hacia el predicador. Karros marchó tras él.

—Habla como los ángeles, ¿verdad?

Con un estremecimiento, Hagen abandonó su estado de fascinación. Se dijo que el mundo era más complicado que eso: uno no podía renunciar a todo y entrar caminando desnudo en el Cielo.

Los seguidores del hombre santo se apretaron a su alrededor, rezaron y, algunos, empezaron a cantar. Entrelazaron los brazos y emprendieron un movimiento rítmico, a derecha e izquierda, alternativamente, en corro ondulante, altas las voces, y el anciano fue de un lado para otro, frente a ellos, y los bendijo, mientras los llamaba por sus nombres, denunciaba sus pecados y los remitía a Dios. Su voz era notable, suave y, sin embargo, convincente, flexible como la seda. Hagen quiso hablar con él, conocer su nombre, que le introdujera personalmente en el Cielo; anhelaba aquella paz, aquella certidumbre, aquella finalidad en la vida.

Pero aún no. El alma de Rogelio seguía sin apaciguar en la tumba. Teófano...

La muchacha fue más fuerte que el hombre santo. Pensar en ella le hizo apartarse del precipicio, de la influencia que el anciano ejercía y que era como una sima abierta ante él.

—Vamos —dijo a Karros.

Volvió grupas y se alejó al galope por la ladera cubierta de espinos.

—Debes de estar muy aburrido —comentó Teófano—, para dignarte buscar la compañía de una simple mujer.

Juan Cerulis apoyó el codo en el brazo del sillón y se inclinó, con el pequeño puntero apoyado en el mueble.

—Medito en la forma de ajustarte las cuentas, Teófano: quiero tenerte delante mientras intento que se me ocurra algún sistema adecuado.

Agitó la varilla con brusco movimiento y golpeó con ella a Teófano en el brazo.

En el fondo de su litera, tía Eusebia dejó el bordado, se reclinó y cerró los párpados.

Teófano sonrió. En el punto del brazo donde había caído la vara, el dolor le

llegaba al hueso.

—Quisiera que avanzaras a ritmo más vivo, patricio —dijo la muchacha—. Tanto tu compañía como esta empresa empiezan a resultar tediosas en grado superlativo.

Deslizó los dedos por el puño de la manga donde llevaba escondida la aguja. Si pudiera atraerle hasta tenerlo al alcance de la mano, le atacaría, le hundiría la aguja una y otra vez hasta que estuviese muerto.

—Ahí está Karros —dijo Cerulis— y esa bestia salvaje amante tuyo. —Lanzó una lánguida mirada lateral, cogida la lengua entre los dientes—. Parece que tiene pulgas.

—O algo peor. ¿Cambias un prurito por otro, corazón mío?

—Es un hombre completo en todas sus partes —replicó Teófano—, lo que resulta para él una vergüenza tanto como un timbre de gloria, ya que, al ser hombre, es también tosco, necio y carente de gracia. Debes saber, patricio, que con la simple amputación de ese miembro que no parece tener utilidad alguna para ti, podrías convertirte en la imagen de una mujer, por lo menos, si no en la perfección misma...

El puntero golpeó; Teófano lo vio llegar, pero se abstuvo de esquivarlo. La dura vara de madera se abatió sobre la mejilla de la muchacha, con tal violencia que el bastoncillo se quebró por la mitad. Inmóvil. Teófano se quedó mirando a Juan Cerulis y consideró el dolor como algo honroso. Juan Cerulis desvió la vista. Su cuello estaba rojo.

Los dos jinetes ya casi habían llegado hasta ellos. Teófano se recostó en los almohadones, con la cara vibrante de sufrimiento. Se imaginaba ya la hinchazón que aparecería debajo del ojo. Pronto sería una mujer fea, deforme como una bruja. Se sintió agotada, casi drogada, mientras una debilidad semejante a la propia muerte se le deslizaba piernas arriba. Durante cuatro días no hizo otra cosa que ir en la litera, acumulando en el cuerpo polvo del camino, sin poder lavarse la cabeza ni peinarse la cabellera; pensar que moriría así, hecha un adefesio, aniquilada su belleza, casi la hacía estallar en lágrimas. Cogió la aguja entre los dedos, dispuesta a utilizarla en la primera ocasión que

se le presentara. Y entonces, súbitamente, algo gigantesco se interpuso entre ella y el sol.

Era Hagen. Teófano parpadeó al mirar al aquel hombre que, a lomos de su caballo, se había situado entre ella y Juan Cerulis. Al otro lado de la silla del patricio, Karros saludaba a su señor empleando los cumplidos más obsequiosamente estúpidos. Desde su gran altura, encima del corcel, inescrutable el rostro, Hagen bajó la mirada sobre Teófano.

A ella le enfureció que la viera así. Le gruñó:

—La caravana del servicio está allí.

—¿Esta es la de las mujerzuelas y la de los que apuñalan por la espalda?

La punta de la aguja le pinchó los dedos. Hagen estaba entre ella y su víctima.

A Teófano le dolía la cara.

—Me estás quitando el sol, cerdo —insultó la joven.

Hagen alzó la cabeza para mirar el sol y se colocó exactamente entre el astro rey y la muchacha. Ahora se interponía por completo entre ella y Juan Cerulis.

—Patricio, este hombre me está ofendiendo.

Juan Cerulis no contestó. Escuchaba el informe de Karros sobre el hombre santo.

El caballo de Hagen se acercó un poco más, mientras Teófano concebía en su cerebro un insulto lacerante. Inopinadamente, la mano de Hagen salió disparada e inmovilizó la muñeca de Teófano contra el marco de madera de la silla de manos.

La joven no emitió sonido alguno. Trató de retorcer la muñeca para liberarse, pero no pudo moverla, y celéricamente, como si sus dedos fueran el pico de un pájaro carpintero, Hagen le arrancó la aguja de la mano. Ante eso, a Teófano se le escapó un gemido de desesperación. Levantó los ojos para fulminarle con la mirada y se encontró con que Hagen le sonreía, más con los ojos que con los labios. Cuando la soltó, la yema de los dedos de Hagen acariciaron la parte interior de la muñeca de Teófano, donde late el pulso.

Erguida en la silla, la joven desvió la mirada, empavorecida. Le había arrebatado su única arma. Sin embargo, le había sonreído. Aún la quería. O acaso la odiaba tanto que desarmaría le producía el más inmenso de los placeres.

—Cuéntanos tu impresión del hombre santo, bárbaro —pidió Juan Cerulis.

Hagen permaneció silencioso durante unos segundos, cosa que Teófano había observado que solía hacer cuando le interpelaban directamente; quizás estaba traduciendo las frases para sí, aunque su griego había mejorado mucho.

—Bueno, habla ya, imbécil —apremió Juan.

—Me fío de él —confesó Hagen—. Creo que siente lo que dice.

—Eso no es demasiado notable.

—Lo es entre vosotros, los griegos —repuso Hagen.

—Tienes una manera muy desagradable de expresarte y te aconsejo que te reformes, si deseas formar parte de mi servicio.

Hagen no dijo nada. Apoyada una mano en la cadera, parecía más divertido que asustado. Teófano observó que, en el dedo meñique de la mano izquierda, llevaba un anillo con un granate engarzado, que ella no había visto antes.

—Ordénale que se aparte de mi, patricio —manifestó—, antes de que vomite sobre vosotros dos todo lo que llevo en el estómago.

—Ya me voy —dijo Hagen—. El olor femenino que se respira aquí me está poniendo enfermo.

Se adelantó, dejando en el espacio entre Teófano y Juan Cerulis un remolino de polvo acre. El aspirante a emperador dirigió a la chica una fría mirada.

—Ese hombre santo no me parece que justifique tanto esfuerzo. No lo vale. Y

he descubierto, Teófano, que tu talento de animadora está en pleno declive. Una vez encontremos a ese Cristo del desierto, creo que tendremos un espectáculo más a costa tuya... Sé de cierto número teatral a base de un recipiente de cobre, una rata y una olla de brasas... ¿Has oído hablar de él? Seguramente nos obsequiarías con una función espléndida.

—Claro que he oído hablar de ese número —dijo Teófano, furiosa y al borde de las lágrimas; su aguja, su aguja. Ahora lo tenía al alcance de la mano y podía matarlo, pero ya no contaba con el arma—. No posees el don de la imaginación y es imposible que se te ocurra algo original, ¿eh, Juan? —Alzó la cara—. Dios mío, quisiera morir, ahora mismo, antes que tener que pasar otro día sin lavarme la cabeza.

—Te concederemos ese deseo —declaró Juan Cerulis—. Mañana, después de que el hombre santo me haya decepcionado.

Daniel se acostó al pie de un espino, junto a la carretera, envuelto en su capa. Alrededor suyo pernoctaban también sus seguidores, una multitud compuesta por cerca de un centenar de personas. Algunas tenían tiendas, otra contaban con sirvientes que guisaban para ellas, a otras no les faltaba el vino y, por culpa de esas personas, el hombre santo se pasó despierto la mitad de la noche y, a la mañana siguiente, cuando se presentó Juan Cerulis, Daniel se encontraba lleno hasta el mismo borde de ira divina.

Con el cayado en la mano y el capote bien ceñido en torno al cuerpo, de pie en mitad del camino, observó aproximarse la caravana del noble. Un estridente viento de la montaña le dividía la barba y comprimía el borde del capote contra sus piernas, donde aún se apreciaban las cicatrices de color púrpura desvaído resultantes de sus forcejeos con el Maligno. En forma de media luna, se arracimaban junto a él los cuerpos de una densa masa de personas; sus incondicionales también observaban la llegada de los hombres de Constantinopla.

Su número era mayor que el de los que rodeaban a Daniel. Iban a caballo. Un portaestandarte, a la cabeza de la comitiva, llevaba una enorme bandera de seda, y otros redoblaban tambores y tocaban címbalos y flautas; en el centro, en una litera llena de almohadones, viajaba un hombre de cabello plateado.

Daniel reconoció instantáneamente a aquel hombre: el emperador acudía a su encuentro, en busca de su sabiduría, para hallar el camino hacia Dios y conducir a la Cristiandad al Reino de los Cielos.

Daniel arrojó el bastón y gritó con voz terrible:

—¡Alto! Deteneos donde estáis y dejad que el emperador venga a pie hasta mí!

Al pie de la ladera, el alegremente clamoroso y colorista ejército se paró en seco.

En tono excitado, los jinetes se dirigieron unos a otros palabras llenas de sorpresa.

—¡Le ha llamado emperador!

—¡El emperador!

—Es un presagio... ¡El hombre santo ha tomado a Juan Cerulis por el emperador!

Daniel los oyó y se apresuró a apretar los labios, disgustado consigo mismo. Le hormigueó en la nuca un sarpullido húmedo. Se preguntó si le habrían oído los demás, si en adelante dudarían de sus palabras. Los portadores le acercaban el hombre de la litera. Ahora, al mismo pie del monte, bregaba para levantarse y surgir de los confines de sus almohadones de seda y un grupo de guardias con armadura de cuero se adelantaron prestos para ayudarlo. Apoyándose en sus manos, Juan Cerulis echó pie a tierra.

Apartó las manos de los guardias que le ayudaron. Resbalando y tropezando por el áspero suelo, ascendió ladera arriba hacia Daniel. Se cayó una vez y volvió a incorporarse, no sin pisar el dobladillo de su túnica de seda. Perdió una de sus enjovados escaarpines. Alcanzó la cima del monte y se echó a los pies de Daniel.

—Soy el emperador. Soy el emperador. —Agarró los tobillos del hombre santo, rompió a llorar y sus lágrimas rociaron los pies descalzos de Daniel—. ¡Soy el emperador!

Daniel le dio un empujón, furioso. Pero se aproximaban ya otras personas, con los brazos extendidos, para cogerle. Los dedos se cerraron sobre los verdugones de sus piernas, le desgarraron el capote y, en medio de aquella bandada, el hombre del cabello plateado se alzaba en toda su estatura, con semblante tan resplandeciente como una lámpara encendida, mientras gritaba:

—¡Soy el emperador!

En el desierto, a solas, Daniel había notado a Dios en su interior, pero ahora se sintió horrorizado, profanado por aquellas manos. El estruendo que originaban le impedía pensar. Si no era el emperador, ¿quién era aquel hombre? Si no era el emperador, ¿por qué acudía al encuentro de Daniel? ¿Le enviaba Dios? ¿Quería Dios que él lo proclamase? ¿O el Diablo ponía ante él otra tentación? ¿Por qué Dios no le contestaba?

Si Dios estuviese verdaderamente con él...

Súbitamente, perdió el sentido y cayó desmayado, allí, a los pies de Juan Cerulis.

La bañaron de pies a cabeza; sólo tuvo que permanecer quieta y dejar que las demás trabajasen. Calentaron el agua en recipientes colocados sobre el fuego, la filtraron después con tela de Gaza y la perfumaron con esencias, almendras y lima. Le lavaron las manos y los pies, todos los dedos, uno por uno, y la ungieron con finos aceites para eliminar la áspera y seca limosidad que el desierto había asentado en su piel.

Estaba tendida de espaldas mientras le aclaraban el pelo, con el agua corriendo

entre el pelo como un cálido río de dulce aroma y los mechones flotando sueltos. Le secaron la cabeza con gruesas toallas y por último le frotaron los cabellos con un paño de seda hasta que adoptaron un sedoso y brillante tono negro azulado, curvadas las puntas en húmedos rizos.

Se sentó frente a un espejo de plata pulimentada y volvió a verse guapa. Le pintaron la cara con los afeites más delicados, aplicándole una sombra de ojos azul y violeta, un tono de rosa en las mejillas y en los labios. Después le rizaron el pelo y le adornaron la cabellera con peinetas y flores de esmalte, le pusieron vestidos de gran gala y alta costura y le calzaron los pies con zapatillas de terciopelo.

La única imperfección era la enorme magulladura de la mejilla, que ni siquiera el denso colorete egipcio podía disimular del todo.

Continuó sentada allí y, mientras se admiraba en el espejo, pensó que envejecía muy bien; a sus veintidós años aún conservaba el vital aspecto de la juventud. Volvió cuidadosamente la cabeza a un lado, para ocultar la contusión. Seguía probando diversas posturas cuando Juan Cerulis entró en la tienda.

—Corazón mío —se situó detrás de ella, de pie, con las manos en los hombros de la mujer y se inclinó para rozarle las mejillas con los labios—. Te lo perdono todo.

Ni siquiera con toda su fuerza de voluntad pudo Teófano abstenerse de volver la cabeza con rapidez; tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no pronunciar las palabras que la mera vista de aquel hombre llevaban, como bilis, a sus labios. En el espejo, las dos caras estaban mejilla contra mejilla.

—Entonces, el hombre santo te sirve, ¿no? —dijo.

—Me ha nombrado emperador —respondió Juan. Enderezó el cuerpo. Se entrelazó las manos por delante, paseó de una punta a otra de la tienda, con una expresión de altivo éxtasis en el semblante—. Dios ha enviado este hombre en calidad de mensajero para apremiar a la Ciudad a que se desembarace de la usurpadora Irene y coloque en el trono de Constantinopla a quien es digno merecedor de la diadema.

Se santiguó. Teófano contempló en el espejo la profundidad de sus propios ojos.

—Y tú serás mi emperatriz —añadió Juan Cerulis. Apoyó de nuevo las manos en los hombros de Teófano y puso su mejilla izquierda junto a la derecha de la joven—. Has demostrado ser digna de mi y te acepto como compañera.

—Creo que formamos una buena pareja —comentó Teófano.

—¡Una buena pareja! —exclamó él, sorprendido—. Bueno, tal vez... Más bien ornamental, pienso, pero, si, supongo que puedes considerarlo como una pareja. — Su voz volvía a ser sosegada, lubricado el corte fogoso de la convicción—. Vamos, esta noche debemos cenar juntos, para celebrar lo que hoy me has dado.

Se trasladaron a la mayor de las tiendas y tomaron asiento uno junto al otro, mientras la doble fila de guardias se alineaban a su espalda. Teófano no vio a Hagen entre ellos. ¿Qué pensaría el franco de aquello? Se preguntó si conseguiría un arma

gracias a él. Ahora que Juan volvía a confiar en ella, no tendría dificultad en matarle, si contara con un cuchillo, por lo menos. Presentaron los primeros platos. El cocinero avanzó hasta el otro lado de la mesa, a la cabeza de sus ayudantes, cada uno de los cuales esgrimía en la mano derecha una cuchara, como si se tratase de una lanza. Aguardaron

la llegada de la fila de sirvientes que llevaban los platos y cuencos. Las sopas, una clara, otra ligeramente más espesa, fueron excelentes.

Salió un conjunto de acróbatas, que ejecutaron sus vuelos y piruetas. Juan se inclinó en el asiento, con cara de aburrido; tomó un mordisco de pan y lo escupió.

—¿Por qué no pueden cocer un pan decente? —Descargó un puñetazo en la mesa—. ¿Para qué sirve ser emperador si uno tiene que comer como un campesino?

—Desuella al cocinero —sugirió Teófano.

El cuchillo del pan estaba bastante afilado, desde luego. Se hallaba a poco menos de dos metros de ella y Juan estaba a tiro. Pero en aquel instante la miraba con ojos centelleantes, malhumorado.

—Tu carita no está muy bien maquillada, querida.

—Es la contusión —repuso ella—. Está negra como un africano y no hay forma de enmascararla.

—Insisto en que te sientes a mi izquierda, entonces, de forma que no tenga que verla cada vez que te mire.

—Como gustes, basileus.

Si se trasladara a su izquierda, quedaría justo delante del cuchillo del pan. Se levantó y, prestamente, un tropel de criados se precipitó a retirar su silla y arreglar la mesa. En el momento en que se volvía a sentarse, entró Hagen.

Se detuvo al otro lado de los acróbatas y Juan Cerulis le vio.

—Ven aquí —le llamó, y se pasó la servilleta por los labios—. Tengo una pequeña sorpresa para ti, Teófano, una prueba de mi cambio de opinión respecto a ti.

Despidió con un gesto a los acróbatas y Hagen avanzó hacia la mesa.

—Bienvenido, bárbaro —dijo Juan Cerulis—. ¿Recuerdas que te dije que castigo el fracaso con mano implacable? ¡Karros!

El gordo rodeó la mesa para colocarse junto a Hagen y ejecutó una reverenda.

Su voz retumbó, tan oronda como su barriga:

—¡Si, patricio!

—Últimamente has sido una continua desilusión para mí, Karros. Te encargué que descubrieras los secretos de Miguel y fracasaste; te envié a recobrar lo que me pertenecía, que estaba en manos de una simple mujer, y volviste a fallarme. Después mataste al hermano de este hombre y lograste despertar su interés por introducirse aquí, aunque está tan absolutamente desprovisto de refinamiento que no merece puesto alguno en mi sociedad. —Juan se inclinó hacia adelante, con el mentón proyectado al frente—.

Sólo tienes un modo de evitar la muerte, Karros, ¡y es matar por mí al franco!

Hagen retrocedió velozmente hacia el centro de la tienda, al tiempo que miraba a uno y otro lado y extendía las manos. Teófano cerró los puños. Hagen iba sin espada, sólo la daga del cinturón. Karros avanzó sobre él, desenvainó y esgrimió la espada.

—¡No huyas, bárbaro!

Karros se lanzó al ataque y los ocupantes de aquella parte de la tienda gritaron y retrocedieron, mientras se apresuraban a levantar las manos. Teófano se puso en pie, apretados los dientes sobre el labio. Sobre las alfombras del centro de la tienda, los pies de Hagen no produjeron ruido alguno; dio un salto hacia atrás, para eludir el mandoble horizontal de la espada de Karros, efectuó un regate lateral que le permitió hacer lo propio con el segundo golpe y se agachó para esquivar el tercero. A una orden de

Juan Cerulis, los guardias dieron rápidamente la vuelta a la mesa y formaron un círculo de cuerpos alrededor de los combatientes.

Karros aún estaba en el centro del espacio, jadeante, alzado el espadón por encima del hombro. Hagen se movió raudo, saltando sobre la punta de los pies, a fin de buscarle las vueltas. Cuando Karros giró para seguirle, Hagen le embistió.

La espada de Karros silbó en el aire, pasó junto a la blanca pelambarrera del bárbaro, y éste, revolviéndose, alcanzó el antebrazo del gordo. La espada se desprendió de la mano de Karros. Hagen dio un tirón del brazo y el adiposo guardia perdió el equilibrio, se tambaleó y osciló hacia un lado, de espaldas al franco. Hagen le pasó un brazo alrededor del cuello, con el hueco interior del codo engarfiándole la garganta, y le inmovilizó.

Retorcó el brazo del gordo entre sus omoplatos y acercó la boca a la oreja de Karros. Un profundo silencio se abatió sobre la tienda. Todos le oyeron decir algo en su lengua y, después, en griego:

—Esto, por mi hermano, Karros.

El brazo ejecutó un brusco movimiento en torno al cuello del guardia. Se produjo un sofocado chasquido y Karros se desplomó sobre la alfombra.

La asombrada quietud subsiguiente se vio interrumpida por el ciap ciap del aplauso de las manos de Juan Cerulis. Teófano se dejó caer en la silla; le temblaban las piernas de un modo tan violento que a punto estuvo de desplomarse. Hagen permaneció erguido sobre el cuerpo de Karros.

—¿Significa eso que ocupó su lugar aquí?

Genuinamente divertido, Juan Cerulis amplió su sonrisa.

—¡Ah, no! —respondió—. Eres demasiado peligroso. Peligroso del todo. Me gusta que los hombres que me rodeen sean más suaves y maleables que tú. Además, como ha dicho Teófano, eres el agente de la emperatriz. Guardias, matadle.

Los guardias, al no tener costumbre de recibir órdenes directas de Cerulis, vacilaron unos segundos, lo que permitió a Hagen dar un salto. La espada de Karros estaba caída en el suelo, entre él y la mesa, y Hagen se plantó de un brinco allí y la recogió.

Tras un alarido a coro, la guardia, compuesta por veinte hombres, cerró sobre Hagen.

El franco soltó un rugido que puso a Teófano los pelos de punta; Hagen giraba allí en medio, sin dejar de mover la espada como el hacha del leñador que tala un árbol. Los guardias que tenía frente a sí retrocedieron ante su empuje, precipitándose en retirada por el hueco abierto entre su vanguardia y la mesa donde aguardaban los platos que iban a servirse. Los que atacaban por detrás llegaron hasta Hagen. La espalda y la cabeza del bárbaro quedaron al alcance de las espadas enemigas. Hagen dio media vuelta, se puso de espaldas a la mesa, paró los golpes con la hoja de su propia espada y mantuvo a raya a los asaltantes con una continua ráfaga de golpes tintineantes.

Los guardias se veían incapaces de atravesar la cortina móvil que constituía el vuelo de aquella hoja de hierro, no podían llegar a él; Hagen rechazaba todas las acometidas y contraatacó en un par de ocasiones. Y cada vez mató a un soldado romano.

Se retiraron unos pasos, los guardias, vidriosa la mirada. El franco dio un bote y se puso encima de la mesa, barrió todos los platos y fuentes de comida, gorgoteó el vino y un sonido terrible brotó de la garganta del bárbaro —si eran palabras, no serían griegas, seguro—, como el que produciría un viento retumbante en una vasija de latón. Teófano pensó, espantada, que Hagen se estaba riendo.

—¡Vamos, asesinos de arbolitos! —Blandió la espada por encima de su cabeza y acuchilló el aire ante sí—. No hay franco vivo que pueda medir su espada con la mía. Veinte griegos como vosotros os creéis capaces siquiera de intentarlo?

Los guardias lanzaron otra arremetida y, de nuevo, mandobles y cintarazos salieron dirigidos hacia él. En la retaguardia del grupo, tres o cuatro giraron repentinamente sobre sus talones y cruzaron corriendo la puerta de la tienda. Teófano contuvo la respiración hasta que los pulmones empezaron a lanzar punzadas. La espalda de Hagen se encontraba a escasos palmos de la pared de la tienda; iban a matarle acuchillándole a través de la tela. Rechazaba todos los golpes de las espadas que tenía al frente; le vio descargar la suya sobre la cabeza del hombre situado directamente ante él y abrirle el cráneo: se desparramaron los sesos, blancos y grises.

Dirigieron los tajos hacia sus piernas, Hagen saltó en el aire. Los filos de las espadas pasaron inofensivos, mientras el franco caía ágilmente sobre la punta de los pies, lanzaba una estocada hacia la parte de atrás de las hojas enemigas y otro romano cayó.

Luego, sin pausa, dio media vuelta como un rayo. Su espada hendió la pared de la tienda, hizo resaltar el bulto de una figura situada al otro lado y, a través de la rasgada seda y lona, llegó un horrible alarido.

Los guardias retrocedieron otra vez. La alfombra estaba ahora cubierta de cuerpos que sangraban sobre las rosas persas. Por encima de las mesas, Hagen saltaba de un lado a otro como un acróbata; dio varios cintarazos al aire, tremendos molinetes que sisearon y silbaron.

—Ya ves, basileus —voceó—, ¡tus hombres suaves y maleables no te sirven para nada! Ahora, escúchame, basileus...

Se volvió y lanzó otra estocada a la pared de la tienda; Teófano no vio que alcanzase a nadie. Los guardias se revolvían nerviosamente en semicírculo, a medio camino entre él y la salida de la tienda. Daban un respingo a cada movimiento de Hagen.

Se encaró con Juan Cerulis. Su rostro resplandecía como una bandera.

—Tengo cierto trozo de papel, basileus, por el que estas mujercitas harían cualquier cosa...

—¡No! —chilló Teófano.

La muchacha se volvió hacia Juan Cerulis; se puso de rodillas, ante el sillón del patricio, y se colgó del brazo.

—Ahora ya no lo necesitas. Ya eres emperador...

El semblante de Cerulis se había afilado como el corte de un cuchillo.

—¿Tú tienes la lista? —dijo—. Sí, claro, ahora comprendo que debiste tenerla desde el principio.

—¡Hagen!

Teófano se levantó del suelo. Gateó hasta la superficie de la mesa, dispuesta a empuñar el cuchillo del pan. A una orden del señor, el panadero y el ayudante de comedor saltaron sobre la muchacha y la arrastraron hacia atrás. Jadeó, suspendida en los brazos que la sujetaban. Un rumor de voces excitadas estalló en todos los puntos de la tienda.

—¡Silencio! —conminó Juan Cerulis.

De pie, se colocó bien la esquina del manto sobre el brazo y arregló convenientemente los pliegues antes de empezar a hablar. La tienda enmudeció.

—¿Tienes la lista?

—Si —repuso Hagen—. Pero no aquí. Te la entregaré a cambio de mi libertad y de esa muchacha.

—Sólo tu libertad. Esa chica no es cosa tuya. No fue responsable de la muerte

de tu hermano.

—Eso lo decidiré yo —contestó Hagen—. Ella estaba allí y ella atrajo a tus hombres sobre nosotros.

Juan guardó silencio unos segundos, remota la mirada. Teófono imaginó que los brazos se relajaban momentáneamente y se lanzó hacia adelante, pero volvieron a sujetarla con fuerza. Juan Cerulis bajó la vista sobre ella.

—Lo lamento, Teófono. Lo siento de veras.

La joven rompió a llorar. Hagen la mataría; iba a entregar la lista. Agarrada por muchas manos, Teófono salió de la tienda.

Hagen tenía escondida la lista en el desierto. Fue a buscarla, acompañado de Teófono y uno de los hombres de confianza de Juan Cerulis. Abandonaron el campamento de inmediato. Ahora que eran enemigos declarados, Hagen no tenía el menor interés en permanecer mucho tiempo al alcance de Juan Cerulis.

Acomodó a Teófono en su corcel y montó detrás de ella. La joven no le había dirigido la palabra desde que estalló en lágrimas cuando Hagen cerró el trato de la lista a cambio de sus vidas. Ceñido el brazo alrededor del talle de Teófono, Hagen la mantuvo apretada contra su cuerpo mientras se adentraban al galope por el desierto. El caballero de Juan Cerulis cabalgaba a su lado.

Para mantener distanciados a cualquiera que pudiese seguirlos, Hagen anduvo a un ritmo de marcha rápido, sin apartarse de la carretera. Salió la luna, una hoz entre las estrellas. Nadie pronunciaba palabra. Ráfagas de intenso viento sacudían la noche y, cuando se detuvo para dar un respiro a los caballos, a Hagen le pareció oír ruido de cascos en el camino, por detrás de ellos, aunque muy bien pudo tratarse del viento.

Siguió al galope, pese a que el caballero de Cerulis protestó por aquel ritmo acelerado. Dejó la carretera para atajar en línea recta y evitarse el rodeo que daba el camino en torno a un monte. Hagen dejó al otro subiendo todavía por la pendiente cuando él se lanzaba a galope tendido cuesta abajo por la otra vertiente.

Los caballos respiraban ya laboriosamente, acusaban el calor y estaban cansados.

Su piel desprendía vapor. Llegó nuevamente a la carretera y redujo la marcha al paso para cubrir el kilómetro y medio que faltaba hasta el punto donde había escondido la lista. Desmontó al llegar allí, la sacó de debajo de la piedra y se la entregó al caballero griego, que la tomó sin decir nada y emprendió el regreso.

Hagen recogió las riendas. Desde la silla, Teófono le miró, tenuemente iluminado su rostro por la pálida claridad de la luna.

—Has condenado a muerte a esas personas —reprochó—. Eran amigos de la emperatriz, entre los partidarios de Juan. y ahora todos ellos morirán, gracias a tu hazaña.

—Apéate —dijo Hagen, y alzó los brazos para ayudarla a bajar.

Se deslizó de lo alto de la cabalgadura y quedó ante él; la fragancia que

despedía hizo que al franco le diera vueltas la cabeza. Cuando ella posó las manos sobre los brazos de Hagen, a punto estuvo él de gritar ante el placer de su contacto. Teófano levantó la cara hacia la del hombre.

—Vuelve —instó la muchacha—. Sin mi peso, puedes alcanzarlo fácilmente y recuperar la lista.

—Hice un trato —respondió Hagen. Rodeó suavemente con sus brazos a la muchacha, cuyo calor notó contra su cuerpo.

—¿Un trato con el diablo?

—Yo no faltó a mi palabra. Ni siquiera con los individuos que por principio faltan a la suya.

—Hagen... —Le aferró los brazos, levantado el rostro, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡Matará a esas personas!

—A mí me tiene sin cuidado —respondió el franco—. Sólo me importas tú.

La apretó más contra sí, besó sus lágrimas una por una y, finalmente, posó los labios en la boca de Teófano.

Ella tenía, los brazos alrededor del cuello de Hagen. Durante un momento infinito, perdieron el mundo de vista; nada existía, salvo aquella mujer, dulce y flexible entre sus brazos, que le besaba con el mismo frenesí y la misma pasión con que la besaba él.

—Te quiero. Te quiero.

—¡Oh, mi hombre! —murmuró Teófano—. Qué hombre...

El viento reanudó sus ráfagas, silbó entre los espinos y en torno a sus personas, zarandeándolos como si les apremiara a emprender de nuevo la marcha. De mala gana, Hagen dio un paso atrás y sus manos se deslizaron por los brazos de Teófano.

—Tenemos que alejarnos de aquí.

—Si llegamos a Constantinopla antes que él —dijo la muchacha—, podemos avisarlos. A algunos, por lo menos. Conozco sus nombres.

Hagen la levantó en peso y la depositó en la silla. El viento proyectó la capa de Teófano contra su espalda, mientras el franco tomaba las riendas con una mano y subía de un salto a la grupa, detrás de la chica. Ella volvió la cabeza, tendidas las manos hacia Hagen, que se inclinó, y volvieron a besarse.

Oyó el silbido que surcaba el aire un segundo antes de que se produjera el impacto.

Salió despedido de encima del caballo; el golpe contra el suelo fue tan violento que perdió momentáneamente la consciencia. Se incorporó trabajosamente, esforzándose en recobrar el sentido. Estaba ileso. Logró ponerse en pie, aún tambaleante, y miró a su alrededor.

El caballo estaba todavía en el camino, excesivamente cansado para alejarse, pero un poco más allá, en el suelo, yacía Teófano.

—¡Oh, Dios...!

Trataba de levantarse. La flecha le atravesaba la espalda y era como un cerrojo que parecía mantenerla sujeta a la tierra. Cuando Hagen la alzó en sus brazos y la puso sobre la silla, la muchacha dejó escapar un gemido de dolor.

—No... Ponte tú a salvo...

Sonó a su espalda el sibilante siseo de otra flecha y Hagen oyó el golpe seco que hizo al chocar contra el suelo. Llegó otra, y otra.

Hagen saltó de nuevo a la grupa y puso el caballo al galope carretera adelante.

Entre sus brazos, Teófano gritó de dolor. Aún tenía la flecha clavada en la espalda.

Hagen sabía que cada tranco del corcel era toda una agonía para la joven. El camino trazaba una curva y obligó a la fatigada cabalgadura a doblarla, para luego abandonar la carretera y subir por la empinada falda de un monte rocoso. A mitad de la subida a la cima, tiró de las riendas. Desde allí podía ver una buena extensión de terreno.

Desmontó y tendió a Teófano entre las peñas. Se inclinó sobre ella, escudándola con su cuerpo.

Comprendió que la joven se estaba muriendo. Lo supo al oír el borboteo de su garganta.

—Toma esto —dijo Teófano.

Tanteó en busca de su escaquin y se lo quitó del pie. Dentro había un pequeño trozo de seda, que empujó hacia Hagen.

—Llévaselo... a la basileus. Dile que...

Hagen lanzó una rápida ojeada a su alrededor; abajo, en la carretera, una hilera de jinetes apareció a la vista al salir de la curva.

—Dile... que, obediente a su ley...

—¡Teófano!

—... caí.

Y murió, se fue de este mundo, desapareció como un suspiro, sin dejarle nada que él pudiese amar. Con el arrugado trozo de seda en el puño, se inclinó sobre la muchacha y dejó que cayeran sus lágrimas, como brasas ardientes, sobre el cuerpo sin vida que Teófano dejaba en la Tierra.

Sonaron más impactos de flechas cayendo en su torno. Arrancó el astil de la que estaba hundida en la espalda de Teófano, se echó al hombro a la joven, la puso encima del caballo, montó él y ascendió el trecho que quedaba hasta la cima.

Con todo lo cansado que estaba, el animal siguió adelante, cosa que no hicieron los suaves y maleables sicarios de Juan Cerulis. Apuntaba el alba cuando Hagen cruzó una loma y descendió por una arenosa ladera de cara al mar. Y allí, frente a las olas, dio sepultura a Teófano.

Se sentó en el suelo, junto a la tumba y extendió su mirada a través del mar. El sol naciente ponía pinceladas de oro sobre las crestas de las olas, pero la penumbra

imperaba aún en los pliegues, de forma que el mar parecía avanzar hacia la orilla entre rizos de luz. Con la espada en la mano, sentado allí, Hagen lloró como un niño.

Lloraba por si mismo, que había perdido su amor, su esposa, lo más querido de su corazón, pero lloraba también por Teófano, que tanto merecía vivir. Maldijo a Dios, que disponía el mundo de modo que las buenas personas morían a manos de las malas, quienes luego continuaban adelante, disfrutando de la vida. Golpeó el suelo con la espada; se secó la humedad del rostro y las saladas lágrimas de los ojos y, un momento después, se entregó a nuevos torrentes de aflicción.

Por último, sus pasiones murieron agotadas y él siguió sentado allí, con la mirada perdida en el mar. El sol ya se había elevado en el cielo y lanzaba su calor sobre él; la brillante luz del día se desplegaba sobre la inquieta superficie de las aguas como un espejeo de aceite. En el aire no aleteaba ni el más leve sopío de brisa. Mientras estaba allí sentado, pájaros, moscas y los minúsculos seres que vivían entre la maleza empezaron a moverse, a cantar, a comer y a escarbar, las hormigas a circular entre sus pies, el halcón a dibujar giros en el aire.

Hagen comprendió su propio valor; confió en su fuerza y habilidad y, de todas formas, había perdido. Se dio cuenta de que Dios estaba en contra suya. La valentía de Teófano le había desconcertado. Sola, una simple muchacha, desarmada, sin amigos, en poder de su feroz enemigo, había luchado, utilizando las armas que pudo encontrar: una aguja de bordar, el cuchillo que intentó coger en el último momento, antes de que la quitaran de en medio. En ningún instante se había acobardado.

Colocó encima de la rodilla el pedazo de seda que Teófano le entregara y lo alisó con los dedos. Con tinta muy débil, la muchacha había escrito unas letras que apenas resultaban reconocibles. De pronto, Hagen se encontró besando un sucio trozo de tela y un nuevo raudal de lágrimas brotó de sus ojos; aulló y rodó por la ladera del monte.

Tendido sobre la sepultura, deseó morir también.

No murió. La intensidad de su sentimiento fue cediendo poco a poco, ante las prosaicas aprensiones del momento. La sombra del halcón pasó planeando sobre él; se dio cuenta de que tenía hambre. El polvo le hizo estornudar.

Fue la lista lo que le impulsó a entrar en acción, a realizar lo que Teófano le pidió que hiciera. Encontró su caballo, que estaba comiendo lirios silvestres en una hendidura cerca del oleaje, con el sudor reseco dibujando en sus costados líneas blancas como las de un mapa. Montó en el animal y emprendió la marcha hacia Constantinopla.

La seda estaba arrugadísima y los nombres apenas resultaban legibles. Irene enrolló la tela alrededor del índice.

—¿Por qué la enviasteis? ¿Por qué tuvisteis que enviársela otra vez?

La emperatriz miró a Hagen, arrodillado en el centro de la estancia, plañidera la voz, como si Irene pudiera hacer regresar a Teófano de entre los muertos. Ni por

asomo se le había ocurrido que volviese a ver al franco.

—Lo consideré necesario —dijo.

Hagen movió la cabeza a derecha e izquierda. Había ido allí directamente: su ropa estaba llena de polvo y su blanca pelambarrera áspera y revuelta.

—Me pidió que os transmitiera unas palabras —explicó—. Parecía algo sacado de una historia: Que., obediente a tu ley, cayó.

—Si —repuso Irene, penosamente tensa y sofocada la garganta—. De una historia.

Y muy apropiada.

La mano de la emperatriz se apoyó en el hombro del franco.

—Lo siento, Hagen. También yo la quería. Recuerda esto: ella eligió ese rumbo.

Tenía plena conciencia de la importancia del éxito y aceptó el riesgo del fracaso. Dio su vida por el Imperio. Debemos sentirnos orgullosos y honrarla incluso en nuestro duelo.

Hagen se cubrió el rostro con las manos. A pesar del estado de suciedad en que se encontraba, la basileus le abrazó e, inclinándose, le dio un suave beso maternal en la parte superior de la cabeza.

—Ten paciencia —aconsejó en tono sosegado—. Disfrutaremos de nuestra venganza. Te lo prometo, nos encargaremos de que Juan Cerulis sufra por lo que le hizo y por lo que nos ha hecho a nosotros.

Bajo las manos de Irene, el franco se estremeció. Ella le acarició el pelo, sorprendida de la intensidad de su congoja. Se la contagió; las lágrimas afluyeron a los ojos de la emperatriz y se deslizaron por sus mejillas. Apretó contra sí la gruesa cabeza del franco, mientras pensaba con odio en Juan Cerulis.

Por la tarde, bañado, vestido con ropas limpias, Hagen cruzó el estrecho en el transbordador, fue a Calcedonia, se llegó a la tumba de Rogelio y se arrodilló ante ella.

Se persignó, rezó unas oraciones y le dijo a Rogelio que Karros, el hombre que le había asesinado, estaba muerto. También habló mentalmente a Reinaldo el Negro, su padre.

Venganza, replicó el espíritu de su padre. Venganza, venganza.

Pero eso ya no satisfacía a Hagen. Aquel viejo y probado sistema le resultaba ahora demasiado simple. Cuando pensaba en Teófano, no quería manchar de sangre su recuerdo.

Venganza, oyó decir a su padre. Golpe por golpe. Es el único método.

Pero allí había algo más. Con un procedimiento así no era fácil destruir a lo que había prendido a Teófano entre sus ruedas y le había arrancado la vida. Actuaba allí algo situado más allá del entendimiento y muy próximo a la idea que Hagen tenía de la misma naturaleza del Mal. No le era posible verlo, pero olía allí la presencia de un monstruo.

Su hermano yacía bajo aquella tierra y Hagen puso la mano sobre el túmulo, en

el que a floraban ya algunas hierbas.

—Duerme —dijo—, descansa, hermano.

Colocó una piedra en la cabecera de la tumba, una prueba de su visita, y atravesó el patio de la iglesia, hacia el portillo donde había dejado el caballo y la espada.

Era un día caluroso. El embajador del califa sudaba bajo los gruesos ropajes ceremoniales, pese a que tenía a su lado dos servidores que no cesaban de mover los abanicos. Irene estaba sentada; tenía una larga experiencia en lo referente al puerto situado bajo el palacio Bucoleón y eso le permitió indicar que colocaran su silla en el punto preciso del muelle en forma de L donde la brisa marina circulaba libremente por una brecha abierta en el rompeolas. Sonrió al embajador.

—Transmitid mis más profundos respetos a vuestro querido señor, al que amo como una madre ama a su hijo.

El embajador había visto ya la gabarra que, avanzando a golpe de remo entre las naves de la flota imperial, se acercaba al muelle.

—Así se lo comunicaré, basileus.

Hizo una reverencia, con la mirada vuelta hacia la barcaza. Irene sabía que al hombre le acuciaba cierta prisa, porque había perdido todo su dinero en efectivo apostándolo en el hipódromo a favor del auriga de Cesarea. La emperatriz hizo una seña y un paje se adelantó raudo con un pequeño cofre forrado de terciopelo.

—Mi querido señor. —Irene indicó el cofre—. Un pequeño presente de nuestra parte, como recuerdo de una visita feliz.

Ibn-Siad se irguió; bajo los pliegues del turbante, su rostro aparecía húmedo y rosado. Al abrir el cofre, de su lengua se deslizó una exclamación sin palabras.

—Permitidme.

Irene se inclinó hacia adelante y accionó el mecanismo de la base del pájaro mecánico. Como era debido, el ave agitó las esmaltadas alas y dejó oír su canto.

—Basileus —dijo el árabe—, excedéis en generosidad a cualquiera de cuantos os precedieron; vuestro nombre se inscribirá para siempre en oro y piedras preciosas.

Agachó la cabeza y besó la mano de Irene.

Tendría que entregar el ave a Harun, el califa, y la vista de aquella obra de arte crearía en diversos miembros de la corte de Bagdad el deseo de poseer otras maravillas como aquella, que sólo los talleres de Constantinopla podían elaborar. La emperatriz se sentó, sonriente. La fresca brisa del mar le azotó el rostro.

—Apresuraos, señor, vuestra barcaza espera.

El hombre del califa se entretuvo un instante más y sus ojos encontraron los de la emperatriz; los labios del árabe, bajo el bigote, dibujaron una sonrisa perversa.

—Excelentísima entre las excelentísimas, permitidme ofreceros mi simpatía en las pruebas que sin duda os aguardan. Espero que, cuando regrese, pueda ponerme de

nuevo a vuestros pies y no a los de Juan Cerulis.

Echó chispas por los ojos. Se había ido de la lengua. Irene levantó la mano para cubrirse la boca y ocultar su sonrisa.

—Estad seguro de ello, señor.

La pasarela de la gabarra cayó con sonoro chasquido, enlazando la borda con el muelle. En la popa de la plana embarcación, un reducido grupo de músicos empezó a tocar una estridente pieza y todos los marineros adoptaron la rígida postura que exigía el respeto. El hombre del califa cruzó la plancha y subió a la barcaza. Retiraron la pasarela y, al rítmico burn bum de los timbales, los remos subieron y bajaron, impulsando la gabarra a través de las quietas aguas. Su rumbo dividió casi por la mitad el cuadrado que formaba el puerto imperial. Enfilando la proa por la bocana del rompeolas, salió a las aguas abiertas del Cuerno de Oro y el redoblar de los tambores arreció.

La emperatriz continuó sentada donde estaba. La brisa marina era ahora fresca, reinaba la tranquilidad en aquel remanso y cuando volviese al palacio, en lo alto del acantilado, tendría que enfrentarse a personas preocupadas y también a personas traicioneras.

Juan Cerulis marchaba sobre la Ciudad, no con un ejército, sino, lo que era peor, con un profeta de ojos llameantes salido del desierto, que le había proclamado emperador. Todas las miradas de Constantinopla se volverían hacia ella, todo el mundo especularía: ¿había perdido su opción al trono de Cristo? Un paso en falso, ahora, un error, cualquier síntoma de debilidad, y todos los que tantas veces se habían inclinado ante ella, se revolverían en su contra y la destrozarían.

Todos, menos uno. En el muelle contiguo, otra barcaza zarpaba del puerto imperial, avanzando hacia el boquete que partía en dos la alargada línea gris del rompeolas.

Aquella embarcación era mayor que la de íbn-Ziad. Radiante con sus cintas y sedas bordadas en oro, atestada de servidores, pasó a escasa distancia del muelle donde la emperatriz, sentada a solas, la veía surcar las aguas. No alzó la mano para saludarle.

Ni tampoco lo hizo el parakoimomenos en su silla —como un trono— endoselada de la parte delantera de la barcaza, de cara a popa. Tal vez lo que quería el gran doméstico era mantener los ojos sobre Constantinopla hasta el último instante. Acaso simplemente odiaba ver Lesbos, el lugar de su exilio, antes de que no le quedase más remedio.

Como el sibilante Memnón iba sentado allí, con las manos en el regazo, fija la mirada en el aire vacío, mientras la nave se deslizaba frente a Irene. La emperatriz aguardó a que el eunuco hubiera desaparecido, antes de emitir una carcajada.

Entrada la tarde, cuando todo el mundo se afanaba con los preparativos de la cena, Nicéforo, el administrador general del Imperio, se echó una capa sobre los hombros y salió por una pequeña puerta trasera del hipódromo. En la zona de

callejuelas y travesías donde los cuidadores imperiales mantenían a sus fieras en las jaulas y las prostitutas de Constantinopla deambulaban de un lado a otro, silbando y provocando a los hombres que circulaban por allí, aguardaba una litera. Nicéforo subió a ella, se corrieron las cortinas y los portadores levantaron el vehículo y emprendieron la marcha a paso vivo.

Nicéforo se acomodó en las profundidades de la silla de manos. Los cojines olían a moho, pero no abrió los cortinajes para que entrase un poco de aire fresco. Se arrebujó en la capa y hundió la cabeza en los pliegues de la caperuza, agitada la mente por encontrados pensamientos.

Se sabía víctima de su propia sutileza. Durante toda la vida supuso que las cosas no eran lo que parecían; que los acontecimientos que se presentaban en la superficie de la realidad, como las sombras de nubes que resbalan sobre el suelo, no eran más que los efectos transitorios de verdades más importantes, que a menudo se mostraban en contradicción y error para equivocar a los necios. Había aprendido a ver las cosas desde dos perspectivas radicalmente distintas, a descubrir la verdad en la mentira, la confusión en el entendimiento y la fe en el escepticismo. Respecto a la argumentación, podía asumir cualquier posible punto de vista, y hacía mucho, mucho tiempo, que olvidó en qué creía realmente.

Sabia, por ejemplo, que Juan Cerulis era una mala persona, según el criterio de la emperatriz; para Juan Cerulis, naturalmente, la emperatriz era una monumento de maldad, y si tenía razón (y Nicéforo contaba con poderosas evidencias a favor de tal postura), el criterio de la emperatriz, entonces, era perverso, y Juan Cerulis, al ser mala persona a los ojos de la maldad, era bueno.

En aquel punto, hasta la flexibilidad de Nicéforo fallaba; no era posible ver algo bueno en Juan Cerulis. Y ahora llevaba a Constantinopla a aquel destructor de imágenes, a aquel tal Daniel, a aquel Jeremías, a aquel sapo venenoso, a aquel santo que odiaba a los santos. La litera se bamboleó y traqueteó sobre los hombros de los portadores. Al llegar a la puerta de la Ciudad, el encargado de la cuadrilla habló con los porteros, una moneda cambió de manos y se permitió a la comitiva salir al exterior de las murallas. Nicéforo se inclinó ligeramente y entreabrió las cortinas.

Había abandonado Constantinopla por la puerta de Carisio, por el norte de la Ciudad. Allí, la carretera ascendía entre colinas, prados y campos de olivos, para luego curvarse poco a poco y afrontar el gran bosque que se iniciaba al cabo de unos kilómetros y acababa nadie sabía exactamente dónde, en los nevados páramos del norte. La pequeña llanura tendida ante la puerta Carisia aún estaba lo bastante cerca de la urbe como para que la poblasen romanos, que habían construido sus casas de campo entre los bosquecillos. Y sobre aquella ondulada planicie, plantando cara a la Ciudad como un pequeño ejército, Juan Cerulis había situado a su séquito y a su hombre santo, para su primer enfrentamiento con Irene. Nicéforo avistó el campamento nada más abrir las cortinas. Levantado sobre una altura del terreno, con

un círculo de hogueras a su alrededor. Los portadores le llevaron allí a un trote sostenido.

Si iba a aquel campamento, dejando la protección y la comodidad de Constantinopla, era por el hombre santo. Juan Cerulis llevaba años conspirando contra Irene; sin ningún éxito hasta entonces, pero Daniel, el hombre santo, era harina de otro costal.

El impulso perentorio de romper imágenes no era nada nuevo. Durante largos años, el inmediato predecesor de Irene, así como el padre del mismo, libraron una guerra a gran escala contra iconos, santos y monjes, ocasionando grandes trastornos al Imperio y procurando inmenso regocijo a los enemigos de Roma. Nicéforo había visto abrasar vivas a diversas personas sólo porque rezaban a imágenes de santos; y estaba en el hipódromo aquella terrible jornada en la que, a punta de espada, se congregó en la arena a miles de monjes y monjas, a los que se emparejó y se les ordenó copular si querían salvar la vida. Vio horrorizado a hombres y mujeres que, con cubos de yeso

y de cal lechada, cubrían las pinturas y mosaicos de los templos, y había llorado cuando contempló la lucha de muchas personas —principalmente mujeres, puesto que las mujeres son las que más amor sienten por las imágenes— que combatieron y murieron por salvar de una destrucción prematura a las representaciones de la eternidad.

La iconoclasia había sido grotesca e infame, y el concilio que acabó con ella fue el mayor triunfo de la carrera de Irene, el momento en que su habilidad política y su genio para manejar a los hombres alcanzó la cumbre de su obra suprema. Y ahora se presentaba aquel tal Daniel para desencadenar otra vez la locura. O para proyectar sobre Constantinopla la justa ira de Dios por adorar a ídolos.

Nicéforo se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Amaba a Irene; no quería dudar de ella. Eso también le obligaba a actuar con cautela. Había aprendido mucho tiempo atrás que las ideas con las que más apasionadamente estaba comprometido resultarían erróneas, casi con toda probabilidad, exactamente en el mismo grado de su devoción por ellas. Confiaba sólo en aquellos pensamientos que había sometido a la prueba de sus dudas y sospechas: en resumen, se sentía más inclinado a creer estar en lo cierto cuando menor era su entusiasmo.

Nada de ello le parecía síntoma de un cerebro en su sano juicio. Y entonces era cuando llegaba a la conclusión de que su propia sutileza le estaba matando.

Los portadores aminoraron el paso, al llegar a una inclinación del camino. Nicéforo miró hacia el campamento levantado en el monte, frente a él. No tardaría en encontrarse dentro del círculo de fogatas y se le ocurrió, otra vez, como ya se le había ocurrido al considerar lo oportuno o inoportuno de ir allí, que podría tener dificultades para salir del vivaque. Repasó mentalmente los argumentos de persuasión de que disponía para el caso de que tuviera que inducir de alguna forma a Juan Cerulis a dejarle marchar.

Tenía dinero; siempre llevó una vida frugal y ahorró sus haberes; pero el dinero no influiría en Juan Cerulis, cuya familia era poseedora de la mitad del Imperio europeo. Tenía conocimientos y buen juicio, dado que Irene dejó en sus manos, durante años y años, la mayor parte de la administración. Tenía a Irene, quien, cualesquiera que fuesen sus sentimientos hacia un servidor como Nicéforo, que siempre estuvo respaldándola, en segundo plano, sin duda preferiría seguir tratando con él que dejarlo en poder del peor enemigo de la emperatriz. Si ninguno de esos instrumentos servía, pensó, incómodo, iba a pertenecer a Juan Cerulis.

Se dijo todo aquello, pero incluso entonces, mientras los porteadores la acercaban al redondel de hogueras que brillaban en la oscuridad, en cuyo centro se alzaba como un monstruo la enorme tienda de seda ondulante, el corazón de Nicéforo aceleró sus latidos, notó que tenía la boca seca y que se le alborotaba el estómago. Iba a entrar en un futuro desconocido e incalculable, donde ya no regían las normas de siempre.

Estaba fuera de Constantinopla; podía suceder cualquier cosa.

—Tomar este nombre, ir a la Ciudad, y matar.

Los dos soldados se encontraban de rodillas ante él, hundida la cara entre las manos, con la nariz tocando la alfombra. El espesor del tejido de ésta sofocó sus murmullos de asentimiento. Sentado en su nuevo trono, frente a ellos, Juan Cerulis agitó la mano en dirección al escriba arrodillado a su izquierda y el hombre copió el siguiente nombre. Los soldados lo recogieron y se retiraron rápidamente, retrocediendo de espaldas, sobre las manos y las rodillas, hacia la puerta.

—¿Cuántos quedan?

El escriba contó a toda prisa.

—Trece, augusto, predilecto de Dios.

Juan Cerulis se puso en pie, inquieto, y paseó por la tienda. Anhelaba la comodidad de su palacio de Constantinopla, pero no podía delegar en otros aquella labor. La lista le había sorprendido. En aquella relación figuraban nombres que había creído perpetuamente identificados con él: hombres a los que confió las tareas más cruciales, los secretos más íntimos de su trayectoria personal. No podía fiarse de nadie, ésa era la gran lección de la lista de Teófano. Pronto, muy pronto, todos ellos sufrirían las consecuencias de haberle traicionado; no albergaba la menor intención de entrar en la Ciudad hasta que cuantos se volvieron contra él estuviesen muertos.

—Que entre otro.

Pero antes de que el siguiente grupo de soldados franquease la puerta de la tienda, se le acercó un paje, se arrojó al suelo, a los pies del legítimo basileus y solicitó permiso para hablar.

—Si, sí.

—Augusto, predilecto de Dios, el muy noble Nicéforo, administrador general, está ahí fuera y desea le recibáis en audiencia.

—¡Nicéforo! —exclamó Juan Cerulis, en tono triunfal.

De todos los hombres al servicio de la usurpadora Irene, Nicéforo era el más indispensable para ella. Si acudía para unirse a la causa de Juan Cerulis...

—Dile que espere —ordenó.

A la hora de tratar con aquellos hombres resultaba fundamental convencerles de que no eran importantes. Con paso mesurado regresó a su trono y tomó asiento.

Entraron más soldados, se postraron, el escriba anotó el siguiente nombre, se hicieron cargo de él y salieron para inscribirlo en sus espadas. Juan mandó traer vino. Aquella noche había cenado mejor que en las transcurridas durante su viaje por el campo, ya que al encontrarse tan cerca de Constantinopla había encargado que le trajesen pan de los hornos de la ciudad y el vino le permitió asentarse bien.

—Tráeme a Nicéforo —dijo, y el paje salió corriendo.

Entró el sirio, arrugada su ropa de seda debido al trayecto en litera desde Constantinopla. Se acercó a través de las gruesas alfombras persas, llegó ante Juan Cerulis se dobló en profunda reverencia.

—Salud, nobilísimo, y bienvenido de regreso de vuestro viaje.

—Nicéforo —zahirió Juan—, tu cara es una ofensa a Dios. A menos que la ocultes a mi mirada, tomaré medidas para que te la quiten.

Las morenas facciones del tesorero imperial no se alteraron lo más mínimo.

—Patricio —dijo—, reservo mi adecuada obediencia a aquella que calza las botas de púrpura.

Juan Cerulis se cogió la túnica, tiró hacia arriba y alargó el pie, calzado con un coturno de oscuro tono rojo azulado.

—Póstrate, Nicéforo.

El administrador general no se movió.

—Sufiré martirio gustosamente —declaró—, nobilísimo, para salvar mi alma. Es una blasfemia presentar honores imperiales a quien no es basileus.

Juan Cerulis apretó los labios; se había excedido al insistir en que se postrase; se reprochó el no haber tenido la prudencia de dejarse una salida airosa. No albergaba el propósito de matar a Nicéforo, cuyo cerebro era una importantísima mina de información, necesaria para el funcionamiento del Imperio.

Mientras estudiaba sus posibles líneas de acción, la puerta salió disparada hacia atrás con violencia y Daniel irrumpió borrascosamente en la tienda.

—¡Ah! —exclamó Juan Cerulis, y se tranquilizó. El hombre santo le sacaría del apuro—. El mensajero de Dios ha hecho su aparición. Adelante, santidad.

Daniel pasó junto a Nicéforo y lanzó una mirada fulminante al rostro de Juan Cerulis.

—¿Cómo osas confinarme?

—Por tu propia protección, santidad —le sonrió Juan Cerulis. No dejaba de divertirse ver comportarse de manera tan rimbombante a aquel desaliñado viejo eremita y, desde luego, demostraba ser un auténtico, un verdadero Jeremías—. Hay

quienes te quitarían la vida en cuanto te vieses, por lo que has hecho.

—¡No me dejaré recluir! —El hombre santo brincó de un lado a otro, y la parte inferior de sus ropas le golpeó las desnudas piernas—. Debo estar a solas... Debo disponer de espacio libre, el viento limpio, el cielo abierto, o no podré orar. ¡No puedo rezar dentro de este campamento!

Juan se volvió hacia Nicéforo, que ahora estaba a un lado, con la mirada fija en Daniel.

—Estás viendo al mensajero de Dios, que me ha nombrado emperador.

Nicéforo examinaba al viejo atentamente, de pies a cabeza. Por último, se puso de rodillas y tiró de la túnica de Daniel.

—Santidad, suplico la bendición para un necio del Señor.

Daniel giró en redondo. Estaba tan esquelético como la muía de un pobre y sus prendas le colgaban del cuerpo sin la menor gracia. Miró con el ceño fruncido la inclinada cerviz de Nicéforo y, al cabo de un momento, levantó la mano y trazó el signo de la cruz sobre el sirio.

—Que Dios se apiade de ti, que eres más importante de lo que crees.

Juan Cerulis produjo un áspero chasquido con los labios. Alzó la mano y, del fondo de la tienda, se destacó una pareja de sus guardias.

—Traslada al hombre santo a un lugar tranquilo, donde pueda rezar por nuestro triunfo.

Daniel dio media vuelta y buscó una vía de escape, pero los guardias cargaron sobre él, uno por cada lado. Nicéforo se apartó de su camino. Uno de los guardias mantenía los brazos del anciano inmóviles contra los costados, mientras el otro le sujetaba por las rodillas. El hombre santo chillaba y se retorció contra aquel sometimiento, pero era viejo y liviano, por lo que los esbirros de Cerulis no tuvieron problema alguno para llevárselo como si fuera un fardo de aire. El eco de los gritos de Daniel y sus maldiciones a medio articular flotó durante un buen rato después de que lo hubieran sacado de la tienda.

—El arrebató de la santidad desciende sobre él en los instantes más insólitos —explicó Juan Cerulis a Nicéforo.

No disimuló la sonrisa. Disfrutaba sometiendo a Daniel a sus fines personales.

Nicéforo se había puesto en pie de nuevo.

—Me sorprende la confianza que tenéis en él —dijo—. Por su parte, no parece veros con ojos ardientemente afectuosos.

—Dios está en él —repuso Juan—. Y, al proclamarme emperador, ese hombre ha cumplido la misión que Dios le encomendó. Su bendición me predispone en favor tuyo, Nicéforo... Si te unes a mí, te prometo que conservarás tu lucrativa y privilegiada posición en mi corte.

Nicéforo se inclinó y sus manos describieron afiligranados floreos en el aire.

—Es un asunto tan delicado y trascendental, que debo considerarlo a fondo.

—No —replicó Juan—. Lo decidirás ahora, en este preciso momento, o la oportunidad de la decisión habrá pasado de largo.

Se apoyó en el brazo de su trono y adoptó la postura indiferente y confiada de quien está absolutamente seguro del éxito, sin la más leve sombra de duda.

—No te necesito, Nicéforo —afirmó—. Es cuestión, únicamente, de si tú eliges bien y te unes a mi. Si tomas la opción equivocada, entonces, ya está, dejarás de tener importancia. Ahora, elige.

El sirio continuó inmóvil ante Cerulis, juntas las manos. La inmensa cuña de su nariz le llenaba todo el semblante. Su prolongado silencio hizo que Juan Cerulis se pusiera tenso e irguiese el torso, irritado.

Pero antes de que dijese nada, Nicéforo declaró:

—En tal caso, no me impedirás marchar si elijo permanecer junto a mi señora.

Juan se mordió los labios, furioso. Casi estuvo a punto de llamar a sus guardias, prender a aquel estúpido insensato y taponarle la boca con barro. No obstante, era cierto, seguramente, que si Dios estaba con él, con Juan Cerulis, el desaire de aquel sirio imbécil carecería de importancia. Él, Juan Cerulis, mostraría su poder cuanto tuviera que hacerlo, al margen de la postura que Nicéforo adoptase.

Se recostó en los almohadones de su trono.

—Vete —concedió—. Prepararos, tú y tu despreciable señora, para lo inevitable.

Lleva a la Ciudad el mensaje de Dios, de ese anciano hombre santo y de vuestro basileus legítimo: vuestros días están contados, pronto purgaréis vuestros pecados. Vete. Vete. Vete.

El administrador general retrocedió, inclinado, hasta la puerta de la tienda y desapareció. Juan Cerulis abrió los puños. ¡Qué cretino era aquel hombre! Tan estúpido que no podía ser valioso, que posiblemente careciera de los conocimientos necesarios.

Su muerte sólo tendría la peor de las consecuencias para él: la condena eterna del que ha desafiado la voluntad de Dios.

—Pon su nombre en la lista —decretó.

—El basileus manda —dijo el escriba, y su pluma garabateó sobre el papel.

Nicéforo llegó al palacio en plena medianoche. Cruzó silenciosamente el patio del Dafne y atravesó un jardín, camino de su alojamiento en el palacio Magnaura, donde entró por una pequeña puerta trasera. Sus aposentos estaban vacíos y a oscuras, ya que los criados se habían ido a la cama hacia un buen rato, así que se guió de memoria por las habitaciones exteriores, sumidas en tinieblas, hacia la pieza en la que dormía.

Allí, se despojó de la capa en la oscuridad y tanteó por la superficie de una mesa situada junto a la ventana, en busca de una lámpara y un fogón para encendería. La mesa rebosaba de libros y papeles; soltó un juramento al no encontrar lo que buscaba y, como si la hubiesen encendido sus palabras, una llama cobró vida

en un rincón del dormitorio.

Nicéforo giró en redondo, anegado por un escalofrío. La llama fue afirmándose, un nimbo pálido que relucía en la parte lateral de la cama e iluminaba la mesita de mármol y las almohadas cosidas con hilo de oro. Sentada entre ellas, cómodamente instalada en el lecho de Nicéforo, se hallaba la emperatriz Irene.

Al verla el tesorero se quedó helado, se sintió enfermo. Ahora si que le habían cogido, pensó. Parpadeó. La mujer le miró sosegadamente, a través de la oscilante claridad blanca de la llanita y, por último, a falta de otra cosa mejor que hacer, Nicéforo se hincó de rodillas.

—Muy bien —dijo Irene, y bajó la lámpara que había encendido.

—Predilecta de Dios... Me siento muy honrado... Me faltan palabras para expresar la gloria, el placer que experimento al veros...

—Calla, Nicéforo. No quiero oír eso. Deseo conocer tus impresiones sobre el hombre santo.

—Yo... Yo...

—Fuiste a ver al hombre santo, ¿no~~

—Augusta, jamás hubiera pensado que...

—Ah, pues debiste pensarlo, Nicéforo... Tu futuro e incluso tu vida tal vez dependan de ello. Si has salido para ver con tus propios ojos, me has decepcionado, Nicéforo.

Se irguió sobre las rodillas; la voz de la emperatriz tranquilizó a su asustadizo corazón. Sin duda, confiaba en él; ¿acaso había traicionado la confianza de la basileus?

Comprendió, aliviado, que no lo había hecho y, más seguro de sí, miró a la emperatriz a la cara.

—Augusta —dijo—, mi corazón es un libro abierto para ti y, en consecuencia, lees hasta mis más fugaces pensamientos.

—Quizás. —Irene sonrió; pero era una sonrisa como forzada, en cierto modo desprovista de humor. Nicéforo apartó eso de su cerebro—. Sin embargo, como sistema para enterarme de tus inestimables opiniones, esa lectura del corazón es menos eficaz que la palabra directa, Nicéforo.

—He visto un anciano, muy denigrado en la compañía de Juan Cerulis, un anciano que me dio su bendición.

—¿Ah, sí? ¿Y sólo eso? ¿Nada de aureola, nada de milagros? ¿No ha elevado a Juan Cerulis varios palmos por encima del suelo?

De nuevo, el tesorero percibió algo quebradizo e infeliz en el tono de voz. Seleccionó cuidadosamente las palabras.

—Augusta, par de los apóstoles, no puedo afirmar nada con un grado absoluto de certidumbre, pero me consta que ese hombre santo y Juan Cerulis no son amigos. Juan tiene que recurrir a la fuerza para controlarlo. Sí, quizás, Juan lo está

manipulando de alguna forma...

—Pero lo controla, ¿no?

—Oh, si. Está muy confiado, me dejó marchar sin la menor traba.

La sonrisa de la emperatriz se amplió, súbitamente sincera, íntima y afectuosa.

—¿A pesar de que le desafiaste, corazón mio?

Nicéforo se inclinó, agradecido de que ella hubiera sacado tal conclusión por si misma.

—Bueno —dijo Irene—, excelente. No obstante, vislumbro peligro en los días venideros. Los secuaces de Juan ya están realizando su trabajo sucio en la Ciudad. Sus enemigos morirán y también muchas personas inocentes. Te aconsejo que busques un guardia de corps, Nicéforo, alguien que pueda defenderte de cerca. Ha vuelto mi franco. Es muy adecuado para esa tarea, un hombre de enorme fortaleza y valor, que ha demostrado ser sorprendentemente digno de confianza. Te sugiero que le contrates para

que te proteja.

—Basileus, acepto vuestra sabiduría.

¿O acaso le ponía en manos del franco para que éste le asesinara a la chita callando?

—Has obrado muy bien, Nicéforo.

Irene se deslizó por el lado contrario de la cama; la oscuridad la envolvió y Nicéforo aguardó, tensos los oídos, a la espera de que ella se retirase sigilosamente.

Se disponía a incorporarse, convencido de que la basileus se había marchado ya, cuando su voz surgió de la oscuridad.

—Nicéforo...

—Basileus... —articuló él, sorprendido.

—He de confesarte, corazón mio, que cuando vine aquí no me esperaba que hubieses salido rumbo a la corte del hombre santo, sino que mi visita tenía por objeto comunicarte una desagradable noticia.

—¿Si?

—Tu amigo Pedro Karrosoulos, el prefecto de la ciudad, ha muerto.

Nicéforo se quedó boquiabierto; el aliento le estalló como un gruñido, como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Silabeó estúpidamente:

—¿Muerto? ¿De veras?

—Si. Se ahorco.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios santo!

—Había perdido mucho dinero en las carreras, dinero que no era suyo. Lo siento, Nicéforo.

Nicéforo cayó hacia adelante, sobre el lado del lecho, mientras luchaba contra aquello.

—Pero el mes no había concluido aún —dijo.

No hubo respuesta. La emperatriz se había ido ya. Pesadamente, se levantó del

suelo y se sentó en el borde de la cama. Suicidio. ¡Se había ahorcado! Se llevó las manos a la garganta; imaginó el estado mental del prefecto mientras tomaba la cuerda, disponía el lazo y se lo pasaba alrededor del cuello.

Lo merecía. Por la forma en que corrompió su oficina. A Pedro Karrosoulos, prefecto de Constantinopla, le había destruido su propia debilidad.

Ah, ¿pero quién no tiene debilidades? Nicéforo echó la cabeza hacia atrás, revuelto el estómago. ¿No era también apuesto, encantador y bondadoso? ¿Por qué resultaba tan corriente que la debilidad de un hombre acabara con él? ¿Tan extraordinario era que las virtudes de una persona la elevasen hasta la grandeza?

Era el Imperio, pensó, el Imperio, que acechaba como un basilisco, a la espera de los deslices de los hombres, para devorarlos totalmente.

El cerebro retrocedió, acobardado ante tal idea, pero el alma saltó como una llama.

El Imperio al que había dedicado toda su vida de adulto le parecía ahora algo aterrador.

Lo había construido el Diablo para seducir a los hombres y apartarlos de Dios. El Diablo edificó allí una promesa de orden que había desembocado en un caos de desorden..., una ilusión de paz en una historia de guerra. Los hombres llegaban, caían en las redes del Imperio y allí se destrozaban. Como el prefecto, como el propio Nicéforo, perseguían en vano el sueño de un mundo cuerdo y habitable, en el que se entregarían debida y completamente a Dios.

Brotó entonces en su cerebro el recuerdo del monje irlandés que había conocido en la capilla de la Virgen. Acudió especialmente a su memoria la mirada de aquel religioso, clara, remota, invulnerable. Anheló aquel distanciamiento, a prueba de dolor.

Se dijo: ¡Me haré monje!.

Al instante, la idea cristalizó en certeza. Cuando hubiera pasado la crisis, cuando el Imperio estuviese de nuevo a salvo, de momento, y la emperatriz también a salvo, también de momento, Nicéforo se retiraría a un monasterio.

Dejó escapar el aire de los pulmones. Sentado en la cama, aglutinó sus tumultuosos sentimientos y los hacinó otra vez en el fondo de su atormentado corazón. Ahora, la promesa que se había hecho a si mismo brillaba frente a él a lo lejos, más allá del trabajo, el miedo y la brega, era un objetivo que tenía que esperar, por el que debía esforzarse, si deseaba alcanzarlo, un refugio y una recompensa.

Aquella decisión, sin embargo, lo arreglaba todo; el tiempo entre el ahora y el entonces resultó de pronto gobernable. Suspiró. La cama aparecía hundida y arrugada en el lugar donde Irene había estado tendida, mientras le esperaba. Se agachó súbitamente y oprimió los labios contra la ropa estriada por los pliegues.

—Señor.

Su amo de llaves, un esclavo circasiano, estaba en el hueco de la puerta, con

una lámpara.

—Señor, ¿puedo servirlos en algo?

—Me gustaría tomar una copa de vino —dijo Nicéforo—. Antes de acostarme.

—Sí, señor.

—Y dile a la mujer etíope que venga, que la espero aquí.

—Sí, señor.

El circasiano se fue. Nicéforo continuó quieto, sentado allí, con las manos entre las rodillas, y volvió a pensar en el prefecto de la ciudad. Qué irresponsable, pobre estúpido, Pedro, oh. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Hundió los hombros. La mujer etíope aliviaría parte de aquel dolor. Pero otra parte no le abandonaría nunca. Como un anciano, Nicéforo se derrumbó en un lado del lecho y aguardó, mientras luchaba contra el llanto.

Agobiado por la infelicidad y la desesperación, Daniel comprendió que estaba vencido. La tarea fue superior a sus fuerzas. Ya no tenía la impresión de que Dios estaba con él, de que Dios estaba en él, de que actuaba a través de él. Había fracasado.

Nunca dio por supuesto que aquella carga iba a ser fácil de llevar, sino que asumio que sería factible. Quizás fue ése su primer error.

En el desierto, ¡le había parecido tan real! En el desierto, bajo la inmensa cúpula del cielo, Dios le había hablado con voz clara. Lo mismo que los hombres construyen casas para protegerse del viento y del sol, así los hombres modelan imágenes y celebran ritos que los separan de Dios. Si la gente destrozase todas las formas y estructuras, volvería a reunirse con Dios; y el universo, despedazado cuando Eva cometió el pecado original al coger la manzana, volvería a ser íntegro otra vez.

No se le ocurrió, hasta que fue demasiado tarde, que había algo más que eso. Que las personas llenaban los espacios, a su alrededor, con imágenes y formas, para protegerse de otras personas. Que cuando se mezclaba con ellas, construirían sus defensas a su alrededor, para protegerle también a él.

Rezó todo el día, rogando a Dios que le devolviese al desierto. Cuando se sentía excesivamente cansado para rezar, lloraba, solitario y desanimado.

En el desierto había corrido sobre las piedras y alabado a gritos al Señor. Allí sentía siempre a Dios en torno suyo, rodeándole como le rodeaba el aire, una presencia activa y bulliciosa. Se había movido a través de Dios, había respirado Dios, le había tocado en cada piedra, le había visto en el centelleo del lagarto que se ponía a cubierto bajo un saliente, en el vuelo del buitre que surcaba las alturas majestuosamente, en sus círculos interminables a la busca de presas. Había comido Dios, defecado Dios, exhalado Dios, y todos los días había contemplado el primer día de la Creación, cuando la Tierra se regocijaba y no existía el pecado.

Después decidió que tenía una misión que cumplir con el resto de los hombres.

Y ahora todo había desaparecido.

Aquel Juan Cerulis había ido a él y deseaba que predicase, que dijera esto y aquello, palabras que carecían de significado para Daniel. Aquellos términos extraños eran como bloques de piedra que levantaban un muro a su alrededor, igual que espejos que reflejaran su propio rostro, situándole donde antes solía encontrar a Dios. Aparte de los falsos rostros de gentes que le hablaban a él, pero en los que no veía verdad, ni sinceridad.

Todo comenzó con la aparición de Juan Cerulis, con aquel error en el camino, cuando creyó que veía acercarse al emperador.

—Debes denunciar a Irene —le dijo Juan Cerulis—. Pretende ser la basileus y merece lo peor. ¡Una simple mujer! Sin embargo, se ha atrevido a elevar los ojos hasta el poder supremo y no cabe duda de que es una blasfemia pretender representar al divino Hijo de Dios en el cuerpo de una mujer.

Daniel se pasó la mano por la cara; lo hacía mucho, tocarse, asegurarse de que entre él y el mundo circundante existía una frontera. No alcanzaba a comprender qué era lo que Juan deseaba, aunque le repelió enterarse de que la basileus era una mujer y estaba de acuerdo en cuanto a la idea de que semejante circunstancia era una blasfemia. A veces sospechaba que al descender por aquel camino de la montaña había entrado en un mundo diabólico concebido por la envidiosa y perversa mente del Maligno para seducirle, un mundo en el que todo era exactamente lo contrario al plan divino.

Juan Cerulis, frívolo y cruel, regía aquel mundo. Daniel detestaba a Juan, como el propietario de una preciosa vasija de oro detesta al chiquillo sucio y ruidoso, de manos sucias, que mancha todo lo que toca y lo llena de huellas pringosas.

No presentó ninguna protesta más. Excesivamente desdichado para quejarse, se culpaba de su arrogancia y de su fracaso, y se sabía merecedor de cuanto pudiera sobrevenirle. Cuando le dieron una túnica nueva y le quitaron la capa que durante tantos años había llevado, lo aceptó como penitencia por sus pecados. Comía los sabrosos platos que le llevaban, aunque sabía que estaba sustituyendo gradualmente su esencia espiritual por una escoria percedera y putrefacta que corrompía su carne y debilitaba su fortaleza de alma. Hacía lo que le indicaban, porque había perdido a Dios y ninguna otra cosa tenía importancia.

Salió un día ante una multitud de gente y pronunció el parlamento que Juan Cerulis le entregó, aunque eran palabras toscas y deplorables. Anatematizó a la falsaria Irene, que había mancillado el trono con su impura presencia femenina, exoneró a todos de cualquier juramento de lealtad a la mujer, conminó a todos los verdaderos cristianos a rebelarse contra ella y colocar en el trono al legítimo emperador, Juan Cerulis.

El pueblo se extendía ante él en masa impresionante, llenaba la pradera, cubría y rebasaba el camino y se desplegaba entre los olivares. A lo lejos se erguía la imponente muralla de la Ciudad, las torres y las cúpulas doradas brillando al sol.

Daniel habló desde una alta plataforma de madera, rodeada por soldados de Juan Cerulis en posición de firmes. La muchedumbre congregada ante él ocupaba todo el prado, de un extremo a otro, con sus ropas aleteando y sus rostros que no eran más que puntos pálidos: una inmensa multitud ronroneante.

Las palabras de Daniel no provocaron en aquellas gentes más excitación de la que hubiera surgido de un campo de margaritas. Pero, al contemplar aquella masa humana, empezó a distinguir rostros individuales: ahí una mujer de grandes ojos oscuros bajo la severa línea del pañuelo con que se cubría la cabeza; allá un anciano apoyado en el hombro de un mozalbate; acullá una chiquilla con vestido de colorines y una muñeca cogida fuertemente entre los brazos... Cada vida, otro don de Dios.

Les dirigió la palabra. Su voz se aceleraba y aumentaba en volumen en su tono agudo, a medida que recorría el estrado de un lado a otro, delante de los presentes, señalándolos, agitando los brazos, llamándolos, rogándoles que le respondieran.

Les habló de la maravilla de Dios, del éxtasis de la comunión con El, de la necesidad de renunciar a cuanto se interpusiera entre ellos y Dios —sus hogares, su trabajo, su familia—, todo debía arrojarse a un lado, les dijo; nada era importante, salvo el deleite de encontrar a Dios.

Empezaron a responderle aquí y allá. Monosílabos como gruñidos brotaron de ellos, gritos de asentimiento.

—Apartaos de esa vida falsa —chilló—. La entrega está a vuestro alcance. Lo único que tenéis que hacer es reconocerla. Acudid a Dios. Acudid a Dios, que os ama.

Ahora todos gritaban ya, alzados los brazos al cielo, hacia Daniel, llamándole. Tendió las manos hacia ellos, amándolos, y vocearon su nombre. Empezó a llorar. Los quería; quería el amor de Dios para ellos. Las lágrimas que inundaban sus ojos convirtieron aquella multitud en una sola criatura, que suplicaba que los condujese al Cielo.

—¡Ved —chilló— cómo nos llama Dios! ¡Ved...!

De pronto, a través de sus ojos, que las lágrimas habían aclarado inopinadamente, contempló en el cielo una visión, una ciudad blanca, un conjunto de torres, muros y cúpulas que flotaban en el azul del Cielo, por encima de la urbe de Constantinopla.

Levantó los brazos hacia ella.

—¡Ved la Ciudad de Dios, que desciende del Cielo! Dios baja a la tierra... ¡Dios nos conducirá a su Ciudad celestial...!

Ahora, todos la vieron también, y prorrumpieron en gritos. Giraron hacia aquella ciudad, que seguía suspendida en el cielo, entre las nubes, y muchos saltaron y corrieron hacia ella. Los rayos del sol relucían en las alturas de blanco deslumbrante, los tejados en forma de cúpula ascendían hacia la Gloria; y si algunos advertían a voces que sólo era una nube era sólo porque lo miraban con ojos carentes de fe. La mayor parte de la multitud lo veía. Aullaban, lloraban y rezaban para que

los llevasen allí, a la Ciudad de Dios, y Daniel se acercó al borde delantero de la plataforma para convertirse en su gula.

Los soldados afluyeron de todas partes, le obligaron a retroceder hacia el interior del estrado, le empujaron y le derribaron boca arriba. Uno de ellos alargó las manos para sostenerle. El portavoz de Juan Cerulis se apresuró a avanzar para decir a la muchedumbre que Daniel entraría en Constantinopla el día de san Febronio, al cabo de una semana, y a continuación cubrieron a Daniel con una capa, le envolvieron en ella como un fardo, igual que se enrolla una alfombra para guardarla en el almacén hasta que se la vuelva a necesitar.

La esposa de Ismael aún estaba de rodillas, se balanceaba de atrás adelante, rezaba y lloraba. Ismael la tocó en el hombro. Se sentía completamente desorientado cuando la mujer adoptaba aquella tesitura, tan fuera de sí; no conseguía llegar a ella. Se inclinó para retirar los frascos de vino y los restos del almuerzo y para hacerse cargo del niño y de la niña, que jugaban en el suelo de tierra apisonada, cerca de la madre.

Comprendía la pasión de su esposa, porque él también la había experimentado, y aún le estremecía. Aquel hombre santo conocía a Dios. Al principio, Ismael había dudado de él, cuando, de entrada, habló contra la basileus; para alguien acostumbrado a los grandes predicadores de Constantinopla, había sido decepcionante. Pero en el momento en que Daniel empezó a hablar de Dios, Ismael oyó la verdad resonando a través de sus palabras. Tuvo la impresión de que el hombre santo se dirigía exclusivamente a él, sólo a él entre los centenares de personas congregadas allí, y cada palabra había caído como una gota de ácido en el alma corrupta de Ismael, abrasando y atravesando las capas muertas de mentiras y pecados hasta llegar con su escozor a la carne viva.

—Conoce a Dios —dijo a las personas que tenía al lado, que también estaban preparándose para marchar.

Lo mismo que su mujer, muchos integrantes de la multitud estaban sumidos en la profundidad de sus oraciones. Los que oyeron a Ismael inclinaron la cabeza en mudo asentimiento.

—Conoce a Dios. Tiene la palabra de Dios en el corazón y en los labios. ¡Qué sermón más maravilloso! Con su sermón hizo descender del Cielo la Ciudad de Dios.

—Pero... el basileus...

La mención del emperador impulsó a todos a dar media vuelta y afanarse diligentemente en la tarea de recoger sus pertenencias y apremiar a los seres queridos para volver a casa.

Ismael pasó la mano por la axila de su esposa, tiró de ella y la puso en pie. Sus hijos iban de un lado para otro, alegremente, pasando por entre las piernas de los adultos y provocando miradas de desaprobación entre las personas que andaban por

allí.

Ismael les dio unas voces y unos pescozones, llamándolos al orden y, obedientes a la fuerza, se aprestaron a volver a su Ciudad.

Mientras caminaba, Ismael alzó los ojos al cielo. Durante todo el día, imponentes masas de nubes habían cruzado el horizonte, y aún llegaban, surcando las alturas, dejando atrás el sol y brillando al recibir sus rayos. La Ciudad Celestial había surgido momentáneamente entre ellas y luego desapareció.

El corazón se le caía a pedazos. Las palabras del hombre santo aún repicaban una y otra vez en su cerebro. Acudir a Dios —renunciar a todo menos a Dios—, una oleada de culpabilidad se abatió sobre él. Desde su victoria en el hipódromo el orgullo le había hinchado, como si gracias a él hubiese crecido enormemente; sólo apareció por la iglesia una vez, y su mente no prestó la debida atención a las oraciones; si había ido hoy allí fue por su esposa, no por él. Su triunfo le pareció suficiente, una perfección no necesitaba otra.

Tampoco era suficiente. En aquel instante ansiaba verse en la próxima carrera, esa vez para correr contra el campeón, contra Miguel, su rival. Volver a ganar. Superar de nuevo a otros hombres.

Le martilleaba la cabeza. Al pensar en la Ciudad Celestial, mientras apretaba el paso y metía prisa a su familia, que iba delante de él, Ismael se odiaba así mismo. Daniel tenía razón. Había dado la espalda a Dios, había hecho de la victoria un falso Dios. La Ciudad del cielo, blanca como la nieve, no era para él. Pero, ¡oh, cómo deseaba ir allí!, abandonar esta vida de esfuerzo, dificultades y preocupaciones constantes. En aquel momento se encontraba al borde de las lágrimas; desentendido de su esposa y de sus hijos, franqueó con larga zancada la puerta de Constantinopla.

Hagen había visto antes a Nicéforo: una vez en compañía de la emperatriz, otras varias en las proximidades del palacio Sagrado; no tenía la menor idea acerca de los honores apropiados para un funcionario de tal jerarquía, de modo que se abstuvo de rendirle alguno, ni se inclinó, ni le saludó con la mano. Nicéforo tampoco hizo ni dijo nada, y se contemplaron fijamente el uno al otro durante un buen rato, como si el administrador no hubiera convocado a Hagen para que le atendiese. Por último, el tesorero del Imperio suspiró, tomó asiento, posó las manos sobre los muslos e indicó con la cabeza la silla colocada frente a él.

—Tengo entendido que en vuestro país sois príncipe y, por lo tanto, me siento un tanto reacio a aparecer insensible a los honores que os corresponden, señor, aunque las circunstancias me obligan a requerir el uso de vuestras superiores aptitudes en determinadas esferas de acción.

Hagen no se sentó. Observó en Nicéforo un aire nervioso, como el caballo que resopla y se agita inquieto momentos antes de que empiece la carrera. Aguardó pacientemente a que el hombre de tez oscura le dijese lo que pretendía de él.

—Hoy han aparecido hombres muertos por toda la ciudad —explicó Nicéforo, y

se levantó de la silla, impulsado por los nervios; se frotó las manos, intranquila la mirada—. Hombres de alta cuna, hombres ricos..., hombres a los que hubiera considerado invulnerables a una purga tan salvaje como ésta. Y... temo que traten de convertirme en uno más de esos cadáveres distinguidos.

—¿Quién los está asesinando? —preguntó Hagen.

—Juan Cerulis.

—Ah.

—Pretende erigirse en emperador. Cree que el hombre santo le encumbrará al trono del Imperio y está eliminando a cuantos..., cuantos...

Nicéforo se llevó las manos a la cara.

—Alguien debería presentarse ante la basileus.

—Ah... ¿qué puede hacer ella? Los sicarios de Juan Cerulis atacan en jauría, dicen, como hienas.

—Matar a Juan Cerulis.

—¡Matarle!

—Si la emperatriz me lo permite, yo mismo lo haría por ella... Aunque me fuera la vida en el asunto, le mataría con mis propias manos.

—¿Podrías hacerlo?

Hagen encogió un hombro y sonrió a aquel hombre de ciudad, un hombre con tanto poder y con tanto miedo.

—Si lo deseáis con la intensidad suficiente, podéis matar a cualquiera.

—Ah, yo no digo eso.

—Lo lamento.

—¿Me protegeréis? Me han dicho que, entre los guerreros de vuestro pueblo, sois el más feroz. Necesito... Quiero... —Nicéforo volvió a sentarse y encorvó el cuerpo, tenso y cubierto de arrugas el semblante—. Estoy aterrado. A pesar de ello, he de ir diariamente a la Ciudad, para llevar a cabo las gestiones inherentes al Imperio... Así que preciso protección.

Hagen se enderezó, sorprendido.

—Habré de consultárselo a la basileus. Se considera mi suprema señora mientras me encuentre aquí.

—Fue ella quién sugirió que os propusiera la misión.

—¡ Ah!

Hagen se retiró unos pasos y vagó por la estancia, mientras pensaba con cierto enojo en Irene; le manejaba como si él fuese un esclavo, lo cual era fastidioso, aunque más irritante todavía era el hecho de que la emperatriz fuese incapaz de adoptar, en aquella crisis, la medida adecuada: liquidar a Juan Cerulis. Se inmovilizó ante una ventana y contempló el desierto patio de ladrillo situado abajo, en el que había unas cuantas jarras y botellas en fila, mientras pensaba en que podía salir a la amplia pradera del otro lado de Constantinopla, ir al encuentro de Juan Cerulis, clavarle un cuchillo y recordarle que aquélla no era su Ciudad. Él, Hagen, había

renunciado a su venganza, en honor de Teófano, pero no existía razón válida alguna que le impidiera participar en aquella operación.

Giró en redondo, para quedar frente a Nicéforo, dispuesto a rechazar su petición, y vio en el rostro del tesorero una expresión tan atormentada que el odio renació en su pecho. Si la emperatriz no podía o no sabía plantar cara a la maldad, alguien tendría que demostrarle cómo había que hacerlo.

—Acepto —dijo—. Haré lo que pueda.

—Gracias —respondió Nicéforo y, con gran sorpresa por parte de Hagen, se inclinó.

Por la mañana, Irene cumplió el rito sagrado del pozo de san Esteban, llevando el agua en procesión alrededor de la iglesia de la Sagrada Sabiduría y enviando pequeños fiales a todos los puntos de la Ciudad y del resto del Imperio, para purificar los altares levantados en todas partes. En pleno mediodía, descendió al jardincillo de debajo del Dafne y se hizo servir allí el almuerzo. Y allí estaba cuando se presentó Hagen, el franco, que se arrodilló ante ella y le pidió permiso para matar a Juan Cerulis.

—¿Tan fácil es para ti matar a otro ser humano, Hagen? —preguntó Irene—. La muerte de Teófano, ¿no te ha imbuido ningún respeto por la vida?

—Juan Cerulis está matando por doquier —repuso Hagen—. Acabar con él no sería un asesinato, sino arrancar la cizaña, basileus.

Aquello le hizo gracia, pero no se rió, ya que no deseaba parecer frívola; después de todo, se trataba de un asunto muy serio. Las damas, a su alrededor, le servían una selección de platos de estilo árabe: el califa le había enviado un nuevo cocinero junto con las fieras. La emperatriz devolvió el tigre y el leopardo, pero conservó el cocinero.

La pequeña Filomela permanecía acurrucada al lado de Irene, con la cabeza sobre su falda, que le iba dando trozos de una cebolla rellena.

—Hagen —dijo Irene—, Dios me eligió para la dignidad de basileus. Dios me protegerá, lo mismo que protegerá a aquellos a quienes Dios desea que vivan. Quienes hayan perdido la consagración de Dios, perecerán, y Juan Cerulis no es más que un instrumento.

Así ocurre con la maldad; si el intento es ilícito, el acto no puede ser voluntad de Dios.

Fuera, al otro lado de la tapia baja que limitaba el jardín, Irene vio pasar a alguien; sus ojos le siguieron durante unos segundos. Era el príncipe Constantino, a quien no había castigado por sus trapisondas con las carreras de cuádriga.

Sin apartar los ojos de su primo, dijo:

—¿Sabes una cosa, Hagen? En muchos aspectos, aún sigues siendo un mozalbete, impetuoso e inexperto. Cuando llegues a mis años, comprenderás lo poco

que uno debe interferir en el flujo de las cosas. Eso significa que lo que ha de acontecer, acontecerá, querido. El éxito en la vida consiste en averiguar qué va a ocurrir y, entonces, adaptarse a la voluntad de Dios.

Le sonrió. Hagen no parecía convencido; se encontraba de pie, con las manos adosadas a los muslos y el semblante surcado de arrugas de insatisfacción.

—¿Vas a proteger a Nicéforo?

—Alguien debe hacerlo.

—Estupendo. Deja el resto a Dios, Hagen. Ten fe. —Ahora estaba demasiado divertida como para no reír, de modo que soltó una carcajada—. ¿No oíste al hombre santo?

—Permitid que me retire —rezongó el franco.

—Tienes mi permiso para retirarte, querido.

Se retiró. Irene se inclinó, apoyado el codo en el brazo del sillón, y, mientras le veía alejarse, observó sus largos brazos, cuya elegancia natural acentuaban los puños de plata en torno a las muñecas. Decidió conseguirle algunos aros enjoyados para los brazos, tal vez alguna clase de collar. Lucía el granate que ella le había regalado. Irene adoraba los granates, de reflejos astillados, imperiales. Las damas revoloteaban a su alrededor; una roció perfume por la parte interior del codo, un efluvio de rosas, de almendras, los aromas del veneno sutil. La mirada de la emperatriz se desvió nuevamente hacia la tapia, pero el príncipe Constantino ya se había perdido de vista. Irene sonrió al pensar otra vez en el veneno sutil.

Ismael mataba el rato por la Explanada, observando a los caballerizos y mozos de cuadra que entraban y salían cargados con medidas de cereales hechas de cuero y cubos y redes llenos de heno, que llevaban de un lado a otro de los pasillos ocupados al completo por las caballerías. Le dolía la cabeza. La noche anterior se había emborrachado hasta quedarse dormido. Por la mañana, su mujer le amargó la vida, logró echarlo de la cama y se había ido a las cuadras, pero no tenía nada que hacer, ya no.

En el fondo del pasillo situado a su espalda, un caballo se agitaba y relinchaba, pero era Locura, el alero interior de Miguel, que, de todas formas, estaba loco y no había dejado de estarlo desde que llegó allí; no le hizo ningún caso. Seguía viendo mentalmente la Ciudad de Dios, que descendía de las alturas, blanca y pura a la luz del sol, con sus torres y tejados, con sus calles de oro macizo.

Detrás de él, un hombre chilló. Eso le devolvió a la realidad y giró en redondo, mientras un estremecimiento le hormigueó la espalda.

Por el pasillo en el que se albergaban los caballos de Miguel corría el caballerizo, Esad, que no paraba de gritar.

—¡Constantino! —mugió, al pasar junto a Ismael.

Agarró por los hombros a un mozo de cuadras, lo puso de cara a la puerta y le dio un empujón.

—Ve a buscar al príncipe... Trae a Miguel, maldito seas, ¡rápido!

El muchacho salió a la carrera. Esad se acercó en dos zancadas a la pared y cogió de los ganchos un látigo y un ronzal.

Ismael dio un salto.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—¡Constantino!

Esad volvió a adentrarse corriendo por el pasillo, con el látigo y el ronzal, e Ismael y una docena de hombres más le siguieron.

Dos de las antorchas del corredor se habían apagado. Sólo seguía encendida la del muro blanco del fondo y contra su espasmódica claridad se recortaba la silueta de la cabeza, el cuello y las crines de Locura. Esad corrió hacia la casilla del caballo, con el resto de los mozos de cuadra a la zaga, y abrió la puerta.

El caballo embistió. Era un animal notoriamente celoso de su territorio y no podía sufrir que un mozo de cuadra permaneciese mucho rato dentro de su casilla, pero Ismael nunca le había visto tan furioso. Esad no perdió tiempo. Dio dos pasos dentro de la casilla, dejó caer el ronzal y, con el látigo, mantuvo a raya a Locura. El gigantesco animal retrocedió, con las patas delanteras levantadas y agitándolas en el aire y los ojos echando chispas, dementemente furioso.

A espaldas de Ismael, alguien gritó: ~¡Constantino!~, y señaló con el dedo.

Ismael lo vio al instante. Detrás del caballo, contra la pared, medio enterrado en la paja, yacía un cuerpo inmóvil, de cara a la puerta. Era Constantino.

Ismael irrumpió dentro de la casilla, donde el caballo, levantado sobre Esad, lanzaba penetrantes relinchos. Las patas delanteras seguían golpeando el aire. Ismael recogió el ronzal del suelo y se apartó a un lado con rapidez. El caballo la emprendió con él, la cabeza por delante, y sus dientes se cerraron sobre el brazo del auriga.

Esad aplicó el látigo a la cabeza del caballo, con el mango primero, y medio retrocedió, apartándose lateralmente. Ismael saltó hacia adelante. Pasó el ronzal en torno al cuello e hizo otra pasada sobre los ollares. Agarró con fuerza al caballo por la cabeza, le obligó a bajar y echarse de costado encima de la paja. Le dolía el brazo en el punto donde el caballo le dio el mordisco.

Los demás irrumpieron en la casilla, cogieron el cuerpo de Constantino y lo sacaron de allí. El caballo temblaba violentamente, ultrajada su moral. Ismael le palmeó el cuello en rápidas y afectuosas caricias, mientras los dedos se deslizaban por la mezcla de sudor, sangre y mugre que cubría la piel del animal. Constantino llevaba allí bastante tiempo; y, desde luego, había muerto. Qué insensato, entrar sin látigo en la casilla de aquel caballo.

Un instante después de haber concebido tal pensamiento empezó a sospechar algo más profundo. Se levantó. Echado sobre la paja, Locura se estremecía, medio invisible en la penumbra, con la excepción del frenético brillo blanco que despedían sus ojos.

Ismael salió de la casilla y cerró la puerta. Se arremangó la camisa para

inspeccionar la magulladura que se le estaba formando en el brazo. La tela le había protegido, librándole de una verdadera herida.

En la Explanada, un nutrido corro de hombres se había congregado alrededor del cuerpo de Constantino, tendido en el suelo. Esad estaba arrodillado junto a él y entre los reunidos figuraba Hagen, el franco.

Ismael se le acercó y el bárbaro dijo:

—También él. Sangre de Dios, no entiendo nada de esto.

—¿Cómo? —Ismael alzó la mirada hacia el bárbaro.

—Hay personas muertas por toda la ciudad —dijo Hagen—. Pero no entiendo dónde encaja él en todo esto.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Ismael, de pies a cabeza; el frío le llegó al alma. Una corriente de aprensión y repugnancia sucedió inmediatamente a la ráfaga helada. La Ciudad Celestial resplandecía en su cerebro. Dio media vuelta y salió de las cuadras, a la calle.

Hagen fue tras él; sumidos en sus propios pensamientos, caminaron uno junto a otro bajo un sol cuyo tórrido calor no aliviaba el más leve soplo de aire. Por último, Hagen se volvió hacia Ismael.

—¿Había algo que indicara que fue asesinado?... ¿Se veía alguna herida?

—No vi nada —repuso Ismael. Delante de ellos, un gentío se arracimaba en torno a la gran puerta del hipódromo y el auriga dirigió sus pasos hacia allí—. No, claro que no; todo lo que alguien tenía que hacer era darle un golpe en la cabeza y meterlo allí, con Locura. Todo el mundo conoce a ese caballo. Patearía a cualquier cosa que entrara en los dominios de su pesebre.

—¿Incluido Miguel?

—¿Miguel? ¿Crees que Miguel puede tener algo que ver con la muerte de Constantino? ¡Mira!

Se acercaban al numeroso grupo de personas reunidas ante la puerta del hipódromo. En la parte alta de los tablones colgaba un cinturón de eslabones de oro, con un enorme broche ovalado; el cinturón del campeonato obtenido por Miguel. Ismael se quedó con la boca abierta. Ahora sabía por qué estaba allí toda aquella gente. Es más, conocía el motivo que atrajo a la multitud allí; se le agitó el estómago.

—¿De qué se trata? —Hagen contempló la puerta en la que estaba clavado el letrero; lógicamente, no podía leerlo—. ¿Qué es lo que dice?

—Que se celebrará una carrera con el Cinturón de Oro en juego —explicó Ismael, con voz apagada—. El día de san Febronio.

—¿Una carrera entre tú y Miguel? —Hagen se puso en jarras—. ¿Cuándo es el día de san Febronio? ¡Ah!

Recordó, y la comprensión fue apareciendo en su cara como el sol naciente sale por el horizonte.

—La basileus quiere apartar del hombre santo la atención del pueblo —dijo Ismael—.

Así que dispone la celebración de una carrera. —Se alejó de la puerta, calle abajo—. Vamos a tomar un trago.

—Me parece que la he subestimado —confesó Hagen—. ¿Puedes vencer a Miguel esta vez?

—No voy a intentarlo.

—¿Cómo?

Ismael eludió mirar al franco a los ojos, entró en la taberna y fue a ocupar su mesa favorita, en la parte delantera de la sala, junto a la puerta. Por lo menos, allí aún le fiaban. Carecía de importancia que corriese o no; de todas formas, no iban a pagarle.

Tomó asiento y hundió el rostro entre las manos. Qué falso era el mundo, qué lleno estaba de decepción. Constantino asesinado, tendido allentre la paja, mientras el viejo Locura le coceaba y le machacaba con los cascos, convirtiéndolo en pulpa. Todo falso, todo pecaminoso; ya no podía soportarlo más.

Se acercaba el momento de poner punto final a todo. Descendería la Ciudad Celestial y elevaría a la Gloria a los elegidos de Jesucristo, mientras sus propias faltas arrastrarían a los condenados al Infierno.

Hagen se puso una copa delante y la llenó de vino clarete.

—¿Qué quieres decir con eso de que no correrás?

Se sentó en el banco, con la esquina de la mesa separándolos.

—¡Oh, Dios, Hagen!... —Ismael se llevó a los ojos la parte inferior de la palma de las manos—. Ayer... ¿Lo viste? En el cielo.

—Lo único que vi en el cielo fueron nubes.

—El pecado ciega tus ojos.

—Uno de nosotros está ciego, si en el cielo viste algo que no fuesen nubes.

Una cólera inexplicable creció en el corazón de Ismael, rojo y ardiente como una llama.

—¿Qué puede saber un bárbaro acerca de Dios?

Hagen le sonrió, sin sentirse insultado.

—Crees que Daniel lleva consigo la Ciudad Celestial. Sabes que está bajo el poder de Juan Cerulis, que es un hombre tan perverso como el más perverso que yo haya visto jamás...

—Dios elige sus instrumentos conforme a su voluntad.

—¿Qué lógica tiene que haya elegido a Juan Cerulis?

—Empequeñeces a Dios... ¡tratas de acoplar a Dios en el marco insignificante de la razón humana! ¡No! ¡Dios está mucho más allá de nuestro conocimiento...! —Al tiempo que hablaba, Ismael sentía ascender en su corazón un casi insoportable anhelo de aquella maravilla, un lugar donde no importaban en absoluto las garras de hierro de tiempo y consecuencia. Cerró de nuevo los ojos—. Somos lo que Dios

quiere que seamos.

Hagen le soltó un bufido, sorbió su vino y empujó la copa hacia Daniel.

—Bebe. Estás demasiado sobrio.

—¡Se acerca el día de Dios!

—Vosotros, la gente de aquí... lo glorificáis todo.

—¿Qué significa eso?

—Escucha, Ismael. Mi abuelo no fue un hombre de Cristo. Sacrificaba caballos en el solsticio y rezaba a los robles. Mi padre solía decir: «Deja algo para los dioses antiguos». Vosotros, la gente de aquí, lo habéis entregado todo a Cristo...

—¡Blasfemas! Cristo lo es todo, se lo debemos todo a Cristo.

—Quizá, pero me choca el hecho de que, si Cristo fuese todo, no tendría motivo para sentirse celoso y, sin embargo, El es celoso.

El genio de Ismael estalló como una burbuja.

—Criatura despreciable. Eres un blasfemo... ¡Quieres que consuma mi alma en las carreras de caballos, cuando el fin del mundo está al alcance de la mano! Algún demonio te envía..., algún demonio habla a través de ti, para seducirme y desviarme del camino recto. ¡Apártate de mi, Satanás!

Mientras hablaba, separó a Hagen de sí, por el procedimiento de ponerse en pie y salir a toda prisa por la puerta.

En la calle, nada había cambiado; la gente iba de aquí para allá, ajetreada, afanada en sus triviales asuntos cotidianos, sin percatarse de que el día del Señor estaba cerca.

El aire le pareció a Ismael una irritación en sí mismo, mientras corría calle abajo, rumbo a la Ciudad Celestial.

Miguel no ignoraba quién había matado a Constantino, y comprendía el motivo.

Se sentó junto al cadáver de su tío, tendido sobre el piso del establo, sobre la paja mezclada con barro y estiércol. El caballo había reducido los huesos de Constantino a pequeñas astillas, triturándolos bajo la machucada carne que los envolvía; la cabeza estaba completamente desfigurada. Miguel posó el pulgar en cada uno de los párpados de su tío y, con firme movimiento, le cerró los ojos.

Era injusto, de cualquier modo: ella había aprovechado la purga, el horror que se había extendido por Constantinopla, para incluir un cadáver más; nadie se preocuparía, con tantas personas que estaban muriendo. Injusto y miserable. Y, sin embargo, ¿no había repudiado él también a su pariente? Constantino violó lo más sagrado: su honor, su reputación y la reputación de las carreras, lo único que realmente importaba.

Miguel había renunciado a su vínculo con Constantino; no tenía derecho a indignarse porque ella le hubiera castigado.

Pensó que en un mundo que se pareciese más al del hipódromo, tales cosas no sucederían. Deseó que no hubiese arrojado el cadáver a la casilla del establo. Deseó

que no hubiera utilizado al viejo majareta de Locura para una faena tan sucia. Y, no obstante, había cierta rotundidad, cierta perfección. Miguel sabía por qué lo hizo la mujer.

Se dijo, una vez más, que aquello-ya no era asunto suyo. Se puso en pie y salió de la cuadra.

Si la emperatriz dedicaba sus días a ritos y procesiones, su ministro Nicéforo los pasaba yendo apresuradamente de un sitio a otro, reuniéndose con otros funcionarios, adoptando y poniendo en práctica las medidas adecuadas para atender las exigencias de la vida diaria en Constantinopla. Hagen le acompañaba por las calles, a un palacio o a un edificio público, y luego vagaba ociosamente durante horas, en la parte exterior, medio dormido bajo la solanera, de mal humor y fastidiado por el tedio.

Supuso que se merecía el castigo. De no haber entregado a Juan Cerulis aquella lista, la gente no estaría muriendo ahora por toda la ciudad, y Nicéforo no necesitaría protección.

Reflexionó en ello, en hasta qué punto tenía él la culpa de la muerte de aquellas personas, y su talante grisáceo se tomó negro. Consideró a Juan Cerulis una especie de vapor venenoso que invadía lentamente la ciudad. Con su vacío parloteo acerca de Dios y de hacer lo que Dios pretendía, la emperatriz era incapaz de hacer frente a tal infección; al final, la epidemia los destruiría a todos.

Una tarde, mientras Nicéforo mantenía dentro de un edificio una reunión con otros funcionarios, Hagen, de pie junto a la escalinata exterior, se preguntaba si no debería matar primero a Juan Cerulis y decírselo después a la emperatriz... Estaba pensando también en Teófano, que se había sacrificado sin vacilar por el bien de todos, cuando vio una mujer que circulaba por la calle.

La mujer aminoró el paso; le dirigió una cálida mirada. Hagen le sonrió y, automáticamente, ella se detuvo y le hizo una seña, indicándole el estrecho callejón situado entre el edificio de dos pisos donde estaba trabajando Nicéforo y el contiguo almacén de planta baja. Hagen se dispuso a seguirla y la mujer entró rápidamente en el callejón, al tiempo que emitía una risita tan provocativa que Hagen echó a correr.

En el callejón, la mujer se volvió de cara a él y se abrió con las manos el escote del vestido. Surgieron los dos pechos más hermosos que Hagen había visto en su vida, dos enormes globos de forma insuperable, con pezones erectos y rosados como labios fruncidos. Casi los tenía ya en las manos cuando le cruzó por la cabeza la idea de que aquello resultaba demasiado fácil.

Su oído captó en aquel preciso instante el roce de una bota sobre las tejas, casi directamente encima de él. Se lanzó a un lado; mientras cambiaba de sitio, una flecha zumbó por encima de su hombro y fue a estrellarse contra el duro suelo.

Rodó una y otra vez hasta alcanzar el muro del almacén en la parte lateral del callejón. La mujer se deslizaba hacia la calle. Hagen alargó las piernas y la mujer tropezó con ellas. Soltó un chillido al tiempo que caía de bruces y rodaba sobre si

misma; Hagen se incorporó apoyándose en las manos y las rodillas y escudriñó las alturas.

En el techo plano del almacén, un hombre armado con un arco le buscaba con la vista.

Al localizar a Hagen, levantó el arco y se llevó la flecha a la mejilla. Hagen saltó hacia él. Se agarró al alero con ambas manos y se impulsó hacia el arquero, que disparó.

La flecha pasó de largo junto a la cabeza de Hagen y el arquero dio media vuelta para emprender la huida. En el instante en que Hagen se levantaba, otra flecha surcó el aire desde otro lado y se le clavó en el antebrazo. Había dos arqueros más en medio del tejado. Hagen se arrancó la flecha del brazo y la tiró.

El hombre que tenía frente a sí estaba ajustando otra flecha en su sitio, desesperada la expresión del rostro. Hagen se precipitó sobre él. Los otros alzaban ya sus arcos para apuntarle, y Hagen cogió al individuo que tenía delante y lo elevó por encima del suelo. El arco, al caer, rebotó contra el tejado. El arquero golpeó a Hagen con los puños, pero Hagen se limitó a agachar la cabeza, golpear al rugiente soldado en el pecho, rodearlo con los brazos, levantarlo en peso y lanzarse con él, a través del tejado, hacia los otros dos.

Tras nivelar los arcos, uno junto a otro, ambos arqueros tensaron las cuerdas, prestas las flechas. Pero titubearon, al no querer alcanzar a su compañero en su intento de acabar con Hagen. El hombre apresado entre los brazos de Hagen chillaba, pateaba y daba puñetazos en la cabeza al franco. A Hagen le dolía el brazo en el punto atravesado por la flecha. Afirmó los pies en el suelo y, como quien acciona un látigo, arrojó al sujeto que llevaba en los brazos contra los dos arqueros que tenía delante.

El esfuerzo le hizo caer de rodillas, pero los tres soldados griegos salieron volando.

Como un estúpido, el primero que recuperó la verticalidad trató de utilizar de nuevo el arco. Su mano tanteó la aljaba que le pendía del cinto, en busca de otra flecha. Hagen se incorporó, vacilante, y desenvainó la espada.

Gritó. El tacto de la empuñadura de la espada en su mano fue como la sacudida de un trago de licor fuerte. El arquero, con la flecha sin encajar, dio media vuelta para huir, pero Hagen le alcanzó en la cabeza con la hoja de la espada, arrancándole la mitad de la cara.

Los otros dos individuos le atacaron desde direcciones opuestas, enarbolando hachas cortas de doble filo. Mientras Hagen rechazaba y desviaba con la espada los tajos del más alto de los dos, el más bajo le atacó por la espalda.

Hagen hizo un regate, abandonando su situación en línea entre uno y otro. Ambos siguieron acosándole. Cuando Hagen se detuvo, los atacantes trataron de colocarle de nuevo entre ellos, pero Hagen dio un salto lateral. Cruzaron así el tejado

llano, yendo de un lado a otro: un corto desplazamiento, los dos hombres separándose para atacarle uno por cada lado, otro breve desvío. El tejado parecía sólido, al menos, pero los dos griegos eran hábiles y no iban a caer por el borde, además, su táctica mejoraría mientras él se lo permitiese.

El bajito era rápido, pero siempre atacaba por la izquierda. El alto era más lento.

Hagen se echó a un lado, a la espera de una abertura.

Le sorprendió el chillido que cruzó de pronto el callejón; volvió la cabeza para lanzar una rápida ojeada, y en una ventana del segundo piso del edificio del otro lado vio un grupo de hombres que daban voces y contemplaban la pelea. Nicéforo estaba entre ellos. Le animaron al observar que había vuelto la cabeza. Distraído, Hagen los estuvo mirando un poco más de la cuenta, lo que aprovechó el individuo situado a su espalda para alcanzarle.

El golpe resultó corto, y el fianco pudo retroceder, pero el extremo superior de la curvada hoja del hacha le cruzó la espalda. Saltó al centro del tejado, doblado sobre sí mismo a causa del dolor, bien cogida la espada con ambas manos, por miedo a que se le cayera.

Lanzó un alarido; batió el aire con la espada, obligando a retroceder al miedo y la debilidad que acechaban en la herida. Las dos hachas trazaban círculos a su alrededor. Volvió a aullar y dio un salto en el aire, intentando alcanzar la mayor altura posible.

Le atacaron otra vez, el alto primero, con un hachazo de arriba abajo, mientras el bajo se deslizaba para, con un grito, lanzarse por detrás.

Los nervios de Hagen se sobresaltaron, pero el grito le indicó que debía esperar el ataque a fondo por parte del hombre que tenía delante. Cuando se produjo la arremetida de éste, el franco le recibió con un contragolpe en medio de la columna vertebral que casi cortó por la mitad al griego alto. Hagen soltó un alarido de triunfo, saltó sobre el individuo que acababa de abatir y le seccionó la cabeza. El bajito giró sobre sus talones y emprendió la huida. Hagen inició la persecución, pero al resbalar su pie en la sangre cayó de rodillas. Agil como un volatinero, el hombrecillo saltó al suelo desde el tejado y se alejó calle abajo a todo correr.

Hagen estaba sin aliento y no hizo el menor esfuerzo por perseguirle. El ardor combativo que le mantuvo firme durante el combate menguaba aceleradamente. Le dolía la espalda y el brazo le sangraba con profusión. Vivir en la ciudad le había ablandado y notó que el estómago se le alteraba. Se acercó a echar un vistazo a los hombres que acababa de eliminar; uno de ellos lucía numerosos anillos de adorno, pero no tomó ninguno; no quería nada que le recordase aquel asunto. Descendió del tejado y anduvo hacia la calle.

La muchacha había desaparecido. Gruñó al recordarla; ahora estaba de humor para arrancarle los pechos a mordiscos. Nicéforo salía por la puerta.

Al ver a Hagen, se dirigió rápidamente a él, con las manos tendidas.

—¿Estáis muy malherido? ¡Oh. Dios mio, Redentor del género humano! Alejémonos de aquí. ¡Silla! ¡Silla!

—Me encuentro bien —dijo Hagen.

El tajo de la espalda era doloroso, pero superficial. Lo que más le hacia sufrir era la herida del brazo, que ya rezumaba y escocía.

Dos de los cursores de la ciudad estaban junto a la silla de manos de Nicéforo, hablaron con él y, al acercarse Hagen, se le quedaron mirando. Uno de los portadores llevo el caballo del franco, que se volvió para montarlo.

—Estuvo magnifico —alabó Nicéforo—, no puedo deciros lo valeroso y formidable que es con las armas en la mano. Hubiera puesto en fuga al mismísimo Aquiles. Su voz era como el bramido de un volcán, estentórea como la furia del Todopoderoso.

—Vamos —articuló Hagen.

Los portadores establecieron un trote fluido y uniforme. El caballo de Hagen tenía bastante práctica en mantener el ritmo de la litera y marchaba a la izquierda de la misma, sin que Hagen necesitara apremiarlo.

—Estuvisteis magnífico —repitió Nicéforo, con el mismo entusiasmo alborozado de antes.

—Eran griegos —le quitó Hagen importancia—. Vuestro pueblo no está dotado para esos menesteres.

Se dijo a sí mismo que había sido una buena pelea. Sufrió heridas, pero se las causaron inesperadamente y, por contra, él había matado a dos o tres atacantes. Y el último puso pies en polvorosa ante la perspectiva de enfrentarse cara a cara con él.

Estaba cansado. De verse en la obligación de luchar durante un momento más, puede que la fatiga hubiera sido excesiva. Se estaba volviendo griego: se reblandecía. Su humor se ensombreció nuevamente, como si negros y ominosos nubarrones descendieran sobre él. Pensó otra vez en Juan Cerulis, imaginándolo como una inmensa neblina pestilente que se abatía sobre la ciudad y la invadía a través del aliento. Le corroyó la sensación de la tarea macabada, de algo pendiente, de algo por justificar. ¿Por qué entregó la lista a Juan Cerulis? No había tenido en sus brazos a Teófano veinte minutos cuando

la asesinaron. Le dolía el corazón por la muchacha como una herida en carne viva.

Acompañó a Nicéforo al palacio y la puerta se cerró tras él.

El médico puso el brazo de Hagen a remojar en agua bendita y cubrió el corte de la espalda con una venda en la que se escribió el apropiado versículo de la Biblia.

Se encontraba el franco sentado en un banco del soleado patio cubierto, cuando oyó a Nicéforo describir a alguien la lucha del tejado.

—'Ni un movimiento desperdiciado! Actuaba más como un gato gigante que como un hombre... Fue algo hermoso, como una especie de baile. Le hace a uno

comprender por qué era tan popular, cuando formaba parte de los Juegos.

Por la puerta situada detrás de Hagen empezaron a salir diversas personas — pajes, uno con un abanico, otro con un quitasol adornado con plumas de avestruz, y, tras ellos, dos mujeres ataviadas con vestidos suntuosos, así como un grupo de damas que Hagen no podía ver— y comprendió que llegaba la emperatriz. Oyó su voz al cabo de unos segundos.

—¿Quiénes eran? ¿Reconociste a alguno de ellos?

Hagen meneó el brazo dentro de la palangana de agua; la herida mejoraba, cerrando y cicatrizando al curarse. Le dolía todo el cuerpo, cada uno de los músculos, y aún estaba cansado.

Constantinopla le estaba viciando y, sin embargo, no podía marcharse. Tenía allí una deuda, una obligación. Una y otra vez, se veía mentalmente en el acto de doblar la curva de la oscura carretera, de detenerse para dar aquel último beso a Teófano.

Una y otra vez, llegaba la flecha. Teófano desaparecía; dio su vida por algo, por algo que Hagen no comprendía, pero en lo que se interfirió sin hacer nada a cambio del sacrificio de la muchacha.

En lo más profundo de aquella negra ensoñación captó un deslumbrante brillo de oro y se incorporó para mirar a la emperatriz a la cara.

—Dejadme que lo mate —pidió—. Llegaré hasta él aunque le rodeen cien hombres y, aunque acaben conmigo mientras lo matO, moriré alegre.

Las pupilas de Irene, más maravillosas que joyas, tenían un fulgor verde. Apoyó una mano en el brazo de Hagen y le instó a que volviera a sentarse en el banco.

—Cuida tus heridas. Te has ganado nuestra gratitud más profunda. No cabe la menor duda de que hubieran asaeteado a Nicéforo a través de la ventana, de no haber intervenido tú.

—Entregadme a Juan Cerulis.

—Muchacho, muchacho. —Alargó la mano y sus damas se arremolinaron en torno suyo al momento, una llevando una silla, otra el quitasol, otras alisándole las faldas de seda, arreglándole las mangas, atusándole la cabellera—. Debes tener fe en Dios, Hagen.

—Quizás Dios quiera que mate a ese cerdo.

—Tengo la sensación de que no es así, muchacho.

—Está asesinando a quien le parece, ya sabéis... Os matará a vos cuando decida hacerlo. ¿No os defenderéis? Permitidme que acabe con él.

—El pecado no tiene consecuencias de virtud. Mi paladín es el propio Cristo, del mismo modo que yo soy su basileus.

Hagen hundió la cabeza entre los hombros; se asfixiaba en el suave lujo de aquel lugar, donde una mujer podía ser rey.

—Cuando viajabas con Juan Cerulis —preguntó la emperatriz—, ¿averiguaste algo importante? ¿Descubriste algo? ¿Hablaste con él?

—Hablé con él un par de veces. —Se esforzó en recordar las palabras que intercambiaron—. Parecía interesarse principalmente por la comida, la bebida y la poesía.

—¿Recuerdas algo de lo que dijo... cualquier cosa?

—Es una serpiente. No cree en nada, excepto en las palabras dichas con maldad. El...

Hagen recordó entonces algo y se echó a reír. Alzó la cabeza y su mirada encontró la de la emperatriz, que le sonreía, intensa.

—Quería enterarse del significado de lo que llevaba Miguel aquel día, en la carrera: un pañuelo alrededor del brazo. Le dije que era una señal para indicar que las pruebas se amañaban.

Durante un segundo, los ojos de Irene brillaron ardientes, muy abiertos; luego, como agua que borbotea, su carcajada resonó en el aire.

—¿Y te creyó?

—Sí. Cree todo lo que es venenoso, nada que sea sano permanecerá en su cerebro, sólo conserva allí maldad. Le dije que el pañuelo amarillo significaba que la carrera no estaba arreglada, pero que si hubiera sido rojo, entonces, sí.

Irene se echó a reír de nuevo, una risa prolongada, musicalmente rica, y Hagen volvió a contemplarla como la preciosa mujer que era. Se preguntó si tendría hombres.

Supuso que no. No concedería a ningún hombre ese poder sobre ella. Se imaginó seduciéndola; ella amaba la lujuria y el contacto no sería difícil. Después, se la imaginó seduciéndole a él, comprendió que sería como verse devorado vivo y, súbitamente, la fría realidad le hizo darse cuenta de por qué Irene no tenía ningún hombre.

La emperatriz le estaba observando, con una amplia sonrisa decorando su cara.

—Perdona. Hubo un intento de amañar una carrera, ¿lo sabías? Durante tu ausencia. Afortunadamente, Ismael no se dejó comprar.

—Ismael.

Recordó a Ismael, que deseaba alejarse de este mundo, y vio allí una relación.

—¿Qué tal van las heridas? ¿Crees que se curan con rapidez?

Hagen movió los hombros y desdeñó formular consideraciones inútiles. Cuando levantaba los hombros, le dolía la espalda.

—Se curarán, si Dios quiere.

—Si Dios quiere.

Irene se inclinó hacia adelante y apoyó la mano en el rostro del franco, una suerte de bendición maternal. Hagen hizo una reverencia; cuando volvió a alzar la cabeza, la emperatriz se había ido.

—Aquí, en lo alto del muro —dijo Nicéforo.

Empezó a subir los peldaños que ascendían por la parte interior de la gran

muralla, agarrándose con una mano a una barandilla de hierro fijada a los ladrillos. Hagen le siguió.

La muralla estaba construida con la misma piedra de tono amarillo oscuro y los todavía más oscuros ladrillos utilizados en el resto de Constantinopla. Sobresalía por encima de un bosquecillo de arrayanes de fuerte olor, se elevaba cosa de siete metros y medio y su superficie era lo bastante ancha y llana como para que por ella pudiese cabalgar un caballo. Nicéforo llegó arriba y anduvo por ella en dirección contraria a la torre más próxima, hacia el mar de Mármara. Movía los brazos en torno al cuerpo al ritmo de sus pasos; empezaba a levantarse el viento de la inminente noche. Hagen marchó tras él, mientras se preguntaba por qué le habría llevado allí.

Recorrieron unos treinta metros por encima de la muralla. El sol acababa de ponerse. El crepúsculo se extendía sobre el mar como un velo transparente. La superficie de la muralla se descendía de pronto, en una empinada pendiente hacia la playa y, en la parte exterior del terreno no había más que matorrales, árboles que crecieron por su cuenta, en exceso, y prados silvestres, mientras que en la parte de dentro se veían pequeños grupos de casitas, rodeadas de huertos y pastos de cabras, en las que, ahora, al acentuar su oscuridad el ocaso, iban surgiendo en las ventanas los resplandores amarillentos de las lámparas que se encendían. Nicéforo se detuvo.

—Aquí fue —dijo— donde la Virgen se apareció en las murallas, cuando los arabs y su flota se disponían a asediar la ciudad; vino para avisarnos de que los infieles iban a lanzar un ataque por sorpresa. Podéis ver la caía, ahí abajo, donde vararon las pequeñas embarcaciones en que llegaban.

Señaló la ladera que descendía hacia el mar. Hagen asintió con la cabeza; había presenciado el sitio de Milán y vio las posibilidades que ofrecía aquel declive.

Nicéforo miraba a un lado y a otro de la muralla, de la zona yerma a la ciudad, moviendo la cabeza al trasladar la vista.

—He estado pensando en hacerme monje.

—¡Monje!

El tesorero suspiró. Se frotó rápidamente con una mano le inmensa nariz arqueada.

—Veréis, he venido a este lugar porque, para mí, éste es el borde del Imperio. Ahora... tenemos territorios fuera de la muralla, naturalmente, pero son algo secundario. Aquí es donde acaba Constantinopla.

Hagen se puso de espaldas a la soledad cubierta de zarzas y contempló la gran urbe.

Aquí, en las proximidades de la muralla, las casas aparecían diseminadas y distantes entre si, en medio de campos y prados, pero a medida que el terreno se extendía, subiendo y bajando en la sucesión de colinas que poco a poco se acercaban a la cumbre del promontorio donde se alzaba el palacio, los edificios aumentaban en número e iban constituyendo una masa sólida de piedra labrada, cubiertas de tejas y cúpulas. Hacia allí pudo distinguir el Mesa. donde empezaban a encender las farolas

callejeras, a partir de la puerta Carisia. Las humeantes llamas anaranjadas, por parejas, ascendían ya hasta la mitad de la irregular pendiente y, mientras miraba, fueron apareciendo más, elevándose a través de la crecientemente espesa oscuridad del anochecer como un manto de estrellas caídas.

—Para mí —dijo—, Constantinopla es como una mujer, que me da la espalda, pero se me insinúa por encima del hombre, y parece fea y vulgar al principio, pero después resulta más guapa que cualquier otra, se porta bien y mal conmigo y...

Se interrumpió. No deseaba expresar lo que sentía, que la fascinación de aquella ciudad le aterraba. Pensó en Teófano. En su memoria, la muchacha era pura, blanca y buena como la propia Virgen, y Hagen sufría por lo que perdió al perderla a ella.

—Verdaderamente —comentaba Nicéforo—. Vaya: una confirmación, que llega de una fuente inesperada. También para mí es Constantinopla una ilusión.

Se cogió las manos a la espalda y su mirada rebasó la muralla para proyectarse sobre los espinos, las zarzas y los cantos rodados. Hagen oía el rumor del oleaje que rompía sobre las playas del mar de Mármara, y también percibió los ruidos de los animales que poblaban la maleza silvestre, de las aves que iban de una rama otra, el débil croar de las ranas nocturnas y de las rubetas, las ranas de zarzal. Por encima de las matas y arbustos, los murciélagos batían sus alas y giraban y descendían en picado persiguiendo a unos insectos que eran invisibles en la cada vez más espesa oscuridad.

Algo de mayor tamaño ramoneaba y hacía chasquear las ramas de las matas casi debajo de ellos. Un ciervo o una cabra salvaje, quizás.

Junto a Hagen, la voz del administrador general habló de nuevo, cargada de significativa intención.

—La vida, amigo mío, es un castillo de ilusiones. La única realidad es la muerte.

Podemos tratar con todas nuestras fuerzas de combatirla, crear enormes bastiones de arte, ciencia y fe para rechazarla, pero al final acaba llevándose a todos y cada uno de nosotros. El propio Jesucristo no pudo eludir la muerte.

Hagen le lanzó una mirada, extrañado; vio estampada en el semblante del tesorero una expresión de intensa determinación.

—Sin embargo, Jesucristo tuvo que vivir en la ilusión —continuó Nicéforo—. Vivió treinta y tres años en la tierra, a la espera del momento de su Divinidad y, mientras vivió, vivió en el Imperio.

En ese punto, respiró hondo, como si se dispusiera a adentrarse por un camino difícil. Hagen guardó silencio. En la voz de Nicéforo, más que en sus palabras, notó Hagen el esfuerzo que le costaba seguir.

—Si uno vive en la ilusión, incluso cuando la realidad está en todas partes, lo que importa entonces es la calidad de esa ilusión. Se trata de esto o aquello. —Indicó

primero el terreno baldío y después la ciudad—. De la vida bestial de los seres silvestres o la existencia racional, humana de los hombres cristianos.

—Pensáis demasiado, Nicéforo —opinó Hagen—, y actuáis demasiado poco.

—Ah, sí. Uno puede esperar tales críticas de una persona como vos, mi querido bárbaro: en vuestro reducido círculo cometéis errores y os enzarzáis en pendencias a discreción, sin hacer daño a nadie, salvo a vosotros mismos. Pero mis fallos y desastres los paga el Imperio.

—En tal caso, ¿por qué os hacéis monje?

—Yo... —Nicéforo levantó los brazos y luego los volvió a dejar caer. Su mirada fue del erial a la urbe y de nuevo al yermo. Por último, se encaró otra vez con Hagen, con semblante grave y comido por las dudas—. En tanto ella me necesite, continuaré aquí, naturalmente.

—Nicéforo, si abandonáis, si todos los hombres con cerebro y corazón abandonan, ¿quién realizará la tarea?

—Los payasos, los mentecatos, los pecadores perversos —repuso Nicéforo—. Muy poca diferencia habrá, me parece a mi.

De súbito, rompió a llorar. Hagen retrocedió, sorprendido por la vehemencia de las lágrimas del hombre.

—Lo lamento. —El administrador general del Imperio se esforzó en recobrar la compostura—. Un amigo mío falleció recientemente, ya no soy el mismo. —Sus pupilas ardían con brillo lunático tras el velo de las lágrimas. Susurré, como para sí —: Pero estoy vivo. ¡Vivo!

Hagen dirigió la vista de nuevo hacia la ciudad. Se aguantaba el impulso de tocar a aquel griego cuyas pasiones contendían tan noblemente, que luchaba con tal tenacidad para encontrarle lógica a lo inconcebible. A su lado, con cierto soberbio sentido práctico, Nicéforo se sonó la nariz.

—Rechazasteis a los árabes —recordó Hagen—. Constantinopla sobrevivirá también a esto.

Nicéforo se guardaba el pañuelo.

—El que los árabes desembarcasen aquí fue culpa mía. Como soldado no soy gran cosa... Ella me dio un ejército, y lo perdí. —Echó los hombros hacia atrás, sacó pecho y se irguió para adoptar una estatura, una postura viril, como si llevara uniforme—. En fin: regresemos. Queda mucho por hacer antes de la cena.

—Como queráis, Nicéforo.

Bajaron de lo alto de la muralla; volvieron al seno de la ciudad, resplandeciente con su mirada de luces nocturnas.

Ismael no estaba en la cuadra subterránea del hipódromo, ni en la taberna donde se reunían los miembros de los equipos de las carreras; nadie le había visto en los últimos días. Hagen bajó a la ciudad y dio con la casa del auriga.

Llamó a la puerta con el puño; no obtuvo contestación. Permaneció un rato allí,

con la vista clavada en la lisa madera, a la vez que se preguntaba qué hacía allí; Ismael no era asunto suyo. Nada de aquello era asunto suyo. Sin embargo, volvió a golpear la puerta y, en esa ocasión, alguien acudió.

—¿Sí? —La puerta se entreabrió. Una mujer, que se cubría el rostro con la mano, escudriñó desde el interior—. ¿Sí? ¿Quién es?

—Busco a Ismael. —Se esforzó en recordar el resto del nombre del auriga y lo que acudió a su memoria fue la parte inicial—. Mauros-Ismael.

—No está aquí. Largaos.

—Un momento. —Introdujo el pie en el resquicio de la puerta para impedir que la cerraran—. ¿Estuvo aquí recientemente?

—Marchaos.

—¿Cuándo le visteis por última vez?

Ante aquella pregunta, la mujer se fundió en una riada de lágrimas, se derrumbó en el mismo umbral y la puerta se abrió de par en par. Siempre llorando, se acurrucó a los pies de Hagen y, por detrás de ella, apareció un niño que, sin lugar a dudas, era hijo de Ismael.

—Mi padre se fue hace dos días, señor —dijo el pequeño.

—¿Dónde está?

—Con el hombre santo... Fue allá abajo, a esperar la llegada de la Ciudad Celestial.

La mujer levantó entonces la cabeza, manchado y enrojecido el semblante.

—¡Dice que ya no está casado! Dice que, en adelante, debo valerme por mi misma..., que ya no va a cuidarse más de nosotros... —Sollozó—. Durante los dos últimos días, los vecinos me han dado pan para los niños, pero ¿qué voy a hacer ahora?

Alargó las manos hacia Hagen, que instintivamente se echó hacia atrás al ver la cruda necesidad que reflejaba el rostro de la mujer, la desesperación de sus ojos.

—No tengo dinero... En casa no queda ni una migaja... Por favor...

Detrás de la madre, el niño guardaba silencio, sin hacer otra cosa que mirar a Hagen y, en aquel momento, apareció una criatura algo mayor, una niña. No decían nada; se limitaban a mirarle fijamente, por encima de la cabeza de la mujer. Hagen pensó: 'Morirán y nadie se enterará de ello», y mentalmente, los vio girar, barridos por el viento, como hojas caídas que arrastraría un torrente tumultuoso. Tiró de la bolsa que llevaba al cinto.

—Tomad. Dadíes de comer. —Sacó las monedas, el dinero que Nicéforo le dio por haberle salvado la vida. Las monedas tintinearón al rebotar sobre las pétreas losas del umbral—. Me encargaré de que regrese. —Dio media vuelta y se alejó con largas zancadas hacia la calle, hacia su caballo.

Ismael estaba medio borracho. No había ninguna otra cosa que hacer, excepto beber; llevaba horas allí, sobre la hierba del prado, a la espera de alguna señal, de

que el hombre santo. reapareciese y predicara otra vez, de que la Ciudad Celestial surgiese de nuevo en las alturas... Pero nada había sucedido, salvo que, desde Constantinopla, más personas habían llegado a los campos situados más allá del vivaque de Juan Cerulis.

Ismael supuso que debía rezar, pero no le era posible. Sin duda, el mundo se precipitaba hacia su fin; ya no habría más preparación, sólo quedaba el acontecimiento final.

Deseó que el hombre santo hablase de nuevo. Resultaba duro mantener enfocada la mente sobre la eternidad sin ayuda alguna por parte de Dios.

Levantó la bota y bebió otro trago. Le dolía el estómago.

A su alrededor, otros aguardaban también la Venida de Cristo, unos orando, otros hablando, otros durmiendo, comiendo o bebiendo... parecía un tanto incongruente que, en aquellos momentos, resultaran necesarias aquellas groseras funciones de la carne, pero tampoco podía esperar nadie que las personas se convirtieran en santos de la noche a la mañana. Ismael no observó al hombre harapiento que iba de un durmiente a otro, palpándoles las ropas y llevándose algún pequeño objeto que otro. De todas formas, nada de eso importaba. En la Ciudad Celestial, lo material desaparecería; irían de un sitio a otro en forma de pura llama. Apretó los párpados con fuerza e imaginó la Ciudad, sus calles blancas, sus torres y cúpulas abovedadas.

Con los ojos cerrados, se bamboleó, medio extraviado en su borrachera, pero no se tendió en el suelo. De hacerlo, le robarían.

A su espalda, un caballo resopló. El sonido familiar del establo atravesó la neblina del alcohol, cortó los lazos de la fe y tocó la parte más viva de su ser. Jadeo en tono alto. Llevaba días sin ver a sus caballos. Le costó un enorme esfuerzo superar un acceso de rencor hacia Dios, el descubrimiento de Dios significaba renunciar a su amor más querido, y aquella lucha interior le mantuvo rígido y retraído durante un buen rato, hasta que Hagen se agachó a su lado.

—Ismael.

—¿Qué haces aquí, blasfemo?

El bárbaro se puso en cuclillas. No miró a Ismael, sino que dirigió la vista al frente, hacia el campamento de Juan Cerulis. Apretó las mandíbulas. Su mejilla aparecía tenuemente punteada por alguna antigua afección. Sus ojos claros y su pelo blanco brillaban a la luz del sol.

—Acabo de dejar a tu esposa, Ismael —dijo—. Está sola y tiene miedo.

Ismael se mordió los labios. Ah, aquéllas eran tentaciones del diablo, cuyo objetivo consistía en privarle de la Ciudad Celestial.

—Le di algo de dinero —añadió Hagen.

Allá arriba, en algún punto del campamento, estaba el hombre santo que podía hacer que descendiese la Ciudad; ¿por qué no rezaría otra vez? Cuando habló antes, Ismael estaba seguro de todo.

Hagen le preguntó:

—Eres un hombre, entonces, ¿vas a dejar que otro hombre se cuide de tu mujer y de tus hijos?

Ismael se lanzó de lado sobre el bárbaro, al tiempo que gruñía; el ataque fue tan inesperado que Hagen fue a parar al blando suelo, debajo de Ismael, que le asestó tres o cuatro fuertes golpes en la cabeza. El bárbaro rodó sobre sí mismo y se lo quitó de encima. Ismael resbaló hacia atrás, entre el polvo.

—¡Pelea! ¡Pelea!

A su alrededor, en el prado, se formó un círculo de gentes que afluían corriendo, alegres, hacia la diversión. Ismael se puso en pie. Sorprendido, volvió la cabeza hacia el corro de espectadores que le animaban, instándole a continuar.

Hagen estaba de rodillas, con las manos en los costados. Tenía el pelo sucio de polvo. Del grupo de recién llegados voló hacia él un puñado de tierra, pero no hizo caso. Se incorporó, despacio.

—Vuestra ciudad celestial —dijo, y soltó un escupitajo.

Ismael alzó los puños, frente a él, y el gentío gritó, encantado.

—¡Mátalo! ¡Sacúdele una buena tunda!

A través de la exuberante seda de la estola de Hagen empezaba a filtrarse una mancha carmesí. Ismael luchó consigo mismo, esforzándose en dominar sus nervios, pero vio entonces que el bárbaro estaba herido. Y Hagen se marchaba. Contraído el rostro con desprecio, echó a andar hacia su caballo.

—Quédate con tu maldito sueño, Ismael.

—Espera —pidió el auriga.

Hagen no esperó. Se fue derecho a su montura, mientras las personas que se encontraban en su camino le abucheaban burlonamente, se tocaban la nariz con el pulgar, agitaban los dedos ante él y se separaban para que pasara entre ellas. La sangre se deslizaba por la mano de Hagen, para gotear desde la yema de los dedos corazón y anular.

—¡Espera! —repitió Ismael, y fue tras él.

El franco hizo como que no le había oído. Llegó al caballo, tomó las riendas, apoyó el pie en el estribo y montó. Ismael cogió la brida.

—¿Podrás volver al palacio? Estás herido.

—No te necesito para nada, Ismael.

Cerró el puño y lo apretó contra el brazo para cortar la hemorragia.

—Iré contigo.

Ismael condujo el caballo hacia la carretera.

Hagen no dijo nada. Sonó la tela al rasgarse; cuando Ismael volvió la cabeza, Hagen estaba aplicando un tapón de tela al agujero del brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ismael. Hagen y él estaban sentados en la taberna cercana al hipódromo.

—Me vi envuelto en una escaramuza.

La herida ya no sangraba. Repantigado en el banco, Hagen bebía vino tinto. Ismael había ido a las cuadras para echar una mirada a sus caballos y ahora albergaba la intención de volver a la pradera, para esperar la aparición de la Ciudad Celestial, aunque seguramente tampoco importaría mucho si se quedaba allí un poco más, en la taberna donde tantos ratos felices había vivido. Hizo una seña a la moza del establecimiento, indicándole que le sirviera más vino.

—¿No correrás, pues? —preguntó Hagen.

—No volveré a correr jamás.

—Santo Dios, qué estúpido eres, Ismael.

—Cállate. No me creerás tan estúpido cuando la tierra se haya consumido, y tú con ella, mientras yo me encuentre sano y salvo en la Ciudad Celestial.

—Lo que vi allá abajo hoy no parecía precisamente una congregación de santos.

—Dios no realiza su obra según las reglas de los hombres.

—Eso ya me lo dijiste antes. ¿Cuándo es san Febronio?

—Dentro de tres días.

—Y entonces, el hombre santo entrará rezando en Constantinopla, y también se celebrará la carrera, ¿no?

—¿Y qué?

—Y ese día, Juan Cerulis se convertirá en emperador.

—¡No! En ese día, todo esto se derrumbará hecho pedazos y nosotros seremos santos —dijo Ismael.

Pero tenía que hacer un gran esfuerzo para creérselo. Allí, en aquel lugar que con tanta frecuencia visitaba antes, sus certidumbres se apartaban de Dios. Cerró los ojos.

Qué débil era, cómo le fallaba la fe. O él le fallaba a la fe. Pensó en su esposa, que dependía del dinero de algún extraño para dar de comer a sus hijos.

El diablo le jugaba aquella mala pasada..., atormentaba su cerebro de aquella forma.

—Ahí está el príncipe —observó Hagen.

Ismael se irguió. El príncipe Miguel entraba en la taberna.

El acostumbrado enjambre de parásitos lagoteros empezó instantáneamente a revolotear a su alrededor, pero Miguel parecía estar completamente solo en medio de aquella bandada. Anduvo derecho como una columna de mármol, abiertos y vivos los ojos.

Ismael le había visto así antes, en la víspera de una carrera, entonces siempre tenía aquel gesto, aquella intensa determinación, aquella soberbia altivez apenas reprimida.

Inconscientemente, Ismael se puso en pie ante el campeón. Miguel se detuvo y le miró.

—¿Correrás? —quiso saber.

Ismael miró al príncipe a los ojos y su lengua entró en movimiento.

—Me he entregado a Dios, Miguel. No volveré a Mammon.

Por el rostro del príncipe un conato de oscura rabia centelleó como el trazo de un relámpago.

—Debí saber que te falta corazón para eso.

La frase flageló el alma de Ismael como un latigazo y saltó del punto donde estaba, para plantarse frente al príncipe Miguel.

—Es la voluntad de Dios, Miguel...

—¡La voluntad de Dios! —bufó Miguel, despectivo—. Deberías saber, Ismael, que lo único que importa son las carreras. —Cambió la dirección de su mirada, que pasó por encima de Ismael, y su tono se alteró ligeramente; hablaba ahora a Hagen y en su voz se apreciaba cierto respeto reservado—. ¿Es que no puede uno hacérselo comprender?

Hagen refunfuñó. Estaba sentado, con los brazos extendidos sobre la superficie de la mesa y el vaso de vino entre las manos.

—No. No puede. si uno cree que lo único que importa son las carreras de caballos.

—¿Ah, sí? Y si difiero de tu opinión, ¿me asestarás un tajo con tu espada, guerrero? ¿Es eso más honesto y justo que el hipódromo? Si lo crees así, es que vives en un mundo más simple que el mío.

Se volvió de nuevo a Ismael y los ojos de ambos se encontraron. Miguel bajó la voz hasta el murmullo:

—Si llega el Día del Juicio, Ismael, Él te aceptará por lo que eres, y donde mejor eres, donde más vales es en la arena.

—Hablas con la voz del diablo —protestó Ismael.

Se abrió paso a empujones a través el cordón de hombres que se interponían entre él y la puerta; era cuestión de salir de allí; se daba cuenta de que, si continuaba en la taberna, le convencerían para que volviera a correr, para que se lanzase de nuevo a la pasión de la lucha y la incertidumbre, de la muerte y el poder. Fuera, en la calle, el sol era tan fuerte que parpadeó y se llevó la mano a los ojos para interceptar el resplandor. Medio deslumbrado, se alejó cojeando calle abajo.

—¡Ismael! ¡Ismael!

Su propio nombre le quemaba como un flagelo. Dio un respingo al oírlo. Apareció en su camino un viejo harapiento, con la cabeza cubierta por una capucha parda y que llevaba un atadillo de hierbas en torno al cuello: era un adivino.

—Ismael. Ganarás. ¡Esta vez conseguirás el Cinturón de Oro! ¡Lo he visto!... ¡Vi los augurios en un sueño, Ismael!

El auriga vaciló; después echó a correr calle adelante, para alejarse del anciano, para alejarse de la taberna, y se dirigió hacia el Mesé, camino del hombre santo. Tenía que llegar hasta el hombre santo, que hacia la vida tan sencilla, tan soportable.

Que llevaría la Ciudad Celestial hasta él. Esperaba que nadie le hubiese quitado su sitio en la eternidad. Se lanzó a todo correr por la calle repleta de gente.

En la taberna, Hagen vio marcharse a Ismael y se le cayó el alma a los pies. Cuando el príncipe entró en el local, Hagen captó en la expresión de Ismael el designio de volver, de aceptar el reto, de ser nuevamente un hombre. Lanzó una mirada furibunda al príncipe, que le observaba desde el otro lado de la mesa, gacha la cabeza, distanciado y arrogante.

—Me han dicho que eres un auténtico Aquiles —comentó Miguel—. Lo que me hace recordar que también él era un bárbaro.

—¿Hay algún medio para que Ismael recobre la sensatez?

Miguel se echó a reír. Tiró de una silla y se dejó caer en ella, dejando media mesa entre Hagen y él.

—No hay que preocuparse. Cuando suenen las trompas convocando a los azules y los verdes, el día de san Febronio, Ismael estará allí. No sería Ismael si se comportase de otra manera.

Los gorriones aduladores continuaban mariposeando en torno suyo. Miguel volvió la cabeza y los hizo retroceder con la energía de su mirada. Cuando la zona inmediata, a su alrededor, estuvo un tanto despejada, ¡miró otra vez al franco.

—Permite que te diga una cosa, Hagen.

Al franco le sorprendió que Miguel supiese su nombre. Entrelazó los dedos.

—Habla, patricio.

—Príncipe —le corrigió Miguel—. Pertenece a la nobleza ateniense, no somos cortesanos de ciudad con largas uñas y flores en la ropa interior.

Se interrumpió. Una moza se inclinaba sobre la mesa para dejarle a Miguel una jarra de vino y una copa; le dedicó una zalema, pero el príncipe no pareció percatarse.

Hagen le miraba con curiosidad. A un hombre al que en la vida no le importaba otra cosa que no fuesen las carreras, le era precisa aquella pomposa arrogancia.

—Lo que quiero preguntarte... —Miguel levantó la cabeza—. ¿Sabes dónde está Teófano?

—Está muerta —informó Hagen.

—Muerta.

—Juan Cerulis se encargó de que la matasen. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, bueno. Fuimos amantes tiempo atrás. Me gustaba. Observé que no andaba por aquí, pero lo cierto es que se iba a menudo, a cumplir recados que le encomendaba mi prima.

Miguel frunció el entrecejo, enfocada la vista sobre el espacio vacío que tenía frente a sí. Toda su fachenda y aire de superioridad se habían volatilizado; perplejo, Hagen observó que Miguel era varios años más joven que él.

—¡Era una muchacha tan bonita! —dijo Miguel.

—Pues, sí —replicó Hagen—. Casi tan interesante como una carrera de caballos.

El príncipe emitió una risita tan ligera como falsa.

—Oh, tendría que ser una carrera infernalmente extraordinaria.

Hagen lanzó el puño hacia él. Sosegadamente, Miguel giró, medio levantándose de la silla, y su mano se cerró en torno a la muñeca de Hagen. Fue como si una puerta que se cerrase le hubiese pillado el brazo; Hagen no pudo mover el puño ni hacia atrás ni hacia adelante. Miguel acercó su rostro al del franco.

—Deja de molestarme... ¡no se lo aguanto a nadie!

El aliento se le inmovilizó a Hagen en la garganta. Le maravilló la fuerza de Miguel; durante unos segundos eternos, con los ojos clavados en los del príncipe, su mente trató de encontrar alguna maniobra que le permitiese vencerlo, pero luego, tras exhalar en un suspiro el aire de sus pulmones, se relajó, echó hacia atrás el cuerpo y aflojó la tensión del brazo inmovilizado por la mano de Miguel.

—Aléjate de mi.

A través de la rasgada manga de la camisa brotó de pronto la sangre. Al verla, Miguel desorbitó los ojos. Soltó a Hagen y se deslizó nuevamente al asiento de su silla.

—Lo lamento. No sabía que estuvieses herido.

Hagen se bajó la manga.

—Eres fuerte, para ser griego.

—En consecuencia, quieres pelear conmigo, ¿no? Dios, vosotros, los bárbaros...

Hagen se echó a reír, al ver las cosas desde una nueva perspectiva, y meneó la cabeza.

—No tengo que demostrarte nada.

—Ni yo a ti —se apresuró a decir Miguel.

Hagen cogió su vaso de vino.

—Lo que tú digas.

Ismael le había dicho que estaba equivocado respecto al príncipe Miguel, y quizás lo estuviese. Debía de resultar duro ser hombre en Constantinopla, donde las ordenanzas legales regulaban hasta la respiración.

—¿Cómo murió Teófano?

—Ya te dije que Juan Cerulis ordenó que la matasen.

—¿Y tú vas a dejar que se vaya de rositas?

Hagen levantó las cejas al mirarle.

—Tu prima no me permitirá acabar con él.

Alzó la copa para un brindis.

—¡Por Teófano!

—¡Por Teófano! —correspondió Miguel levantando su copa.

Apuraron de un trago el contenido de las copas.

—De todas formas, no hubiera vuelto conmigo a casa —dijo Hagen—. Braasefeldt no le habría gustado.

—¡Braasefeldt!. Vaya nombrecito. ¿Eres de allí? ¿Cómo es?

—No se parece a esto.

Evocó para sí el lugar: el río de aguas oscuras, corriente rápida y numerosos brazos, que atravesaba campos y marismas, entre las húmedas y curvadas raíces superficiales de los árboles, y, en el terreno alto, las casas solariegas, las jambas de cuyas puertas estaban hechas de troncos de árboles aún con las raíces hundidas en el suelo.

Olió los juncos, el río y el mar, oyó el rumor del viento y sintió el frío helado de las mañanas de invierno, cuando las primeras claridades llegaban envueltas en humedad como fantasmas que se elevasen de las aguas.

—No, la verdad —dijo Miguel—, dudo de que Teófano se las hubiera arreglado bien en tu Brasa Fiel. —Apoyó los codos en la mesa—. ¿Quieres volver allí? ¿Por qué?

—Es mi patria. Allí tengo cosas que hacer... —Su molino, su dique, sus campos roturados, sus cosechas de avenas y heno, la riqueza de la que el dinero sólo era una falsificación—. Además, cuando Juan Cerulis sea emperador...

—Juan Cerulis nunca será emperador.

—Incluso en este momento va camino de serlo. Está asesinando, por toda la ciudad, a los partidarios de la emperatriz, sin que ella se muestre dispuesta a hacer nada. Le he hablado del asunto y lo único que he conseguido es una sarta de tonterías acerca de Dios y de la fe...

—Le vencerá —afirmó Miguel.

Hizo una seña y la moza les sirvió otra jarra.

—Es una mujer. ¿Qué puede hacer frente a un hombre tan decidido como Juan Cerulis?

Miguel se inclinó por encima de la mesa.

—No seas tonto, Hagen. No creas que tus pelotas están hechas de oro. Puede que mi prima sea una mujer, pero grábate esto en la cabeza: cuando nació, no era más que la hija de un pobre aristócrata provinciano; carecía de riquezas, de amigos, de educación, ni siquiera tenía residencia propia en la ciudad, pero hoy es la basileus.

Juan Cerulis es rico, pero por bautismo, por nacimiento, y aunque se ha pasado toda su vida conspirando, no cuenta hoy con más poder del que tenía cuando nació.

Hagen alargó la mano hacia su copa.

—Como dice Ismael, los caminos del Señor son inescrutables

Miguel se encogió de hombros.

—El agua aorre siempre colina abajo. No veo la necesidad de buscar la mano del Señor en cada río.

—Eres hombre razonable. Creí que eso iba aquí contra la ley.

—Se me permite serlo, ya que limito el empleo de la razón a las carreras de caballos.

Hagen empezaba a achispase. Se dispuso a tomar otra copa, con ganas ya de coger la borrachera. Se habla equivocado respecto a Miguel; la pasión le nubló el entendimiento. Ahora, al encontrar los ojos del príncipe fijos en él, alzó su copa y formuló un conciso brindis.

—Pax.

Bebieron.

Por la mañana, con el resto del servicio imperial, Nicéforo oyó misa en la iglesia de la Sagrada Sabiduría y vio de nuevo ante sí al Cristo Coronado, en la persona de la basileus. Al igual que sus compañeros, se arrodilló, bajó el semblante hasta el suelo y la adoró. Por encima de sus cabezas, la gran cúpula parecía flotar sobre el resplandor luminoso que entraba por los ventanales, como si, cuando Justiniano construyó aquel monumento, consumara allí la unión de la Tierra y el Cielo.

En sus plegarias, Nicéforo pidió a Dios paz, guía y respuesta a sus preguntas. De su cerebro se había apoderado un demonio. Una y otra vez, la visión del prefecto de la ciudad, con la cuerda alrededor del cuello, se le presentaba ante los ojos de la imaginación; desde que se inició la matanza de las víctimas de Juan Cerulis, el hombre estrangulado se había convertido en la imagen del imperio, que agonizaba bajo la presa de una malévolamente ambición.

Me haré monje, repetía, una droga verbal para narcotizar la acción de su cerebro; sin embargo, aquel recurso no le servía de nada; la claridad continuó sin empañarse, la intensidad sin diluirse, y la visión siguió apareciéndosele, no como algo completo y cabal, sino como un acertijo que debía resolver.

No tenía la solución. Me haré monje, se dijo, y cerró los ojos, y anheló dormirse, embriagarse o hundirse en el opio para sofocar aquel sueño.

Acabada la misa, fue al vestíbulo del templo, donde, detrás de unos biombo de madera decorados con pinturas, las damas de la emperatriz le quitaban la diadema y las galas de oro. Nicéforo se arrodilló, oprimió los labios contra el suelo y, tras sacar del interior de sus ropas una carta, se la ofreció a la basileus.

—¿De qué se trata?

Irene contempló el rectángulo de papel que tenía ya en la mano.

—Lo escribió el prefecto de la ciudad —explicó Nicéforo en tono firme—. Me lo han entregado los albaceas testamentarios, que lo encontraron entre sus efectos, dirigido a mi.

La emperatriz le lanzó una aguda mirada, desdobló el papel y procedió a leerlo en voz alta:

—Querido Nicéforo —empezaba la misiva; Nicéforo ya la había leído varias

veces, y la voz del amigo resonaba en su interior—: Cuando leas estas líneas, habré muerto.

Puede que te lo reproches, pero tú no tienes la culpa... Fui yo quien, al corromper mi cargo, se condenó al tormento eterno.

—Ahora, en el último extremo de mi vida lastimosamente destruida, tengo que confesarte un crimen más. Porque, querido Nicéforo, estabas equivocado respecto a mí. Lo que hacía imposible para mi presentarme ante la basileus y mirarle a la cara no era la malversación, el mal uso de los fondos de mi departamento oficial. Era algo mucho peor... el conocimiento de que había participado en una conspiración contra ella y el temor de que ella, que lee el alma de los hombres con la misma facilidad con que los hombres leen los libros, viese lo que yo estaba haciendo. Sí, di mi apoyo a la causa de Juan Cerulis.

—¿Por qué? Lo ignoro. Aburrimiento, supongo. Falso orgullo, al pensar que un hombre no debe inclinarse ante una mujer. Amor a la intriga. La incapacidad de cumplir adecuadamente mi propio trabajo. ¿Quién sabe? Lo hice. Y hecho está.

En aquel punto, la basileus interrumpió la lectura y sus ojos apuñalaron a Nicéforo; su rostro tenía una expresión tan dura como la máscara de una Gorgona. Nicéforo desvió la vista.

—Ahora —reanudó Irene la lectura—, haré lo que pueda para redimir mi desgracia.

Lo que seguía era una traición en toda regla a Juan Cerulis. En tres o cuatro rápidos párrafos, el prefecto describía los entresijos fundamentales de la conspiración; contraseñas, recompensas, identidad de los que tenían atribuciones y poder, así como la señal para emplearlos. La situación del tesoro; quiénes eran los espías... Todo estaba allí.

—Demasiado tarde, quizás —articuló Nicéforo—. Sin embargo, al final, actuó honorablemente.

—Demasiado tarde —repitió Irene, con voz pensativa.

Plegó la carta, despidió a sus damas con un gesto e hizo una seña con la cabeza a Nicéforo, indicándole que la acompañase al fondo del vestíbulo, donde una pequeña ventana se abría a un jardín: fuera, un moral entregaba su fruto, alfombrando el suelo bajo su enramada.

—De haber sabido esto una semana antes —dijo Nicéforo—, podríamos haber salvado muchas vidas.

—Tal vez. —La voz de la emperatriz aún sonaba débil, contenida; Nicéforo pensó que disimulaba su rabia—. Mañana es el día de san Febronio. Mañana entrará Juan Cerulis en Constantinopla, con su hombre santo. Pero todas las almas de la ciudad se encontrarán en el hipódromo, impacientes porque se dé la salida a la carrera por el Cinturón de Oro.

La respuesta de Nicéforo fue una reverencia. Guardó silencio, mientras pensaba que, con toda seguridad, Juan Cerulis lo sabía tan bien como ellos y, cuando la

atención de todos estuviese concentrada en la carrera de cuádrigas, sería el momento perfecto para tomar el control del gobierno, ahora diezmado y medio paralizado por los asesinatos de las últimas fechas.

—Daré el golpe, pues —dijo la basileus, con voz fría y tensa, baja la vista sobre la carta que tenía en la mano.

—Desde luego —confirmó Nicéforo.

—No obstante, puede que este último y lastimoso gesto, este esfuerzo expiatorio, no sea en vano. Mira, Nicéforo... —Puso la carta en la mano del tesorero—. El día de la carrera tomarás lo que esta carta te proporciona. Te haces cargo del tesoro y de la fortaleza de Juan Cerulis, confiscas todas sus pertenencias, en nombre de la basileus.

—Si, augusta.

—Luego, si al día siguiente de san Febronio Juan Cerulis y el basileus resultan ser la misma persona...

Irene se encogió de hombros. Su rostro tenía una expresión dura, chupada y seca, parecía más vieja de lo que Nicéforo recordaba haberla visto jamás. Se la quedó mirando durante un momento, asustado. Era la primera vez que veía tal delgadez en ella.

Los ojos hundidos, cuencas de hueso apenas cubierto de carne debilitada, que el maquillaje pretendía disimular. El parakoimomenos había dicho que estaba enferma. Nicéforo contuvo la respiración y combatió el pánico que le estremecía el abdomen: vio muerte en el semblante de Irene.

—Tal vez disfrute de la carrera desde el palco imperial —dijo la emperatriz.

—¡Cómo! —se sobresaltó Nicéforo.

—Le enviaremos una invitación. Acaso esta vez no la decline, si el mensajero va limpio. —Se echó a reír, una carcajada que puso de punta los pelos de la nuca del administrador; los ojos de Irene eran demasiado brillantes, demasiado intensos, como una llama que lucha contra el viento—. Es posible que presencie la carrera debajo de la púrpura.

—Si, basileus.

¿Se había vuelto loca al final? Con el poder cayéndosele a pedazos a su alrededor, ¿invitaría al causante de su desgracia a ocupar un sitio de honor a su lado? La mirada de Irene cayó sobre Nicéforo y los labios de la mujer se plegaron en una sonrisa afectuosa.

—Nicéforo, viejo estúpido. ¿Te consideras culpable de la muerte del prefecto? Si, ya veo que sí. Qué viejo estúpido eres.

Extendió la mano y le tocó la mejilla. Confundido y sintiéndose desdichado, Nicéforo cayó de rodillas, con la carta todavía en la mano. Cuando alzó la mirada, la emperatriz se había ido.

Ismael aguardó hasta que hubo caído la oscuridad y entonces se desplazó

subrepticamente hasta la orilla del campamento de Juan Cerulis, extendido sobre la cresta baja de un altozano situado al norte de las murallas de Constantinopla. Un aro de fogatas, para alimentar las cuales los soldados habían desprovisto de leña y maleza toda la zona, ardía a lo largo del borde del campamento y se daba por supuesto que los centinelas encargados de la guardia recorrían los espacios entre un fuego y otro, pertrechados de hacha y espada. Últimamente, sin embargo, se habían vuelto confiados y descuidados y ahora charlaban y bebían sentados en grupo alrededor de la hoguera mayor. Ismael deambuló por la parte exterior del círculo hasta encontrar un punto sin

vigilancia y entró por allí en el campamento.

Tres grandes tiendas de seda se alzaban en el terreno llano, mientras que numerosos cobijos más pequeños cubrían los espacios inclinados. Cuando atravesaba aquella aldea de tela, un ruido le avisó y se detuvo en la sombra para ver a Juan Cerulis, en el centro de una cabalgata, que avanzaba hacia su cena. Le precedían unos saltimbanquis, flautas y tambores. Juan Cerulis llevaba una túnica de tejido dorado que rielaba a la claridad de las antorchas de la procesión. Ismael comprendió que aquel hombre se creía ya emperador.

Había pensado poco en Juan Cerulis como tal. Si el mundo iba a acabarse, carecía de importancia quién fuera emperador. Pero resultaba muy duro conservar la fe. El mundo estaba allí, obligándole insistente, imponiéndose a sus sentidos, llenándole la cabeza de cosas triviales, como comer, desear de nuevo a su esposa y, por encima de todo, la carrera, el Cinturón de Oro, aquel desafío al que con tan dolorosa intensidad quería hacer frente. Habían transcurrido varios días desde que vio la Ciudad Celestial, desde que oyó a Daniel, y necesitaba oírle ahora de nuevo, cara a cara.

Fue de un lado a otro del campamento, llegaba a cierta distancia de una tienda, se detenía para observar quién iba o venía y, si no veía movimiento, entraba a echar un vistazo y, después de comprobar que el hombre santo no estaba allí, se marchaba.

La mayor parte del personal del campamento se afanaba en servir la cena a Juan Cerulis; nadie le dio el alto ni se molestó siquiera en mirarle.

Al final, encontró al hombre que buscaba, pero no bajo techo, sino en el extremo del campamento, cerca de las letrinas y los caballos atados a estacas, sentado y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol seco. Ismael casi pasó de largo sin verlo.

Se detuvo, contempló al anciano durante un buen rato, inseguro, sin atreverse a dirigirle la palabra.

—¿Quién eres? —preguntó Daniel por último.

—Soy... —Ismael se arrodilló, juntas las manos—. Maestro, soy alguien que os necesita desesperadamente.

—Acércate un poco más.

Ismael se aproximó, andando de rodillas, el hombre santo le escudriñó, fruncido

el entrecejo.

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero...

Bajó la cabeza, junto al anciano, y sollozó.

—Quiero la Ciudad Celestial. La vi, cuando la hiciste descender..., pero ahora, no puedo... He perdido la fe. Necesito que me digas que la Ciudad va a volver, que puedo entrar en ella, que me habré salvado para siempre.

Durante un momento, silencioso, con la cara contra el suelo, esperó las tranquilizadoras palabras paternales. Luego, algo le golpeó bruscamente en la cabeza. Aulló, sorprendido, y se llevó la mano a la cabeza. El anciano le fulminó con la mirada. Blandía el bastón para castigar de nuevo a Ismael.

—Desgraciado. Quieres que te lo facilite, ¿verdad? ¿Quieres la Ciudad de Dios? Entonces acompáñame, muchacho, vuelve conmigo al desierto, a las áridas montañas. Ahméntate de espinos, bebe álcali, deja que el sol te abraza, que el viento de la noche te congele... ¡porque allí está la Ciudad de Dios! ¡En la Ciudad de Dios no hay comodidad ni lujo, muchacho, sólo sufrimiento y muerte! ¡Dolor y sufrimiento, esfuerzo y muerte!

Propinó a Ismael otro garrotazo en la cabeza y el auriga se encogió sobre sí mismo y alzó las manos para protegerse de los golpes. El hombre santo bajó el bastón. Tras una mirada despectiva, volvió la cara, se apartó despacio de Ismael y se sumergió nuevamente en sus meditaciones internas, aislado del mundo.

Ismael se enderezó poco a poco. Como si los golpes hubieran abierto una brecha en la concha de sus ilusiones, vio un nuevo camino, limpio y despejado. Comprendió que le habían engañado, mejor dicho, que se había dejado engañar.

Cuando la Ciudad Celestial se desvaneció de su cerebro, surgió entonces allí, poderoso e irresistible, otro lugar: el hipódromo, el crujido de la arena, el olor de los cabalíos excitados, el rugir de la multitud, la pasión de la carrera. Retrocedió, apartándose del anciano, con repentina prisa; el atractivo, el aliciente del hipódromo se acentuó de segundo en segundo. ¿Qué estaba haciendo allí, si sólo faltaban unos días para la carrera? En el borde del campamento, giró en redondo y echó a correr.

Daniel escapó una vez y huyó velozmente hacia el desierto, pero los hombres de Juan Cerulis le atraparon y devolvieron al campamento. Cosa que el anciano interpretó como una señal de que Dios aún tenía una misión para él en los asuntos del nuevo emperador.

El día de san Febronio entraría en Constantinopla y predicaría de nuevo a la muchedumbre. Decidió que entonces denunciaría a Juan Cerulis y provocaría su caída. Sin embargo, Juan Cerulis le convocó a su presencia y le informó de que, después de todo, no habría entrada espectacular en la ciudad.

—La usurpadora ha programado para ese día una carrera en la que se pone en juego el Cinturón de Oro en el hipódromo —manifestó Juan, sonriente, sentado en su

silla de marfil—. Nadie acudiría a verte ni a escuchar tu prédica y, por lo tanto, sería perder el tiempo. Creo, de todas formas, que tu objetivo en cuanto a mi elevación se ha cumplido. De momento, te mantendremos con nosotros, y cuando me hayan coronado y entronizado, te buscaré un monasterio tranquilo para que te retires a él.

—¿Por qué no puedo volver a mi montaña? —preguntó Daniel.

La delgada y pálida faz del emperador se alargó un poco más con su sonrisa.

—Creemos que tal vez sea mejor que no dispongas de mucha libertad. Las tentaciones del mundo pueden abrumar tu tierno espíritu. Nos encargaremos de que tu santidad se mantenga apropiadamente.

Daniel retrocedió, repelido, como si el hombre que estaba ante él, recostado en la silla, se hubiera transformado de pronto en una gigantesca babosa con forma de reptil. Otro hombre se acercó al nuevo emperador, se arrodilló a un lado de la silla y le susurró algo al oído. Juan Cerulis soltó una carcajada.

—Esta vez me ha hecho el juego. El garrote se cierra ya alrededor de su cuello y ahora me está proporcionando el oportuno ajuste final...;El día de la carrera por el Cinturón de Oro dejará de llevar mi corona!

Daniel salió disimuladamente de la tienda. Nadie le molestaría, mientras no tratase de abandonar el campamento. Se retiró a la parte posterior del mismo, cerca de donde se encontraban los caballos, se sentó junto a los despojos de un árbol que los soldados habían derribado a hachazos y meditó profundamente en sus pecados.

Todo aquello lo había hecho posible él. Fue él quien proclamó emperador a Juan Cerulis. Ahora, Dios le recordaba a Daniel. una y otra vez, que debía rectificar su yerro.

Mientras estaba sentado allí, Dios le envió un mensajero. En forma de ciudadano de Constantinopla, se le apareció un ángel y le recordó duramente el sermón que había predicado y la equívoca ilusión que ofreció a los constantinopolitanos. Despidió al santo tras asegurarle que lo había entendido y se dispuso a establecer su plan para la destrucción de Juan Cerulis.

El día de san Febronio, no muy temprano, porque Juan Cerulis no solía madrugar, se aprestaron a entrar en Constantinopla. Lo hicieron por la puerta situada al pie del Mesé. Daniel iba a lomos de un burro blanco, conducido por dos guardias, uno a cada lado del asno. Detrás marchaba la comitiva del nuevo emperador.

Franquearon la puerta, para encontrarse con la pequeña multitud que había acudido a saludarlos con algunos vítores y música de flauta. Cierta número de chiquillos, que llevaban guirnalda de flores en la cabeza, esparcieron pétalos de rosa por la calzada, al paso de Daniel y del emperador, mientras tocaba la música.

Ascendieron despacio por el Mesé. Daniel veía la ciudad por primera vez y miraba a su alrededor, boquiabierto, maravillado ante la amplitud de la blanca calle, las hileras de columnas, los foros que se abrían en espaciosa glorietas de pavimento, tiendas, fuentes y estatuas. Pasaron por delante de una iglesia con tejado

de oro y de otra en cuyo interior sonaba música. De manera uniforme, la calle ascendía hacia el palacio, visible ya en la parte alta, recortándose contra el cielo, un conjunto de líneas horizontales blancas, con la gran cúpula de la iglesia de la Sagrada Sabiduría, seno redondeado entre rígidos ángulos.

Allí, cuando cubría los últimos metros de la subida que llevaba a la puerta de bronce del palacio, la pequeña procesión encontró gentíos verdaderamente nutridos; los rezagados que iban camino del hipódromo llenaban el último tramo de calle que recorría la comitiva; algunos volvieron la cabeza para observar con curiosidad a Daniel, a lomos de su bonito jumento, así como a Juan Cerulis, con su parasol de plumas y su enjambre de aduladores, pero la mayoría siguió su camino sin dejar de discutir vocingleramente acerca de las carreras y de formalizar apuestas sobre las mismas.

Entraron en el palacio por la enorme puerta de doble hoja del Chalke y pasaron entre mosaicos que representaban animales extraños y guerreros con armadura. Acudió a recibirles un reducido grupo de llamativos individuos, que se inclinaron reverente y obsequiosamente ante Juan Cerulis, al que después escoltaron. A Daniel le introdujeron en una capilla, acompañado de algunos guardias, como un personajillo de tres al cuarto.

El hombre santo se acercó al altar. Allí, en el techo en forma de cúpula, había una gigantesca imagen de Dios, la blasfemia máxima, como si Dios pudiera contenerse en la forma de un ser humano; Daniel apartó los ojos. Se sintió contaminado por aquel lugar. Pronto, se dijo, todo aquello habría terminado. Al llevar a Juan Cerulis allí, compensaría al Señor del daño que él, Daniel, ocasionó y luego regresaría a la montaña, a las duras rocas, el agua amarga y los halcones en el cielo inmenso. Se sentó en el suelo de pizarra y esperó.

La muchedumbre hervía en el hipódromo Oleadas frenéticas de cuerpos y ruido que subían rápidamente por las gradas de asientos llenaban las filas inferiores y se extendían inexorablemente, cada vez más y más arriba por los graderíos laterales. Hagen subió al nivel superior del hipódromo, donde estaban las estatuas rotas, y avanzó entre los pedazos de mármol desgastado, los trozos de cuerpos y los pedestales sin figura, hasta situarse encima del palco imperial.

El gran dosel purpúreo flotaba sobre la tribuna, sujeto en las esquinas por clavos dorados, abombado en el centro por la brisa que llegaba del mar. Nadie ocupaba aún el estrado. Hagen se puso en cuclillas, a la espera.

Ocurriera lo que ocurriese aquel día, estaba dispuesto a matar a Juan Cerulis. Le tenía sin cuidado quien fuera emperador, pero Juan Cerulis no iba a serlo. Hagen pretendía arrancar de raíz aquella mala hierba y, si ello requería que él muriese también, no dejaba de ser un justo precio.

Los espectadores habían cubierto ya sus localidades. Abajo, en el óvalo de arena, varias personas corrían de aquí para allá, simulando ser caballos, como el franco vio que hacían la primera vez que acudió a las carreras. La gente acomodada

en los asientos próximos a donde se encontraba él engullía la comida que iba sacando de las cestas, hablaba a grito pelado con sus vecinos y extendía almohadones y prendas sobre el duro asiento de los bancos.

No cabía duda de que aquel sector era de azules. Todos los espectadores lucían ese color en el brazo, un aleteo de seda, y los más jóvenes y jaraneros, los de las primeras filas de bancos, llevaban una gran bandera azul, que habían desplegado por toda la grada. Del otro lado del hipódromo llegó un abucheo, acompañado de gritos de burla y, a guisa de adecuada respuesta, se extendió allí una larga bandera verde.

El rugido de la multitud aumentó de volumen hasta hacerse estruendoso. La emperatriz aparecía en el palco. Una figura rutilante, vestida de oro, que bendijo a los asistentes; sus brazos centellearon al sol cuando dibujó en el aire el signo de la cruz. Su pueblo la vitoreó con voces entusiastas. Luego, a espaldas de la mujer, entrando por la puerta de atrás del palco, llegó Juan Cerulis.

La mano de Hagen descendió por su costado hasta la empuñadura de la espada.

No había visto al asesino de Teófano desde aquella noche, en la tienda del patricio, cuando él, Hagen, mató a Karros. El pretendiente al trono del Imperio iba vestido inmaculadamente de blanco, con adornos de joyas y bordados de oro en puños y pechera.

Un manto granate, sujeto por un broche de filigrana, le cubría un hombro. Tras él, en la tribuna, llegó un hombre inmenso.

Aquel hombre llevaba armadura y empuñaba un hacha para dos manos. Parecía un gigante salido de una vieja fábula, su rizada barba era negra y una banda roja le rodeaba la cabeza. Iba a constituir un problema más grave de lo que le hubiese gustado. Hagen se agachó entre un mozalbete de mármol y una cabeza de toro, sin apartar la vista de las figuras que se encontraban abajo; tan cerca estaban que podía oír las voces bajas y armoniosas de las damas de la emperatriz, mientras la ponían cómoda en el asiento.

No faltaba la niña, Filomela, con su laúd, encendidas de rojo las mejillas.

Sonaron las trompetas. Las cuádrigas salían a la pista.

Hagen se levantó y sus ojos se posaron en los pequeños vehículos raqueteantes y en los saltarines caballos. El bramido con que el público saludaba a cada uno de los participantes resonó como un trueno en los oídos del franco. No había vuelto a ver a Ismael desde el día en que, en la taberna, le dijo que no iba a correr.

La primera cuádriga que salió llevaba el color verde, la pincelada de un pañuelo en la gorra de cuero, pero no era Ismael. Los animales eran dos parejas de bayos que, ante el estruendo de la multitud, se encabritaron y retrocedieron, temerosos como virgenes en una boda. A continuación, llegó el príncipe Miguel.

La voz de la muchedumbre se hinchó e hinchó hasta el punto de que Hagen creyó que le iban a estallar los oídos, y aquel fragor colosal se fundió en un rugido que pronunciaba un nombre: ¡Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel!". Parecía que el hipódromo

iba a venirse abajo. A Hagen se le erizó el pelo de la nuca; fue un insensato al pensar que Miguel carecía de poder.

Abajo, en la pista, el príncipe acució a su tronco, adelantó al que había salido en primer lugar y galopó airosamente, al tiempo que agradecía el aplauso lisonjero de la multitud. Dio media vuelta al llegar a la curva del extremo del óvalo y regresó a su puesto en la línea de salida. Un pañuelo rojo ondeaba en su brazo.

Hagen soltó un gruñido; se preguntó qué significaría; creyó que aquello se lo había inventado en el campamento de Juan Cerulis, pero allí estaba, sucedía en la realidad, como si la energía de su cerebro le hubiese hecho cobrar vida.

Era obra de alguien. La mirada de Hagen se deslizó lateralmente, bajó hacia la única persona que estaba enterada del asunto, se posó en la emperatriz.

Estaba sentada con las manos en el halda, sonriente. En la corte de Aquisgrán, Hagen había visto mujeres en la misma postura, sentadas con aire de matronas, el encaje de hilo en el regazo, mientras contemplaban las travesuras de los críos y sonreían bonachonamente. Miguel dijo que la basileus era capaz de todo. Hagen no la había creído. Pero ahora abrió su mente a la sospecha y, en aquel espacio, Irene parecía aumentar de volumen y estatura.

El griterío de los espectadores pareció menguar un segundo, para en seguida convertirse en un alarido penetrante, agudo, salvaje, compuesto por un solo nombre.

—¡Ismael! ¡Ismael!

Hagen volvió la cabeza raudo; su mirada descendió hasta la pista y vio los caballosnegros y grises que aparecían en el hipódromo. El auriga alzó la mano hacia la multitud y, Hagen, exaltado, batió palmas, rebosante de placentera satisfacción.

Los cuatro tiros ya habían salido, formaron una hilera que avanzó hacia la cinta, arqueados los cuellos de las caballerías. Estas corvetearon e hicieron cabriolas con sus finas patas y los carruajes traquetearon detrás de los troncos. Se acalló la multitud.

Los espectadores se inclinaron hacia adelante, medio incorporados sobre el borde de los asientos, expectantes.

Ismael se echó hacia atrás, cargó el peso sobre el cuero y lanzó una rápida ojeada a la izquierda. El conductor que tenía al lado era un novato procedente de alguna zona del este de la ciudad, que lo más probable era que no tuviese la más remota posibilidad de clasificarse. Más allá de aquel principiante, Miguel se erguía en su cuádriga, alta la cabeza.

Los ojos de Miguel y los de Ismael se encontraron durante unos segundos. Ambos hombres volvieron a mirar al frente e Ismael sintió que, por todo el cuerpo, un escalofrío le recorría la piel, inaguantablemente sensible. No pudo evitar la sonrisa. Ante él se extendía la pista; tenía los caballos en sus manos.

—¡Yiaaaa!

El joven situado entre Miguel y él se lanzó a una salida en falso. Los caballos de Ismael trataron de seguirlo, pero Ismael los sujetó con las riendas. Entre los

silbidos y la rechifla de los espectadores, el muchacho, sonrojado el rostro, hizo dar media vuelta al tronco y volvió a ocupar su puesto, entre Miguel e Ismael. Murmuró unas frases de excusa y entonces, antes de que nadie tuviese tiempo de decir nada, sonaron las trompetas.

Los caballos salieron disparados. Ismael se balanceó hacia atrás, casi perdió el equilibrio, jadeó y a punto estuvo también de caérsele el látigo de la mano. A su izquierda, el joven avanzaba a la misma altura que él; al otro lado, Miguel, al que asimismo había cogido por sorpresa la rápida salida, marchaba ligeramente detrás. El tiro situado a la derecha de Ismael se quedó inmóvil ante la cinta.

—¡Arre! —gritó Ismael.

Empuñó las riendas, gobernó y apremió a los caballos. Si aquella constituía una ventaja, estaba decidido a aprovecharla.

La arena salpicaba delante de la cuádriga. Las colas de los caballos le azotaban las muñecas como pequeños látigos. Alcanzaron la curva e Ismael retuvo un poco los caballos interiores y arreó a los aleros externos. Tomaron la curva en una línea perfecta.

El muchacho también era bastante bueno en aquella maniobra; dobló la curva con la misma habilidad que Ismael, aunque no más rápido, y en la pista no ganó un solo centímetro. Por la cuerda, Miguel salió en cabeza, con la corta ventaja que le proporcionó la menor distancia que tuvo que cubrir. Cuando salieron a la recta, la atacaron a toda velocidad, Miguel, el joven e Ismael, una docena de caballos que marcharon cabeza junto a cabeza a lo largo de la pista.

Ismael chilló. Sentía la potencia de su tiro como un llamamiento irresistible. Avanzaron por el centro de la pista como si el viento los llevara en volandas, y al llegar al otro extremo, al tomar la curva, había sacado medio largo de ventaja a Miguel y al muchacho.

Doblaron la curva y el chico, al azotar a los caballos, sobrevaloró su rapidez. Perdieron el ritmo de zancada, vacilaron, e Ismael los dejó claramente atrás, mientras Miguel tomaba la cabeza por el otro lado. La pista se curvó y enderezó de nuevo frente a ellos, y ahora, mientras la multitud aullaba y pateaba el suelo, chillaba y lloraba, suplicaba y bramaba triunfal, Ismael y Miguel corrían con las cabezas al mismo nivel y los caballos entregados por completo a su misión.

Tranco a tranco cubrieron la recta y, en la curva, despidieron al girar una rociada de arena en semicírculo, las caballerías de Ismael convertidas en sombra del tiro que corría por dentro. Sostenía las riendas con puños tan suaves y flexibles como arcilla, y extraía el máximo de cada movimiento de las cabezas de los animales, con una mano fuerte como el hierro que los llamaba al orden y los imbuía firmeza cuando era necesario.

Nunca se sintió tan vivo. Sabía que iba a ganar.

Las cuádrigas rodaron de nuevo recta adelante, todavía cabeza junto a cabeza, e

Ismael pidió entonces a sus caballos más velocidad, un poco más, todavía un poco más, y al dársela los animales, recurriendo a las reservas que quedaban en lo más profundo de su sangre, de su fortaleza, del valor de generaciones de campeones, Ismael administró ese poderío, mezclándolo, conjuntándolo y volviendo a pedir un poco más.

Respondieron. Centímetro a centímetro, despacio, se adelantaron hasta tomar la delantera. Ismael observó que Miguel volvía la cabeza, se daba cuenta de que los negros y grises adelantaban a sus propias caballerías y se aprestó a poner a su campeón al trabajo. Levantó las manos, pidió más y su tiro atendió la petición. Sacaron a relucir los restos de su potencia y, durante la mitad de la longitud del hipódromo, aunque no recuperaron ni un centímetro de la ventaja obtenida por las caballerías de Ismael, tampoco cedieron un centímetro más.

Atacaron la última vuelta. Ismael notó que su alero interior cedía un poco y supuso que el animal empezaba a estar cansado; los refrenó a todos levemente, para que se tomaran un fugaz respiro, antes de lanzarse a la última recta, camino de la meta. A su lado, el tronco de Miguel volvió a tomar la cabeza. Miguel llamaba a sus animales, los imploraba. Los caballos echaron las orejas hacia atrás para captar su voz y se esforzaron con vistas a conseguir un poco más de velocidad.

Al entrar en la recta, volvían a ir igualados, el azul y el verde, y la muchedumbre se puso en pie. El ruido era como un océano que lanzase sus olas sobre los corredores.

A través de las riendas, Ismael percibió el temblor de sus caballos al encogerse. Los mantuvo en línea. No necesitaba el látigo. Salieron de la curva y ante ellos apareció la línea de llegada. Corrieron hacia aquella meta, aplicando a esa última punta de velocidad todo el vigor y el corazón que quedaba en sus cuerpos.

El tiro de Miguel aguantó el ritmo, y las cabezas de las ocho caballerías se movieron al unísono. Ismael chilló y rió, cantó y lloró, con el fuego de Dios bailándole en las venas. La línea de meta se precipitaba hacia él. Con todo, los caballos del príncipe se mantenían aferrados a una ventaja tan mínima como el grosor de un cabello. Sin embargo, el tiro de Ismael se disparó hacia adelante, incrementando la velocidad de una zancada a la siguiente, lanzado decididamente a la victoria. Los caballos de Ismael se colocaron por delante del tronco azul, una cabeza, medio cuerpo, un largo completo, y volaron rumbo a la línea de llegada, en plan de vencedores.

Irene se recostó en la silla, medio sin aliento.

—¡Ah, qué carrera!

—Un final emocionante —sonrió Juan Cerulis. Se pasó la toallita por entre los dedos, con la mirada fija en la mujer—. Naturalmente, ese final ya lo conocías por anticipado.

—¿Yo? Ni por lo más remoto. Jamás se me pasó por la cabeza la posibilidad de que hombre vivo alguno derrotase a Miguel.

Juan bufó, desdeñoso.

—Con tus conocimientos íntimos, engañas a cualquiera, señora. Me consta que el pañuelo que lucía tu valioso primo indicaba que iba a perder la carrera y que sin duda iba a obtener un buen beneficio a costa de los apostadores.

Irene se echó hacia atrás y emitió una carcajada, larga y musical.

—Oh, no, tonto. En eso te equivocas de medio a medio, aunque conozco el camino por el que has llegado a ese error. No, buscador de ilusiones. El pañuelo es una señal para mi gente y les indica que tu conjura se ha venido abajo.

—¡Mi conjura! Te aseguro. mujer de baja extracción...

—¡Un momento! ¿Qué es eso?

Irene se inclinó hacia adelante. al captar sus ojos cierto movimiento en la pista.

La muchedumbre se removía en sus asientos, tan contenta como un gordo glotón en un festín, pero abajo, en la dorada arena, había surgido una figura estrafalaria, que gritaba y giraba sobre unas piernas esqueléticas.

—¿Qué es eso? —repitió la basileus y. al volver la cabeza, observó que Juan Cerulis, con el ceño fruncido, adelantaba el cuerpo para verlo.

—Ese imbécil —articuló, entre dientes—. Es Daniel, el hombre santo.

Irene apretó los puños. Los numerosos hilos de aquella trama empezaban ya ajuntarse; sintió un hormigueo de alarma ante la posibilidad de que la inesperada intromisión de alguna fuerza que no había previsto destruyera todos sus planes.

Abajo, en la arena, el hombre santo elevaba los brazos al cielo. Pedía atención con voz tenue y atiplada, aunque audible a pesar de las distancia. La multitud se acalló y el anciano empezó a hablar.

—Ese Juan Cerulis —voceó—, ese hombre que quiere ser emperador... ¡tiene tanto de emperador como cualquiera de vosotros!

Irene miró al hombre que estaba a su lado y comprobó que su rostro se endurecía.

La emperatriz contuvo la sonrisa.

—¡Cometí un error! —chillaba el hombre santo—. ¡Cuando le proclamé emperador... no fue ninguna elección divina, sino un error!

Los que habían oído las palabras del hombre santo las transmitían ahora a los demás y, a través del gentío congregado en el hipódromo. empezó a extenderse una ondulación de risas.

—¡Yo denuncio a esos hombres perversos! —gritaba el hombre santo—. Acudid a Dios, renunciad a los innecesarios adornos del orgullo, del poder y de la riqueza. No necesitáis ninguna Ciudad, ni ningún emperador... — sólo necesitáis a Dios. Estas carreras con las que llenáis vuestros ojos y vuestros oídos ¡no son más que oropel destinado a deslumbraros y engañaros!

Aquello no le hizo gracia a la muchedumbre, que empezó a gruñirle. Pero Daniel no hacía caso a nada; bailoteó de un lado a otro, sobre aquellas piernas

nudosas, a la vez que agitaba los brazos.

—Estos campeones, este Cinturón de Oro..., es pecado. Es obra del demonio.

La multitud, malhumorada ya, convirtió sus gruñidos iniciales en un tormentoso rugir de desaprobación. De los bancos se disparó una andanada de proyectiles: sobre el hombre santo cayó un diluvio de frutas, frascos de vino vacíos...

El anciano continuó. Desviando los objetos que caían a su alrededor, gritó de nuevo:

—Dios os dará vida eterna, si le abris vuestros corazones a Él, que os creó del polvo...

Algo le golpeó con tal violencia que el anciano cayó sobre una rodilla. A Irene se le formó un nudo en el estómago.

El hombre santo volvió a ponerse en pie y abrió la boca para seguir con su prédica, pero la muchedumbre había olido sangre. Con un aullido de bestia cruel, el público se levantó. Rompieron los bancos y lanzaron los trozos de madera contra el anciano; le arrojaron zapatos y botellas, platos vacíos y corazones de manzana.

El viejo continuaba allí, tratando de argumentar, pero su voz se perdía bajo el ruido de los gritos y maldiciones del público. Irene vio que le golpeaban astillas y diversas piezas y, aunque el hombre se esforzaba en mantenerse en pie, poco a poco se iba derrumbando sobre la arena. A pesar de todo, insistía en hablarles. Pero la multitud ya no oía nada, ya no veía en él más que un motivo de diversión momentánea, un blanco para sus golpes. Bastante tiempo después de que el anciano yaciese inmóvil encima de la arena, aún seguían arrojando sobre su cuerpo los proyectiles que encontraban a mano.

—A veces me pregunto —dijo Irene, temblorosa la voz— por qué elegí gobernar a este pueblo.

Juan Cerulis le dirigió una sonrisa afectada.

—Después del día de hoy, señora, ese problema ya no lo tendrás.

—¿De veras? Has de saber, iluso, que en este preciso momento mis curzores están confiscando tus palacios y ciudadelas, así como todas tus riquezas, por haberte atrevido a conspirar contra mí.

—Por haberme atrevido a conspirar —dijo Juan Cerulis, imperturbable—, y por haber osado triunfar, ramera. En el día de hoy, los departamentos, instituciones y oficinas de poder están en manos de hombres que juraron respaldarme.

—¿En serio? Me parece que no. —Irene se inclinó hacia él, con expresión intensa.

A diferencia de la fogosa muchedumbre, sumida ahora en un soñoliento murmullo sensual como un gato recién alimentado, Irene sólo descargó un golpe, pero un golpe definitivo—. Ah, no, embaucado ingenuo. Creíste que al matar a cuantos figuraban en la lista de Teófano eliminabas de mi administración a los que me apoyaban en contra tuya. Pero estabas equivocado, como siempre lo estuviste, asesino de mujeres y niños.

La lista de Teófano no era la de tus enemigos, sino la de los míos. Mi intención consistía en que la consiguieras y la utilizaras como la utilizaste. En esa purga, quitaste de en medio a tus propios amigos. Y me desembarazaste de todos los que yo temía en mí gobierno. Te destruiste tú solo.

Se estremeció el semblante de Juan Cerulis, incoloros los labios, y en sus ojos desorbitados apareció el brillo del miedo. Recostada en la silla, Irene le sonreía. En aquel momento, captó su atención un movimiento que se produjo en la repisa situada encima de Juan Cerulis y desvió la mirada en aquella dirección.

Era Hagen, agazapado entre las estatuas rotas. Hagen, que la fulminaba ahora con unos ojos tan centelleantes y abrasadores como oro en fundición. Hagen, que lo había oído todo y, lo que era peor, que había entendido que Irene siempre tuvo la intención de procurar la muerte de Teófano.

La emperatriz se irguió, al tiempo que apartaba su mirada de Hagen. Al fin y a la postre, aquel hombre no era más que un bárbaro.

Pero un escalofrío recorrió las carnes de Irene. Aquello se estaba torciendo. Abajo, los empleados del hipódromo recogían lo que quedaba de Daniel. Cargaron los restos mortales en un carro y luego le echaron encima, con palas, los montones de desperdicios y demás objetos con los que el público le provocó la muerte. La competición se reanudaría en seguida. Junto a Irene, por fin, Juan Cerulis estaba sentado, blanco e inerte, un hombre derrotado. Irene se cogió los puños en el regazo, mientras respiraba entrecortadamente. La carrera estaba a punto de comenzar. Le latían las sienes; clavó la mirada en el óvalo dorado de la pista.

Por primera vez, Miguel se sorprendió echando de menos al príncipe Constantino.

Tras comprenderlo, rechazó la idea, confinándola de nuevo, a la fuerza, en lo más recóndito de las profundidades de su mente.

Él era el campeón. Podía perder una manga, pero no perdería la carrera. La multitud aullaba, aplaudía y animaba, frenética; volvería a ponerlos en pie, cuando venciese a Ismael.

Se encaminó rápidamente hacia sus caballos, que los palafreneros llevaban de un lado a otro por el pasillo. Esad le estaba esperando y le llamó a un aparte.

—Miradlo —señaló el mozo de cuadra—. Vuelve a cojear.

A Miguel se le contrajo el corazón. Se acercó a la cabeza de Locura, cogió la brida, evitó que el caballo le mordiese y condujo al excitado animal durante unos pasos, mientras echaba una ojeada a sus patas. A Miguel le parecieron bastante sólidas, aunque el paso era algo más corto de lo normal, pero cuando el príncipe lo detuvo, el caballo volvió a descansar su peso sobre tres patas y avanzó ligeramente una de las delanteras, con el casco en punta.

—No puede correr ahora —dijo Esad—. En las condiciones en que está, no.

—Correrá —aseguró Miguel.

Se inclinó para deslizar la mano por la fina pata. Al contacto de los dedos, Locura dio un pequeño salto hacia un lado y Miguel le habló con voz tranquilizadora.

—No tiene la pata firme —dijo Esad—. Lo destrozaréis.

—Correrá. Dos series más, eso es todo.

—No podéis...

Miguel giró en redondo; su rostro se adelantó con gesto duro hacia el de Esad y el mozo de cuadras enmudeció. Miguel le estuvo mirando airadamente, hasta que Esad apartó los ojos. El príncipe se enderezó y apoyó las manos en las caderas.

—Ponle los arreos.

Temblaron los labios de Esad. No dijo nada, pero tampoco hizo el menor movimiento para obedecer.

—Engánchalo, Esad, o por la palabra de Dios que lo haré yo mismo.

Se hundieron los hombros del caballero: se alejó con Locura en dirección a los estantes donde estaban los arneses. Miguel caminó hacia la parte delantera de los establos.

En la primera eliminatoria, el tiro no le dio lo que le hacía falta, cuando se lo pidió. En aquel tramo de la recta, con los animales de Ismael apretando, el príncipe pidió más rapidez a los suyos y ellos intentaron proporcionársela, pero no lo consiguieron.

Esta vez no iba a permitir que aquello se repitiese. Esta vez iba a acumular energías, en reserva, hasta que llegase el momento oportuno, y entonces haría morder el polvo a Ismael de una vez por todas, para siempre.

Marcharía por la parte interior de la pista, la cuerda, una ventaja que su rival le cedería, puesto que había terminado detrás de él en la serie anterior. Si tomaba la cabeza, controlaría el ritmo. Ismael tenía unas manos estupendas, pero Miguel contaba con la experiencia y la habilidad precisas para derrotarlo.

A su espalda, los mozos trabajaban como dementes con los caballos, les cepillaban el cuerpo para limpiarlos y secarlos, les revisaban los cascos por si se les había introducido alguna pequeña piedra, examinaban los arneses... Los mozos de Ismael también hacían lo propio, en el pasillo contiguo y, mientras Miguel estaba inmóvil allí, hundido en la profundidad de sus pensamientos, Ismael pasó apresuradamente junto a él, con un cubo de agua.

Miguel apartó la vista de su adversario. No podría soportar su mirada, en el caso de que percibiera en los ojos de Ismael algún asomo de desprecio, de triunfo o... peor aún, de lástima. Miguel clavó la vista en el suelo.

A todo el mundo exigía perfección, a todos los que deseaban estar a su servicio; nunca había tolerado el menor fallo. Y ahora tenía que afrontar él la prueba.

Un hombre entró corriendo en el establo, procedente de la pista, y grito:

—¡Están lapidando a muerte al hombre santo!

—¿Cómo?

—¡Ese hombre santo! Salió, intentó predicar y la muchedumbre le está apedreando.

—¡Jaaa!

Miguel dio un paso hacia el portón, para echar una ojeada, pero se detuvo. No había nada extraordinario en aquello: a menudo ocurrían ejecuciones públicas en el hipódromo, entre una y otra eliminatoria, y seguramente el santón sería un criminal, porque el asunto de la Ciudad de Dios debía de ser algún delito. De todas formas, no importaba. Lo que importaba era la carrera.

Veía la carrera como un sacramento. Como Jesucristo muerto por los pecados de la multitud, así corría él con los sueños y esperanzas de la muchedumbre descansando sobre sus hombros. El público no podía ganar, de manera que él ganaba por el público.

Por eso le adoraban y, hoy, estaba decidido a obtener la victoria para ellos. Era bastante sencillo. Aquello era el mundo real, la pista, la carrera. Todo lo demás era simplemente el aparato para llevar las almas a la eternidad, a través del tiempo.

Las trompetas estaban tocando, le convocaban a su epifanía. Los caballos se le acercaban, cada uno con sus arneses y las riendas echadas hacia atrás, sobre la cuádriga.

Acudió a su encuentro, los palmeó a todos uno por uno, les habló y les dijo cómo iban a lograr el triunfo. Locura le tiró una dentellada, recuperado su viejo espíritu, selváticos los ojos. Miguel subió al vehículo y salió a la pista, entre los ensordecedores vítores y aclamaciones de la multitud.

Hagen observaba desde la grada de las estatuas, vio alinearse las cuádrigas para la salida y las vio salir disparadas pista adelante; pero el cerebro del franco era un impetuoso torbellino y lo que menos le preocupaba era la carrera.

Ahora conocía el motivo por el cual la emperatriz le impidió matar a Juan Cerulis y poner coto a la purga. Sabía por qué le envió en pos de Teófano, no para rescatarla, sino para que él muriese mientras lo intentaba. Irene estaba enterada de que él, Hagen, tenía la lista: contaba con que los hombres de Juan Cerulis le matasen y encontrarán esa lista entre sus ropas.

Para autentificar aquella lista falsa, Irene había ofrendado la vida de Hagen, la de Teófano e, indirectamente, la de Rogelio.

Juan Cerulis no era nada, un pobre payaso, el incauto, la excusa para el juego. Era ella la que en aquel lugar estaba infectada con el hedor de la maldad.

Poco a poco, los chillidos de la muchedumbre fueron atravesando el espeso muro de su concentración interior. Levantó la cabeza.

Allá abajo, en la pista, las cuádrigas corrían por el óvalo del hipódromo, despidiendo nubecillas de arena con cada giro de las ruedas. Miguel iba en cabeza, con Ismael muy cerca y los otros tiros a su zaga. Llegaron a la curva, la tomaron, Miguel e Ismael casi igualados, porque Miguel perdía terreno en el giro y, además,

refrenaba su tronco.

El público se dio cuenta. Ahora había suspendido su clamor entusiasta. Ahora pedía más velocidad, una carrera de verdad, y sus rugidos eran desagradables y ultrajados.

El campeón caía; un nuevo campeón se elevaba sobre el terreno; pero, aquella jornada, la gente había probado ya el sabor de la sangre y no les satisfacía nada inferior. Deseaban una auténtica lucha; querían una guerra.

Miguel lo captó. Cuando los tiros tomaban la curva del fondo de la pista, apremió a sus caballos para que aceleraran el ritmo. Respondió así a la multitud; cobró velocidad e Ismael se mantuvo a su altura, ajustando su marcha a la de él, zancada por zancada.

La multitud manifestó entonces su aprobación. Los gritos de protesta se trocaron en silbidos y aplausos. Los caballos volaron por la recta. Rápidamente, los dos primeros troncos pusieron tierra de por medio entre ellos y los que iban en tercer y cuarto lugar y cuando entraron en la siguiente curva, Miguel iba por la cuerda y sacaba medio cuerpo o más a Ismael.

Los negros y grises de Ismael se excedieron un poco. Al girar en la curva, inclinaron la cuádriga, levantándola sobre la rueda interior, e Ismael tuvo que echarse al lado contrario para mantener el vehículo en la pista. Perdió más terreno, se desvió hacia el centro y, cuando ambas ruedas estuvieron nuevamente en el piso, los caballos se lanzaron detrás de Miguel, con cascos y patas que se deslizaban sobre la arena casi como pequeñas alas.

Miguel los oyó acercarse; miró por encima del hombro y recurrió al látigo. Las caballerías tensaron sus músculos bajo los arreos. Al recibir el golpe del látigo se aplastaron todavía más. Sin embargo, Ismael seguía ganando terreno. Al llegar a la curva siguiente, Miguel volvió a mirar por encima del hombro y volvió a utilizar el látigo.

Ismael tomó la curva por la parte exterior, colocándose a su nivel incluso durante el giro.

Por la recta, los dos troncos galoparon pegados como si constituyesen un solo tiro de ocho animales. Durante tres zancadas, uno parecía la sombra del otro; el reto que les planteaba los caballos surgidos por detrás impulsó a los de Miguel a sacar a relucir una última reserva impetuosa de velocidad. El público se puso en pie, se agitó, chilló, miles y miles de brazos oscilando en el aire, miles y miles de gargantas elevando al cielo su voz tonante.

Durante un penoso tranco más, los caballos de Miguel respondieron; recuperaron un metro de pista. adelantaron la cabeza y resistieron el ataque de los negros y grises de Ismael. Luego, la cadencia uniformemente constante de sus zancada se interrumpió y los animales avanzaron a trompicones; el alero interior de Miguel perdió el paso dos veces en dos zancadas y acabó yendo a parar de cabeza a la arena.

El cuerpo del caballo dio una vuelta de campana, golpeó a sus compañeros de tiro, que, naturalmente, también cayeron. La cuádriga volcó. Miguel saltó del vehículo y aterrizó en la pista entre sus coceantes caballerías.

Los tiros que marchaban detrás se desviaron para eludir el choque con la cuádriga volcada. Los caballos de Ismael pasaron rozando la muralla del fondo. Aún atrapados por los arneses, los animales de Miguel trataron de incorporarse, pero lo único que conseguían era chocar entre sí una y otra vez, caer uno encima del otro y encima de su auriga, al que aplastaron.

La muchedumbre era un alarido impresionante. Enardecido por el olor de la sangre, el público se inclinó en masa sobre la pista. Hagen se puso en pie, con el corazón martilleándole en el pecho y las palmas de la mano pegajosas de sudor. El personal de las cuadras había acudido al punto del accidente y los mozos liberaban de sus arneses a los enloquecidos caballos; uno de los animales corrió por la pista en sentido contrario al de la carrera, vio a Ismael cuando salía de la curva y entonces volvió grupas y galopó delante de él. Ismael no se detuvo; lo suyo era ganar el Cinturón de Oro. Se desvió lo suficiente para esquivar el destrozado vehículo y los cuerpos caídos en la pista y condujo su tronco hasta la línea de meta.

De la pasajeramente asombrada y silenciosa multitud empezó a remontarse un rugido cada vez más estentóreo. Todo el hipódromo empezó a estremecerse. Los ocupantes de las primeras filas empujaron hacia adelante y los que se encontraban ante las barandillas las franquearon, saltaron a la arena y corrieron hacia los aurigas, el vencedor y el muerto. El inmenso graderío se despejó; en cuestión de minutos, la superficie del hipódromo, la pista y la parte central, estuvo llena de personas que se peleaban entre sí, chillaban, bregaban: un caldero de gente en ebullición. Como si con la muerte de Miguel hubieran perdido su sentido del orden, la inmensa turba en pleno corría de un lado para otro caótica y salvaje.

Hagen continuó inmóvil donde estaba. En el palco, a sus pies, Irene permanecía sentada en su silla, con Juan Cerulis ocupando también su asiento, junto a ella. Fuera lo que fuese lo que la emperatriz hubiera planeado, seguramente aquel motín no figuraba en sus previsiones y a Hagen se le ocurrió que el azar, Dios o algún diablo burlón que estaría riéndose en alguna parte proporcionaba a Juan Cerulis una oportunidad más de hacerse con las botas de púrpura. Si pudiera apoderarse ahora de Irene, podría llevársela y arramblar con todo aprovechando el tumulto.

En el preciso instante en que a Hagen se le ocurría aquello, los ocupantes del palco imperial lo comprendieron a su vez. Las damas de la emperatriz corrieron a rodearla, y Juan se levantó e hizo una seña a su guardia de corps, el ciclópeo bárbaro armado de hacha.

El hombre avanzó pesadamente, al tiempo que se echaba el hacha al hombro. Hagen lanzó un grito de aviso, pero su voz se perdió en el estrépito de la asonada. Vio alzarse el hacha y que la emperatriz encogía el cuerpo y retrocedía ante la

amenaza. Luego, de entre las damas, la niña Filomela saltó hacia adelante, alzados los brazos, en defensa de su señora.

El hacha alcanzó a la criatura en el punto donde el cuello se une al hombro y la lanzó a un lado. El chorro de sangre tiñó de rojo todo el palco. El gigante avanzó hacia la emperatriz, al tiempo que blandía el hacha: otra de las damas, y otra más, se adelantaron con las manos desnudas y almohadones para defender a Irene. El hachero las eliminó.

Hagen soltó un rugido. Desenvainó la espada, la empuñó con ambas manos, saltó a través del espacio y descendió a plomo los cinco metros que le separaban de la tribuna. Aterrizó sobre la base de la parte delantera de los pies, sobre la balaustrada, y vaciló durante unos segundos~ aturdido, desequilibrado, con la hirviente masa de público alborotado abajo, a su espalda. Por delante, el guardaespaldas del hacha se volvió.

Sobre la rizada barba negra. unos minúsculos ojos porcinos entornaron los párpados para mirarle. El hachero abrió la boca, profirió un alarido y se lanzó a la carga.

Hagen brincó al interior del palco. El hacha silbó rumbo a su cabeza y él se dejó caer sobre una rodilla y la hoja pasó de largo. En un rincón, las mujeres habían formado una apretada piña contra Irene. una protectora pared viviente. Irene gritó su nombre.

—¡Hagen! ¡Hagen!

El coloso de barba negra agarró el mango del hacha con las dos manos y la levantó en el aire. Llamaron sus ojillos. Con torpes andares se acercó a Hagen, que una y otro vez esquivó los sibilantes mandobles de la curvada hoja, que siempre pasaban cerca de su rostro.

Le tocó el turno de atacar y lanzó un tajo hacia las piernas del gigante, que bajó el hacha y paró el golpe. El impacto dejó entumecidas las manos de Hagen. Dio un salto hacia atrás y tropezó co~ la pared, no tenía espacio a la izquierda para quebrar al titán que, a diferencia de los griegos, sabía combatir. Un gusano de pavor empezó a tirar mordiscos al corazón de Hagen.

Descomunal, pausado y tranquilo en su confianza, el sujeto de negra barba avanzó sobre Hagen. Goteaba la sangre del filo azul metálico de su hacha. La enarboló por encima del hombro y lanzó otra tarascada a Hagen.

Hagen vio descender la hoja, inició el regate para eludirla e, incluso cuando ya se movía, adivinó la finta. Se dejó caer de rodillas y el gigante hizo girar la hoja para el contragolpe. Hagen alzó la espada rápidamente y el hacha se vio desviada y fue a estrellarse contra el mármol de la pared. detrás de Hagen. El coloso chilló, sorprendido. A la desesperada. Hagetl se lanzó en tromba contra el estómago del gigante.

Quedó entre su brazos, hundió la rodilla en el enorme vientre y logró levantar el brazo y asestar un violento codazo a la garganta, que carecía de protección. El coloso

gruñó. El hacha chocó estrepitosamente contra el suelo y ambos hombres cayeron también entre alfombras y cojines.

Hagen se retorció e intentó levantar la espada; la hoja se había enredado en los pliegues de una alfombra arrugada. El cíclope le asestó un golpe inesperado, con el dorso de la mano, y lo despidió contra la barandilla.

Sin resuello, Hagen empezó a andar en círculo. El gigante había recuperado su hacha y ya se ponía en pie. Quedaron frente a frente, separados por la anchura del palco, con Irene y sus damas a la derecha de Hagen, y Juan Cerulis a su izquierda. El coloso agachó la cabeza y embistió.

Hagen circuló hacia un lado, a fin de quitarse del camino de su enemigo, y soltó un mandoble con la espada. Vio por el rabillo del ojo que Juan Cerulis se movía para situarse a su espalda y entonces retrocedió. El gigante se precipitó sobre él. Hagen supuso que, por retaguardia, Juan Cerulis estaba presto a golpear, pero no podía volver la cabeza para comprobarlo; plantó cara al titán y lanzó un cintarazo horizontal, con todas sus fuerzas, mientras sentía en la espalda el hormigueo que le producía temer que, de un momento a otro, se le clavase allí un cuchillo.

La puñalada por detrás no llegó. Desde la parte lateral de la tribuna, gritando como un auténtico guerrero, Irene acometió rauda, con las manos por delante. Unas manos que golpearon a Juan Cerulis en el pecho, justo cuando alzaba el brazo contra Hagen.

El empujón despidió al patricio que, de espaldas, pasó por encima de la balaustrada del palco y fue a caer sobre la multitud que se agitaba abajo.

Hagen emitió un grito de triunfo; el hacha siseó camino de su rostro, pero echó la cabeza hacia atrás y su contraataque surcó el aire como un relámpago, atravesó la armadura del gigante en el punto donde las tiras de cuero unían el peto y se hundió, profunda, profundamente en la carne que había debajo.

El coloso jadeó. Cayó sobre una rodilla, mientras la sangre manaba como una fuente, se le hundieron los ojos en el fondo de las cuencas y se desplomó de bruces, a los pies de Hagen.

El franco respiró hondo, con los brazos colgándole inertes; el sudor le picaba en los ojos. Retrocedió, se apartó del enorme cuerpo tendido a sus pies y alzó los brazos hacia la emperatriz.

—Una vez más me has demostrado tus aptitudes, Hagen —dijo Irene.

—Ja —replicó el franco. Observó el fulgor de basilisco que brillaba en las pupilas de la basileus—. Sois vos quien se ha dado pruebas a si misma de las aptitudes que posee, señora. Ahora os conozco tal como sois.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo soy, según tú?

—Vos la matasteis. La enviasteis a la muerte.

—Teófano murió por el Imperio. No hay mayor gloria. — —

—No —protestó Hagen; la pena y el dolor le hicieron sollozar—. No, Teófano

murió por nada, murió para que vos pudieseis seguir matando, murió para que vos ganaseis la partida en ese juego que manteníais con Juan Cerulis.

—Eres un bárbaro, Hagen. No lo entiendes.

—Lo entiendo muy bien —repuso Hagen—. Comprendo perfectamente que habéis dilapidado lo mejor y más noble de vuestro Imperio, pero que ya no seguiréis.

—Hagen, te enriqueceré. — —

Dio un paso hacia ella, dispuesto a matarla, aunque se le encogería el alma antes de cometer un acto así. Irene gritó otra vez:

—¡Hagen!

Interpuso el brazo entre ambos y, en ese instante, la puerta del palco se abrió de golpe, con enorme estruendo, e irrumpió Nicéforo, con casco y peto, que se colocó entre ambos.

Mientras miraba a Hagen con el ceño fruncido, Nicéforo se quitó el casco de la cabeza. Al mismo tiempo, se desplazó un poco para distanciarse de la basileus. Hagen bajó la espada y se mantuvo a la expectativa.

—Basileus —manifestó el administrador general en tono neutro—. Debo informaros de que los cursores mantienen a raya a las turbas y que en la ciudad reina el orden, todas las posesiones de Juan Cerulis se han confiscado y ahora pertenecen al trono.

—Excelente —comentó Irene—. Nicéforo, has cumplido mis mandatos mucho mejor de lo que ningún otro hombre lo hubiera hecho. Ahora, ¡prende a este bárbaro y te convertiré en la persona más poderosa del Imperio, salvo yo misma!

—¿Prender a Hagen? —se extrañó Nicéforo.

—Nicéforo, nos ha traicionado —murmuró Hagen—. Nos ha traicionado a todos.

La lista, los asesinatos, fue obra suya. Engañó a Cerulis para que realizara ese trabajo sucio. Ella es la causante de todo.

Nicéforo volvió la cabeza hacia la emperatriz, que permanecía allí, que jugueteaba con el broche de su manto mientras fulminaba a Hagen con ojos duros y centelleantes.

—¿Vos hicisteis eso? —preguntó Nicéforo en voz baja.

—Arréstale, Nicéforo.

En voz más alta:

—¿Lo hicisteis?

—Yo...

—¡Contestadme! —chilló el tesorero—. En el nombre (leí Señor.

Irene retrocedió ante él. La mano tiró del broche.

—Soy la basileus, Nicéforo. — — ¡Puedo hacer lo que me plazca!

El administrador general se irguió, abandonando su posición encorvada de costumbre. De pronto, fue más alto que Irene, tan alto como el propio Hagen. Su mirada se clavó en la mujer, con intensa y renovada energía.

—Entonces eres las manos que aprietan la garganta del Imperio.

—Nicéforo —dijo Irene, en voz tan baja como temblorosa—. Apresa a este bárbaro.

—No por orden vuestra, señora. — — Habéis dejado de ser la basíleus.

Nicéforo avanzó unos pasos, en dirección a la puerta que daba a la escalera.

—¿Quién va a serlo, entonces? —chilló Irene—. ¿El? ¿Este bárbaro patán, con su espada tinta en sangre...

—Seré yo el basileus —respondió Nicéforo—. Llevo semanas escuchando la voz del Imperio, que me llamaba para que me hiciese cargo de él. He luchado contra esa convocatoria, como Jonás en la ballena, pero ahora lo he comprendido todo, y atenderé la llamada.

Abrió la puerta.

—¡Guardias! ¡Venid a arrestar a esta mujer!

—Bueno —dijo Hagen—. Así sea.

Bajó la espada.

Irene chilló. En cuando vio bajar la hoja, se precipitó hacia adelante, pasó junto a Nicéforo y atacó a Hagen con tal rapidez que el franco no tuvo tiempo de retroceder.

El peso de Irene se le echó encima. La mujer llevaba el broche en la mano, abierto, con el alfiler entre los nudillos. Al tiempo que lanzaba un alarido, hundió el alfiler honda, profundamente en el ojo de Hagen.

El impacto y el dolor hicieron caer a Hagen sobre una rodilla. Cruzó los brazos delante del rostro, para mantener a Irene a distancia, pero los guardias ya estaban allí.

Entraban corriendo en el palco y se aprestaron a cumplir las órdenes directas de Nicéforo. Una oleada de sangre y de líquido ocular se deslizó por la mejilla de Hagen.

En cuclillas, respiró hondo, mientras se esforzaba en superar el dolor y se cubría el ojo con la mano.

Irene chillaba; los guardias la sujetaban, manteniéndola en posición casi horizontal, en tanto le desataban los cordones de las botas púrpura para descalzaría. Luchaba como una bestia salvaje, arañándolos, dándoles patadas, mordiéndolos. Cuando le quitaron las botas de los pies y, con ellas, el símbolo de su poder, el espíritu de lucha de Irene se esfumó. La mujer se vino abajo, lloriqueante, inerte en los muchos brazos que la sostenían. Hagen se puso en pie; le temblaban las piernas con violencia. Tenía el ojo destrozado. Vio cómo se la llevaban, cómo la sacaban del palco para conducirla al palacio.

—Que Dios os conceda vientos favorables en vuestro viaje a Italia, Hagen —deseó Nicéforo.

—Con vientos favorables o con vientos desfavorables, en invierno estaré en

casa —respondió Hagen.

Los médicos griegos le habían suturado el ojo perdido con hilo de seda. Ahora le dolía sólo un poco. Contempló la operación de carga de sus caballos en la galera —Nicéforo le había regalado dos sementales de raza y se los llevaba junto con la pareja que había traído de Siria— y el prurito de marchar era tan intenso como el hambre.

—¿No querréis cambiar de idea y quedaros? —tentó Nicéforo—. Aquí disfrutaríais de una vida fácil saturada de placeres, aparte de contar con mi eterna gratitud... — La mía y la de mi pueblo.

—Vuelvo a mi patria —dijo Hagen—. Vuestra vida no será nada fácil ni estará llena de placeres, me temo, si es que pensáis ser un basileus digno.

—Seré tan grande como pueda. No olvidaré lo que ha costado mi diadema.

Hagen se tocó el parche que le cubría el ojo.

—En mi pueblo tenemos una vieja historia... — La de un dios que entregó su ojo a cambio de la sabiduría. A mi no me importaría haber perdido éste, si ganara algo de sabiduría. —Tendió la mano—. Que Dios os ayude, basileus.

Subió a bordo; media docena de servidores del emperador se encargaron de trasladar su equipaje, así como los regalos que Nicéforo prodigó sobre él. Los caballos estaban nerviosos y se acercó a sus casillas para calmarlos. Cuando volvió la cabeza, vio que Nicéforo y su séquito subían por la escalera del puerto imperial, hacia el Bucoleón y el resto del palacio, que relucía de puro blanco, bajo el sol, en lo alto del promontorio. Hagen miró de nuevo al frente. El mar se agitaba levemente a impulsos de una brisa vivaz y alegre. En el otro extremo de aquel viento se encontraban, esperándole, su río, su casa solariega, lo que le quedaba de vida. No tenía más que llegar y cogerlo.

Nunca hubiera podido casarse con Teófano; ella no se habría ido a vivir allí con él.

La habría perdido de todas formas, hubiera hecho lo que hubiese hecho. En su corazón, aquella herida se cerraba y se curaba sin cicatriz. Miró hacia adelante, al futuro; se inclinó anhelante por integrarse en el viento del oeste.

La basileus Irene murió exiliada en Lesbos, en 803, al cabo de un año de su derrocamiento. La canonizaron posteriormente, como santa, en recuerdo de los favores que prestó a los monasterios. Nicéforo, elevado a la dignidad de emperador, gobernó con notable acierto durante nueve años. Fue un buen emperador, pero un mal general, y en el curso de una expedición organizada contra los búlgaros, en 811, resultó muerto.

Limpiaron y vaciaron su calavera que, cubierta de joyas, el jan búlgaro utilizó luego como copa para beber.

Hagen regresó a Braasfeld, donde vivió una existencia larga y dichosa, se casó tres veces y engendró numerosa prole. Falleció apaciblemente, junto al fuego del

hogar, en los años de su ocaso, rodeado de amigos, a los que hablaba de Constantinopla.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

15/08/2011

Table of Contents

[El cinturón de oro](#)

[Cecelia Holland SALVAT](#)